

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD  
CATÓLICA DEL PERÚ**

**Escuela de Posgrado**



**EL SOL EN EL ZODIACO**

Tesis para obtener el grado académico de Magíster en Escritura  
Creativa que presenta:

*Sandro Alfredo Raúl Patrucco Núñez*

Asesora:

*Daniela Ramírez Ugolotti*

Lima, 2022

## Informe de Similitud

Yo, Daniela Ramirez Ugolotti, docente de la Escuela de Posgrado de la Pontificia Universidad Católica del Perú, asesora de la tesis titulada

*El sol en el Zodíaco* del autor

**Sandro Alfredo Raul Patrucco Nuñez,**

dejo constancia de lo siguiente:

- El mencionado documento tiene un índice de puntuación de similitud de 2%. Así lo consigna el reporte de similitud emitido por el software Turnitin el 03/10/2022.
- He revisado con detalle dicho reporte y la Tesis o Trabajo de Suficiencia Profesional, y no se advierte indicios de plagio.
- Las citas a otros autores y sus respectivas referencias cumplen con las pautas académicas.

Lugar y fecha: Lima, 7 de diciembre de 2022

Ramirez Ugolotti, Daniela	
DNI: 40489336	Firma: 
ORCID: 0000-0002-3203-7532	

## RESUMEN

*El Sol en el Zodíaco* es una novela que trata de la vida que el príncipe de Santo Buono tuvo en el Perú. Inscrita en el género de la novela histórica posmoderna, la obra recrea la vida de este personaje histórico singular, único virrey italiano venido al Perú, a quien le toca gobernar en un período poco conocido y de difícil comprensión, pues se encuentra inmerso en el cambio dinástico y la Guerra de la Sucesión Española. La recreación de la vida de este personaje, su gobierno, las relaciones con su familia, los cortesanos criollos y otros personajes, permite dialogar con el presente, en particular con el Perú contemporáneo y examinar las disyuntivas que se le presentan a cualquier gobernante en la lucha con la corrupción.



## ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN.....	4
2. EL SOL EN EL ZODIACO .....	23
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS .....	250



## INTRODUCCIÓN

### *El origen de la novela y la investigación histórica*

Surgió en 1997 cuando empecé a investigar la presencia de inmigrantes italianos en Lima durante el siglo XVIII. Sobre este tema, poco o nada se había estudiado porque los italianos, y otros extranjeros, eran considerados individuos ilegales en los territorios coloniales hispánicos del siglo XVIII. Por ese motivo puede encontrarse una gran cantidad de estudios sobre la presencia italiana en el Perú republicano, pero son escasos los que se ocupan del periodo virreinal. Por ello, la investigación demandaba buscar documentación indirecta. Así, revisé todos los expedientes matrimoniales del siglo XVIII en Lima, que eran muchos, porque eran el único documento en el cual los italianos se atrevían a declarar su lugar de origen para así demostrar que eran bautizados y solteros. Dos años más tarde, pude cotejar los nombres de los italianos hallados con los testamentos del periodo. Mediante estas meticulosas búsquedas fue dibujándose una comunidad italiana en la Lima de 1700. Entre los aproximadamente doscientos inmigrantes italianos que registré, empezó a delinearse la presencia de un séquito noble muy distinto del resto. Eran familiares del virrey y, a diferencia de los demás, no se escondían; por lo contrario, socializaban y participaban abiertamente en diferentes negocios. La investigación me permitió comprobar que formaban parte de la comitiva de Nicola Carmine Caraciolo de Torella, príncipe de Santo Buono y virrey del Perú.

La presencia de este virrey, nacido en Italia, resultaba bastante singular y sugerente por su condición extranjera, su altísima procedencia social, la cantidad de títulos que ostentaba y, simultáneamente, la poca información que manejaban los historiadores sobre este personaje y su presencia en el Perú del XVII. Si bien gran parte de la documentación de la época se había extraviado, conforme iba encontrando más obstáculos, mayor era mi interés por este personaje.

En el año 1999 apliqué a una beca Fulbright de corta duración que me permitió investigar en las bibliotecas de Boston College y la universidad de Harvard. Allí realicé algunos hallazgos. Un año más tarde, gracias a una segunda beca Fulbright, que realicé en Florida International University, seguí investigando sobre la presencia italiana y mi

interés por Santo Buono se mantuvo firme. Así, utilizando los registros del Interlibrary Loan System, encontré documentos que me permitieron reconstruir la época y las circunstancias del personaje.

No fueron muchos ni de índole muy abundante: eran pequeñas pistas que me permitían establecer nexos con otros documentos. Aún recuerdo la alegría que me causó encontrar el relato del viaje del príncipe de Santo Buono de Cádiz a Cartagena (Salazar, 1814), en el que se relataba la muerte de su mujer a bordo pocos días antes de arribar al puerto; el paso de una vaca entre dos barcos para alimentar al recién nacido que moría de hambre; la pesca deportiva de tiburones; los concertinos dirigidos por Roque Ceruti y otros episodios no menos novelescos. Encontré también la lista de los acompañantes del príncipe, el nutrido séquito que pasaba con él al Perú, donde no solo estaban mencionados los miembros de su familia, sino también sus criados, sus allegados y su red de clientes más cercanos, lo que me ayudó mucho a reconstruir su entorno. Leyendo esos documentos comprendí que ya no solo estaba frente a una investigación historiográfica, sino ante una historia que tenía que novelar. Pero de allí a la ejecución pasarían varios años.

Por esos días hallé referencias y unos extractos sobre una obra de teatro que recreaba los últimos días del príncipe en Lima, en donde incluso se parodiaba su forma de hablar, una mezcla de castellano y español, y se glosaban graciosos parlamentos en los que el autor se burlaba de su soberbia y se caricaturizaba su figura. De la obra, inédita titulada *No Puede Ser*, solo tenía someras referencias: solo habían quedado unas cuantas líneas copiadas por el erudito Guillermo Lohmann Villena, pues el manuscrito se quemó en el incendio de la Biblioteca Nacional de Lima en 1940 (Lohmann, 1945). Nunca me imaginé que el reconocido historiador español Francisco Andújar me alcanzaría, en 2020, una copia de la obra perdida que se guardaba en un repositorio español. Así, no solo tuve acceso al manuscrito que parecía perdido para siempre, sino que también accedí a la imagen pictórica del virrey que aparecía en el Museo Nacional de Historia, aunque desdibujada y como una gran mancha malamente restaurada. Tendría que esperar hasta el registro de un grabado de época, tomado de un cuadro europeo del virrey (posiblemente veneciano), para “conocer” a mi personaje. Debemos recordar que son muy pocos los testimonios gráficos que nos quedan de esa época: apenas una vista de la plaza de armas, una procesión de Viernes Santo y la famosa entrada del virrey Morcillo en Potosí.

Parecía que ya había reunido toda la documentación posible sobre Santo Buono, y sin embargo, me incomodaban los vacíos que nublaban su biografía. Cada día tenía más indicios y menos certezas; así como sospechas que posteriores hallazgos confirmaron.

En el año 2005 presenté la tesis de maestría: *Italianos en la Lima borbónica*. En esta investigación dedicaba un capítulo importante al virrey Santo Buono y su séquito, sistematizando todo lo hallado hasta el momento.

Terminada la tesis empecé a trabajar un nuevo tema, y conforme avanzaba con las investigaciones que me llevaban por otro camino, comprobé que, en lugar de cortar los lazos que me unían al personaje, se robustecían, aunque las siguientes búsquedas resultaran poco provechosas. Una corta visita al Archivo de Indias me hizo ver los dos inabarcables juicios de residencia que no suministraban el tipo de información biográfica que me interesaba. Fue desalentador saber que no contaría con el tiempo suficiente para estudiarlo de modo prolijo. Más desilusionante fue saber que había un archivo familiar en Nápoles al que, por el momento, no se permitía el acceso por estar en reorganización.

Ninguna de esas dificultades hizo desaparecer mi interés por el príncipe de Santo Buono. Y si por un tiempo dejaba de pensar en él, acontecimientos insólitos volvían a despertar el interés por el tema como el día en que encontré una copia del retrato del virrey que el viento había sacado de una caja de mis cajones de archivo y la había depositado cuidadosamente centrada sobre mi almohada.

### *El virrey como motivo literario*

En las vacaciones de 2006 empecé a escribir el argumento y un primer capítulo de lo que sería una novela sobre el príncipe de Santo Buono. Así fue mi transición de la aproximación histórica al acercamiento literario del tema.

En cierta forma podría hacerme eco de lo que intuía Barnes al respecto:

Nos inventamos una historia para tapar los hechos que ignoramos o que no podemos aceptar; conservamos unos cuantos hechos verdaderos e hilamos una nueva historia en torno a ellos. Nuestro pánico y nuestro dolor sólo se alivian con una fabulación tranquilizadora; a eso le llamamos historia (1990, pp. 280-281).

Así, en 2008 tenía ya un esquema de la novela, que no llegaba a las veinte páginas, en la que trataba de dar una vida independiente al personaje. Y empecé a investigar sobre la novela histórica como género. Releí algunas que me habían encandilado en el pasado, empecé a tomar notas, copiar actitudes, parlamentos, tratando de adaptarlos a mi personaje.

Fueron muchas las novelas históricas que leí y releí en esa época: la serie de novelas de Robert Graves, encabezada por *Yo, Claudio* (1934), los variados intentos novelísticos de Mujica Lainez (1962) o las contribuciones de Yourcenar (1951). Encontré que el modelo de la novela histórica romántica, con todo lo sugerente que pudieran ser algunas de las obras fundamentales del género, no se adecuaba a la empresa que quería emprender. Y, por cierto, si había que analizar el género, no se podía dejar de estudiar las novelas de Walter Scott, ya que este marcaba el punto de quiebre entre las antiguas novelas de anticuarios escritas por los ingleses y las nuevas novelas históricas románticas. Este cambio registrado más o menos en la época pos bonapartista, respondía a la necesidad de la burguesía de estructurarse un pasado y una narrativa (Grützmacher, 2006, p. 148). Debemos recordar que esta época corresponde también al surgimiento de la profesión histórica como tal (Novik, 1988; Anderson, 1993). Así, no era extraño que hubiese un debate entre la obra del historiador y la del novelista historiador y que “Agustín Thierry considerara que solo el novelista histórico podía vivificar los documentos” (Mata, 1995, p. 24).

Estas novelas románticas, en especial las de Walter Scott y las de Chateaubriand, planteaban muchos problemas interesantes, como por ejemplo el papel que cumplían estas composiciones desde el punto de vista ideológico como ser vehículos para la transmisión de ideas liberales, tradicionalistas, católicas, nacionalistas o patrióticas (Mata, 1995, p. 36). Pero no era eso lo que buscaba en ese momento.

Era importante aprender a través de la lectura de esas novelas el correcto equilibrio entre la carga histórica y la historia misma a contar, el exceso de una podía llevar a una insufrible erudición, como en el caso de *Salambó* (Flaubert, 1862), donde la reconstrucción de Cartago resultaba excesiva frente a la historia relatada. Si, por el contrario, se prefería la acción y se descuidaba la ambientación el resultado era una trama en una desdibujada escenografía histórica. Lo más aconsejable era “colocar la parte

histórica como telón de fondo general” siendo de este modo la historia “un elemento secundario sobre el que se desarrolla la trama inventada” (Mata, 1995, p. 43).

Si la novela histórica romántica lograba esta ficción “intercalando breves capítulos o resúmenes digresivos que constituyen el esqueleto histórico” (Mata, 1995, pp. 48), descubrí que la novela histórica del siglo XX había cambiado notablemente las técnicas de reconstrucción de la narración histórica utilizando una aproximación constante al pasado (Graves, 1934).

Con el acercamiento a las novelas más complejas de mediados del siglo XX encontré que me aproximaba a mi objetivo. No puedo dejar de reconocer mi deuda con *Bomarzo* (1962) de Mujica Lainez, que fue particularmente impactante debido al ambiente de época y el aire de magia que la caracteriza. Su personaje central, Vicino Orsini, busca la inmortalidad y al final engaña al lector, pues acaba muriendo sin poder prevalecer. La lectura de *El Gatopardo* (Lampedusa, 1958) me resultó muy enriquecedora e influyente. Muchas veces pensé que ese podría ser un modo de acercarse a mi personaje. Si bien originalmente el ethos nobiliario del personaje parecía apropiado para el príncipe de Santo Buono, luego me pareció que debía alejarme del tono propuesto por Lampedusa, en la medida que podía generar un resultado epigonal muy marcado. Más influencia tuvieron *Memorias de Adriano* (Yourcenar, 1951) y *Yo, Claudio* (Graves, 1934); me interesaban por las admirables introspecciones de los personajes retratados, que reflejaban la soledad del gobernante. Aprendí lo que se podía lograr a través de la novela histórica. *El nombre de la rosa* (Eco, 1980), y su maestría para retratar contiendas intelectuales, marcó un hito importante. Estas novelas me parecieron tan notables que, cuando retomé el proyecto en el año 2019, me cuidé muy bien de no volver a leerlas. Quería establecer cierta distancia frente a ellas, pues temía que su influencia pareciera imitación.

Lo que me quedó muy claro fue lo que más tarde pude leer en páginas de Lukasz Grützmacher:

La novela histórica es una convención que consta de: reglas que determinan la accesibilidad e inteligibilidad del mundo histórico presentado en la novela; técnicas para transformar en históricos los elementos del mundo presentado; diferentes formas de resolver el problema de la perspectiva narrativa; maneras de entender la veracidad de lo narrado; modos de vincular el texto ficticio con las fuentes

historiográficas. En el texto de toda novela histórica hay indicios de historicidad. El lector, al identificar estos indicios, reconstruye toda la convención de la novela histórica e interpreta el texto dentro de ésta, para terminar aceptando la obra o rechazándola. Así transcurre el proceso de recepción de todas las novelas históricas, tanto las tradicionales como las nuevas (2006, p. 145).

Pero este proceso de investigación acerca de la novela histórica me llevó a encontrar otro grupo muy importante de obras que me influenciaron de manera opuesta. Me refiero a un grupo muy grande de novelas históricas, generalmente modernas, que me enseñaron lo que no deseaba hacer. Lourdes Ortiz, en su artículo “La pereza del crítico”, las ha caracterizado como “subgénero con pretensiones de verdad” y las clasifica así:

Biografía novelada, o historia novelada. Género divulgativo. La fórmula es sencilla: se toman las crónicas históricas o los resúmenes elaborados en diferentes épocas por los historiadores y se cuentan de nuevo en plan *Readers Digest* llenos de tópicos, ciertos toques, digeribles por el gran público. Últimamente se le mete algo de morbo. Se prefieren escenas escandalosas o “picantes” y viene a ser como un ramal de las novelas rosa. No es novela, sino algo que para entendernos podríamos llamar historia novelada. Es un género divulgativo que poco o nada tiene que ver con la novela. Pero los críticos se dejan llevar por el “tema” —como si el tema fuera algo, al margen de la forma— y meten todo en la misma alcancía (Ortiz, 2007, p. 20).

Lamentablemente, muchas de las “nuevas” y “contemporáneas” novelas históricas importadas que se podían conseguir en librerías caían en esta categoría. El temprano interés despertado en mí por el tema fue dando espacio a una fuerte desilusión. Recuerdo que llegué a preguntarme ¿es la novela histórica un género ya muerto? Sin duda no estaba interesado en acometer un proyecto de ese tipo. Otros proyectos históricos llamaron mi atención y pasé una década dedicado a la investigación de los viajeros del siglo XVIII y posteriormente a la elaboración de mi tesis doctoral *Los viajeros y la imagen del indígena en el periodo borbónico* (Patrucco, 2019). Quise olvidar, una vez más, el proyecto sobre Santo Bueno. En ese estado se encontraba el proyecto cuando me enteré del inicio de la Maestría en Escritura Creativa.

### *La Maestría en Escritura Creativa: la profesionalización de la escritura*

Me matriculé a medio año sin saber bien por qué lo hacía, y el día de mi primera asesoría de la MEC (Piedad Bonnett nos recibía en su oficina para conversar sobre nuestro

proyecto de tesis) recuerdo haber decidido en la fila misma, mientras esperaba para ingresar, que mi proyecto no sería una colección de cuentos o algún proyecto de último minuto, sino aquello que realmente me había impulsado a iniciar esta maestría: la necesidad de retomar la novela sobre Santo Buono. A partir de allí, los cursos de la MEC me irían ayudando a resucitar mi interés por el proyecto y sobre las técnicas para lograrlo.

Conforme avanzaban los estudios y nos enseñaban a trabajar los distintos tipos de narrador, me quedó claro que desarrollar la novela en primera persona resultaba muy tedioso para la lectura. A ello contribuía el hecho de que en las primeras redacciones el personaje del virrey resultaba un individuo muy pomposo y grandilocuente, lo que acrecentaba ese efecto. Un ensayo de redacción en tercera persona semiomnisciente ayudó a aligerar enormemente este efecto. Pero entonces la narración empezaba a ser demasiado convencional. Por ese motivo fue que se agregó el personaje de la princesa ya muerta, quien desde su tumba en la cripta de las Carmelitas de Lima narra, en una suerte de flujo de conciencia, su vida conyugal con sus afectos, traiciones y sus planes comunes, así como las circunstancias políticas que los rodeaban.

La técnica de flujo de conciencia sirve para recordar estos acontecimientos de una manera hasta cierto punto parcial, personal de manera desordenada y amplificadas según su necesidad narrativa. De otro modo, el recuento de esa enorme cantidad de información hubiera resultado particularmente tediosa de introducir en las voces de cualquiera de los otros personajes. Debo reconocer la enorme deuda intertextual con una excepcional novela como las *Noticias del Imperio* (1987), de Fernando del Paso. A nadie se le escapará el hecho de que la voz de la princesa es hasta cierto tiempo tributaria de la voz de la emperatriz Carlota, pero al mismo tiempo las diferencias son grandes, pues mientras la princesa está muerta y habla desde la eternidad, la emperatriz habla desde la locura y desde un punto histórico situado en un castillo belga en 1929.

La escritura de la sección de la princesa difunta obedece a varios factores. Por un lado, al estar muerta tiene una capacidad de ver el conjunto, rompiendo las limitaciones de un narrador parcial. El monólogo interior permite, a un mismo tiempo, desarrollar la intimidad de la pareja y una visión totalizadora de acontecimientos políticos del momento, que de otro modo hubiera sido imposible de lograr. Es interesante señalar el paralelismo que se da entre la biografía de la virreina muerta y la vida de su hija Julia Quitería: en ambos casos son mujeres que intentan revelarse contra los papeles que les

asigna la sociedad y rompen con estereotipos asignados.

### *La novela posmoderna o nueva novela histórica*

*El Sol en el Zodíaco* pertenece a la categoría de novela histórica posmoderna. En este punto resulta pertinente revisar este concepto. En la evolución del género de la novela histórica se pueden distinguir tres momentos muy claramente: el de la novela histórica romántica heredera de Walter Scott, situada de 1814 en adelante, el de la novela de episodios nacionales, característicos en la novela histórica española decimonónica, y el de la de la novela posmoderna que se ha dado en los últimos años.

Cuando hablamos de la novela histórica posmoderna o nueva novela histórica debemos señalar que la posmodernidad no se cree en la historia lineal, ni el progreso, ni en la interpretación única de las fuentes históricas. Como ha señalado Vidal Claramonte, este subgénero:

... reinterpreta paródicamente la historia, dialoga irónicamente con el pasado, vuelve a él para dar voz a la heteroglosia, a las múltiples interpretaciones que pueden darse de un mismo hecho, con el fin de que no dejemos de recordar lo que algunos intentan hacernos olvidar: que la historia no está formada por hechos sino por sus representaciones, y que éstas, como advierte Roland Barthes, son formaciones pero también deformaciones (2006, p. 190).

La autora nos recuerda algunas de las preguntas que se le pueden hacer al texto escrito desde esta perspectiva. Al ser “un constructo cultural y lingüístico”, al ser una “elaboración ideológica”, las novelas se convierten en “documentos representativos de una época” y es válido así el preguntarse hasta qué punto este relato pertenece o se aleja a un discurso oficial, a una versión preparada para un público específico, desde una posición previamente señalada. Pues al representar el pasado la novela lo vuelve a abrir al presente (Vidal Claramonte, 2006, p. 194).

Al hacer una relectura de la novela o del personaje desde esta perspectiva, me pregunté qué sentido tendría reinventar un personaje como el príncipe partiendo de un ethos señorial que se agotara en esa única posibilidad. Dicho en otras palabras, un personaje como el príncipe de Salina tiene sentido en la pluma de Tomasi de Lampedusa entendiéndolo como fantasma de su propia biografía, pero ¿tendría sentido crear un

personaje con ese universo mental desde América Latina en el siglo XXI? Fue así como el príncipe de Santo Buono fue naciendo como un personaje con el universo mental del siglo XVIII pero que al mismo tiempo responde a intereses y tentaciones de un individuo del siglo XXI. Y quizá allí entra el de la novela: ¿podría un personaje del siglo XVIII, por más que piensa y cree como alguien de su época (así lo espero, ya que he estudiado cuál debía ser su visión político ideológica tardo barroca), tener las inquietudes y temores de un intelectual de mediana edad en el presente latinoamericano del siglo XXI? La figura del príncipe dialoga con el presente y cobra enorme actualidad al estar al centro de una trama de corrupción. El hecho de que este personaje debió pasar por dos juicios de residencia a pesar del apoyo y las licencias reales que lo autorizaban a realizar operaciones bastante cuestionables (Andújar, 2021, p. 86) lo equipara con muchos políticos del XXI. No es casual, pienso, que la escritura de la novela es contemporánea al escándalo Lavajato, los juicios de las constructoras y un sinnúmero de conocidos casos de corrupción destapados en el Perú de las primeras décadas del siglo XXI. ¿Difería mucho esa realidad a la de trescientos años antes? Así, sin proponérselo, la escritura de la novela plantea hasta cierto punto una realidad que entabla un diálogo con el presente. El pasado nos brinda claves para reflexionar sobre el presente, y, por otro lado, el presente nos ayuda a comprender las realidades que nos parecen tan ajenas del pasado.

Como ha señalado Fernández Prieto, habitualmente la novela histórica posmoderna se burla de la realidad, propone historias alternativas-contrafácticas, acude a elementos metaficcionales e hipertextuales tales como parodia, pastiche, travestimiento satírico, e incluye una multiplicidad de anacronismos con el fin de “desmontar el orden cronológico supuestamente natural de la historiografía” (2006, p. 176).

Fruto de estas características, encontramos ese elemento burlón que, a mi juicio, y en especial desde mi sensibilidad histórica, me desagrade enormemente por romper el pacto establecido entre el lector y la ilusión de reconstrucción de la historia. Cabría señalar mi propia experiencia con la lectura de *El arpa y la sombra* (1978) de Carpentier, que, aunque jocosa en extremo, la sentía como una humorada antes que como una novela histórica, o *De milagros y melancolías* (1968), de mi admirado autor Mujica Lainez, la cual me pareció francamente insoportable al llamar a sus virreyes con nombres como marqués del Apricotillo y apelativos semejantes, aun cuando esperaba mucho de su lectura dado que pertenecía a la misma pluma que había escrito *Bomarzo* (1962).

Sin embargo, existe una vertiente diferente de la novela posmoderna. La lectura de la sensacional novela *Ragtime* (1975) de Doctorow permite aproximarse a esta otra forma de desarrollos ficcionales en las cuales la historicidad se quiebra de un modo distinto. Fernandez Prieto nos lo explica:

... estos novelistas no distorsionan la historia establecida por mero capricho, ni juegan irresponsablemente a confundir lo histórico y lo ficcional, sino que tratan de inventar historias alternativas que puedan compensar los más graves defectos de la historia occidental: el etnocentrismo, el androcentrismo y el imperialismo (2006, p. 178).

Hasta cierto punto, *El Sol en el Zodíaco* se inscribe en la tradición de novelas como *Ragtime* (Doctorow, 1975). Así, la princesa muerta y Julia Quitería, en cierta forma, actúan de un modo que quebrantan normas de la época con respecto a la agencia y alcance del poder de las mujeres, las que dirigen el destino de la familia o su propia vida, mientras que los hombres, el príncipe, el duque de Sangro, etc., se ven siempre afectados por el entorno y son incapaces de superar sus propias circunstancias.

Una forma de caracterizar los parlamentos del príncipe, quien nunca permite que le llamen virrey (esta idea fue un préstamo textual de *Jacop y el Otro* de Juan Carlos Onetti (2008, p. 43), en que el príncipe Orsini corrige a su interlocutor diciéndole “llámenme príncipe”) sino que pedirá que se dirijan a él llamándole príncipe, tal vez por considerar que ser virrey es algo pasajero, un cargo dado por el rey que no puede compararse con su prosapia principesca. Otro de los rasgos que lo definen son sus alocuciones en italiano, cuyo uso no disturba la lectura, al ser tal su cercanía con el español son fácilmente comprensibles por el lector. Y, en caso de que no comprendan, son explicadas, repetidas o traducidas por los demás personajes con el fin de que el lector comprenda el sentido. En algunos casos se han añadido parlamentos en italiano tal como lo escuchaban sus contemporáneos españoles, quienes lo consideraban tremendamente exótico: “que me piache, que me piache”, “que che faga la negochiachione” son frases de remedo sacadas de la obra satírica inédita ya mencionada por Lohmann, *No puede ser*, con la cual los partidarios del sucesor del virrey lo sometieron al escarnio. *No puede ser* —obra acaso nunca representada, quemada en el incendio de la Biblioteca Nacional de Lima y recuperada en Madrid gracias al hallazgo de una copia que me facilitó el profesor Francisco Andújar— me sirvió enormemente para darme cuenta de hasta qué punto el virrey Santo Buono, pese a su alta nobleza y al poder real que detentó, fue visto en la corte virreinal limeña y criolla o como un extranjero.

De este modo, surge una figura del príncipe que resulta interesante en la medida en que es un personaje trágico. Un personaje extremadamente poderoso, pero que al mismo tiempo está al borde de perderlo todo: no solo sus posesiones que han sido confiscadas sino su prestigio y su poder. Por otra parte, su espacio afectivo y su seguridad familiar también se han destruido, pues acaba de perder a su esposa y con ella sus ilusiones y proyectos los cuales habían sido tejidos en común.

### *La importancia del título*

Según señala Eco, siendo el título de una novela una clave interpretativa, así prefirió *El nombre de la rosa* (Eco, 1980) para su obra, por ser un título muy neutro. En consecuencia, la elección del título es determinante para la recepción; y, de hecho, no ha sido fácil elegir el más adecuado para esta novela. Un título como *Príncipe de Santo Buono, virrey del Perú* hubiera aportado una clave esencialmente histórica, de la que particularmente quería escapar. *Ñeñuc y Ñañec, los perros calatos del virrey* fue otra opción que neutralizaba la marca histórica en el título. Luego surgió *El Sol en el Zodíaco*, y me pareció el que mejor expresaba el sentido de la novela por cuanto era el título de la compilación poética con la cual fue agasajado cuando llegó al Perú, pero al mismo tiempo resultaba neutro con respecto a la filiación histórica de la novela, pues la novela histórica:

Es un género eminentemente contractual, una convención cultural del género de la novela histórica que comparte el autor y el lector y que posibilita la identificación de una novela x como novela histórica (García Herranz, 2009, p. 303).

Aludir en este título a la cultura barroca colonial y la dignidad virreinal del protagonista generaba una referencia inequívoca al registro de novela histórica, guardando al mismo tiempo cierto hermetismo sobre su contenido.

### *El tono del relato*

Tal vez uno de los temas que más me preocupaba era cómo darle voz al virrey, cómo hablaría el virrey. Releí muchas novelas históricas enfocándome en este problema y decidí que el lenguaje arcaizante no era el camino que seguiría luego de leer *Opus Nigrum* (Yourcenar, 1968), por cuanto las repetitivas fórmulas de cortesía y títulos señoriales utilizados por sus personajes resultaban molestos y generaban una sensación artificiosa.

En cambio, Bertolt Brecht, en su novela inconclusa *Los Negocios del Señor Julio César* (1989), logró librar a la novela de esa falsa escenografía tan artificial como el acento alemán con el que hablan el inglés los actores de las películas de la Segunda Guerra Mundial producidas por Hollywood.

El tema del lenguaje empleado ha sido otro gran punto de discusión. Reiteradas veces se me ha acusado de utilizar un lenguaje arcaizante, anacrónico, ininteligible. Se me recomendó reemplazarlo, o en su defecto, usar glosarios, notas a pie de página, y otras imaginativas soluciones. Pero me he negado porque, salvo algunos deslices en los que he incurrido (con gusto he de decirlo, pues la palabra sonaba especialmente hermosa), en la mayoría de los casos los términos utilizados se encuentran perfectamente en uso y no serán las primeras definiciones del diccionario, pero tampoco serán de las últimas acepciones. Si nos resignáramos al lenguaje usado en redes ¿qué sentido tendría escribir literatura? ¿No es nuestro lenguaje un tesoro que debemos preservar de manera precisa utilizándolo diariamente y obligándolos a un continuo trabajo de aprendizaje y remembranza?

### *El tiempo histórico del relato*

Me llamaba la atención lo poco que se conocía sobre la época en la que transcurre mi relato, y hasta cierto punto del personaje. Debemos tener en cuenta que la visión del virreinato peruano es eminentemente heredera de Ricardo Palma y sus *Tradiciones peruanas*. Contemporáneas a estas tenemos en el repertorio literario español los episodios nacionales muy al uso del siglo XIX. Estas novelas, al decir de García Herranz, estaban caracterizadas por:

... la cercanía al hecho histórico [...] narrado debe estar en la órbita de lo histórico contemporáneo [...] este tiempo que es memoria colectiva de alguna manera no ha de pasar de los abuelos del autor [...] una mayor subjetivación del autor con respecto de lo que narra [...] dentro del tiempo histórico que recrea [...] se transforma su visión política de los hechos (2009, pp. 307-308).

Esto llevaba a los escritores del momento a una característica que era “falta de exotismo y del tema lejano”, algo que los alejaba de la novela histórica. Por otro lado, “los acontecimientos de la historia se imponen y determinan la trama ficcional [...] la historia

anónima y privada coexiste con la política, logrando de este modo una intencionalidad didáctica en la educación política” (García Herranz, 2009, pp. 307-308).

Todas estas características determinaban que el “el episodio nacional fuese un micro género que forma parte de la tradición de la novela histórica [...] que narra sobre el pasado reciente [...] obligatoriamente nacional” (García Herranz, 2009, pp. 307-308).

Esta alusión a los episodios nacionales me parece importante de mencionar dado que en nuestro medio la tradición cobró una posición semejante. La diferencia estribaba en que en el caso de esta última no se trataba de episodios que se limitaran a recuentos de los padres, sino que podía tratarse de épocas medianamente cercanas como la República o lejanas como el Virreinato, pero liberándolo hasta cierto punto:

Del rigor de exactitud y las precisiones puntuales adornándolo con los dones de la imaginación [...] de esta suerte se lograron relatos que lindaban con el prodigio o el milagro, o con el correlato insólito, recreando así la realidad mítica de un despliegue de fantasía que fue recurso usual dentro del desarrollo de los asuntos materia de las tradiciones (Núñez, 2001, p. XXV).

La tradición se convirtió en un género muy popular que rápidamente sustituyó los cuadros costumbristas que eran “estampas pasivas de escaso atractivo”. Como dice Núñez:

La tradición significó acción, aunque ésta tuviese lugar en el pasado, y ello era un progreso y un recurso novedoso. Gracias a un dialogo fluido y unas descripciones precisas y breves, el discurso de la tradición adquirió un efecto escénico con el que el lector se convertía en un espectador motivado por la sugestión de un espectáculo vivo y activo; esta vitalidad la lograba gracias a una elaboración temática, estilística más complejas que las mostradas por el relato costumbrista y adornó sus relatos con el humor, las creencias, el refranero y el cancionero populares, en suma con lo folclórico aquello que se ha dado en llamar pequeña historia (2001, p. XXVI).

En nuestro medio, la tradición palmista compite en gran medida con la novela histórica. El impacto de la tradición es muy importante en toda Hispanoamérica, como lo ha probado Núñez en su obra *Tradiciones hispanoamericanas* (1979). En nuestro país, esta presencia de la tradición pervive a través del tiempo, como demuestra Núñez en su libro *Los tradicionistas en el Perú* (2001). La continuidad de la tradición palmista compite e influye enormemente en las novelas históricas de la primera mitad del siglo XX:

... si nos atenemos a la producción peruana de novelas históricas, consideradas desde finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX (hasta

Angélica Palma) es decir las obras de Fernando Casas, Julián Manuel del Portillo, Mercedes Cabello, Fernando Casós, José y Antonio Iturrino, Trinidad M. Pérez, Pedro Dávalos y Lissón y Luis Benjamn Cisneros, constatamos que estos autores se interesaron tan solo en ambientar sus argumentos en el pasado, añadiendo a hechos y personajes históricos alguna escasa trama imaginaria con necesarios rasgos de época en una síntesis de ficción y realidad (Núñez, 2001, p. XXXIX).

Oviedo llega a afirmar un cierto antagonismo entre la tradición y la posibilidad de una novela en el mismo Ricardo Palma:

Palma rescató del olvido un pasado peruano que la historia oficial no iba a registrar; un pasado doméstico, de quisicosas: migajas de un banquete solemne. En ello residen la significación literaria y las limitaciones estéticas de su arte. Palma vivificó ese pasado y lo acercó al presente, para darle vitalidad y animación de cosa actual, plena de color y movimiento. [...] Pudo escribir la gran novela peruana del siglo XIX [...] pero se contentó con pintar estampas amablemente irónicas y delicados esmaltes coloniales; prefirió la amenidad y la brillantez inmediatas —exigencias de una literatura “popular”— a la visión honda y a la interpretación menos eventual de una sociedad que conocía muy bien. La sátira y el humor fueron una máscara fiel [...] pero también fueron un disfraz cortesano que ocultó los más dramáticos perfiles de nuestra sociedad decimonónica (Oviedo, 1968, p. 33).

*El Sol en el Zodíaco* intenta diferenciarse de la reconstrucción palmista. En principio, no está influida por el recuerdo de una Lima y un virreinato tardío. Recordemos que Palma realiza una reconstrucción de una capital virreinal inspirada en la Lima republicana que él conoce en su juventud, Una ciudad que es posterior al célebre terremoto de 1746. En el caso de la novela *El Sol en el Zodíaco*, se intenta reconstruir —o, al menos, dar ciertas pinceladas—, retratando una Lima anterior al terremoto de 1746, una urbe que se extiende de 1680 a 1746. No es un asunto baladí, pues esa Lima es una ciudad de grandes casas altas, barrocas, edificadas durante el periodo del esplendor virreinal y con monumentos posteriormente desaparecidos. Las ordenanzas municipales que cambiarían Lima recién se darían en 1746.

Así, esta novela se instala en una época anterior al tsunami: un Callao que es una ciudad amurallada, un Callao sin el Real Felipe; una Lima con edificios existentes o en construcción hacia 1715.

*El Sol en el Zodíaco* también intenta alejarse de la tradición literaria impuesta por Palma. Recordemos que, en oposición a la novela histórica, la tradición es eminentemente

asincrónica, narra una anécdota acotada a un momento específico. La tradición, que tuvo tanta influencia a partir de la segunda mitad del siglo XIX, será un elemento que hará de la novela histórica peruana un caso singular. La tradición carece de tiempo, es circular y engloba recuerdos que pueden estar asociados a memorias familiares. Este tono de conseja de tías ancianas se asemeja hasta cierto punto con la novela de los episodios nacionales españoles.

La tradición, género que influyó en muchos autores latinoamericanos, como demuestra Estuardo Núñez, y que creó muchos émulo de Ricardo Palma, influye enormemente en la novela histórica local, en especial la de principios del siglo XX. Reproduce una arcadía virreinal, perricholista. Es hasta cierto punto reduccionista y con marcadas viñetas, anécdotas tan acentuadas que llegan a trabar el desarrollo de una línea argumental dentro de la novela.

Por todos esos motivos, la presente novela busca alejarse de la estética palmista. De este modo, se ha consultado documentación de época, cartas, diarios y diaristas, que permitan construir un universo alterno al recreado por Palma. Recordemos que Palma, o reproduce un Perú de la conquista fruto de la lectura de las crónicas, o en su defecto, muestra preferencia por un período colonial tardío y reproduce reiterativamente al Perú de la época de Amat. Se trata de un Perú rococó, borbónico tardío, reformista, posterior a Túpac Amaru, con criollos resentidos y discriminados que parecen salidos de las Noticias Secretas de América, circunstancias que son adaptadas para todas las demás épocas. Cornejo Polar señala al respecto:

Palma es, entonces, el encargado de vencer la timidez histórica del costumbrismo, dotándolo del sentimiento de tradición que nunca tuvo, y por esa vía termina siendo el fundador de una conciencia histórica que define por largo tiempo la imagen del proceso formativo de la nacionalidad. Hereda del costumbrismo, sin embargo, su capacidad elusiva y desproblematizadora [...] El abrumador triunfo de Palma tiene como base su habilidad para realizar una operación compleja sin comprometerse con todo lo que estaba implícito en la restauración del vínculo histórico con la colonia (1989, p. 61).

Esta novela narra historias que ocurren antes de la instalación de las reformas borbónicas. El príncipe se caracteriza por ser un personaje con una mentalidad influida por la cultura del barroco, un barroco tardío (por eso cita con fruición a Gracián y a Bodino y glosa sus sentencias), pero es hasta cierto punto un preilustrado. Recordemos que las *Cartas persas*

son escritas por Montesquieu en 1721 y que esta obra es considerada el origen de la Ilustración. El príncipe no puede ser un ilustrado, pues no pudo leer ni esa ni ninguna obra de la Ilustración, al menos mientras estuvo en Lima; pero algo de ese espíritu ya está flotando en el aire, y él, hasta cierto punto, está imbuido en algunas de esas ideas, sin saberlo siquiera. Documentos históricos señalan que el príncipe está en contra de la mita de los indios y de la carimba o marca a fuego de los esclavos, por lo que me gusta pensar que mi personaje ya no es un hombre plenamente del siglo XVII, sino que participa de algunos de los avances del siglo XVIII y sus formas de razonamiento.

Como señalé, he tratado de construir a mi personaje a partir de su cultura política, sus gustos artísticos, su moda personal, sus aspiraciones. Su desdén por la pintura cusqueña, que muchos considerarán escandaloso, no es un capricho, pues un contemporáneo suyo como Frezier (quien escribe en el mismo momento en el que Santo Buono gobierna), lo deja muy en claro y reiteradas veces señalado en su obra. Es también un personaje extraño al mundo colonial: es anticriollo, pero no español, es noble, pero distinto de la nobleza comercial local, ya que él se autodefinirá como perteneciente al *antica parrucato*, es decir nobleza inmemorial, a la alta nobleza del viejo mundo. Las acusaciones que aparecen en su juicio de residencia así lo indican. Es, en suma, un hombre formado en una corte periférica a los Habsburgo, quien debe acomodarse a la nueva manera de pensar impuesta por los Borbón, los usos franceses, y finalmente venir a ejercer su gobierno en otra muy diferente corte de los confines del imperio.

### *Los personajes*

Al inicio de la novela, pretendía que el desarrollo fuera predominantemente interior: el yo profundo de Santo Buono enfrentándose a la novedad del Nuevo Mundo y su pesar por la muerte de la princesa, ocurrida unos meses atrás. Pero pronto me di cuenta de que era demasiado introspectiva, que escapaba a mis posibilidades técnicas, y empecé a abrirme hacia el mundo que lo rodeaba, hacia la urgencia de tomar decisiones políticas. Finalmente, representa al rey en estas tierras y como tal tiene que actuar. Todos esperan sus decisiones.

La idea argumental es, entonces, el que vaya comprendiendo mediante conversaciones, consejos y recomendaciones qué es lo que se debe dejar de hacer para

que el virreinato funcione. Así, además de la dupla antagónica y complementaria del príncipe y la princesa muerta, una serie de otros personajes rodean al príncipe. Sus hijos, en especial los dos pequeñines Alois (llamado así en honor al rey de Francia), y Constanzo (llamado originalmente así en honor a su madre, pero que yo hube de cambiar para evitar confusiones del lector), quienes sirven para permitir al príncipe reflexionar sobre sus deberes paternales y sus afectos. También están los hijos mayores (los que vinieron al Perú para adquirir una sinecura, los demás quedaron en Europa internados en conventos): Tiburcio, sin mucha personalidad, Julia Quitería, la melliza de Clara Irene, quien se ha casado con el príncipe de Maserano, árbitro de la corte y esperanza de mejora de la familia a pesar de que el matrimonio ha costado toda la fortuna que les quedaba. También está Marino, el duque de Sangro, heredero de los títulos y las tierras (perdidas) de su padre, quien luchará por hacerse de un futuro. He buscado que cada personaje tenga una característica que lo identifique: Marino es impulsivo, dado a la vida disipada. Julia Quitería es vivaz y sabe hacer mucho con lo poco que está a su alcance.

Los acompaña una corte. Tal vez el personaje más caracterizado es Roque Ceruti, quien gana poder sobre el hijo del príncipe ofreciéndole diversión y desenfreno. En la novela se lo presenta como un libertino, pero no tengo constancia de que realmente fuese así, salvo por la obra *No puede ser*, donde se señala que en la Lima de la época se le conocía con el nombre de “el Capón”. Se sabe que murió hacia 1740 como un respetado músico mayor de la Catedral. Le pido perdón por haber jugado con su biografía. El padre Molleda, quien es representado como un bellaco presuntuoso que ejerce sus poderes como confesor y siempre busca sacar algún beneficio, es representante de individuos de esa laya de esos tiempos; y de los nuestros. Virgilio María Gritta, “señor noble de la República de Génova” es muy cercano, pues le soluciona problemas prácticos, le ofrece su casa de recreo, lugares de diversión, etc. La condesa de las Torres desea acercarse al príncipe tentando una nueva (cuarta) alianza matrimonial, y obtener beneficios económicos. Finalmente, está nuestro querido conocido poeta Pedro Peralta y Barnuevo, asesor de los virreyes, cosmógrafo y océano de sabiduría, quien siempre estará dispuesto a aconsejar al virrey sobre las realidades del reino y contar chismes, aunque a veces sus prejuicios no coincidan con la visión del príncipe.

La estructura y la escaleta de la novela fue cambiando innumerables veces. Gracias al programa de escritura y planteamiento, Scribener, pude intentar innumerables combinaciones. Prevaleció finalmente el orden cronológico. Hacerlo de otra manera

hubiera añadido un nivel mayor de complicación a la lectura de la novela. Decidir poner la muerte de la virreina en la primera escena era algo que intentaba evitar para mantener como un misterio que se develaría al final, pero opté por narrarla al inicio, atendiendo a las necesidades de la inteligibilidad.

### *Las desgracias del personaje*

Si algún lector piensa que he exagerado con la cantidad de desgracias que rodean al príncipe y la mala suerte que lo acompaña, he de señalar que en realidad, por criterios literarios, he debido recortarlos. La pérdida de sus tierras, la muerte de su mujer, la muerte de dos hijas, la peste de los indios del Cusco, la epidemia de los animales, la esterilidad de los campos y la hambruna subsecuente, la plaga de ratones, la inundación de Saña, el ataque de los piratas, eran demasiados desastres que ya se convertían en poco creíbles. Ya había decidido recortar algunos de ellos para darle más importancia a los restantes, cuando leyendo las memorias del duque de Saint-Simon me enteré de que la hija que había dejado en España casada con el árbitro de la corte, la princesa Clara Irene, había muerto de sobrepeso (al igual que su madre) y no podía dejarlo pasar. Corté algunas de las anteriores, pero utilicé esta última desgracia como el elemento por el cual el príncipe decide poner fin a su aventura peruana.

Fue también el duque de Saint Simon quien me ayudó a concluir la novela. El final me atormentaba mucho. ¿Cómo podría terminar? ¿Con la muerte del príncipe? ¿Otra muerte más? Leyendo las memorias de Saint Simon sobre su visita a la corte de Madrid, encontré el relato de su entrevista con el príncipe de Santo Buono. Episodio poco conocido, da una visión de todo su entorno. Escribe de sus hijos (menos de Marino, a quien añadí) de lo “muy honrado” que es considerado el príncipe, lo cual ayuda a redondear esa idea posmoderna de la historia que se construye a partir de lecturas y percepciones en las que poco importan los hechos reales y más trascendencia tienen las visiones oficiales, lo que se prestaba para cerrar la novela en clave posmoderna. Como señala Fernández “la nueva novela histórica se centra precisamente en el cuestionamiento de la historiografía y esto determina la estructura, la semántica y la pragmática de los textos que se presentan como novelas de metaficción historiográfica” (2006, p. 72).

## *Agradecimientos*

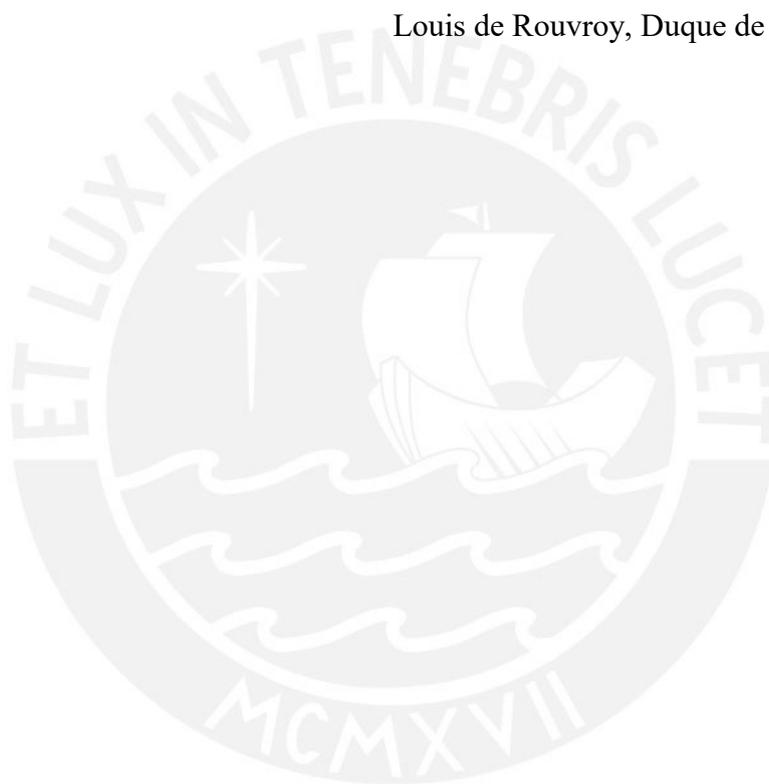
Al final de estas líneas no cabe sino agradecer a todas las personas que me han ayudado con su consejos, ideas y correcciones, la lista es larga y espero no olvidar a nadie. En primer lugar, a mi madre, quien siempre me animó y hasta me regañaba cuando no me aplicaba lo suficiente. Santiago Roncagliolo me animó a reiniciar mi proyecto aconsejándome darle importancia a la Guerra de Sucesión Española. Raúl Tola me ayudó con muchos consejos sobre la redacción. Mauricio Novoa fue un infatigable revisor de todas las sucesivas versiones de la novela. No debo dejar de lado a mis profesores de la maestría por sus muchas acotaciones, en especial Alonso Cueto y a mi infatigable correctora Giovanna Polarollo. Finalmente, a mi asesora Daniela Ramírez, quien siempre confió en mi proyecto y quien supo animarme en los momentos de duda. A todos les señalo mi enorme agradecimiento.



## EL SOL EN EL ZODIACO

*Hoy he conocido al príncipe de Santo Buono,  
recién llegado del Perú. Es muy  
agradable conversador. Me relató  
las peripecias casi increíbles de un viaje que  
fácilmente daría argumento para un drama.*

Louis de Rouvroy, Duque de Saint-Simon.



## EN EL NAVÍO NUESTRA SEÑORA DE LAS VIÑAS.

En medio del Caribe, las aguas grises de la madrugada iban cobrando tonos verdosos. En un tiempo sin límites, solo marcado por la espera y la angustia, una vaca agitaba sus patas en el aire intentando caminar sobre el vacío. Bramaba suspendida a veinte metros sobre el mar, entre dos fragatas desde donde los pasajeros la miraban con expectativa.

Sobre el castillo de popa, don Nicola Carmine Caracciolo, príncipe de Santo Buono y vigésimo sexto virrey del Perú, miraba con preocupación la realización de la maniobra: sabía que de su éxito dependía la vida de su hijo recién nacido. Intercambiaba comentarios breves con el capitán, quien lo escuchaba con atención, mientras asentía y transmitía sus sugerencias a los subordinados. En la cubierta pudo ver a sus otros hijos, a Marino el mayor, a Julia Quitería ya quinceañera, a Tiburcio adolescente, a Tecla y a Mila todavía niñas y a Flavio, rodeados por los “familiares” y su numeroso séquito. Dificultaba el trabajo de los marineros, quienes tropezaban con los curiosos y se enredaban entre los cabos. ¡Atrás, atrás!, gritaban ofuscados.

El príncipe hablaba lentamente, articulando palabras españolas con cadencia italiana y moviendo las manos casi como si fuera un lenguaje de señas. Las plumas de su tricornio se movían con el viento, ora a estribor, ora a babor, como las velas de un viejo galeón. De cuando en cuando agitaba su bastón de pomo dorado. En su brazo izquierdo llevaba un lazo grueso de seda negra y lustrosa como piel de castor, a manera de crespón. Al pasar cerca de él, los marineros bajaban la mirada instintivamente con una mezcla de superstición y respeto.

La vaca a duras penas había logrado avanzar unas escasas diez varas y los marineros ya se encontraban exhaustos. Si se asusta, dejará de dar leche y todo habrá sido en vano, pensó.

Desde el amanecer, los marineros habían intentado tender las jarcias entre las dos naves: el navío militar *Nuestra Señora de las Viñas* y la fragata *San Carlos*, también conocida como *El Triunfante*. Poco antes de que tocaran al *Angelus*, habían echado las suertes para ver qué grumete cruzaría a nado la mar brava con una cuerda liviana atada a la cintura. El capitán había informado al príncipe que la mar estaba movida y que era una empresa arriesgada. ¡Dos onzas de oro para el que cruce a nado!, gritó el príncipe para que todos lo oyeran. Los hombres voluminosos y tatuados dudaron. La recompensa era buena, pero

le tenían respeto al mar. Un muchacho desgarrado, que no debía tener más de quince años, se ofreció sin mucha convicción. Con el cabo delgado atado a la cintura cruzó a nado la distancia. Su cabeza apenas aparecía entre las olas bravas. Al poco se perdió entre las aguas y todos lo dieron por muerto. Uno de los marineros empezó a hablar de la mala racha. Era de esperarse: ese grumete esmirriado no tenía suficiente fuerza. Sí, los camellos, esos camellos a bordo, son los causantes de la *yettatura*. Algunas voces empezaron a secundarlo. Pero, de repente, el viento trajo gritos de alegría que venían de la otra nave y se vio cómo algunos hombres encaramados en la borda ayudaban a trepar al grumete desgarrado. Con el cabo fino que ataba a su cintura, fueron pasando otro más grueso y después otros dos más.

Un marinero viejo y tatuado, sentado en un barril, exclamó: *Buiza o Dio ¡che portento! un noble piange con affame, e una mucca voa sur nos, entre rosca y rosca, el mare volto en ira, a diz jouses de la arena gorda.*

Agarrado de la mano del príncipe, Flavio, su hijo, le preguntó: ¿qué dice ese marinero, *Attan*?

—Se asombra de que un noble lllore de hambre y de que una vaca vuele entre dos barcos sobre un mar picado.

—*Attan*, ¿qué lengua habla?

—Ninguna. Es así como hablan los marineros: recogen una palabra en cada puerto. No son de ninguna parte, hablan todos los idiomas.

Detrás de ellos, la voz del contramaestre sonaba perentoria: ¡Tirad! ¡Tirad! Empalmadle la boneta...

—Muuu, muuu —remedó Flavio, intentando llamar la atención de la vaca bermeja a pesar de la distancia. Desde la otra nave, el ternero angustiado respondía a su madre.

—¿Que sentirías tú, Flavio, si te mandásemos al otro barco amarrado como a la vaca?

—Cerraría los ojos y cantaría fuerte para no oír los gritos de la gente.

—¿Y si te cayeras al mar?

—*Attan*, tú me rescatarías.

—Pillete —le dice, mientras acaricia con tristeza su cabeza.

El príncipe escucha sobre el batir del mar el remudiar de la vaca que desde el aire llama a su cría. El maestro ordena: ¡Halen! ¡Halen!

La vaca ha quedado suspendida en el vacío, sobre el mar embravecido. Pareciera que ya nadie tiene fuerza ni para seguir jalando, ni para regresarla a la nave de partida.

—Un esfuerzo más, muchachos, una medida de ron por cabeza si me traen esa vaca hasta acá —gritó el contramaestre

Y la trajeron. Ni bien la vaca reposó sobre la cubierta, una de las criadas de la virreina recién fallecida pidió ayuda para ordeñar al animal. Acostumbrada a remendar encajes de su señora y planchar los bucles de sus pelucas, no tenía la más mínima idea de cómo ordeñar. Soy criada de escaleras arriba, decía. Solo sabía que, en el camarote acondicionado para los príncipes, un recién nacido lloraba famélico y estaba a punto de seguir los pasos de su madre...

El capitán ordenó al despensero distribuir el ron entre la marinería. ¡Bien hecho muchachos! ¡Se lo han ganado!

Flavio se alejó de su padre y atravesó el gentío que se reunía frente a uno de los camarotes.

\*\*\*

Después de atravesar la capilla ardiente forrada de negro, que olía a incienso y en la que todos se arremolinaban y rezaban jesuses, Flavio llegó al camarote donde su hermanito recién nacido, sin dejar de llorar, tomaba su primera mamadera. Era muy pequeño, más pequeño aún que el caballito que su mamá le había cosido mientras estaba en cama. Su hermana Clarita y las damas y criadas de la virreina trataban de besar y cargar a Flavio, pero él no se dejaba. Aprisionado entre los brazos de su ama Tadea, recordó cómo tan solo dos días atrás su madre lo había abrazado y le había dicho:

—Mira a tu hermanito: se llamará Alois, como el rey de Francia —y entreabriendo un atadizo de frazadas, se lo mostró—.

Parecía que su madre estaba bien, que se sentía contenta.

—Ya superé al décimo tercer hijo que tanto temía —le dijo, y le estampó un tremendo beso en la frente.

Pero no era cierto: mamá, a fin de cuentas, se había ido. Esa señora tapada de crespones no era su madre. Es alguien disfrazada de mamá, toda la cara está pintada y usa esa ropa tan áspera y rara que ella jamás se pondría. ¿Será que mamá se ha ido porque no me quería? ¿Dónde podrá haber ido? Esta noche, cuando todos duerman, la buscaré en el barco.

Flavio avanzó por los corredores oscuros del navío buscando a su padre, el príncipe. Al caer la tarde, luego de que se ordenara cubrir el fuego, el barco se volvía tan oscuro que la gente tropezaba entre sí. Buscó a su padre en la capilla, pero estaba vacía. No quiso mirar dentro para no ver el cuerpo de esa desconocida. Luego, uno de los mozos de cámara con el que se cruzó le indicó que había visto a su padre en el cuarto de las ventanas, en la popa.

En efecto, ni bien terminó la maniobra del traslado de la vaca, el príncipe debió hacerse presente en la capilla ardiente, el lugar donde todos se aglomeraban. A pesar de que habían retirado las separaciones de tablas para ampliar el espacio, era un lugar sin ventilación y olía a gente amontonada, a transpiración de muchos días, a partes pudendas restregadas con agua salina que cortaba el jabón, a ropas que se habían secado sin orearse, a alientos a comida ahumada o en salmuera, a vino rebajado con agua salobre, a madera humedecida. Era un olor penetrante que ya nadie parecía percibir, salvo el príncipe, que recibía una provisión extra de agua dulce y se enjuagaba todas las mañanas en extracto de bergamota preparado la casa de la *Vedova de Farina e figli*. Todos buscaban abrazarlo y decirle cuánto lo sentían. Se esforzaban por elaborar cumplidos complejos que generaban frases desatinadas. Incluso uno le dijo: esto no es nada, Excelencia, lo peor está por venir.

Finalmente, Flavio encontró a su padre en la cabina de los cristales y se dejó cargar. Mientras miraba el mar oscuro, cortado por momentos por la estela de la nave, le preguntó:

—*Attan*, ¿la vaca será ahora la mamá del bebé?

De un momento a otro, se transportó a esa noche en Nápoles, hacía ya catorce años, cuando el futuro se presentaba tan incierto y había que tomar muchas decisiones. Y, contrariando a Constanza, cabalgó hasta las cuevas del oráculo de Cumas. Dejó atrás las aguas mansas de Averno, una laguna que llenaba un cráter muerto y siguió hasta el paso estrecho que daba acceso al antro de la Sibila.

Recorrió las más de cien varas del corredor de grandes piedras que generaban un pasadizo triangular, en el que resonaba el gorjeo de las palomas. Recordó que, casi mil setecientos años antes, Virgilio había proyectado una expedición semejante, pero murió en el camino antes de concretarla. Al fondo lo esperaba una mujer, la adivina. Una estafadora que aprovecha la fama del lugar, había pensado. La mujer no parecía un ser irreal, ni siquiera era una vieja ahombrada, con brazos musculosos de estibador, tal como la había imaginado el pintor de la capilla Sixtina. Era más bien una mujer rolliza mal cubierta por unos trapos raros. Sus piernas estaban hinchadas y parecían tener várices. La puesta en escena parecía convincente. Pero cuando habló, su voz sonó muy ronca y se preguntó si no sería un hombre realmente.

—¿Dudas, príncipe? ¿Tardas en tus votos y en tus preces? ¿Qué buscas? —dijo ella con autoridad.

—Saber si debo aceptar o no un encargo que se me promete. ¿Qué es lo que debo hacer para mantener el esplendor de mi casa, que fundó Caracolo el bizantino? —y le extendió un exvoto y dos monedas de oro.

La mujer tosió. Parecía un graznido, y el eco de cien hondas galerías resonó alargando el ruido con sus rebotes. Del fondo del antro, una voz más clara que las otras pareció contestar. El príncipe sintió cómo el frío recorría su espalda.

*Revueltos tiempos vienen. Quien descuide su parra la conservará y quien la abone la ahogará. Durante veinte años sembrarás un sarmiento en cada tierra. Tiempos de confusión y de apuesta. La novia envidiará a la monja y el hijo a la madre. Sirviendo a un príncipe, destruirás a otro. Y a ti te digo inocente Orestes, que algún dios te asista, castigado por la sal del mar, solo el vuelo de una madrastra saciará tu hambre.*

El príncipe, con rostro triste y los ojos bajos, se quedó en silencio cuando ese recuerdo cruzó su memoria. Muchas veces preguntó qué significaba tal presagio y nadie lo pudo

descifrar enteramente. Ahora casi lo había olvidado, como quien desprecia un campo inculto lleno de abrojos y malezas. Abrazó con fuerza a Flavio y de sus ojos, fuertemente llorando, le contestó:

—Sí, Flavio, desde hoy esa vaca será la madrastra del pequeño Alois.



## PUERTO DE PAITA

A través del anteojo de bronce del capitán, el príncipe observó con detenimiento y curiosidad el perfil de una costa suave que imitaba la curvatura de un anzuelo. Al centro, distinguió la sombra que proyectaba la torre de la única —y aún inconclusa— iglesia, y rodeándola, las casas de quincha que desafiaban al mar en la playa misma. Un poco más allá, las balsas de cañas de los pescadores se secaban abandonadas al calor del sol del atardecer. No, no era lo que el príncipe esperaba. Al menos eso pareció cuando, por un momento, salió de su mutismo y, sin poder ocultar su decepción, dijo: *questi non sono davvero i castelli di Callao...*

El viento tibio despeinaba los mechones pegajosos de su peluca y quería desprender los encajes de sus mangas, las plumas de su sombrero. El cielo azul de los días anteriores se había vuelto gris y manchado, como un espejo viejo y mal azogado, y las ondas del mar se habían vuelto plomizas en consonancia. El puerto lucía vacío, poblado por una docena de navíos cuyos mástiles, sin velas, le parecieron álamos en invierno. Ante él no se abría el mar del Callao, ni sus murallas presuntuosas, ni sus siete iglesias, ni la guarnición formada para saludar al comandante general de la armada del Mar del Sur. El príncipe sintió cómo la tristeza lo invadía. Siempre había fantaseado en cómo sería su recibimiento en la sede de su virreinato, Lima. Una ciudad en donde pavimentaban las calles con plata para recibir y halagar la vanidad de sus virreyes. La ciudad de las tapadas y los criollos presuntuosos. Una urbe que podía costear treinta días seguidas de fiestas cuando nacía un príncipe de la casa real. El lugar desde donde se gobernaba toda la América del Sur.

Pensó con melancolía en las horas que habían pasado él y Constanza leyendo descripciones acerca de Lima, sobre sus casas, cada una tan grande como un palacio, recubiertas de adornos, mesas y lámparas, todos exquisitamente modelados en plata de alta ley, de jarrones y tibores de la China, de tapices de Flandes y de todo aquello que reuniera a un mismo tiempo la esencia de la belleza e inutilidad. Sobre su clima tan dulce que hacía innecesarios tanto los abrigos como los paraguas. Acerca de sus suelos tan fértiles que las frutas abundaban en todas las estaciones, de las entrañas de su tierra en la que se acumulaban tesoros incalculables.

En todo eso pensaba mientras cerraba los ojos. Cuando los abrió, pudo comprobar que había arribado a Paita: una bahía tranquila que solo resguardaba las naves de las corrientes

australes. Un poblado de casas de caña en el que, a falta de otros sucesos de interés, aún se recordaba el fuego y las tropelías cometidas por el corsario Strong treinta años atrás. Ahora el puerto tenía gran actividad, estaba bien abastecido y se decía que sus habitantes eran muy prósperos: no en vano se le consideraba el segundo puerto del país, pero su aspecto provisional distaba mucho de demostrarlo.

Solo cuando la *Peregrina del Congo* enarboló las banderas reales, vio cómo varios barquichuelos se animaron a dejar las playas de Paita. Eran balsas planas hechas con enormes cañas reunidas, impulsadas por un solo remero con un movimiento que al príncipe le recordó el contenido esfuerzo de los gondoleros. Por uno de los pescadores la comitiva se enteró que no se esperaba la llegada del virrey, que no había ninguna autoridad en el puerto y que el contador real —el único oficial residente— había regresado a Piura, donde vivía el corregidor don Juan Murga. Solo el cacique Lupú, vestido a la española con prisas, con sombrero ancho de paja y un cuello valón de encaje que no llegaba a disimularle del todo un tumor venéreo, se animó a saludar al nuevo gobernante. El príncipe se incorporó de la silla en la que lo tenía postrado la *podagra* y, apoyado en la borda, saludó con parsimonia al cacique, en un castellano que sonaba a napolitano. Hablaba despacio, más por reafirmar su importancia y añadir solemnidad a sus palabras que por sus trabas con el idioma. Pronunciaba marcadamente, entrecerrando los ojos verdes, a los que la travesía había robado el brillo y su última reserva de voluntad. Con hastío retiró la mano cuando Juan Nepomuceno Lupú intentó besársela en señal de respeto y dio por terminada la entrevista.

Desde la muerte de su esposa en aquel lugar indeterminado, en el medio del océano, a unos seis días de viaje de Cartagena, el príncipe se había enfrascado en un empecinado silencio, silencio que lo sumía en hondos y poco felices pensamientos y que dejaba a Marino, su hijo mayor, su heredero, la tarea de interpretar su voluntad. Quizá ese fue el comienzo del fin, porque Marino, apropiándose de la facultad de intérprete de los deseos de su padre, se acostumbró a ejercer su propio imperio a tal punto que dejó de tomar en cuenta las verdaderas intuiciones del príncipe. Si bien su padre —así lo había percibido últimamente— pecaba de cierta pusilanimidad y parecía haberse impuesto el precepto de decir a todo que no, para arrepentirse y luego decir a medias que sí y al final terminar quejándose por los resultados, las decisiones impetuosas de Marino carecían de la sutil eficacia conferida por la experiencia y una cautelosa navegación en los mares convulsos de la sucesión española.

Hasta entonces nada había hecho sospechar al príncipe la profunda transformación del muchacho. Desde la partida de Cádiz se había mostrado como un joven impulsivo, pero controlado por la siempre vigilante mirada de sus padres. Gastaban tantas preocupaciones porque era evidente que en él recaería el destino de la casa de Santo Buono. Por eso, a sus casi veinte años, había sido ya nombrado duque del Castell di Sangro. Sin embargo, la princesa no dudaba en someterlo, como a todo aquel que la rodeaba, a su inflexible voluntad.

Por esos tiempos, sus andanzas no habían pasado de provocar alguna malquerencia entre los integrantes del séquito, seduciendo a las esposas jóvenes o a las hijas casaderas, barrabasadas que el príncipe censuraba con cierta nostalgia. El príncipe reconocía en Marino el espíritu fresco de un joven que enfrentaba con desenfado la aventura de llegar, como primogénito del virrey, a un país de leyenda, con ganas de hacerse de un futuro en la corte. Así, tomó como algo normal sus extravagantes celebraciones a bordo, que acababan con el asalto a las barricas de vino de la bodega o con la insólita pesca de tiburones, en la que compitió permanentemente con su concuñado, el conde Bena de Maserán, y sus deudos Domingo y Fabricio Ruffo, con quienes había inventado ingeniosos anzuelos que servían tanto para pescar a los despiadados escualos como a las mozas incautas que admiraban sus trofeos.

Durante la larga espera para desembarcar de la *Peregrina del Congo*, el príncipe contempló cómo sus hijos menores se entretenían viendo a los carpinteros del puerto de Paíta deslazar una embarcación y atraerla a la orilla, halándola de su cabrestante para voltearla como una ballena enferma y dejándola con el vientre al descubierto. En fogatas calentaban la brea y el *copey*, con los que calafateaban las maderas podridas por la carcoma y embadurnaban las jarcias y los cabos. Vieron a los pescadores vestidos de azul con sombrerito cónico recoger sus redes. Y a sus mujeres, caderas redondas y piel embetunada, esperándolos en tierra.

El príncipe era consciente de que ahora la formación de sus hijos dependía enteramente de él. Se sintió abrumado por ese solo pensamiento. Constanza, ¿quién se ocupará de disciplinarlos? Él solo les prestaba atención cuando salía del absorbente mundo de sus escritos, sus lecturas, sus obligaciones de Estado. Y solo sabía compensar su ausencia con frecuentes y llamativos regalos, abrazos y amnistías, pero detestaba descender a los oscuros entresijos de la formación de una disciplina diaria, con una compleja economía

de premios y reprimendas juiciosamente repartidas. El tiempo le había enseñado que detestaba mandar y, más aún, comprobar la eficacia de sus órdenes. Siempre había preferido dejar esa extenuante rutina en manos de Constanza, quien la administraba como un don natural sobre los hijos, los sirvientes, los allegados, y —debía aceptarlo no sin alivio— sobre él mismo.

Pero ahora habían desembarcado en Paita, con pocos alojamientos adecuados para todo el séquito: la familia, los obispos, los ministros, los allegados, los criados y sus familias, los sirvientes. Un pequeño ejército llegado de improviso. Pero ni aun los que consiguieron buenos lechos pudieron dormir bien, acostumbrados como estaban al cabeceo del mar.

El día trajo malas noticias: el recaudo urgente de ciento cincuenta mil pesos que el príncipe había pedido desde Panamá para distribuir entre su parentela aún no había llegado y quedaba por delante la azarosa travesía de casi doscientas leguas por tierra, que aún los separaban de la capital del virreinato. No había mulas suficientes; una parte del séquito debería esperar. El trayecto desde Panamá había sido un desastre, casi tan funesto como el resto del viaje. *La Peregrina del Congo*, una fragata de tres palos y de dudoso mantenimiento, había resultado un navío inapropiado y su capitán, un marinero ineficiente. Pero fue lo único disponible cuando se comprobó que la flotilla del Mar del Sur nunca se haría presente en Panamá. Se decía que el navío San Francisco había quedado averiado en el puerto de Arica. Hubo que improvisar. Durante la travesía, una vía de agua que anegaba las bodegas y el temor a los corsarios, que plagaban la zona, los llevó a preferir la vía terrestre a la lentitud y el peligro de la navegación hasta un ya casi inalcanzable Callao.

Resultaba frustrante que, después de doscientos veintiocho días de viaje, aún no fuera visible su destino, aunque para el príncipe todo había acabado el veintitrés de diciembre de 1715: Constanza. Nada de lo sucedido después tiene ya importancia. Se trata solo de demoras, de contratiempos, de juegos del destino por mantenernos lejos, se decía sin ningún aliciente por reconquistar los dominios de su existencia. Qué importan ya el viaje, los meses a bordo, la sed, la incomodidad de los camarotes estrechos, los peligros de la navegación y los movimientos de la mar gruesa. Qué valor tienen los tres años de planes e ilusiones, los quince años de cuidadosas jugadas en el mundo de la alta política. No, sin duda ya nada importa, y sé que solo ignorando las burlas del destino podré burlarlo.

Casi una semana más tarde, el príncipe pudo ver la larga caravana de camellos y mulas que avanzaba a paso cansino aún antes de salir de Paita. A poco de abandonar el puerto, los bosques de algarrobos y las cabras fueron desapareciendo. Al atardecer, cuando las sombras de los dromedarios se alargaban hasta volverse irreconocibles, el séquito se internó en las ardientes arenas del Sechura. Con las últimas luces del sol creyó adivinar un desierto tan extenso que los judíos hubieran podido demorar cuarenta años en cruzar. Le habían contado que era un desierto tan extraño que, dependiendo del año, podía convertirse en una laguna tan larga y profunda que debía ser atravesada en balsa.

Pero habían tenido suerte: ese año no habían sonado los ríos prepotentes ni las aguas destructoras que arrasaban sembríos y cubrían ciudades enteras de lodo, y los camellos olían la arena reseca y parecían sentirse en su elemento, olvidando los días a bordo, el cruce por las ardientes selvas del istmo, la espera interminable en la costa pacífica, que los postraron al punto de que los marineros que los cuidaban hacían preparativos para salar sus carnes y echar sus osamentas por sobre la borda. El príncipe pensó que el anhelado proyecto de que se multiplicasen y sirviesen para cubrir la ruta del desierto volvía a ser ahora posible. Sin embargo, nadie supo montarlos y quienes lo intentaron resultaron pateados o con escupitajos que los dejaban con tal irritación los ojos y erupciones en la piel que solo fomentos —que contenían los excrementos de los mismos dromedarios— podían aliviarlos.

Un indio debió conducirlos todo el camino alejados de las recuas de mulas que se impacientaban y se empacaban por la cercanía del olor de los camellos en la oscuridad. Pudo ver desde su litera a todo el grupo de caminantes, de recuas de mulas cargadas de equipajes, de hombres a caballo, de mujeres y muchachos llevados en sillas a espaldas de pongos, y junto a la suya, las literas de sus hijas y de los tres obispos que aun los acompañaban. Eran literas suspendidas por gruesas cañas de Guayaquil cuya flexibilidad ayudaba a suavizar el ritmo de los esclavos guineos que las cargaban por el camino. Avanzaban callados: aunque los portadores suelen cantar para acompañar el avance, el príncipe había pedido encarecidamente que se guardara absoluto silencio, un silencio que solo lo rompía las llamadas al Ángelus y el rezo del rosario.

Aunque viajaba recostado, el príncipe llegaba en tal estado de extenuación a cada posta que su médico, el doctor Bottoni, temiendo por su salud, le hacía tomar muchos líquidos amenazándolo con recetarle sangrías y cataplasmas. Eran tales sus sudores que

sospechaba tercianas y empezó a administrarle polvos de la chinchona. Durante todo el trayecto, las cortinas de la litera principal permanecieron cerradas y nadie pudo ver al príncipe; pero si los caminantes prestaban suficiente atención, podían escuchar retazos de sus conversaciones con Constanza que luego comentaban en grupos pequeños con discreción —y no sin cierta inquietud— a la luz de las fogatas.

Después de la villa de Mórrope, el camino, bajo la luz azul del amanecer, se volvió tan desvaído, con los vientos que borraban los rastros y barrían las dunas, que por momentos el guía se perdía y debía desmontar para oler en la arena los orines y el estiércol de las mulas que por allí habían pasado.

El corregidor de Saña, don Bartolomé Rondón, preparó un gran agasajo. Quería evitarse el bochorno del corregidor de Piura, que no tuvo la oportunidad de preparar un recibimiento y a lo que más pudo aspirar fue a disponer de algunas mulas para el transporte. El virrey declinó todas las invitaciones y convites.

—No he de asistir a festejos de corregidores a los que cesaré ni bien llegue a Lima —dijo terminantemente.

Como no atinó a prohibir las celebraciones, su parentela se vio envuelta en las diversiones que años más tarde muchos dirían, ante los jueces de la residencia, que habían llegado a extremos escandalosos. El valle era abierto, fértil y de clima templado —no en vano llevaba la denominación de Santiago de Miraflores de Saña— y los viajeros fueron bien acomodados en casas amplias y suntuosas de la villa. Tenía cinco conventos con edificios que hacían recordar al estilo gótico de la península. El de San Juan de Dios había sido construido tan grande y rico que en las épocas doradas de la ciudad no encontraba indigentes suficientes para darles albergue. Para el príncipe —y pronto nuevo virrey— fue el primer lugar en el que se había sentido cómodo desde su desembarco.

La comitiva fue recibida con repiques de campanas, y toda la población blanca y negra —que era mucha— salió a recibirlos. El corregidor lo había planeado muy bien: quería mantener al virrey el mayor tiempo posible en su provincia y así interesarlo por la situación de la villa de Saña que, de ser considerada por su exuberancia, sus maderas finas y sus minas de oro y plata, como *el pequeño Potosí*, andaba ahora muy decaída después de los saqueos a los que la había sometido el pirata Davis.

En esos tres días de banquetes, de corridas de toros —ante los que el príncipe sentía tanta aversión como el propio Felipe V— y de agasajos, el corregidor pensaba convencer al virrey de que otorgara una serie de exenciones y privilegios a la antes próspera villa, que rivalizaba con Trujillo en la principalía de la región. Quería comprometerlo a engrandecer los templos y conventos según las liberalidades del vicepatronato que tenía entre sus funciones; proponerle un proyecto muy personal para beneficiar el mineral argentífero con concursos de mitayos que el virrey asignara y, finalmente, reabrir el puerto de Chérrepe, que, aunque bravo y traicionero, serviría para agilizar la extracción y el transporte del mineral.

El virrey encontró las ideas muy juiciosas, aunque impracticables; y asistió a las actividades protocolares, pero se disculpó por no acudir a las celebraciones. Encomendó a Marino el deber de representarlo en todos los convites, bailes y corridas de toros, que se programaron con abundancia de chicha servida en *poto* y aguardiente de Nasca y Palpa, de vinos finos de Moquegua y del Cusco. En su alojamiento, el príncipe pudo escuchar una y otra vez la narración de cómo el flamenco Davis, despreocupado por la tardanza en la preparación de la flota limeña que lo habría de perseguir, había logrado el apresamiento de dos navíos: uno que llevaba ropa de España y otro que trasladaba trescientos esclavos al mercado de Lima. Y cómo luego había mantenido sus naves escondidas entre las brumas frente al puerto de Chérrepe, desembarcando a sus hombres de noche para avanzar sobre Saña tomándola por sorpresa.

Los relatores no omitían ninguna atrocidad ni desperdiciaban recurso histriónico alguno, pretendiendo infundir al ilustre visitante el temor que habían sentido en esos días aciagos. Dueño de Saña, el pirata fue saqueando con meticulosa eficiencia las casas, las iglesias, los conventos, tomando de rehenes a doncellas casaderas, a monjas cenobitas y a codiciosos frailes tesoreros; exigiendo recompensas por liberarlos y no entregarlos a la concupiscencia o la venganza de su tripulación. Se pagaron cupos para evitar que quemaran la fábrica de sus templos, profanaran las hostias, degollaran los ganados finos. Mientras oía la narración, el príncipe, inquieto, recorría el salón de los Montes de Oça pensando qué podría hacer. Sabía que la preparación de la flota podía tardar meses — incluso años— y solo sintió indignación por la ineficiencia de los defensores, que debieron haber protegido el territorio con más coraje.

En aquellos días, Davis se había expresado con libertad: les contó a sus prisioneros que pronto navegarían hasta Lima, depondrían al virrey, tomarían el gobierno y liberarían a los esclavos, que serían sus aliados. No, eso no puede ser. ¿Estaría una escuadra de piratas ingleses u holandeses en capacidad de ejecutar una estrategia tan arriesgada? ¿Y los castillos del Callao, el conjunto de fortalezas más importante del Pacífico, ya no servían de nada? Muchos decían que los esclavos habían colaborado activamente señalando a los piratas los escondrijos donde sus amos tenían sus valores y las rutas de por donde podrían huir. Así, los esclavos de Saña sumaron a su mala fama de libertinos, nefandos y paganos la de levantiscos y traidores. ¿Serían los negros de Saña peores que los de Lima? ¿Serían capaces de levantarse si llegaran los piratas?

Fue en esos días cuando el virrey empezó a concebir una idea que parecía afebrada pero que podría tener buenos resultados: poner la defensa del Mar del Sur en manos de los corsarios franceses. El cura terminó de contarle al virrey que, si no hubiera sido por las reliquias de santo Toribio, la presencia de los piratas habría sido mucho peor. ¿Peor? ¿Es que cabría algo peor? ¿Peor? ¿De qué me habla este cura bellaco?

Cuando las funciones oficiales terminaban, comenzaban los festejos y saraos, que se prolongaban hasta muy tarde, con bailes, cenas y bebendurria. Al final de esa noche, el músico Ceruti, intrigado por la fama de los esclavos locales, condujo a Marino a los caseríos de Saña, donde los esclavos realizaban sus propias celebraciones al compás de instrumentos inverosímiles. Usaban quijadas de burro temblorosas, el golpeteo en cajas tocadas como tambores y el repique de sonajas. Las mujeres, medio desnudas, bailaban al compás de ritmos primitivos que inquietaban al joven duque, mientras Roque Ceruti se dejaba impresionar por las acrobacias con las que mostraban sus habilidades los danzantes. Al siguiente día, los esclavos comentaban asombrados la llegada de los dos forasteros.

—Te lo digo yo, ño Goyo. Anoche casicito me atoro cuando comía el chicharrón de burro. ¿Qué veo en medio de noche? Como aparecidos a dos señorones. Vestían raro y decían pa verno bailar. Pensé que era treta del Cachafaz. Se me metió el miedo, pero al rato alguien dijo que era el hijo del virrey. Seguimos cantando, pero bajito nomá para que la bulla no se fuera a la casa grande, donde la fiesta ya había terminao. Pero el bailongo se volvió armar, y ya no importó si venía el cura de Rafán o si se despertaba el mayoral. El otro nos dijo que era músico y nos preguntaba si eso que tocábamos era una saña o un

panalivio, y si podíamos cantar una cumanana o un tondero. Y los músicos no contestá, ellos tocaban nomá. Y cuando le gustaba lo que oía, pedía que lo repitiéramos, incluso agarró la quijada y se puso a seguir el golpeao, y hablaba en otra lengua con su amo. Y tomaron del cañazo que le servíamos y más tarde hasta probaron del adobo de gato, aunque no le dijimos qué era. Después, su mercé se puso a bailar, que parecía calenturiento, que aún era maltón y se le iban los ojos por las negras y parecía que arreciaba, y cuando ya se acercaba el amanecer, el muchacho se había desaparecido y fue la Asunta la que estuvo de merecer, que es negra carabelí muy guapa y en su cuarto sobre colchón de panca seca estuvo revolcándose con ella, en cuatro patas, lamiéndole su panal meloso como un perro alunado, como poseído, que a esa hora se le pasaron todas las ínfulas y se portó como hijo de Adán, que al final todos blancos y negros estamos hechos del mismo barro y las mismas tentaciones. Pero de madrugada, el músico adulón fue a llevárselo pa que no lo viera naidés. Y despué unos negros me dijeron que el músico les había metido la jeta y les tocaba las malas partes y que ellos se dejaban por temor de no saber qué hace ante tanta nefandía...

Durante tres noches, Marino y el músico intentaron imitar con regocijo los obscenos movimientos de sus danzas y las cadencias de sus ritmos. El maestro Ceruti apenas podía poner freno a sus celebraciones para tener tiempo de aparecer presentable en los almuerzos del príncipe, cuando aprovechaba para pasar revista a sus allegados y familiares. Mientras tanto, Roque Ceruti se alegraba de haber descubierto el gusto arrabalero de Marino: ya sabría manejar esa carta para ejercer su influencia sobre él.

En el pueblo de Paiján se unió a la comitiva el corregidor de Trujillo, don Andrés de Bergara, quien avisado de su proximidad y de la ostentación de las celebraciones en Saña, deseaba superar en todo a su predecesor. No estaría mal que el virrey, en agradecimiento, alargara su encargo, ya próximo a expirar.

El príncipe vio cómo la caravana atravesaba un mar de caña dulce que inundaba el valle, prácticamente hasta las puertas mismas de las octogonales murallas, que al decir de sus habitantes protegían a la ciudad de Trujillo no tanto de la codicia de los piratas como de las ansias de tierras de los propietarios locales. El príncipe fue recibido en la ciudad y una vez más manifestó su negativa a sumarse a las festividades. Una multitud de calesas salió a recibir al cortejo y lo siguieron por la calle real que llevaba a la plaza de armas. Era una ciudad de importantes terratenientes que vivían en palacios de balcones a media altura y

rejas primorosas. Sus iglesias, muy arregladas, señalaban la riqueza de sus prebendas. El príncipe aceptó participar en el *Te Deum* vestido de luto cerrado, lo que causó el asombro entre propios y desconocidos, pues a unos les pareció que el viaje lo había envejecido diez años, y a otros que no pasaría mucho tiempo antes de que se tuviera que recurrir nuevamente al pliego de la mortaja.

El príncipe se retiró sin entablar diálogo con nadie. Sus allegados no tuvieron empacho en aceptar una vez más las cortesías del corregidor, y fue allí donde Marino, según muchos coincidieron posteriormente, recibió muchas propuestas de negocios que lo favorecerían. Su padre se había dado el tiempo para instruirlo acerca de los límites muy sutiles que separaban lo incorrecto y lo ilícito.

—Recuerda, Marino, represento al rey, y vengo a reformar este país, a poner en cintura a estos criollos veleidosos y a terminar con sus prebendas y negociaciones.

Pero tomando unos tragos espumosos que los criollos preparaban con aguardientes, era increíble la facilidad con la que, al poco de hablar, ponían sobre la mesa asuntos en los que era difícil dilucidar las fronteras entre lo medianamente delictivo y lo abiertamente criminal. Duque, reciba estas cadenas de oro puro como recuerdo de nuestra amistad. Tome estos quinientos doblones como anticipo de nuestra naciente sociedad. ¿Aceptaría un censo al cinco por ciento? decían los funcionarios y comerciantes, deseosos de ganar, a través de él, el favor de su padre.

Fue en esos ágapes donde el entorno de virrey se percató de quién llevaría la voz cantante en los próximos años y empezaron a mudar sus lealtades según soplaban los vientos.

Entre colaciones y refrescos, Marino aprendió a dejarse llevar por las argucias legales del mayordomo Torelli. No consienta ni deje nada por escrito —seguía los intrigantes consejos del abate Barbieri—. Enfrente a los postores para que suban el precio hasta lo más alto y recién entonces prometa una gracia. E hizo caso a los sugestivos negociados del caballero mayor, Virgilio María Grita. No se proponga metas muy altas: apunte a los abastos de la ciudad, los monopolios de la carne, el cebo, la cera y la sal, así pasará desapercibido. Marino, deslumbrado, aceptó todo tipo de generosas erogaciones, sin pensar que pronto debería responder por ellas.

—Y aún falta ser recibidos en Chancay, Casma y Huaura —se decía, pensando en lo mucho que había aprendido en el recorrido.

—Siete palacios y un millón de súbditos —dijo, señalando al arenal el anticuario Castillo—. Se enfrentaron al inca y hubo incalculables muertos. Unas leguas más allá se extiende un campo interminable donde quedan restos de la batalla.

Algunos miembros del séquito del virrey rodearon al buscador de antigüedades. Don Luis del Castillo ha pagado un derecho, el *asiento*, que le permite explorar esa huaca como si fuera una mina. Es aún muy joven, pero se ha pasado su vida explorando el arenal, recogiendo restos de los gentiles. Al principio lo hacía por encontrar tumbaga y plata, pero ahora lo hace por gusto personal, aunque le cueste de su bolsillo. Se pasa las tardes contemplando las vasijas y curiosidades de la colección que ha ido recogiendo: lagartijas de plata, estrellas de piedra, morteros y restos de textiles. Tiene a unos indios que excavan seis días a la semana en las ruinas de los paganos para él; el séptimo día lo hacen para ellos mismos. Los lunes le venden sus hallazgos por unas cuantas monedas.

El asentista Castillo guía a los hijos del príncipe por los corredores laberínticos, la cisterna hundida, las casas de los guardias, la muralla que se desmorona. Quiere mostrarles la momia que apareció esa mañana, un cuerpo envuelto en ricas telas rodeado de cántaros negros como carbón.

—Se enterraban con sus riquezas, y en cántaros les ponían alimentos para el más allá —afirma—. Alguna vez sembramos una de esas semillas y floreció una planta después de trescientos años.

—¡Infame hechicería! —exclamó el cura doctrinero que los acompañaba. Castillo les muestra los relieves de las paredes, aves, peces y ondas del mar.

—En su día fueron construcciones muy lujosas pintadas de colores vibrantes y con techos de carrizos muy adornados, vivían como grandes señores.

El príncipe recorre los palacios del rey Chimo, pero su pensamiento está muy lejos. ¿Algún día los muros de Bucchianico, de Castell di Sangro, de San Giovanni a Carbonara estarán así de derruidos? Recuerda el adagio: *un príncipe desarmado es un león muerto*. ¿Buscarán los curiosos en los pavimentos, monedas, medallas, trozos de telas y fragmentos de porcelana de entre los escombros? ¿Profanarán sus recuerdos como hacían

los humanistas del Renacimiento con los restos de los romanos o como hace el anticuario Castillo con los restos de estos idólatras? ¿Fueron acaso estos reyes gentiles tan grandes señores como los de Bizancio? *Una higuera estéril desperdicia el campo, tanto como un príncipe inútil echa a perder el trono*, recita de memoria. Hoy no queda quien se descubra ante su presencia ni se asombre de su obra. ¿Robaron estos príncipes el futuro de sus hijos?

—Y dígame, Castillo, ¿es que acaso estos laberintos se hicieron para encerrar bestias como el Minotauro?

—Quién sabe, Excelencia. En algunas de las huacas han encontrado relieves de monstruos espantosos, garras y colmillos de león y cuerpos de langosta, de un aspecto muy temible. Recuerdo que al verlos de niño por primera vez me causaron muchas pesadillas. Eran reyes tiránicos, en sus piedras he visto cómo entregaban a los prisioneros al furor seccionador de sus sacerdotes, que los sacrificaban. Fueron indios muy idólatras, el maligno no ahorra maquinaciones para engañarlos.



## LA HUERTA DE LA CONDESA

Al décimo octavo día de su llegada al Perú, la comitiva se alojó en la huerta de los condes de Santa Ana de las Torres. Era una chacra situada en las afueras de Lima, donde descansaban los virreyes antes de su entrada. El príncipe pensó que la casa era demasiado grande para llamarla *chacrilla*, pero le explicaron que era debido a que servía como casa de recreo. Era agradable, a pesar de no tener tejados y estar cubierta con caña y barro. *Pero habráse visto el estado en que llega, príncipe. No se preocupe, acá podrá descansar a su antojo, su viaje ya ha acabado.* Pasa las tardes en la larga galería, donde podía recibir el fresco de la tarde, aunque el clima es engañoso: el límite entre el refrescarse y el enfriarse es muy sutil. *Es el frío húmedo de Lima, príncipe: nunca llueve, pero en cambio tenemos estas nieblas bajas casi todo el año. Venga al salón, donde lo tendremos más abrigado.*

Al príncipe le gustó que el interior de la casa sugiriera la mano de una mujer que se había dedicado a arreglarla con gusto. Se habían preocupado por traer muebles lujosos, porcelana china, tapices flamencos, y para suplir todo lo demás, la condesa prodigaba sus atenciones. *Verá cómo estos champús agrios quitan el frío de los huesos.* Sus maridos debieron ser hombres muy felices —pensó para sí el alojado principal—. *¿Una copita de oportu, príncipe? Ahorita le hago acercar el brasero para que no se enfríe, en setiembre los vientos son helados aún.* Vio que era una mujer vivaz, joven y ya viuda por segunda vez. Había oído que a los catorce años enviudó de un oidor anciano; después pudo ver el retrato del difunto segundo esposo oidor afortunado, heredero del oficio, del beneficio, de la condesa. *Juan Fernando era un amor, nunca me recuperaré de su pérdida, mis ojos no se cansarán de llorarle. Gracias, príncipe, por el pañuelo, por sus palabras de consuelo.* Pudo apreciar sus caderas firmes que denotaban que aún no había sido madre, y que sus ademanes demostraban que no quería seguir siendo viuda por mucho tiempo. *¿Ha probado el dulzor de la chirimoya, príncipe?* En la huerta florida, el príncipe pudo solazarse con la miel de la chirimoya y de todos los frutos que se le ofrecían. *Pero, príncipe, creo que lo busca su hija...*

Julia Quitería, la hija del príncipe, mira a la anfitriona con desconfianza. No aprueba que lo lleve a la huerta a mostrarle los frutos del país, ni que de su mano le haga probar la dulzura de las lúcumas y los mameyes, que llore para que el príncipe le enjague las

lágrimas. No dice nada, porque ha notado que los cuidados y el descanso han mejorado la salud de su padre.

Julia Quitería, a sus quince, años se siente abrumada. Desde que llegaron a Cartagena todas las responsabilidades han recaído sobre ella, en especial el cuidado de su hermano de días y, dentro de poco, el gobierno de la casa del virrey. Desearía que su hermana Clara Irene estuviera con ella, que no se hubiese casado con ese estúpido marqués de Crebascone. *Crevencour*, como se hace llamar ahora que está de moda todo lo francés. Ya se ocupará él de hacerla infeliz con sus amoríos y correrías. El día de su boda apareció más emplumado y enjoyado que la novia misma. Hasta el día de su matrimonio, Clara Irene y Julia Quitería no se habían separado nunca. Habían sido alumbradas el mismo día, en Bucchianco, antes de que su padre empezara su vida en la corte, vida que tantos disgustos había traído a la familia. Nació Julita, y cuando la princesa empezaba a respirar aliviada, sintió que los dolores le volvían de golpe. Entregó a Julia y volvió a la labor de parto, por lo que se consideró a Clarita como la hermana mayor. Su madre nunca más la volvió a mirar con ese mismo amor. Esos minutos de diferencia condenaron a Julia, pues señalaron en efecto que Clara, considerada hermana mayor, tendría prerrogativas especiales sobre su melliza, y finalmente sería Clara quien debería ser desposada por Crebascone.

A Julia Quitería no le interesó que su hermana se casara con el favorito del rey, ni que su padre se quedara endeudado de por vida con la dote de su melliza. No tuvo ninguna envidia de que el monarca y su mujer presidieran la ceremonia ni que le dieran como regalo de bodas un marquesado. No, Julia lloraba porque desde ese día no dormiría más con Clarita, y que la situación solo empeoraría a partir de allí, porque su padre a poco le dijo: te casarás en Lima con un comerciante ambicioso o en Potosí con un rico minero que te cubra de joyas y de plata: el matrimonio de Clara Irene había dejado perjudicado el patrimonio de la familia, a pesar de que aún no había pagado los sesenta y dos mil pesos de dote pactados según el contrato *propter nuptias*. Que debían vender ese marquesado rápidamente y a buen precio si se quería honrar esa deuda. Y habría que buscar al criollo apropiado que aceptara un matrimonio ventajoso con una dote moderada o Julia Quitería acabaría como sus hermanas menores Enriqueta, Josefa, Tecla y Millia, camino de los tornos y locutorios de la clausura.

Qué más da, prefería acabar en un monasterio que, aprisionada en un mediocre matrimonio de provincia, lejos de Clara, de su padre y de sus hermanas. Solo mamá me quería. Que me encierren ya, donde las monjas de Nuestra Señora de la Consolación, o con las Encarnas en su monasterio nuevo, o con las san Juanistas del convento de Salinas de Añaña. Ella se dedicaría con esmero al rezo de los maitines, las laudes, las vísperas y las completas. Haría los ayunos y cumpliría con la abstinencia, se sometería a los rigores del cilicio y los azotes, siempre que la dejaran tocar el violín y el clave como le había enseñado el maestro Roque Ceruti. ¿Qué más da? ¿No es como levantarse a maitines tener que atender los llantos de Alois en la madrugada? ¿No es como la esclavitud del coro tener que vigilar el orden de la casa del virrey? ¿No es ser una monja fungir de madre sin haberse casado, ocuparse de sus hermanos? ¿No es una clausura que la dejen olvidada en una casa oscura de Potosí para librarse de ella y poner a salvo las finanzas de la familia? ¿No goza acaso con privarse de alimento hasta desvanecerse? ¿No es peor que el cilicio y los azotes hacerse cortes en sus partes pudendas? Que si la casan sea con un viejo chocho, decrepito, como el conde de Cellamare, con tanto deseo como un crucificado de yeso, que la deje en paz con sus libros y su violín y no la importune con sus escauceos y acechanzas y amantes e infidelidades. Que la manden a una ciudad de la frontera, donde los indios bravíos secuestran a las mujeres y las hacen sus esclavas y las someten a todos los ultrajes. Todo esto lo desea, porque nació veinte minutos antes que su hermana, y no le está dado desear nada en el mundo para ella.

## LA PORTADA DE LIMA

El príncipe apenas pudo conciliar el sueño: finalmente era el cinco de octubre de 1716 y todo Lima esperaba su entrada en la ciudad. Partieron de la chacra de Santa Ana en una berlina de cuatro mulas. Desde la calesa vio cómo los precedía una larga fila de arcabuceros a caballo, con los morriones adornados de plumas coloradas. Todos llevaban una banda carmesí y se anunciaban a su paso con clarines. Los aires marciales, los uniformes, la alegría de la gente lo emocionaron. Los seguían una serie de carruajes con sus hijos, sus parientes, sus allegados. A media mañana logró distinguir el Óvalo de la Reina. Era una explanada abierta frente a las murallas de la capital, sin nada que hiciera recordar una plaza, a no ser por una doble fila de sauces jóvenes que la contorneaban. Aquella mañana lucía llena de banderolas, cintas y aderezos. Entre la multitud, anticucheras y turroneiros ofrecían sus productos a los espectadores reunidos desde el amanecer.

La condesa viuda, vestida como una virreina, acomodó en el carruaje el guardainfante de varillas que daba vuelo a su falda celeste acerado como sus ojos. *Acérquese a la ventana, príncipe, así lo verán mejor. Enderece su sombrero, que se le chorrean las plumas. No. Sí, mejor así.* Sabe que, de no ser por ella, no hubiera podido solucionar los problemas de su indumentaria. *Príncipe, que empiece a avanzar la comitiva o no llegaremos nunca a Lima.*

La condesa, al enterarse de la tragedia de los baúles del príncipe, de sus costosos trajes anegados en el fondo de una bodega hedionda de navío, sabiendo que debía imponer el tono y enseñar cómo viste la corte, llamó a los mejores sastres de la ciudad para que solucionaran sus carencias. Uno tras otro le fueron diciendo que no había tiempo de hacer un traje nuevo, quizá porque estaban muy ocupados preparando la vestimenta de todos los nobles, acaso porque los frívolos limeños habían acabado con las reservas de telas vistosas, tal vez porque verdaderamente no había tiempo suficiente para confeccionar un traje de parada completo. Finalmente transformaron el traje que el difunto marido de la condesa usó en una gala parecida. Antes de salir, Giovanni, su ayuda de cámara, le acomodó la peluca; la condesa misma le calzó las espuelas doradas; Marino le ciñó la espada; Tiburcio le alcanzó el sombrero bohemio con plumas y perlas. Se diría que lo habían armado caballero.

En los pocos días que pasó al cuidado de la condesa, el virrey se había recobrado notablemente de su agotamiento, de su tristeza, de su gota. Hoy intentaría montar a caballo al entrar en la ciudad. El príncipe no consentiría en entrar a su capital en silla de manos: lo creería un signo funesto. No sabía si en Lima conseguiría nuevas dignidades o, por el contrario, sería de mal agüero entrar en la ciudad con prendas de otro siglo, en ropas prestadas, en olores y tiranteces ajenas. Él repetía a quien quisiera escucharlo que hace casi ciento cincuenta años atrás su tatarabuelo había sido capitán general del Perú, que era entonces marqués de Bucchianico y obtuvo como recompensa el principado de Santo Buono por especial favor de Felipe II. Que desde Caracolo el bizantino, sus antepasados solo han acumulado señoríos y palacios, y que él arriesgó todos sus feudos y castillos por defender la causa del Borbón. ¿Serán beneficiosos los cielos de Lima? ¿Tendrán fuerza los astros celestes para atravesar esas nubes que cubren el firmamento limeño e influir sobre los hombres?

Por fin el príncipe vio de día la muralla, o al menos una parte de ella. La Puerta Real de Lima era una construcción con columnas jónicas y escudos blasonados, que daba cierta variedad a las murallas de adobes descoloridos que se extendían hasta la siguiente portada, casi donde acababa la mirada. Cada ciento veinte varas un bastión las interrumpía para servir de posible emplazamiento para los cañones, que por lo general brillaban por su ausencia. Las murallas debían servir para detener a los corsarios, pero en la práctica parecían hechas para poner la ciudad a salvo de las miradas de los curiosos. Sobre los baluartes y los caminos de ronda, el príncipe solo podía divisar las cúpulas de las iglesias, los campanarios, los miradores, las copas de los árboles de las muchas huertas. *Ese mirador azul, sí el que se ve al centro, ese es el de mi casa. Desde lo alto del mirador, tan alto que llama al vértigo, se puede ver la llegada de los barcos al Callao, príncipe.*

Una multitud esperaba su llegada. Le habían comentado cómo la melodía de sus títulos excitaba la imaginación de los limeños. *Desde que se leyó el aviso de su designación como virrey, el pueblo no ha parado de repetirlo como una letanía.* Y no era para menos: escritos en letra holgada sus títulos ocupaban una carilla y media del impreso del aviso. El pregonero lo había leído en todas las plazas y los atrios de la capital: Carmine Nicola Caracciolo Caracciolo de Torrella, príncipe de Santo Buono, príncipe de Sacro Imperio Romano Germánico, Grande de España de primera clase con carácter de transmisibilidad, duque del Castell di Sangro, marqués de Bucchianico, conde de Esquiavi, conde de Santovito y conde de Capracota, señor de la ciudad de Añón, barón de Grandinamarca,

barón de Castelnuovo, barón de Castellón, barón de Belmonte, barón de Roca Espinalbeti, barón de Capra Cota, barón de Frame, barón de Friffa, barón de Guandinaria, barón de Guardiagreli, barón de Ripa Teatina, barón de Roca del Raffo y barón de Monte Ferrante, embajador plenipotenciario de Felipe V ante las cortes de Roma y Venecia, Patricio Napolitano, Gran Senescal del Reino de Nápoles, Caballero del Santo Espíritu y primo del rey de Francia.

Sabe que en conjunto tiene casi tantos títulos como los que el rey había conferido a todos los limeños nobles. Todos comentaban que sacrificó los señoríos más ricos de Nápoles al servicio del rey, por lo que gozaba de su favor. Su mujer había sido amiga cercana de la reina y dama de su cortejo; y su hija estaba casada con uno de los favoritos del rey: su consejero preferido. Lo que no debían decir es que el rey les regaló por su matrimonio un nuevo marquesado; pero ellos, tan nobles, prefirieron poner a la venta el título para sufragar los costos de la dote. El príncipe sabía que no eran sus títulos lo que más atraía a los curiosos, sino las desventuras de un señor tan poderoso.

Las puertas de la muralla de Lima estaban cerradas. Un vigía preguntó ¿quién vive? y escuchó una voz nerviosa y con fuerte acento que decía: “il príncipe da Santo Buono”. No le respondieron. Golpeó una segunda vez, expectante. ¿Quién vive?, gritó, y la misma voz respondió: “Nicolo Carmine Caracciolo y Caracciolo de Torrella”, esta vez pronunciada con tono de fastidio. No contestaron. Golpeó por tercera vez. Parecía molesto por la farsa. La voz señalaba que era “il viche re di Piru”, y mágicamente se abrieron las puertas y los pregoneros repitieron: Abran paso, abran paso que aquí viene el muy poderoso señor, virrey del Perú, lugarteniente, gobernador y capitán general de los reinos del Perú, Tierra Firme y Chile, presidente de la Real Audiencia, del tribunal de la Hacienda, de Cuentas y de Policía, capitán general de las provincias, visitador de Castillos y Fortalezas, vicepatrono eclesiástico, general de la Armada del Sur. Y reclamaban: ¡Ay de ustedes, fementidos traidores los que no lo reconozcan por tal...! Lima entera se rindió a las fórmulas del protocolo.

El príncipe sintió que al cabo de cuatro años de espera Lima finalmente era suya. Súbitamente se animó, como el amante que logra vencer las reticencias de la joven dubitativa. Todo saldrá bien, se dijo. Era señor de ciudades y poblados, habitados por criollos pagados de sí y esclavos libertinos, por una plebe que habría que mantener a raya. Era señor de tierras interminables ocupadas por indios silenciosos que trabajaban en los

profundos socavones de las minas. Verdaderamente era la recompensa de un rey agradecido: le había dado el virreinato más rico, más extenso, las minas de plata de Potosí, el azogue de Huancavelica, las perlas del Darién, las esmeraldas de Tierra Firme. Sesenta mil pesos de sueldo al año, tres mil pesos adicionales cada vez que visitara el Callao, un ciento de corregimientos por entregar, un sinfín de encomiendas y oficios vendibles para repartir. Tenía permiso para traer un séquito de casi cien amigos y familiares a un país lleno de criollos ricos deseosos de unirse a su gente, a su sangre y a su prestigio. Traía consigo una parentela a la que tendría que mantener controlada, pues venía hambrienta de hacer negocios y negociados, de vender favores y medrar, de pescar prebendas y regresar ricos a la corte, o al menos no tan pobres.

El rey Felipe V sabía que había perdido sus palacios, sus castillos, sus tierras; que había arruinado su fortuna defendiendo su causa. Felipe quería que él y los suyos se restableciesen, no podía desear que sus aliados siguiesen arruinados. Pero también quería que impusiera el orden en el reino, que implantase sus reformas, que metiese en cintura a sus súbditos levantiscos y aprovechados dando el ejemplo. Solo así se explicaba que el rey le firmara el permiso especial para que al final de su mandato cobrara seiscientos mil pesos del Perú si cumplía con enviarle seis millones de pesos. Pensó una vez más: ¿qué virrey había tenido ese documento entre las manos? Pensó en los muchos virreyes a los que descubrían llevando sus ilegales ganancias en baúles de doble fondo, o repatriándolas mediante testaferros. *¡Che vergogna!* Pero a él el rey se lo había autorizado expresamente. En las sesiones del Consejo, había sido sincero en sus opiniones y al rey le había gustado su franqueza. Él limitaría toda la corrupción, y a cambio de ello recibiría esa paga inmensa.

Sintió con alivio que así podría reponerse de las pérdidas sufridas en la guerra. Solo el duque de Linares, el virrey de la Nueva España, había tenido un mandato semejante. Felipe V quiere mi bien, parece que le gustó mucho la fórmula de limitar las libranzas, se dice. A cambio, él lleva el propósito de hacer una gestión ejemplar; esta es su gran oportunidad. Solo algo más podría mejorar su situación: que algún día pudiera recuperar los feudos que los imperiales y austriacantes le confiscaran en los Abruzzos, en Chieti, en Cusano, en Bucchianico... Solo eso. Sintió, como una ráfaga de viento, el recuerdo de las ganas de hacer un gran gobierno. Oh, Constanza mía, habíamos planeado tanto todo esto. Se enderezó, se acomodó el sombrero. Pensó: que en Madrid se diga que un príncipe

napolitano, de la casa de los Caracolos, fue el único que pudo enderezar los comportamientos díscolos de los limeños.

Tras las puertas abiertas vio por primera vez la ciudad, engalanada. Era una calle recta cuya vista se perdía oculta por banderolas, cintas y guirnaldas. Una multitud lo recibió con alegría y expectación. En los puestos de honor competían en elegancia los españoles y los criollos. Arremolinados en las calles se confundían mestizos vestidos a la española, mulatos y negros con trajes coloridos e indios de ropas pardas, quienes representaban un cuadro con todos los colores posibles en los tejidos y en las pieles. En las fachadas de las casas colgaban telas finas; en las ventanas, alfombras; en los balcones, banderas e insignias. Los grandes cuadros que adornaban las fachadas representaban los doce trabajos de Hércules, que se equiparaban con los muchos esfuerzos que él tendría que realizar para salvar al virreinato a su cargo. Hubiese querido congelar sus recuerdos, que un gran pintor inmortalizara ese momento.

Durante la larga ceremonia, el alférez real le entregó con mano vacilante las llaves de la ciudad. El príncipe tenía hambre y ya le dolía la pierna. ¿Cuánto más duraría todo esto? A su lado los maceros del cabildo sufrían más que él: cargaban unas varas de plata maciza y ya casi no podían mantener su peso por más tiempo. La guardia de los indígenas abrió el cortejo. La siguieron los alabarderos vestidos en rojo y oro, marchando de dos en dos con sus altas lanzas: a partir de entonces lo acompañarían permanentemente. Los arcabuceros en cabalgata colorida vestían trajes anticuados que remedaban a los arcángeles de los cuadros eclesiásticos.

Terminado el desfile, el príncipe vio cómo todos se pusieron en movimiento nuevamente. A paso lento. Los alabarderos, con sus lanzas afiladas como medialunas, tenían que ir abriendo camino, empujando a la multitud. El príncipe se entretenía identificando los olores. Cada ciudad tiene un olor particular. Lima olía a perfumes de ocasión, a incienso y palosanto, a río y a acequias, a aguas empozadas y orines, a tumulto, a bocas desdentadas y a desayuno con cebollas y culantro, a ropas de fiesta recién hechas, a paños reusados y harapos, a jazmines y curtiembres. Las casas estaban cubiertas con reposteros con escudos, sedas, tapices y cintas que escondían grietas y polvo acumulados durante casi dos siglos. Los raros balcones cerrados de Lima crujían bajo el peso de jóvenes curiosas que tiraban pétalos y aguas de olor. Pudo sentir sobre su piel miradas codiciosas

que deseaban su poder, su favor y su amor. La gente gritaba saludos, lanzaba besos, reía, lo vivaba, pronunciaba su nombre con sonrisas...

Escuchó sin casi entender a una negra mendiga que exclamaba en voz alta:

—En ochenta y tantos años, tanta grandeza no he visto...

Pero el cortejo ya había pasado y no pudo oír lo que siguió diciendo la negra:

—Lo digo a todos los virreyes que se presentan. Ladrón de Guevara me lanzó cuartillos y cuando Castel-dos-Rius agarré una medalla de plata. Sóplate esa, su mercé Caracholo no me ha gustao: ni da, ni sonrío, y se pasea con muchas ínfuras. Escuche, ño Antuco, esta negra lo sabe, como que es mandinga: este virrey solo nos traerá mala fortuna. Ya perdió tierra, riqueza y mujer, solo le falta perder al Perú. Yo lo veo venir: en su gobierno nos moriremos de hambre, el sol se oscurecerá, los indios morirán a millares y a los negros nos llevará el río. Nos esquilmará a más no poder y se irá con la cola entre las piernas, como perseguido por Cachafaz, ya te dije que antier lo soñé a su mercé rodeado de gallinazos.

—Calla Tilonga, calla, negra tonta —le contestó otro viejo más viejo que ella que seguía su monólogo a pesar del ruido de la multitud—, dónde se habrá escuchado tanta sandez. Si te oyen en la Inquisición, por bruja acabarás con tus huesos en la cárcel del Santo Oficio...

—Anda, Antuco, calla, zambo candelejón. ¿Quién escucha a una negra tullida? ¿Es que acaso tengo caudal para que me apresen los inquisidores? Yo solo digo lo que me soñé, y te digo también, esta vieja no rirá ni cantará má...

—Entonces, Tilonga, tú misma ve, que yasta avisá...

El cortejo se detuvo delante del arco levantado para el recibimiento. El príncipe observó cómo la estructura imitaba mármoles, telas pintadas que envolvían una estructura de cañas y barro asemejando las vetas de ónices, pórfidos y serpentinos. ¿Representaría a las razas que componen el país? Vio cómo habían adornado las dos columnas con candelabros de plata. Examinó dos grandes esculturas que sostenían cartelas: una era un indio emplumado que representaba al Perú, el otro un árbol envuelto por una parra, que escenificaba las leyes que envuelven al virrey sin entorpecerlo. Sintió que por sus piernas

ya subían las ramas de la parra en forma de memoriales, pedidos de mercedes, ofrecimientos y dádivas a cambio de favores. Pensó que deberían haber escenificado una yerba mala ahogando al virrey con perniciosos negociados. Las inscripciones se referían a él como el Sol en el Zodiaco, el astro sobre el que giran las estrellas del Zodiaco. *Su Excelencia bajará de la calesa frente al arco, le recibirán los miembros del Cabildo, el procurador, los dos alcaldes, el alguacil, los regidores, todos vestidos de terciopelo carmesí y vueltas de raso morado.*

En el tumulto, el príncipe sintió un calor pegajoso, percibió el vaho de los cuerpos sudorosos, de los alientos de digestiones complejas. Advirtió cómo el olor de los ajíes y el culantro enmascaraban los guisos densos con aderezos de manteca de cerdo y carnes maceradas, comidos a la carrera para no sentir hambre durante el largo recibimiento. *Su excelencia se arrodillará frente a la mesa poniendo las manos sobre el misal entre la cruz y las cuatro velas y así deberá jurar que conservará los fueros, las libertades y preeminencias de la ciudad, y luego se le entregará el cetro del mando virreinal.*

Por cuestiones de ceremonial, los trajes eran más gruesos de lo que el clima reclamaba. Todos estaban muy arremolinados; pero una vez que juró los fueros, todos se apartaron y lo cubrió el palio. Era un paño amarillo sostenido por ocho varas portadas por los regidores de la ciudad. Ya era virrey en funciones. Era la sombra cálida y dorada del poder. Era un poder sin malos olores, sin alientos corruptos. Sintió una erección, un falo recto como el cetro del mando virreinal, como las pesadas varas de plata del Cabildo, como las varas del palio. Tuvieron que ayudarlo a montar: hacía meses que no abandonaba la silla de manos por el reumatismo que lo aquejaba, pero debía contemplar la ciudad, su ciudad, con perspectiva de jinete.

El caballo estaba cubierto con una ropilla de terciopelo verde hasta debajo de los estribos, que solo la montura del virrey podía llevar; sobre el lomo, una silla amplia con remates dorados. Mientras cabalgaba entre la multitud, pudo figurarse por qué los generales romanos en triunfo llevaban siempre un esclavo que les susurraba al oído *Recuerda que eres mortal*, aunque en su caso le sobraba con sentir la podagra. Sí, hubiera sido suficiente que le pusieran junto a su criado Giovanni susurrándole: esta noche tendré que desvestirlo yo, pues no podrá más con sus achaques, príncipe.

El caballo de la tierra que le habían ofrecido era de andar acompasado; le recordaba los lipizzanos de Viena. Pienso que definitivamente hubiera preferido un caballo más marcial, un destrier o un frisón, que este no era el caballo para la ocasión. Era un virrey: era, como su bisabuelo, Juan Antonio Caracciolo y Caracciolo, capitán general del Perú. Era gobernador general y comandante general de la armada del Mar del Sur. Sin embargo, los disculpó por haber pensado que dada su postración sería más fácil de montar, que su paso cadencioso afectaría menos su pierna adolorida. A decir verdad, había creído que no podría cabalgar y que tendría que entrar en silla de manos, para su consternación. Felizmente, a nadie se le ocurrió ofrecerle la mula que habitualmente se preparaba para la virreina.

Mientras cabalgaba, pudo apreciar los arreos de plata dorada y el terciopelo que llevaba bordadas sus armas: el león rampante de los Caracciolo sobre las franjas de oro y rojo, los veintidós estandartes conquistados por su familia, el elefante barritando que coronaba la cimera, pero rápidamente se percató de que las figuras estaban invertidas. Un mal presentimiento recorrió su cuerpo como un latigazo. Instintivamente, se llevó la mano al pecho para sentir si entre sus ropas aún llevaba el *cornicello* protector, una manito que hacía una higa y que protegía del mal de ojo, pero el dolor al montar era tal que rápidamente lo olvidó. Maldita gota, cien veces maldita.

Pensó que treinta años antes, cuando el duque de la Palata hizo su entrada en Lima, sus pobladores habían pavimentado con barras de plata las calles de la Merced a los Mercaderes. Las herraduras del caballo del duque de la Palata sonaban como martillazos sobre el tas del orfebre, moldeando esa enorme joya que era el Perú. Hoy ni siquiera le ofrecen un sendero de plata como por el que caminó la condesa de Lemos cuando llegó a ser madrina en el pueblito de Coyca Palca, al que por ella bautizaron como Castrovirreina. ¿Será tan rico como dicen el Perú o es una fábula que de tanto repetirla se la han ido creyendo? Piensa que no puede nada ser perfecto. Siempre a los otros les ocurren las grandes historias: a él solo le alcanzan los espejismos que se desvanecen ni bien los toca con la punta de los dedos.

Hoy, contra todas sus expectativas, solo ve una acequia, la misma que corría bajo esos lingotes de plata que le pusieron al duque de la Palata. No lo reciben con alfombra de plata: solo piedras desiguales, aguas estancadas y polvo suelto. A veces le asaltaba la duda de si habría nacido en un mundo ya sin grandeza, de si toda la felicidad quedó en el

siglo anterior, y que a él solo le quedaba batallar con las mezquindades del presente. Aún le faltaba recorrer muchas calles; en la plaza le esperaban cumplidos de la nobleza, de los caballeros de las cuatro órdenes, de la Inquisición, de la Universidad, de las corporaciones. Tendrá que saludarlos a todos y cada uno de ellos. El obispo y su cabildo, la interminable acción de gracias...

Al final de las fiestas, el príncipe llegó al palacio de los virreyes. Ahora su palacio. Era un edificio viejo que a lo largo de casi dos siglos había ido extendiéndose sobre las huertas de Pizarro. Cada virrey construyó, según las necesidades de su séquito, sobre las ruinas de los terremotos. Ocupaba todo un lado de la plaza de armas, con una fachada interminable cubierta de tienduchas de comerciantes, y en su interior se mezclaban —sin definirse completamente— la casa del virrey, las oficinas del gobierno, la Real Audiencia, los demás tribunales, la Real Tesorería, una sala de armas, una capilla, un cuartel, un polvorín, puestos de guardia en los que se jugaba a los naipes sin control y a veces había que amonestar a los implicados por dejar pasar mujeres a horas inapropiadas. Esa portada le recordó a la de su palacio de San Giovanni a Carbonara.

Mientras avanza por corredores y salones a medio iluminar, se percata de que es solo un caserón desatendido, tratado como un cuarto de posada que al día siguiente ya no se necesitará. Al preguntar sobre el estado de su residencia, le responden que, cuando murió Castel-dos-rius, eran tales sus deudas que remataron sus lujosos enseres y desde entonces había quedado muy destartado, pues los sucesivos ocupantes —siempre nombrados como sustitutos— no habían traído muebles de importancia. Suspira pensando en las colgaduras, pinturas, y cómodas que traía y que se pudrieron en las bodegas anegadas del navío. Le había parecido ilógico hacer una mudanza de ese tipo, pero todos le decían que era un gran negocio rematarlas, en pública almoneda, al final de su estadía. Y les hizo caso.

Comprueba que, bajo las órdenes de Julita, ya toda la familia se ha instalado. En la planta baja, Alois llora de hambre, frío y pena. El príncipe piensa en que Constanza jamás lo perdonaría: había dado el niño a la nodriza y ordenado que lo alejasen de su vista. Dejó muy claro que no lo quería en su presencia. Y descubrió que dentro de él habitaba un monstruo incapaz de compadecerse del dolor de uno de su propia sangre. Se da cuenta de que se ha vuelto vengativo. No puede perdonarlo. Sabe que es inocente, pero no puede perdonar que lo haya privado de su Constanza.

Con los demás chicos, Constanza seguramente lo felicitaría. Han pasado el día en los balcones que dan a la plaza. Han visto a los canónigos entrar en la catedral, adivinando los destinos de un caballero que cruza el empedrado acompañado por un esclavo que lo cubre con un parasol, de las doncellas despreocupadas que salen a pasear en sus carruajes jalados por dos mulas; miran cómo un perro le roba bizcochos a la panadera mulata. Así se han entretenido con el ir y venir de los comerciantes en los portales, o de los alguaciles poniendo a los borrachos en el cepo frente al callejón de Petateros. Espían el paso de las recuas de llamas. Ven cómo, ante ellos, una ciudad de fantasía se termina de construir para la celebración de esa noche. Los carpinteros, afanados, la levantan con cañas, petates, cartones y mucha pólvora.

—*Attan, attan*, ven al balcón, ya el sol se ha puesto y están prendiendo los faroles

—Ciento veinte, imposible —dice Queta—. Solo en las cornisas del Cabildo hay como ciento ochenta.

—Y en la Catedral otros tantos. Me gusta cómo han iluminado la torre derrumbada. Parece una imagen fantasmal —dice Marino.

—Sí, pero las luminarias y fanales de la torre no cuentan —dice Tiburcio—. Mejor vean cuántas antorchas hay en el atrio. ¿Ciento cincuenta? ¿Doscientos? ¿No sería arte de magia que la ciudad se iluminara así todas las noches?

—¡Qué insensatez! Una ciudad iluminada todas las noches sería un sinsentido, Tiburcio. Nadie dormiría y los gallos no sabrían cuándo cantar —dice Julia.

Cuando el reloj de la Catedral marcó las ocho de la noche, la multitud guardó silencio y el príncipe pudo ver dos batallones entrando a la plaza: eran los batallones de pardos y de indígenas. Llevaban escudos, cascos y lanzas —unos a la manera de los aqueos, otros al modo de los de Ilión—, y por un rato aparentaron luchar a muerte. La fortaleza que ocupaba el centro de la plaza era una representación de Troya. Ocho lienzos de muralla y ocho torreones la fortificaban, cada una coronada por estatuas de los vicios para ser quemados en efígie. El príncipe recordó una celebración parecida en Nápoles, a la que había asistido muchos años atrás. Sonó un clarín. Un caballero salió del palacio para dirigirse a la ciudad amurallada. Tres veces la rodeó, como Héctor perseguido por

Aquiles. Al terminar, tocó otra trompeta y esa Troya de fantasía ardió con vivos colores. En poco rato se convirtió en cenizas.

—Me gustaría que ardiera toda la noche y correr alrededor como el jinete —dijo Tiburcio. En ese momento el niño quedó petrificado, pues copiosos penachos de cohetes, rayos, estrellas y otras invenciones pirotécnicas retumbaron en el cielo como truenos y, tras quedar la ciudad de fantasía desmantelada completamente por el incendio, vio resurgir del centro de las ruinas de Troya una imagen triunfante.

—Esa estatua representa la monarquía de España y su virtud —le señaló el príncipe—. Nace como un ave Fénix de sus cenizas.

El olor a la pólvora llenó el ambiente y oscureció el cielo. Los espectadores que ocupaban la plaza aplaudían y daban vivas, asombrados. Los perros calatos del príncipe aullaban y otros perros desconocidos les contestaban. En la galería del palacio, el príncipe convidó a sus invitados con vino traído de Francia y enfriado con hielos de la cordillera. Y de pronto, centellas y cometas de colores volvieron a explotar en el cielo, sorprendiendo a los presentes desprevenidos. Alois, en brazos de Julia Quitería, lloraba. El oidor Concha exclamó: ¡Excelencia, por usted la plaza arde como un Vesubio!

—Esperemos que su lava no cubra Lima, oidor Concha.

—Ni lo diga, Excelencia. Que empiece el más fructífero de los gobiernos de la historia de esta patria, y que la gloria corone las empresas de su Excelencia.

Flavio dijo, con lágrimas en los ojos:

—*Attán, attán*, mira a esos gigantes que persiguen a todos los que bailan en la plaza

—No temas, Flavio, son solo disfraces. Ellos bailan y hacen contorsiones. También están celebrando nuestra llegada.

*Carmine Nicola Caracciolo, no me ignores más. Hace ocho meses dejaste de visitarme. ¿Por qué me has abandonado? Hace ocho meses que desprendiste a mi hijo de mis brazos y no encontraste nodriza para alimentarlo. Y me alejaste, y me quitaste a mis otros hijos, y me encerraron en este camarote lóbrego y me llevaron presa de Cartagena a Portobello. Y en Paita me dejaste en el navío mientras tú venías por tierra. Y un día me recogiste en el Callao, como quien recuerda un pensamiento incómodo. Y me dejaste olvidada acá, en la cripta húmeda y helada del monasterio de las Carmelitas de Santa Teresa de Lima, donde paso frío todos los días y las noches y cada minuto del año. Un frío eterno que se mete hasta los huesos. Y a nadie se le ocurre visitarme, ni me contesta cuando grito que soy Constanza, Giovanna, Ludovica Pía, Mafalda, del linaje de los Ruffo de Bagnara, princesa de Santo Buono, virreina del Perú, hija del conde de Bagnara, sobrina preferida del cardenal Tommaso Ruffo, que me llevó a ver la capilla Sixtina cuando la preparaban para el cónclave que eligió al papa Inocencio XII, hijo del marqués de Spinazzola y de mi tía abuela, la princesa de Minervino. Y que fue odiado por los otros cardenales porque prohibió el nepotismo, por lo que, a partir de ese momento, ni ellos ni nadie podría enajenar en favor de sus parientes las propiedades de la Santa Madre Iglesia. Y por más que grito, no me responden, y yo solo me entretengo oyendo cantar a las madres carmelitas en su coro bajo de reja, y acompañándolas en sus laudes y sus vísperas y oler los turrone y mazapanes que las hermanas de velo blanco preparan en el repostero, y tratar de oír lo que conversan las novicias en el patio y el crecer de las verduras que siembran las hermanitas en la huerta, y el girar del torno que se mueve lento como si estuviera cargado de dulces, y los locutorios donde las monjas hablan con aquellos que aún las recuerdan, sin decir nada que sientan de verdad: saben que una monja vieja y avinagrada porque no pudo tener hijos, espía sus conversaciones y se entromete cuando presiente que quieren decir algo que les sale del alma.*

*Y una vez tú, Carmine, viniste a ver con muchos caballeros principales de la ciudad cómo habían encendido velas hasta el techo en una estructura que los carpinteros serrucharon y clavaron durante toda la semana, de día y de noche, y no dejaban dormir a la superiora, y los amantes furtivos no se atrevían a saltar las tapias del huerto. Al fin de la semana llegaron los poetas de la ciudad con cartones con versos en latín que ya nadie entendía, y todos se reían, llenando las bóvedas de ecos de carcajadas guturales, de lo que había escrito el otro, que no correspondía ahí el genitivo sino el vocativo, y que si la partícula quidem, y que si la rima era asonante o la sílaba tónica. Y después llegó la familia, y los*

*oidores y todos los caballeros de la ciudad a la misa de honras y todos se admiraban de cómo la última vela del túmulo casi llegaba al techo, y te saludaban muy respetuosos y te hablaban de mí, y tú ya no querías recordarme, y pensabas en las mujeres que habías conocido en palacio, y en las celebraciones de tu recibimiento, y en las joyas de mi dote que habías empeñado para hacer un negocio en Ica que te dejaría muchas ganancias, incluso ese collar de zafiros de mi abuela con el que la retrató Guido Reni.*

*Y mucho tiempo después viniste de nuevo y vino Marino, que estaba muy alto, y vino Julia Quitería, y yo sentí sus voces, y hubo mucha música en el convento, y te acompañaba el arzobispo y tocaron el clave, y representaron sainetes y todos reímos, reímos tanto que hasta los vecinos murmuraron durante días acerca de la visita, pero nadie vino nunca a verme a mí, nadie siquiera se acordó de que yo estaba aquí esperándolos, harta de oír laus deus y ora pro nobis, por los siglos de los siglos, amén.*

*Pero ahora que crucé el Jordán, ahora ya casi lo sé todo. Contesta, Carmine, ¿es que sigues enamorado de la Giorgina? Esa barragana que ni pudo ser fiel al virrey Medinaceli, esa barragana que pasaba por cantarina hasta que Inocencio XI prohibió que las solteras, las casadas y las viudas —y debió añadir a las amancebadas— actuaran en los teatros o que vivieran recogidas en los conventos de la ciudad santa.*

*¿Es con ella con quien estás ahora, Carmine? ¿Con la meretriz esa, que enseñando las tetas pasaba por ser la mejor cantante de Roma recibiendo collares de perlas y esmeraldas y dinero de sus amantes? ¿Con esa que terminó refugiada en el palacio de la reina Cristina de Suecia, por cuya culpa murió al enterarse de los deslices que seguía teniendo aun en su propio palacio? La reina que se consideraba castísima porque nunca había tenido amores con un hombre, pero no había ni una de sus doncellas a la que no persiguiera.*

*¿No te habrá contagiado algún chancro esa casquivana? Esa que aprovechó de un banquete que daba la reina Cristina con lo más granado de la sociedad romana, y haciendo gala de sus encantos y de su voz angelical, encarnada en un cuerpo de pecado, utilizó brujería, seguro, para atraer al marqués de Cogolludo, que estaba entre los invitados.*

*¿Qué querías, Carmine? ¿Poner a esta liviana pecadora en el séquito de tu mujer, la marquesa, como hizo Cogolludo? ¿Así me hubieras humillado obligándome a mí a tenerla entre mis allegadas?*

*¿Hubieras tenido con ella más suerte que conmigo? Es verdad. Eso sí no le faltaba, pues a poco de empezar la relación, el padre del marqués de Cogolludo murió y este se convirtió en duque de Medinaceli y con el ducado le llegó la embajada de Roma. ¿Suerte o hechicería?*

*Y así como Medinaceli, hubieras mostrado en público que te importaba poco tu esposa, y hubieras enterado a todos que querías vivir dedicado al amor lascivo y confundir tu vida con los tramoyistas y los apuntadores y con las cantarinas de la comedia.*

*¿Te hubiera molestado ver cómo las insinuaciones y desplantes de la pecadora de la Giorgina hicieron que el duque de Mantua enfureciera a tal extremo que contratara a unos esbirros para raptarla? Carmine, ¿hubieras sido capaz de contratar, como Medinaceli, seis guardias para pasear a su amante por Roma, escoltada y segura de las acechanzas del duque de Mantua? El rey Carlos supo de todo el escándalo, y en vez de castigarlo, lo premió. Y allí vino mi desgracia. ¿También premiaron, Carmine, tu traición hacia mí? El buen rey Carlos lo nombró virrey de Nápoles y allí la vida de esa malhadada Giorgina se cruzó con la mía. Maldigo mil veces ese momento. Y en Nápoles, fue el primer virrey que llegó vistiendo a la francesa con su peluca larga de rizos que le llegaba al medio pecho, y todos se reían y se reían más, porque ya todos conocían su historia con la amante aun antes de que llegara. Poco importó que el virrey hiciera entrar a la Giorgina en la carroza de la virreina, y que todos los gallos compitieran por una mirada suya, alisando sus plumas y cantando y aclarando la garganta, y que uno de esos gallos fueras tú, Carmine.*

Apenas el príncipe empezó a aflojarse el espadín que le ajustaba la cintura, Giovanni, el ayuda de cámara, le retiró las medallas y los relojes cruzados de Ellicot. No olvides darles cuerda, ya ni bajo la luz del sol del mediodía puedo ensartar la llave del remonte. Giovanni logró retirar con cuidado la peluca, bajo una perpetua nevada, sin cubrir de talco la casaca. Bajo las ondas y los bucles artificiales apreció la cabellera del príncipe. Al embarcarse rumbo a América su pelo se veía de un gris uniforme, pero ahora, pocos meses más tarde, el agua salobre y las penas del mar lo habían encanecido por completo, a tal punto que competía con los artificios de la peluca. No te preocupes, Giovanni, en mi familia encanecemos muy temprano...

Entretanto, el príncipe se sacaba las sortijas. No puede ser, si estoy más delgado, ¿cómo así tanto me ajustan? De pronto lo sobresaltó la aparición familiar de su padre, que lo miraba adusto desde un extremo de la pieza. Lo estudió largamente, o tal vez solo un segundo. ¿Eres tú, attan? A pesar de sus años, se sintió intimidado como cuando este lo sorprendía de niño, justo cuando creía estar fuera de su vista. A pesar de ser una presencia etérea, no fue difícil reconocerlo: vestido de gala, el traje le venía un poco ancho, cansado, al punto que su altivez se suavizaba, su nariz recta se perfilaba más de lo usual, sus cejas afiladas y autoritarias más ceñudas que de costumbre. Súbitamente un sentimiento lo embargó. No era ni miedo, ni asombro: era tristeza, una melancolía enorme. ¿Qué llevaría a su espectro a vagar por tierras tan lejanas? ¿Reclamarle acaso por el estado de la casa de Caracolo el bizantino? ¿Acaso recriminaría su proceder? ¿Le debía explicaciones solo por ser su sucesor? ¿Quería hacerle alguna advertencia? ¿Algo lo preocupaba sobremanera? ¿Una sombra trayendo un presagio funesto tal vez?

Sintió un frío que lo invadía, un aire helado. Se irguió, sacando el pecho, y entonces el espectro se convirtió, solo por un momento, en la viva imagen de Marino, su hijo. Una mirada más atenta lo tranquilizó. Era un enorme espejo que, desde el fondo de su reflejo plomizo, de vapores azogados casi desvanecidos, devolvía amortiguados los destellos de las velas, y le permitía estudiarse con cuidado. A primera vista, el príncipe rechazó esa imagen. No podía tratarse de él mismo, no era posible estar tan envejecido. Se acercó al espejo. Allí estaba el gesto de su padre, y los ímpetus de su hijo Marino ya gastados. ¿Estaba tan envejecido? ¿Cuándo había dejado de ser ese joven parecido a su hijo? ¿En qué momento perdió su fuerza? ¿Cuándo las aventuras amorosas dejaron de ser los exabruptos de un alma inquieta, y se convirtieron en mera rutina, en una forma de desafiar el poder que sobre él ejercía su Constanza? ¿Dónde habitaba ese joven que alguna vez

había sido? ¿Sentía envidia de Marino? ¿Lo cohibía? ¿Temía sus ímpetus, que ya no podía controlar? ¿Envidiaba esa vehemencia que él ya no encontraba ni en las noches de lujuria? ¿En qué momento el mundo se había vuelto gris y vaporoso como el reflejo de ese espejo?

A pesar de todo, sabía que aún captaba las miradas de las mujeres en la corte, en las fiestas, hasta en las liturgias. Pero sentía un mayor sosiego en la presencia tibia y afelpada de la condesa de las Torres, dispuesta a todo por conseguir un ventajoso matrimonio. No podía negar que lo había ayudado mucho en la instalación en la ciudad, en todo lo que la pobre Julia Quitería no sabía o no podía hacer, en el manejo del palacio, en dar un sentido al inútil séquito de la virreina. Pero era ese sosiego lo que buscaba, nada más. De allí a que esa relación prosperara... Dos viudos consolándose de sus pérdidas, dos naves a la deriva intercambiando señales para no hundirse en la desesperación. Lo que Julia Quitería pensara lo traía sin cuidado, era la primera vez que no estaba engañando a Constanza. No, no estaba para esas lides: sería una buena amiga, nada más. Él, que tantas correrías había protagonizado a sus espaldas —y a veces frente a su Constanza— no sentía el menor interés por esas antiguas necesidades de la carne. En realidad, no era eso lo que lo molestaba. Se sentía mucho más preocupado por ese aire de apatía que se había apoderado de su figura, de su ánimo, de su espíritu. Esas inseguridades que empezaba a mostrar ante la gente, ese temor a las conversaciones. Sí, ese temor a mantener las interminables conversaciones con la gente y no saber qué responder. Esos diálogos circunstanciales, indeseados. ¿Podría la condesa suplir a Constanza en ese juego de terminar sus frases, guiar con tino las conversaciones en un sentido determinado, aconsejándole sutilmente con una mirada tan solo, sin que el interlocutor lo adivinara siquiera?

Precisamente esa era una de las nuevas pesadumbres que lo ¿embargaban? : no tener qué decir en las discusiones, no encontrar los motivos por los cuales abrazar una resolución y cargar contra la posición contraria, y después, qué tedio tener que sostener un argumento. No era solo que en una lengua ajena los razonamientos se debilitan y las conversaciones se hacen más cortas: ahora se había dado cuenta de que empezaba a rehuir a las personas, a asfixiarse en las aglomeraciones, a sentir una presión en el pecho frente a gente desconocida, a no poder disimular el enojo frente a los pedigüños, pero no atreverse a contrariarlos. Era un sentimiento nuevo y detestable que le impedía tomar decisiones. Qué difícil era pronunciar ese “no” terminante que ponía fin a un petitorio. Pero tan pronto como la imagen de su padre, de su hijo, de él mismo agotado, muerto de sueño, tiritando de frío a sus cuarenta y seis años, empezó a desdibujarse del espejo y le pidió a Giovanni

que lo terminara de desvestir, que lo cubriera, que lo acostara. Mañana sería otro día insoportable.

Pensó dormir profundamente esa noche, pero solo lo invadió una duermevela. ¿Cuánto tiempo me tocará gobernar a mí, Constanza? ¿Quién viene nombrado en mi pliego de mortaja? ¿Algún día se abrirá? ¿Será por enfermedad, en una cama con sábanas hediondas de emplastos y humores, rodeado por médicos temerosos? ¿Será por un atentado alevoso ahogándome en mi sangre, un magnicidio? ¿Será “vicemagnicidio” si el atentado es contra un virrey? ¿O será bajando las escaleras de palacio avergonzado, expulsado por la furia del rey provocada por las habladurías de los envidiosos?

En el fondo de sus papeles, como si quisiera esconderlo, está ese sobre que turba su mirada, que sin quererlo trata de hundir en mares de correspondencia, como el cañón de un barco encallado, semienterrado en la arena del fondo del mar. Pero no lo logra, porque sabe que está allí, inquietante, enfundado su secreto en cartulina negra, recordándole los límites de su voluntad y su mortalidad. Quizá el suyo sea un gobierno largo. Largo como el que realizó el duque de la Palata: diez años. Y pudo sobrevivir al terremoto de 1687, del que aún hoy puede verse su ruina. Una década que le sirvió para construir las murallas de Lima. Será acaso un gobierno como el del conde de la Monclova, que gobernó dieciséis años, casi como un reinado, a pesar de tener un brazo de plata. Dieciséis años, casi como todos los años de Tiburcio...

Constanza se acercó y puso sus labios sobre su boca. Sintió su aliento nuevamente, la tibieza de su cuerpo, la suavidad de sus piernas, la blandura de sus senos, sus manos dirigiéndose a su calor palpitante. Sintió nuevamente a esa moza de trece años que no se atrevía a entrar al lecho nupcial y que con sobornos de dulces se dejó desvestir mientras rezaba letanías, mientras sus dedos la despojaban de sus últimas prendas, llenas de botones, amarres y lazos. Su piel suave iba quedando descubierta y él tuvo la certeza de que había llegado a él tan pura como la madre de Cristo, y rodeó su cuerpo en una emboscada de sus sentidos, y su piel caliente palpataba. Doblegó con firmeza sus últimas reticencias, sintiendo cómo su cuerpo se agitaba por la inocencia perdida, el placer y la culpa contenida. Despertó, o soñó que despertaba, y por su garganta subió un grito silencioso, un llanto ahogado. Aún al despertar al sueño que es la vida, en la mañana sintió cómo competía con el cantar de los gallos el último sollozo contenido.

## EL CORREDOR SIN ESPEJOS

El príncipe recorría con el oidor Concha un largo salón de techos abovedados y un largo ventanal que daba al río. Contemplaban a ratos el paisaje lleno de gallinazos y luego seguían caminando. Un momento miraba al río y luego se dirigían a ver los cuadros que adornaban la galería. Un gato interrumpía con maullidos la prolija labor de atusarse el pelo, encima de una de las pocas sillas que amoblaban el largo corredor.

—Excelencia, digo Príncipe, esta habitación era antes una terraza, casi una azotea, en verano muy caliente y en invierno muy húmeda, y nadie la usaba a pesar de que posee la mejor vista del palacio hacia los jardines y la huerta, y si la iglesia de Desamparados no se interpusiera, tendría la perspectiva completa del río. Su antecesor, el virrey Castell-dos-Rius, la mandó cubrir para convertirla en una larga galería a imitación del Salón de los espejos...

—¿Y los espejos? ¿Qué sucedió con ellos? Resulta un poco presuntuosa la comparación.

—Imagínese la con sus espejos. Sería muy distinta. Castell-dos Rius había encargado cuarenta grandes espejos a Venecia para adornar la galería, pero por falta de tiempo, o porque quedó descubierta su corrupción, nunca llegaron, por lo que los limeños en burla lo llamaron “el corredor de las ventanas”.

—Pues parece que había venido muy impresionado por la pompa de Versalles y quiso imitar los fastos del Rey Sol, que Dios lo tenga en su santa gloria.

El príncipe entrecerraba los ojos tratando de imaginar esa enorme galería con los espejos, con las arañas con todas las bujías encendidas. Sí, si la hubiera concluido, sin duda hubiera sido algo notable...

—En este salón se reunía el virrey con la academia de palacio. Se reunía con todos los poetas los lunes por la noche, pero más parecía una francachela que una sesión académica. Todos se quedaban hasta muy tarde, declamando sus invenciones, y después toda la ciudad comentaba el desarreglo. ¡Esos poetas! ¡La mayoría son gente indeseable! Carraspeó con desaprobación el oidor, pero no quiso decir más.

—Ah, las academias, eso me trae grandes recuerdos, pero no hay academia que no sea así. Para nosotros, los nobles, es la forma de jugar a vivir la vida de los goliardos —señaló

meditativo el príncipe, sentándose en una silla de brazos que parecía mullida, mientras acomodaba la pierna sobre un escabel para evitar el dolor que lo aquejaba—. ¿Una copa de oporto, un tabaco, señor oidor?

—No podría negarme. Mire, príncipe, en lugar de los espejos que nunca llegaron, colgaron acá los retratos de sus veinticinco antecesores desde Pizarro el fundador, hasta hoy...

—Todos vestidos de negro, con la rígida etiqueta borgoñona que gustaban los reyes Habsburgo. Yo también la usé en mi juventud, pero al llegar a la corte de Felipe V, debí acostumbrarme a los nuevos usos. Al principio me costó usar tanto colorín, no crea. Y todo para terminar cayendo en este interminable luto...

—Castell-dos-Rius fue el primero en Lima que vistió de colores llamativos. Llamó mucho la atención —dijo el oidor, buscando con deseo en la caja de puros del estanco.

—Sí. En Nápoles pasó lo mismo cuando llegó el virrey Medinaceli vestido con ropas de colores, y las pelucas de crin negra... Pero hay que reconocer que Castell-dos-Rius sabía vestirse muy bien. Examine bien el retrato, mire la casaca llena de entorchados dorados y el chaleco granate como un cardenal. Nadie quedaría indiferente ante tanta pompa.

—No, es cierto. En los salones se comentaba mucho sus modas, pero nadie se animó a imitarlo, salvo dos o tres jovencitos que fueron acusados de petimetres...

—¿Sabe? Castell-dos Rius ganó el virreinato una fría mañana de noviembre en Versalles por anunciarle a Felipe de Anjou que a partir de ese momento sería Felipe V de España: Que Francia y España serían tierras borbónicas. Dijo, dándole un abrazo a Luis XIV. *Quelle joie Sire! Il n'y a plus de Pyrénées!*

Puf, puf, puf sonaban las primeras aspiraciones del cigarro del príncipe, que crepitaba mientras se iba quemando...

—Qué buena frase, príncipe, imaginar que ya no habría Pirineos. Tan buena que le valió un Perú.

—Sí, había llegado a Versalles como un embajador pobre y deslucido. Fíjese que alguien lo describió como *un gentilhomme fort pauvre*. Pero esa mañana su suerte cambió. A Luis

XIV le gustó tanto la frase que le regaló trescientos luises de oro, lo hizo caballero del *Sancto Spiritu* y los cortesanos envidiosos empezaron a llamarlo: *Su señoría, el marqués de la buena nueva*.

—Pero seamos justos, príncipe. Castell-dos-Rius no solo era ingenioso: perdió su señoría en Cataluña, le quitaron su castillo defendiendo los intereses reales.

—Su torre de hidalgo.

—Su palacio y sus rentas —añadió Concha, que parecía empeñado en defender al depuesto virrey.

—Sí, y sus pocos bienes quedaron confiscados en manos de los austriacos, y a pesar de todo eso, lideró la resistencia. Si lo sabré yo...

—Sí, claro, príncipe. Y por eso Felipe V lo premió dándole este virreinato.

—La verdad es que fue un premio desmedido. Un capricho.

—Pero pasó más tiempo esperando para poder embarcarse en Cádiz, casi tres años, que gobernando en Lima.

—Sí, fue una negociación larga. Y eso que ya ninguna de las potencias tenía fuerzas para continuar y ya el candidato austriaco no aglutinaba a los aliados...

—Sí, la Corona nos pedía mayores contribuciones, pero aquí en Lima ya no había cómo levantar nuevas erogaciones entre los comerciantes que no habían recibido un nuevo cargamento en seis años.

—Figúrese, oidor Concha. Yo recibí el despacho de virrey en 1711, y pasé un año largo en los preparativos del viaje. En 1713 ya no nos apurábamos. Digo, la princesa y yo. Actuábamos con desgana y en efecto no pudimos partir. Ciertamente, ese año nació mi hijo Flavio. Miramos con esperanza al año siguiente y tampoco nada sucedió. Tan solo cuando ya habíamos perdido la ilusión del viaje, pudimos embarcarnos y ya acababa la primavera de 1715. Mi esposa ya estaba embarazada nuevamente. Maldigo ese momento. Si no hubiera demorado tanto el almirante conde de la Vega Florida... Compré barcos en Génova y todo se hacía tan lento. Si hubiera sido firme y hubiera obligado a Constanza a seguirme en la próxima flota. O si se hubiera demorado tres meses más la partida de

nuestra nave. Pero no, todo era vehemencia en ese momento, como si se pudiera solucionar en unos días el retraso de casi cinco años.

El príncipe hablaba lentamente mientras encendía nuevamente el tabaco sevillano. Una nube de humo impedía ver si su rostro reflejaba tristeza o resignación.

—Lo siento mucho, príncipe. No debí... No quise... Es que esta guerra ha sido...

—Inacabable.

—Y de una u otra forma todos hemos perdido a alguien. Quiera Dios que no se repita.

—Dígame a mí, señor oidor, en efecto todos hemos perdido a alguien, o algo, o todo.

—Pero, volviendo a Castell-dos-Rius, príncipe, a los tres años fue retirado del cargo. De nada le había valido poner en funcionamiento las minas de Carabaya, de haber enviado ocho millones de pesos para solventar la guerra. Un gran gobierno.

—Tuvo muchos deméritos. Vino al Perú con el agradecimiento de su monarca y hoy han embargado los bienes de su familia—el príncipe sorbió un trago de oporto mientras aún conservaba el humo del cigarro en la boca, para luego soltar juntos el humo y los vapores alcohólicos con delectación.

—Se hizo de muchos enemigos. Es que hubo mucho descontento, Excelencia. El contrabando con los franceses arruinaba los negocios locales y los gremios estaban apesadumbrados. Muchos lo acusaban, digamos, de perseguirlos con laxitud.

—¿Laxo? ¡Componenda criminal! ¡Si se habló de un desfaldo de tres millones de pesos!

El príncipe pensó: “¡Qué buena mordida había pegado! Con esa fortuna cualquier señorío podría salir de la ruina. Reedificar los palacios, hacer pintar las bóvedas por el artista de moda, llenar las galerías con cuadros de autores renombrados y empezó a imaginar los salones de sus propios palacios brillantes y remozados”.

—Pero Castel-dos-Rius no era ningún ingenuo, príncipe.

—Muy por el contrario, señor oidor, era habilísimo. Y eso lo hacía más peligroso para los intereses del fisco. Al primer aviso de la disconformidad real, movió sus alfiles. Su hijo, el conde de Frigiliana, que había quedado en Madrid, le ofreció cuatrocientos mil

pesos al rey para comprar su perdón y dejarlo en el cargo hasta el fin de su periodo — dijo, dejando el puro reposando sobre el cenicero como si no tuviera la tranquilidad para seguir fumando—.

Pensó: ¿se habría enterado el rey de ese pago? ¿Lo habría interceptado su mujer, la reina, el cardenal Alberoni, algún miembro del Consejo? Todos sabían que el rey estaba tan ocupado en *se masturber*, en *faire la branlette*, en *farsi una sega*. ¿Cómo le dicen acá? ¿Hacerse unas pajas? En cualquier momento y en cualquier lugar, sin importar quién lo viera, perdido en sus delirios, llamando a gritos a *confession sacramentelle* a toda hora. ¿Se habría enterado de toda esa negociación? ¿O acaso la decisión la tomaron sin consultársela siquiera? Verdaderamente, Dios da pan a quien no tiene dientes. “Que te hagan rey de la nada sin estar suficientemente cuerdo como para aprovecharlo”, pensó el príncipe, tratando de no dejar entrever sus cavilaciones.

—Pues esas negociaciones no las conocía yo, príncipe.

—Y contra todas las predicciones, el rey aceptó— Pensó que esa había sido una jugada maestra: saber cuándo aceptar la culpa, retroceder, calcular las debilidades de su oponente, saber que en ese momento el rey —o sus consejeros— con los austriacos avanzando sobre Madrid, estaban más necesitado que él. Apostó las dotes de sus hijas, seguro de que las pobres vestirían santos, pero salvó su virreinato.

—Su familia ha quedado tan pobre que su esposa aún litiga contra el convento que aceptó a su hija y que le demanda el pago de la dote.

—¿Verdaderamente quedó tan pobre su familia? — El príncipe piensa: ¿a cuánto debían ascender sus amaños si se prestaba a tal operación? ¿En qué negociados andaría para apostar el futuro de sus hijas por un par de años más de gobierno?

—Pero al final sus irregularidades eran tales...

—Sus peculados y sus inconductas tan reiteradas que solo la muerte lo libró del dudoso honor de ser dos veces separado del cargo. Lo que Castell-dos-Rius no calculó, señor oidor, fue el poder de la envidia. La envidia lo perdió. Escúcheme bien: la envidia. Hasta la corte llegó la noticia de que estaba remodelando el palacio de Lima a la manera de Versalles. Todos lo comentaban lo suficientemente alto como para que el rey lo escuchara. Cuando el rey se enteró de que construía una galería como la que había hecho

su abuelo en Versalles, se asustó. Bueno las noticias eran alarmantes, vivía en Lima con un fasto poco usual.

“La envidia, la envidia”, pensó, siempre hay que evitarla, pues es capaz de hermanar a los más enconados enemigos en contra del que la provoca. *Vano es el príncipe que juega a causar envidia.*

—Y que lo diga, príncipe. Solo en gastos del palacio dejó doscientos cincuenta mil pesos de deuda al morir.

—Pues esos detalles pueden torcer el favor de un monarca mucho más rápido que una batalla perdida. Un chisme pudo más que todas las quejas del Tribunal del Consulado de los criollos, que siempre se están quejando y mandando procuradores a la corte.

—Entre los papeles de Castell-dos-Rius encontraron el pliego de mortaja, que se había trasapelado. Era la primera vez que se usaba y nadie pensaba que sería útil. Alguien lo puso al fondo de un cajón entre notas de pago, cintas bordadas y botones de uniforme. Por más sello real que llevara, era un papeleo más. Todos estaban apurados y no se sabía bien cómo utilizarlo.

—El rey no quería que el virreinato quedara tantos años sin gobernante; por eso se dispuso el pliego de mortaja con sus tres nombres protegidos en secreto, con su triple envoltorio de cartulina negra, con el sello del rey cuidando cada uno. Tres nombres que permanecen anónimos, invisibles, y que solo revelan su identidad cuando el virrey falta. Cuando abrieron el pliego que había traído Castell-dos-Rius, ya habían muerto dos de los nombrados. El oidor Concha pensó: “Sí, muchos oidores se solazaban, se imaginaban gobernando interinamente por dos o tres años otra vez, pensaban en el control de los abastos de la ciudad, en el monopolio del azogue de Huancavelica...”, pero el tercer nombre resultó ser válido, designaba al obispo de Quito, a Diego Ladrón de Guevara, que aún vivía y a quien le tocó reemplazar a Castell-dos-Rius por 2011 días.

—Increíbles son las vueltas del destino.

El príncipe pensó: “¡Quién lo hubiera dicho! Sin buscarlo, sin adulaciones, terminó gobernando más que cualquier virrey”.

—Pero al fin a él también le encontraron amaños y arreglos bajo la mesa. No hay duda de que el poder corrompe, y tener que gobernar tantos dominios tan lejos de la luz que irradia el rey hace más difícil administrar sabiamente. Pero ahora me disculpará usted, señor oidor Concha. Debo retirarme.



## EL DESPACHO DEL VIRREY

Es una mañana nublada y la luz, tamizada y brumosa, entra por las ventanas y teatinas del despacho. Es grande, y a los lados del retrato del rey Felipe V hay papeleras de veinte cajones. El lienzo lo muestra recién llegado a España desde Versalles, casi desmontando. Por eso está vestido aún de negro, según la etiqueta borgoñona, con la Cruz de San Luis de los franceses; pero ya con el Toisón de Oro de los españoles. Es parecido al retrato que en el nuevo ayuntamiento de Játiva han colgado invertido, cabeza hacia abajo, porque el rey hizo arder la ciudad hasta los cimientos. En el despacho virreinal del palacio de Lima, junto al retrato de Felipe V, cuelgan los de los demás monarcas que reinaron desde la época de la fundación de la ciudad. Son retratos oscuros que se pierden en los reflejos del contraluz.

El príncipe de Santo Buono mira con preocupación el mapa de los territorios que debe gobernar. Son inabarcables. Cruzan de un mar al otro; o mejor dicho, tienen tanto costas atlánticas como pacíficas. Todo ese territorio está con suerte a ciento treinta días de viaje de la consulta más próxima a la corte. En realidad, doscientos sesenta días teniendo que ir y volver. Claro, tomando en cuenta que el Consejo estuviese ya en sesiones y hubiese acuerdo para tomar una resolución expedita.

El príncipe-vicey se sentó en su mesa. Su rostro parecía preguntarse cómo se gobernaba un continente lleno de desiertos y selvas, montañas y ríos infranqueables. Recordó sus instrucciones, pensó en esas reuniones interminables con cada uno de los consejeros de Indias y los deseos del rey, expresados *viva voce*. ¿Cómo se conjuga toda esa teoría con lo que se ve en este Nuevo Mundo? Se acerca nuevamente al planisferio que cubre la pared entera y sus dedos recorren el mapa. Sigue las rutas de las flotas, lee los nombres de los puertos, los poblados con sonidos indígenas en veinte lenguas diferentes. Se pregunta: ¿cómo se hace para que todos los interesados coincidan en Portobello para armar las ferias, y los galeones y las fortalezas estén prestos a defenderlos de los corsarios? ¿Qué tiene que ver esto conmigo, sentado en un despacho de la Ciudad de los Reyes y a seis mil millas de Madrid?

Recorre con los dedos las trochas que llevan hasta Potosí. Se estremece mientras piensa en las punas heladas y en los yermos que rodean ese cerro en forma de cono, un cono en forma de Virgen como el cuadro que hay frente a su dormitorio, un cerro que pareciera

estar hecho de plata pura hasta el día que se derrumbe como un hormiguero anegado y con demasiadas galerías. Sigue la ruta del azogue que baja por hondísimas quebradas, desde Huancavelica hasta Pisco, después de cruzar un desierto donde es embarcado. Posa sus dedos sobre el color celeste que representa el mar frío del Perú, hasta que llega a la indicación que marca el puerto de Ilo. Evoca por un momento —rechazando el recuerdo para no sufrir— el mar tibio de Nápoles. Piensa en las casualidades que deben ocurrir para encontrar las mulas frescas que bajaron la plata para embarcar y que retornen cargadas de odres de mercurio, que deben llegar sin rodar por los precipicios hasta Potosí y regresar a la costa cargadas de plata a Ilo, donde la deben estar esperando la flotilla y los galeones para traerlas a Lima y almacenarla hasta su despacho a España.

Siempre le dijeron que Potosí y Huancavelica eran el mayor matrimonio de Indias, pero para estar matrimoniadas conviven a una distancia endiablada: más parecen un matrimonio mal avenido. Piensa que él es el llamado a tramitar la anulación matrimonial. Imaginó todos estos engranajes de la casualidad funcionando aceitados por la codicia de los hombres. ¿Qué podrá hacer él, quien carece de esa codicia y que debe lograr que todo empiece a funcionar como debe tan solo por la lealtad al rey Felipe? ¿Es suficiente fuerza el ser un buen republicano? ¿Ser un vasallo leal, súbdito fiel, pariente amado del rey? ¿Pudo acaso ocultar su vanidad cuando el rey lo llamó *mon chere père* frente a los consejeros? ¿No repite a todos los que conoce, con genuino beneplácito, que el rey propició el matrimonio de su hija Clara Irene con el hijo del príncipe de Maserano, el otro favorito del rey Felipe?

Parado frente a ese mapa, se pregunta cómo hará para reorganizar su funcionamiento, evitar el contrabando, perseguir a los corsarios, mejorar las defensas, restablecer la justicia, elevar las recaudaciones, solucionar la escasez de trigo, liberar a los indios de sus mitas, introducir un trato más humano para los esclavos, incrementar la producción de plata y que aún quede lo suficiente para recoger los seiscientos mil pesos que el rey le ha permitido coleccionar para arreglar la ruina de sus propiedades y señoríos.

¿Cómo lograrlo en un virreinato quebrado, en el que los españoles vienen a lucrarse con desfachatez, en el que los criollos son dueños de todo y desde que tienen los juzgados en su poder creen que los límites de las leyes no les conciernen, en el que los mestizos y las castas no están regulados ni pagan tributos y los únicos que cargan todo el peso del sistema son los indios y los esclavos? ¿Habré sido un iluso en aceptar este encargo?

¿Acepté acaso este encargo o fuiste tú, Constanza, quien me obligó? ¿No fuiste tú la que con insistencia día y noche me obligaste a dejar a nuestros hijos desperdigados por España e Italia, en conventos y colegios, a levantar más préstamos, a contraer más deudas? ¿No eras tú la partidaria, Constanza, del doble o nada, de apostar el todo por el todo? Hiciste de un rentista, como yo, un apostador desalmado, y ahora, cuando más necesito tu consejo, ya no estás para dármelo. ¿Quisieras que cayera en manos de la condesa de las Torres que me persigue? ¿Sabría ella, como tú, darme esos consejos? ¿Así como tú, sin vacilaciones, señalando los riesgos, oportunidades y escenarios posibles, llegando a tus conclusiones tautológicas frente a las cuales yo no tenía posibilidad de rehuir tu lógica impecable? ¿Me perdonarías que dejara mi viudez? ¿Lo considerarías una traición? En buen lío me has metido, Constanza. Dejaste armado el mecanismo de relojería más complejo, y cuando solo faltaba darle la cuerda, te fuiste y te llevaste la llave del remonte...



## RUBRICA PRIMERA

El amanuense se adelanta al secretario de su excelencia, Melchor de Paz, quien no atina a frenarlo y le alcanza un alto de pliegos por firmar. En su nerviosismo, el amanuense ha invertido el orden de los papeles. El virrey empieza a revisar los pliegos y su semblante empalidece. Su primera firma en el Perú es una orden de ahorcamiento para un mestizo que mató a su patrón, quien lo encontró en adulterio con *sua moglie*. Un asunto bastante turbio que escandalizó a la ciudad tiempo antes de su llegada. Qué señal funesta empezar con tan mal pie. Un crimen horrendo, sin duda, pero no empezará su labor con un ahorcamiento y conmuta la pena por servicio de por vida en las galeras. ¿Lo estoy ayudando? ¿No sería mejor una muerte rápida que degradarse hasta la animalidad en el así llamado servicio de las galeras? Lo siento, pero una ejecución no será mi primer acto de gobierno.

Melchor de Paz conoce las supercherías de su patrón, se aproxima y pide al amanuense que se retire. Le advierte que deben firmarse las provisiones. El virrey decide alejarse del despacho: lo intimida tanta solemnidad y tanto problema por resolver. Parten hacia la galería de las ventanas, pintoresco nombre con el que los maledicentes limeños bautizaron al inconcluso corredor que mira al río. Melchor de Paz, quien ha adivinado sus pensamientos, le dice: la respuesta es Pisco.

El virrey, sorprendido, no acaba de entender.

—Que la respuesta a sus preocupaciones es controlar el corregimiento de Pisco, por allí pasa el azogue, por allí se podrá controlar la llegada de la seda de la china y del contrabando francés. Pisco es la llave del Perú. Pero el corregimiento de Ica y Pisco ya lo aprovisionó el rey, está en manos de Fernando de Zegarra y Perales hasta marzo de 1719.

—Habrá que mandarlo llamar.

—No será muy fácil. Compró el cargo en la época de Ladrón de Guevara, como supernumerario, con sobreprecio, mientras era corregidor Bernardo Soles, y ha esperado hasta hace poco para asumir. Estará deseoso de sacarle el máximo provecho.

—Con seguridad no querrá dejar el cargo, pero habremos de hacerle una oferta que no pueda declinar. Su cuñado es Real Contraste en Huancavelica, y con él realizan los

embarques ilegales de azogue. Si privamos del cargo al cuñado perderá interés en el corregimiento, y entonces sí aceptará dejarlo a cambio de un buen pago...

Melchor de Paz sabe que ese puesto es clave: quien lo lleve en su bolsillo gobernará el virreinato, y tiene al candidato indicado que no vacilará en recibir sus recomendaciones antes que las altruistas indicaciones del virrey.



## PLAZA DE LA INQUISICIÓN

El príncipe llegó a la plaza triangular de la Inquisición, donde estaba el local de la universidad. Alguien repite: es la universidad más antigua de las Indias, sin discusión. La multitud se dirigía a la antigua capilla donde se realizaban los actos solemnes, los grados, y una vez cada lustro, cada década, el recibimiento al nuevo virrey. Pensó en los grados académicos que allí se celebraban. ¿Serían como los que se llevaban a cabo en Nápoles: sustentaciones, oposiciones, graduaciones y vejámenes? Por lo pronto parecía que en Lima estas pompas académicas eran una solemnidad difícil de alcanzar, pues para llegar hasta su gloria, no solo había que acreditar toda una vida de estudios y erudición, de publicaciones, de certámenes poéticos, sino también había que atravesar la plaza que albergaba un mercado, que acogía a las pescadoras que discutían con los matarifes, que estaban tras las verduleras, que se quejaban de los desechos que traían las moscas, y de las vísceras que propiciaban olores nauseabundos que, superponiéndose, se mezclaban con el aroma de las frutas recién llegadas, los cochayuyos, los culantros y el toronjil, los emolientes hirvientes, las frituras ocasionales y el polvo que el viento levantaba.

El príncipe avanzaba con trabajo en medio de la comitiva de caballeros. El polvo que el viento levantaba ensuciaba las pelucas nevadas, eclipsadas por tricornios emplumados. Caminaba la multitud lentamente, alejando a la gente con sus bastones de empuñadura dorada. ¡Apártate, rufián! ¡La plebe ha olvidado toda urbanidad! ¡Cuiden sus bolsillos, nunca se sabe! ¡Algo habrá que hacer! Cubrían sus augustas narices con pañuelos empapados en fragancias de jazmín y lavanda. Avanzaban a paso rápido para no ver el mercado y no oler la ciudad. Los bordes de las capas y los zapatos de cordobán con hebillas de plata dorada, pasaban rozando las bostas que habían dejado las llamas y las mulas de carga. El príncipe pensó si al menos se pudiera llegar a la universidad en calesa o en silla de manos, pero el desorden con esa multitud resulta imposible.

—Excelencia, pronto todo esto será cosa del pasado. Reordenar a los comerciantes está entre nuestras prioridades —comentó el regidor Muñatones, que buscaba ser reelegido—. Ha sido una desidia de la administración anterior. Restauraremos, además, los solares abandonados de esta plaza. Mire ese balcón que amenaza ruina, habrá que apuntalarlo. Al final de mi periodo la plaza quedará como cuando recién se construyó.

—Bah, yo creo que esta ciudad no tiene remedio. Con esta gente que tenemos, es una Lima que definitivamente se nos va... —dijo en voz baja otro de los integrantes del séquito.

—Excelencia, ya repican las campanas y todos esperan su presencia.

El príncipe vio que la capilla era grande por dentro, pero estaba totalmente atiborrada. Atestada la planta, colmado el coro, incluso hasta el retablo de madera lucía recargado de pámpanos, volutas, hojas de parra y piñas. Solo de ver esa complicación barroca empezó a sentir su vieja opresión en el pecho. El retablo dorado le recordaba las discusiones bizantinas de los catedráticos. A duras penas llegó hasta su estrado rodeado por los doctores, que habían pasado media hora disputando el orden de sus sitios pretextando antigüedad, títulos, cátedras, precedencias de las disciplinas. En un mundo real —pensó el príncipe—, uno se ordenaría según quién tenía mayores feudos, fortalezas estratégicas, o por ser el favorito del rey. Pero en el mundo de los universitarios, el mundo de las ideas, las precedencias eran tan etéreas como pretender imaginar el orden del universo sabiendo que los objetos solo se pueden conocer por accidente o discutir interminablemente si la realidad *creada pero incompleta* es impregnada por la razón del hombre. Por ello estos estudiosos eran tan extraños: pasaban una vida rebuscando en libros antiguos buscando artificios de las palabras, inventando impertinencias o desenterrando bajo una piedra enmohecida una inscripción desconocida. Menos vanidad tuvo el rey Alejandro el grande cuando se hizo arrastrar por grifos para explorar el reino de los cielos. Una vanidad tan grande como para llenar cien veces aquella capilla, pensó.

El orador pidió silencio y se hizo un silencio corpóreo producido por quinientas almas. Ni bien el príncipe ocupó la silla rectoral, vio cómo empezaban a entrar el rector, el maestro escuela, los catedráticos propietarios de cánones y de artes, de leyes y de medicina, de matemática y de lengua indígena. Los seguían en fila cerrada los estudiantes de leyes de San Felipe, los pupilos del colegio de San Martín con su manto naranja y beca celeste, los de Santo Toribio con su manto pardo y su beca morada. Cerraban el desfile los bedeles. Ahora sí ya no cabía ni una mosca en la capilla.

El acto procuraba ser muy solemne. El príncipe sabía que la universidad elogiaba solo una vez al virrey recién llegado. Inició el elogio de la universidad el doctor Bermúdez de la Torre, hombre de cuerpo encorvado por los años, pero de mente muy vivaz. Los

asistentes lo escuchaban con mucha atención, no en vano había sido varias veces rector del claustro:

Privilegiada en los príncipes la naturaleza, sus sentimientos llevan aquel carácter de magnanimidad y elevación, que les imprime la virtud de su causa ¿cuáles serán hoy las de nuestro monarca? Cuando más despierta su atención por la universidad, el inmediato y personal homenaje debe agradecer su liberalidad y munificencia. Así lo ha demostrado, premiando el mérito de vuestra excelencia con aquellos honores que más explican su real beneficencia, habiéndose esforzado en ella, su generosidad hasta aquel término en que exceso pase de una virtud a un vicio. Solo así se explica que sea haya llamado a su Excelencia a dirigirnos como un astro en torno a cual girar, llamado a ser nuestro sol en el Zodiaco.

El príncipe observaba sin interés a los asistentes. Pensaba en cuántas veces habrían repetido frases semejantes desde la llegada de los primeros virreyes. ¿Sería el mismo discurso repetido con diferentes entonaciones? Su atención se fijó en el coro alto atestado por estudiantes. Uno de ellos era el bachiller Franco, quien a su vez lo miró con curiosidad y sus miradas se cruzaron un segundo. El licenciado Franco podía ver nítidamente al virrey en su estrado. Lucía distraído, se podría decir que aburrido, mientras avanzaban los larguísimos discursos. ¿Qué estaría pensando? Parecía examinar con desaprobación los cuadros de los pintores indígenas del Cusco. El virrey miraba con detención un rollizo santo Tomás, el doctor angélico, patrón de los estudiantes. ¿Se estaría fijando en los rayos dorados de su conocimiento que se entremezclaban con los rayos del sol filtrados en el salón? Así parecía —al menos visto desde allí arriba— que verdaderamente iluminaba con su sapiencia a los asistentes. Luego, el virrey observaba hacia el otro lado del estrado, mientras se sacaba conejos de los nudillos. Miraba con atención la escultura de San Marcos y parecía detenerse a observar al león del evangelista. ¿Habría visto el virrey un león verdadero con el cual compararlo? ¿Pensaría que ese león de madera y barniz oscurecido miraba con hambre felina a los asistentes, y que por su gesto bravo parecía querer comerse a un par de colegiales de San Pablo que lucían muy bien alimentados? Ahora, mientras el rector elogiaba al doctor Bermúdez por su alocución e introducía el discurso del sabio Peralta, el virrey parecía seguir con la mirada unas golondrinas que volaban entre las pinturas de las letanías lauretanas con las que había sido adornada la bóveda del techo. Una parecía habitar en la *Torre de David* y la otra entraba por la *Puerta del Cielo*, que se habían convertido en sus nidos.

Pues esta universidad es madre de sapientísimos varones y fecundo paraíso en que florecen sin temor del cierzo de la envidia, ingeniosas plantas y amenas y lúcidas flores de todas las artes liberales. No hay hombres a quien más deba las letras que a los hijos del país, porque a la verdad estudian sólo por saber, mirando a los premios como accidentes y acasos de la fortuna y no como deudas contraídas de sus desvelos...

El bachiller Franco dejó de prestar atención a los discursos, al calor sofocante, al desinterés del virrey. Recordó la desastrosa explicación que dio el día anterior en la prima de teología acerca de si el conocimiento de Dios se adquiere o está impreso en todos los hombres por naturaleza. Pensó que si reprobara ese curso le cancelarían la beca y que todos sus esfuerzos habrían sido en vano. ¡Demonios! Tener que dejar la universidad y volver a casa. ¿A hacer qué? ¡Ni cojudo! Pensó en su madre viuda y en los muchos ruegos que hizo al Colegio de San Martín para que lo aceptaran, valiéndose de su genealogía de connotados beneméritos. Y todo por la política, que parece ser ahora el único afán de su vida.

¿Tendría razón el agustino Calancha cuando decía: “La democracia es un pestilencial gobierno donde todos mandan y ninguno obedece”? Tal vez sí, pero, desde que había entrado en la universidad, solo le apetecía estar en las protestas. Estuvo en el claustro de las Carmelitas de la antigua observancia, protestando porque no habían elegido a la superiora criolla. ¡Qué tal raza! ¿Porque nació limeña nunca podría ser abadesa? Recibió una pedrada por defender a la Inmaculada Concepción de las blasfemias de los dominicos. Estuvo a punto de que lo atrapasen mientras pegaba pasquines en las puertas de las iglesias denunciando los lucros de los allegados del virrey anterior.

¿En qué terminaría todo esto? ¿Por qué sus maestros no quieren que aplique lo que aprende día a día en los actos de su vida? Pero, siendo sinceros, no solo es el tumulto lo que lo atrae. Durante el día, entre clase y clase, se reúne con amigos en los bares de la plaza del Baratillo a tomar un tinto de Moquegua o un pisquito que hace entrar en calor. Paga el que pierda el juego de los dados. Por las noches cuando todos se recogen en el Colegio y los bedeles han tomado la asistencia de *vísperas*, logran escaparse y a paso rápido, burlando a la guardia, se dirigen a la picantería *El Amor Nuevo*, junto al río. Allí a puerta cerrada, se reúnen con estudiantes de los colegios de San Felipe, de Santo Toribio para hacer certámenes poéticos. Toman aguardiente de la Nazca, y después de uno o dos

vasos cobran valor para empezar a declamar sus invenciones. Al licenciado Franco le gusta componer *yaravies* y *mulizas*, que recita con sentimiento. ¿Acaso le importan entonces las proposiciones de santo Tomás o las sentencias de Pedro Lombardo? Siente mientras declama que el mundo es joven y mágico y que sus palabras lo transforman en un lugar con menos injusticias. Más tarde, si hay suerte, o si le han llegado las remesas que le envía su madre, podrá pasar lo que queda de la noche con una de las muchachas que sirven las bebidas, cuidando, eso sí, de llegar a tiempo a la asistencia de las laudes que toman los bedeles somnolientos.

De improviso, en la capilla todos se pusieron de pie y cantaron el *Gaudeamus Igitur*, el himno de la universidad. El elogio ha concluido. El virrey, que miraba sin ver al bachiller Franco, fue rodeado por su cortejo, que lo invitó al almuerzo que los catedráticos le ofrecían en el claustro.

El príncipe se reanimó de su letargo por los aplausos y saludos y entre el barullo de los asistentes que luchaban por acercársele, notó que le hablaba el sabio Peralta. Casi no lo escuchaba entre tantas voces. El virrey estaba intrigado por lo mucho que de él le habían contado. Lo llamaban *océano* por su vasto conocimiento. Conversaron en italiano. Un italiano que manejaba con soltura, aunque con un acento muy extraño. Al príncipe le costaba entenderlo. A Peralta le faltaban los dientes y todas sus consonantes sonaban como efes. Rostro ajado y seco, ojos vivaces, bajo y enteco, o con una peluca exagerada que lo disminuía. Vestía de negro a la moda del viejo siglo. Peralta hablaba enfáticamente, con fórmulas pomposas y le informaba sobre las muchas necesidades de la universidad y la ciudad.

—En los últimos tiempos, Excelencia, quitándole horas al sueño, he diseñado un nuevo sistema de fortificaciones para Lima, un diseño que hará inexpugnable nuestra ciudad.

—Pero, ¿es que acaso no tiene ya Lima murallas, doctor Peralta?

—Ciertamente, Excelencia, fueron diseñadas con conceptos erróneos por el cosmógrafo Juan Ramón Coninck. No son eficientes. El sistema que yo he planeado solucionará sus carencias, al añadir una serie de ciudadelas de defensa. Me encantaría que Su Excelencia pudiese examinar los planos que he preparado

—Me interesa todo lo que tenga que ver con la defensa del reino, pero, siendo realistas, esta larga guerra ha dejado exhausto al erario. No creo que tengamos mucho por hacer en los siguientes años.

Le gustaría contarle que ni siquiera pudo recibir en Paita un adelanto de cien mil pesos que había pedido sobre sus sueldos.

—Vacía. La caja real estaba realmente vacía, las minas sin producir y el contrabando arruinando al comercio. No tendría que admitir en público nada de esto. Pero, bueno, *cosa si può fare*.

—Excelencia, el cargo de cosmógrafo está vacante...

—¿Y ese doctor Koninck regresó a Europa?

—No, Excelencia. Murió súbitamente. Tenía una edad venerable: pasaba los ochenta años, y era fuerte como un roble, pero ¡zas! —¡faff!, escuchó el virrey— murió fulminado como por un rayo. Lo peor fue que en su testamento dejaba todos sus documentos a un espía francés.

—¿Un espía francés? Cuénteme un poco más de eso.

—Sí, el fraile Feuillée, un botánico, un fraile mínimo que lo frecuentaba.

—¿Y con qué credenciales llegó al Perú ese tal Feuillée?

— Por un favor especial de Castell-dos-Rius.

—¡Ahh! Castell-dos-Rius, no podía con su carácter, *sempre così servile, le piaceva succhiare le calze francese*.

—Sí. Este fraile francés era boticario, vivía frente al palacio en la otra orilla del río, en el Monasterio de los Mínimos, y se pasaba los días haciendo cálculos de los baluartes de la resistencia de las murallas, de las fortificaciones del puerto, con el pretexto de recoger plantas medicinales al pie de las defensas. Incluso solicitó permiso para viajar a Ilo y Arica, pues estaba interesado en el embarque de la plata de Potosí.

—¿Y el virrey no se daba cuenta?

—Era tan sencillo el fraile en su aspecto que lograba recoger la información más sensible amparado en su humildad. Tuvo la suerte de haber intimado con Castell-dos-Rius en Francia durante su embajada y así supo que no tendría problema en conseguir ninguno de los permisos.

—¿Y qué sucedió entonces con lo del testamento?

—Cuando abrieron el testamento del cosmógrafo Koninck, con quien había entablado gran amistad discutiendo de astronomía y resolviendo problemas matemáticos, resultó que le dejaba todos sus libros, sus archivos, sus instrumentos al espía. Imagínese: la información más sensible del país, totalmente actualizada, pues Koninck preparaba una geografía y había pedido datos a todos los corregidores del reino y acumulado tanta información que ni él sabía exactamente ya lo que tenía.

—¿Y Castell-dos-Rius no se dio cuenta de que este hombre rondaba esos documentos?

—Tuvimos que actuar a espaldas del virrey. Solo con la ayuda del Tenedor de bienes de difuntos se pudo requisar la biblioteca y la papelería, aduciendo que Koninck había dejado muchas deudas y que había que rematarla en pública almoneda para satisfacer a los acreedores. Así salvamos la información.

—¿Y cómo lo atraparon?

—De atraparlo, nada, Su Excelencia. Castell-dos-Rius nunca le quitó su protección. El fraile, el espía, no se ya cómo llamarlo, regresó a Francia con sus apuntes y publicó toda la información que logró llevarse el muy taimado, pero al menos no toda la que pretendía...

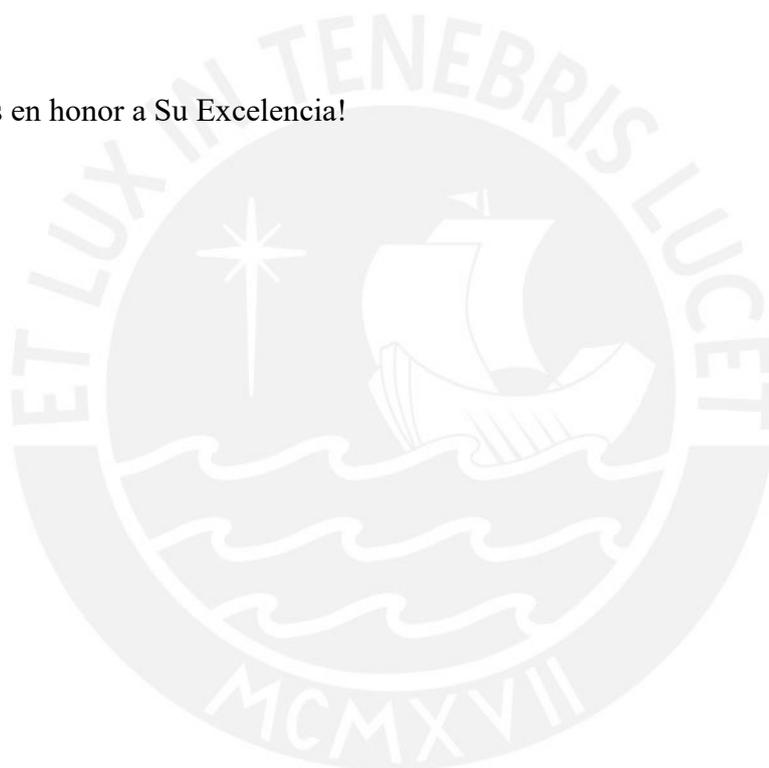
—Ah, *un lupo vestito da angello*.

El príncipe se quedó pensando en lo territoriales que eran estos criollos que ya ni españoles se sentían y que eran muy capaces de actuar a espaldas del virrey. Lo lógico sería que se lo hubieran consultado primero. ¿Cómo se conducirían frente a él? ¿Le consultarían o procederían por su cuenta a sus espaldas? Era sabido que los venidos de la península itálica no eran bien vistos en esto lares. ¿Pesaría más la confianza del rey que los prejuicios de los criollos? Los limeños habían recibido con reticencias hasta al mismísimo rey Felipe V considerándolo extranjero, un gabacho. Si no hubiera sido por

los comerciantes vascongados establecidos en Lima, que lo apoyaron sin reservas, no hubieran faltado disensiones ni bandos en favor del candidato austriaco.

Pero ahora tenían un virrey italiano y él sabía que eso exasperaba algunos ánimos. Había notado miradas frías, así como una taimada indiferencia entre algunos de los miembros de la nobleza y entre algunos de los criollos. ¡Bah! Pero esos siempre se estaban quejando, haciendo alarde de sus antepasados conquistadores. ¡Peor para ellos si no les gustaba un príncipe que se remontaba a los bizantinos y a los romanos, con una prosapia tres veces mayor que la de los propios borbones, descendientes de unos vasallos de los condes Bourges hasta hacía no mucho antes! Y, recordémoslo, ¡reyes gracias a la apostasía de un hugonote!

—¡Un brindis en honor a Su Excelencia!



## ESCALERAS DE PALACIO

El príncipe baja las anchas escaleras de su residencia, en las que montan guardia por turnos treinta alabarderos con sus morriones de Borgoña y con sus lanzas coronadas por un hacha damasquinada y puntiaguda. Le gusta recibir su saludo marcial. Con un toque de clarín alertan a la compañía y luego el capitán ordena rendirle honores. No importa cuántas veces pase en un día: el ritual se repetirá una y otra vez como si nadie tuviera memoria, como si todos fueran los moros autómatas de la torre del Orologio de Venecia repitiendo sus movimientos limitados, hora a hora. Al principio le llamó la atención tanta ceremonia, pero pensó que pronto lo olvidaría. Por el contrario, cada día demora más sus pasos, como si con ello pudiera hacerlo aún más solemne. Le gusta recibir los saludos, las fanfarrias, sentirse como una reencarnación del rey Felipe V en estas tierras: una réplica pequeña del rey de España.

Al príncipe no le extraña que su antecesor, el marqués de Castell-dos-Rius, llegara a creer que era el rey y necesitara una galería de los espejos para gobernar. Es comprensible que, después de varios años de decidir a su gusto, sin comunicación marítima con la corte, empezara a sentirse como el monarca mismo, en especial por las preocupantes novedades que se filtraban desde España: lo mal que iba la guerra de sucesión y los inquietantes desvaríos del rey que vivía de noche y dormía de día, sucio al punto que le decían *El Guarro*, que andaba medio desnudo y descalzo frente a sus cortesanos más cercanos con una camisa usada día tras día, que primero hacía vestir a la reina por temor a ser envenenado como Hércules con una prenda emponzoñada, que en ese estado intentaba salir de sus habitaciones, por lo que había que resguardar todos los accesos para que no se pudiese escabullir y encontrar una pluma con la cual redactar su carta de abdicación. Con esas noticias, seguro que Castell-dos-Rius pensaría que nadie lo iría a remover de su puesto de virrey hiciera lo que hiciera. En arca abierta, el justo peca...

\*\*\*

El príncipe pensó que tenía que ser muy cauto con las noticias del estado del rey, para que no se propagaran por Lima. Del rey provenía todo su poder, y si los criollos se enteraban, sería su fin. Sintió un desasosiego que le subía por la garganta, una sensación quemante, ácida. ¿Qué habría hecho entonces Castell-dos-Rius si se hubiera enterado de las noticias subsiguientes? Pensó en que el corazón de Castell-dos-Rius fue enviado a

España en una caja de plomo, forrada en terciopelo carmesí, como si contuviera una alhaja preciosa. ¿Y si él llevara el corazón de Constanza del mismo modo? ¿Ya era demasiado tarde para decidirlo?

Se había levantado con un ánimo lúgubre esa mañana. Recordó la agonía de la reina María Luisa, asfixiada por tumores en el cuello. El rey Felipe se hundió en la más profunda melancolía; se masturbaba compasivamente, llorando, y después pedía al punto confesión, porque no quería condenarse, y comía mucho un día y después nada por semanas, al punto que los médicos de la corte ordenaron que lo alimentaran con leche de mujer.

En definitiva, de ese estado lo sacó su nueva esposa, Isabel Farnesio. ¿De quién podría haber surgido una idea tan brillante? Sabemos que de ti, Constanza. Fuiste genial metiendo tu mano en la alta política. Sembraste la idea de ese matrimonio, como quien hablaba sin saber, entre los consejeros. Y a todos les pareció bien y salieron del acuerdo pensando que de ellos había nacido la idea. Ese matrimonio fue benéfico para el rey y bueno para el reino; fue excelente para el partido italiano de la corte; pero, sobre todo, hizo nuestra fortuna. Sabías que al rey lo dominarías, tenías la seguridad de la voluntad de la reina Constanza. La futura reina era una muchacha de veinticuatro años, un poco perdida, que se consideraba fea por sus picaduras de viruela. Supiste moldear su carácter. La ayudaste a aislar al rey de sus asesores para que solo dependiera de ella. Y como camarera de la reina, te convertiste en la poseedora de la llave de la voluntad real. Oh, Constanza, dónde habríamos llegado si no me hubieras abandonado...

El príncipe subió en la primera de dos berlinas. Levantaron las cortinas de cuero porque hacía calor. Rodaban rumbo a la alameda. Se discutía muy pausadamente. Virgilio María Gritta, el caballero mayor, debía ir siempre a la derecha del príncipe cuando este subía en el coche. También iba con ellos el sabio Peralta. *En la iglesia de los Desamparados se guarda el corazón del virrey conde de Lemos, que fue protector del templo.* El príncipe sintió que el tema lúgubre lo perseguía ese día. *Cedió parte de los jardines de palacio y dinero de su peculio. Hasta colocó él mismo muchos de los ladrillos.*

El príncipe piensa si él tuviera la humildad para colocar ladrillos como un alarife, si se atreviera a barrer ese atrio. ¿Sería mucho esfuerzo barrer así, con su pierna tullida por los reumas y la gota? Seguro aún más esfuerzo sería mostrar la humildad necesaria. Barrería

de madrugada para que nadie lo viera; si no, ¿cuál sería el mérito de que todos se congregaran para verlo humillarse? *Mire, Excelencia, levantaron ese arco para recibir al conde de la Monclova. ¿Es que nunca se calla este hombre? Coronarlo con una escultura ecuestre de Felipe V.* Es mejor no contestarle, no sea que lo anime a seguir hablando. *Puente de Montesclaros... con miles de claras de huevo.* El príncipe prefiere hundirse en sus propias cavilaciones.

\*\*\*

En la berlina de atrás, discuten Flavio, Julia Quitería, Enriqueta, Tecla y Milia: unos quieren subir al pescante; otros quieren sentarse en la banca que mira hacia adelante y los más sensatos intentan calmar a los demás. El príncipe mira con rabia a la niñera, quien sintiéndose cogida en falta, empieza a poner orden. Los curiosos observan con extrañeza los pleitos de los hijos del virrey y se ríen de los manotazos y jaladas de patillas que va repartiendo la niñera. En medio de llantos y quejas se restablece el orden. El príncipe piensa en su hijo Alois, en los brazos de su ama de leche. Quisiera decirle a Constanza que *il bambino* está gordo con el pecho que le da la negra Cándida. Que no sabe si sea bueno que una esclava le dé su leche y con ella le trasmita su docilidad. Duda, teme.

Se apena de pensar que Constanza no vea crecer a Alois, que cambia cada día. Cada mañana una gracia nueva. Unos días amanece siendo Ruffo: los rizos grandes, el color del pelo castaño; otros descubre en él la fisonomía de los Caracciolo, los ojos de su padre, ese color verde que cambiaba con las diferentes luces del día. En realidad, quisiera contarle cómo va creciendo cada uno de sus hijos, cómo Tiburcio ya se siente grande y quiere salir con sus hermanos, cómo se rehusó a visitar la ermita del milagroso hallazgo. Está ocupado ayudando a su hermano Marino a preparar una partida de cacería en los pantanos de San Juan, camino a las huacas de Pachacamac. Les han dicho que hay muy buena caza por allá.

Si no estuviera tan gotoso, habría podido acompañarlos a una partida de caza como las que se organizaban en Bucchianico. Podrían haber ido con su deudo, el conde Bena de Maserán, que había prometido vigilarlos, y se habrían unido a la partida los Ruffo, sus sobrinos, quienes aseguraron ponerle sensatez a la partida. Se les unieron unos jóvenes limeños con los que había hecho amistad e intimado. Le prohibió a Marino que dejase

disparar a Tiburcio. Solo debía ocuparse de los halcones. Dormirían en la hacienda de los jesuitas, donde ya les habían prometido aposentarlos.

Las berlinas ya avanzan por la alameda bajo los naranjos frondosos. Unas treinta calesas, abiertas y cerradas, ruedan a la sombra de las avenidas de coposos árboles, y se detienen frente a las vivanderas, a los expendedores de bebidas, a las vendedoras de dulces, esos dulces tan empalagosos que marean al príncipe cuando los prueba. A las cinco de la tarde la alameda es deliciosa. Aun es de día —acá oscurece mucho más temprano que en Europa—, pero los naranjos cubren la luz dejando una penumbra cálida con olor de azahar. Los carruajes recorren las siete avenidas que separan ocho filas rectas de árboles centenarios plantados por el virrey Montesclaros. Se supone que es una copia de la Alameda de Hércules; y en verdad se parece, en tamaño y en disposición, aunque sin ese calor asfixiante de Sevilla; sin el color amarillo que dan las tierras del albero.

Faltan, eso sí, las dos monumentales columnas romanas. A Montesclaros le faltó añadir un Hércules Farnesio musculoso sosteniendo un escudo y otra columna con Julio César mirándolo con envidia. A falta de columnas romanas, han puesto tres piletas que amenizan la calle central de la alameda. Los viandantes piropean a las mujeres de los coches: unas van de tapadas, otras con cabeza descubierta y los jóvenes galantes les ofrecen refrescos y dulces que sirven las mulatas, quienes huelen a membrillos y canela. Algunas calesas circulan con las cortinas totalmente cerradas. El príncipe malicia lo que sucederá allí adentro.

La ermita no es gran cosa: tiene un solo campanario aún en construcción y se halla encomendada a Santa Liberata. Pero es visitada con mucha devoción. Uno de los monjes agonizantes —monje rollizo que goza no solo de buena salud sino de excelente apetito— les muestra el escondrijo donde sucedió el milagro: un orificio en una antigua acequia forrado con láminas de plata lleno de velas. El monje cuenta que al descubrirse el robo de la eucaristía, toda Lima quedó paralizada, los sagrarios vacíos y abiertos y la ciudad en entredicho. En los hospitales, y en las casas con enfermos graves, el pánico se apoderó de las familias. Morir en esos días de entredicho equivalía a la condenación. El arzobispo había sido muy claro: no se harían misas ni se administraría la comunión. A las pocas horas de sabida la noticia, ya se habían armado procesiones de penitenciantes, que recorrían las calles llorando, con los cabellos revueltos, con ceniza en las cabezas, algunos

incluso se flagelaban con cilicios que cortaban el aire y herían las carnes. En las iglesias durante once días solo se oyó el rumor de súplicas.

Un negrito ha señalado el naranjo bajo el cual el ladrón del copón del Sagrario de la Catedral ha escondido las hostias en una acequia. Un pulpero había avisado que un joven intentaba venderle unas piedras preciosas como las que adornaban el copón y que le ofreció también oro martillado. Los alguaciles sospecharon y lo obligaron a confesar. Se llamaba Juan Hurtado, Juan Ladrón, Juan Ratero. Juan entró en desesperación, lloró de miedo y arrepentimiento y olvidó bajo qué naranjo enterró el copón. El negrito que cazaba tórtolas con su honda aseguró que lo vio enterrando algo en la acequia. Recuperan las hostias, envueltas tan solo en un papel, de entre el barro, el agua y los desperdicios. Milagrosamente, los círculos blancos están impolutos, resplandecen. Las sagradas formas se han salvado. Los vecinos se pasan la voz: las han encontrado, las han encontrado intactas, las han encontrado intactas y resplandecen. Es un milagro. Las iglesias empiezan a tañer campanas de júbilo. La gente se arremolina. Una muchedumbre acompaña en procesión al arzobispo Ladrón de Guevara vestido de pontifical y mitra. Lleva las hostias benditas hasta la Catedral.

Flavio y Alois se han aburrido a mitad del recuento del fraile y juegan frente a la capilla: pareciera que buscan nuevos copones bajo los naranjos, pero solo encuentran naranjas podridas que se arrojan entre sí. Enriqueta, Tecla y Milia, impresionadas por el relato, depositan ofrendas en el hueco de la acequia bajo el altar de la capilla. El príncipe da una onza de oro para la culminación del santuario. Debería mandar pintar un cuadro que ilustre el milagro, para que la gente lo recuerde por siempre. Mejor dos cuadros: uno del robo y otro del hallazgo. El fraile goloso lo compromete para que los patrocine.

—*¡Aiuto! ¡Aiuto! ¡Il signorino Flavio è caduto nel fossato!* —grita Giuletta Mencelli, la niñera, mientras tanto, agita los brazos como un molino. Los paseantes de la alameda no entienden qué pasa, pero ayudan a sacar al niño de la acequia, totalmente empapado. ¡Todos al coche, el paseo ha terminado!, grita el príncipe, fuera de sus cabales. El cochero cubre al niño, que tiritita de frío, de susto, con la manta del caballo. Total, no huele peor que el agua del regadío.

## RECAMARA DEL PRÍNCIPE

—Giovanni —llamó el príncipe, aclarando la voz—. Giovanni, ¿estás ahí?

—Buenos días, amo. Ha tenido sueño intranquilo —contestó Giovanni, el criado, abriendo las portañuelas que cegaban la teatina, las ventanas. Una niebla incierta que rodeaba al palacio amenazaba con invadir la habitación. Una luz azulada iluminó la pieza con formas celestes e inciertas, una pieza que se iba ampliando conforme empezaba a filtrarse la luz. Era un cuarto muy grande, lleno de arcones, y cómodas enconchadas donde se guardaban todas las riquezas que el virrey había traído consigo. Frente a las demás estancias, medio destartaladas, parecía el único salón habitado del palacio. Realmente se podría comparar la retirada de los anteriores virreyes de su palacio con los saqueos que ocurrían en los palacios vaticanos cuando moría un Papa. El criado corrió las cortinas del lecho que mantenían la cama tibia del príncipe.

El príncipe vio la mustia luz del cielo limeño que ya odiaba, no porque le desagradara en sí, sino porque le recordaba que ya no estaba en Nápoles, que era un desterrado en constante competencia con burócratas, con otros nobles desposeídos, con comerciantes codiciosos, con cazafortunas inescrupulosos. El mundo tenía la forma del purgatorio del Dante, solo que uno empezaba desde abajo, allí muy al fondo —pensó—, una escalera infinita y empinada, en la cual al menor tropiezo uno cae centenares de escalones, y después de caer uno, como Sísifo, debe empezar todas las mañanas a acarrear una enorme carga camino arriba, con lo que a mayor honor, se hará más difícil escalarlo y hacerlo con recato para que todos los vean como un fluir natural. *Sprezzatura*, se repitió para sí. Si acaso Constanza siguiera junto a él, ella sí sabría cómo sortear esos obstáculos.

—Anoche soñé con Bucchianico, Giovanni. Me acercaba desde el campo; los árboles lo ocultaban tan pronto como me franqueaban la vista. Volvía de una cacería, aunque mis carteras estaban vacías de presas, y no llevaba arma alguna. Me invadía la sensación de que la había perdido en algún momento. Demoraba en acercarme, como si los caminos y las trochas me alejaran en vez de llevarme al refugio seguro, pero veía bajo la luna la mole del castillo, todos los salones parecían habitados, con las chimeneas prendidas y estaban iluminados como si se celebrara una fiesta, como si las cocinas bullesen de gente. Ahhh, Bucchianico...

—¿Y finalmente llegó, señor?

—No, nunca llegué: mientras miraba la luna, se ocultó y toda la vida del castillo desapareció y quedaron las sombras frías de las ruinas abandonadas...

—No piense más en eso, señor. Recuérdelo mejor cuando estaba en su esplendor. De lo contrario solo sufrirá más...

—¿Te acuerdas de Bucchianico en el verano, Giovanni? ¿Te acuerdas de las muchachas cantando y bailando en la vendimia? —le dice al criado mientras acaricia a *Ñeñuc* y a *Ñañe* —“Gnegnuc y Gnagne”, como lo pronuncia el príncipe, dos perros calatos que le había regalado el cacique de Chimo en Trujillo cuando se enteró de sus reumas—.

Vicente Mora Chimo, cacique gordo como un tonel y rostro color de la brea, le explicó que los perros calatos servían para aplacar los reumas, la gota, y otros males como los catarros y el silbido del pecho.

—¿Y cómo preparo a los perros? — preguntó —. ¿Los tomo como una sopa, o aplico su carne sobre las lesiones?

—No, Excelencia, tan solo duerma con ellos pegados a su cuerpo y el calor de su piel obrará el milagro.

Desde entonces, el príncipe les permitía subir a su cama para que durmieran con él. El cacique le dijo que, si quería llamarlos, les dijera *fanu*, que en la lengua de sus antepasados: el *muchic*, no el *queshua*, significaba “perro”, pues si no les hablaba en esa lengua, no lo entenderían—. Son unos perros de una raza muy antigua —le dijo—. Ellos aparecen representados en los huacos de nuestros antepasados que rebuscan en los templos abandonados.

Le dijo que en la mañana los despertara diciendo *Tuscan anga atin Ñeñuc*, que significaba: “Levántate ya es de día, Juguete, y ¿*Emen unanche Ñañe?*”, que quería decir: ¿Cómo has amanecido, Gallina? El príncipe inicialmente se había reído de la ingenuidad del cacique, pero se había aprendido de memoria todas las palabras y se las repetía cada mañana. *Juguete* y *Gallina*, vaya nombres que les había puesto.

Giovanni intenta espantar de la cama a *Ñañe* dándole un palmazo en el anca. Pero *Ñeñuc*, aplastando su vientre contra la cama, le ladraba causando un gran escándalo. *Ñañe* le mostraba los dientes y lo desafiaba, excitando con sus ladridos aun más a *Ñeñuc*.

—¡Basta! —gritó el príncipe—. ¡*Tac Fanu!* ¡Todas las mañanas el mismo espectáculo! No tienes autoridad, Giovanni. ¡*Gnegnuc!* ¡*Gnagne!* ¡*Scendere maleducato!* ¡Abajo, majaderos!—. ¿Ves que también pueden entender nuestra lengua, Giovanni?

—Permítame ayudarlo a incorporarse, amo. No debería hablar esas lenguas de los idólatras, ya sabe lo insistentes que son los inquisidores —le susurró el sirviente mientras le acercaba el orinal.

—¿Hará frío en Bucchianico? —le pregunta añorando su casa natal, el castillo de Bucchianico, con sus ocho torres facetadas en lo más alto de la colina, lugar donde pasó toda su infancia y buena parte de su juventud, refugio en el que se cobijaban sus recuerdos de familia—. Ay, Giovanni, cómo creer que esos muros ya no existen más, que levantados para la eternidad son ahora ruinas tiznadas que solo albergan cornejas. También en mí hubo alegrías que creí destinadas a durar para siempre y hoy se han derrumbado como esos muros, dando paso a tristezas humeantes como esas ruinas. ¿Estarán prendidas las chimeneas en el pueblo? ¿Estará aún en pie el poblado? ¿Habrán saqueado sus casas? ¿Habrán violado a las muchachas los *tedeschi*?

—Sin duda ya estarán muertos de frío en esta época del año, señor. Acuérdesse cómo las chimeneas se prendían temprano en el otoño para secar la humedad de los muros e iluminar las casas. Los aldeanos habrán sabido esconderse a tiempo, pero seguro estarán pasando hambre este año: debieron robarles todas sus cosechas, debe haber carestía. Pero, aun así, a estas alturas todos deben estar sentados alrededor del fuego contando historias, mientras asan alguna pieza de cacería. Esos bosques son ricos. Contarán historias del gran castillo que fue, de cómo participaban todos cuando se organizaban las grandes cacerías y las fiestas y la alegre vida pasada cuando su padre vivía y en Bucchianico todo era felicidad. No hay noche que no sueñe con Bucchianico, amo, con su piedra gris verdosa y sus torreones facetados. Yo tampoco puedo creer que ya no esté. Mi corazón se quedó anclado allí. Recuerde que allí nací yo también, ¿en qué más podría yo pensar? Allí fui feliz. Acuérdesse de que antes de servirlo me ocupaba de los aposentos de su abuela Quitería, la cámara blanca, donde todos los objetos eran hermosos. Pero si bien era gratificante el ritmo lento del apartamento y todos los sirvientes me tenían envidia, siempre ayudaba cuando íbamos de cacería y...

—No necesitas recordármelo, Giovanni, siempre fuiste el mejor montero. Contigo me internaba en las profundidades del bosque de Bucchianico y traíamos las mejores presas. ¿Qué será del palacio de la vía Carbonara?

Giovanni le acerca la esponja y comienza a frotarle con fuerza la espalda, el cuello, vuelve mojar la esponja en la jofaina y refriega las piernas, los pies.

—Tiene los pies hinchados, Excelencia; el doctor Bottoni se preocupará. ¿No será el inicio de otro ataque de gota? Una criada me ha dicho que hay una hierba indígena que cura la podagra. Pero es efectiva solo cuando recién ha sido cortada, y crece en las punas, en esos páramos helados. Haré más preguntas para tratar de conseguirla en el mercado de los indios, que dicen del Ccatu, aunque he oído que otros le llaman del Gato. Dicen que los curanderos son muy efectivos, viven en el barrio de los indios, que dicen del Cercado y conocen muy bien las hierbas del país, la gente los prefiere a los cirujanos latinos...

—Deja de martirizarme con Bottoni, y busca esa hierba lo antes posible. No perdemos nada probando, quizá si la trajeran plantada en una maceta... Si Bottoni no pudo hacer nada por Constanza menos lo podrá hacer por mí. Me basta y me sobra con tus cuidados.

—No hable, Su Excelencia —le dice Giovanni, mientras acerca la navaja a su cuello para afeitarlo.

Entra uno de los sirvientes con la chocolatera y la mancerina y una fuente de *savoiard*, que los sirvientes llaman lenguas de gato y que tanto le gustan al príncipe.

—Aquí le traen el chocolate, amo. Cuidado que está muy caliente —advierte Giovanni— no se le vaya a derramar. Y no tome más de una taza. Recuerde que le produce hinchazón de vientre.

Giovanni cubre al príncipe con la camisa larga mientras el príncipe se abalanza sobre la jícara de chocolate espumoso.

—¿Nunca has pensado que a esta bebida se le podría agregar leche y azúcar? Podría mejorar mucho. Me has servido muy poco chocolate, Giovanni; esto es solo espuma, esto no cuenta ni por media ración, me importan muy poco las instrucciones que te da Bottoni. ¿Y a esta mancerina la llamaron así por mi antecesor el virrey de Mancera?

—Con leche seguro se volvería más indigesta. No, no la llaman así por él sino por su padre, que fue virrey en México.

—Ya veo, habrá que incentivar el uso de alguna fuente o un plato especial; tal vez una salvilla en plata para servir helados y que los limeños la recuerden como la *caracciola* o la *santabuona*. O, mejor aún, preparar un dulce con este brebaje amargo, pienso que podría ser de sabor sutil —Giovanni le coloca la camisa con puños de encaje y cuello con adornos de guirindola y se demora en hacerle un nudo complejo a la corbata, ancha de encaje—. ¿Desea el nudo a la moda de Rocroi?

Asiente el príncipe mientras escoge la caja de rapé que usará ese día e inhala una cantidad que sostiene entre sus dedos.

—¿Parruca nera o bianca, Eccellenza? Giovanni hace malabares para no quemarse con las tenazas calientes que ha traído con el fin de perfeccionar los rulos y bucles de la peluca elegida. Finalmente, se entretiene al fondo de la pieza peinando con esmero una cabeza de corcho, elegida entre un bosque de pelucas blancas.

—Permítame ponerle las medias, amo. Las zapatillas, ¿con lazo? ¿Con hebilla? ¿Zapatos de tacón? ¿Botines de montar?

—No, quiero zapatillas. No usaré los botines de cordobán milanés, ya no visitaré hoy el Callao —y piensa con preocupación en la pospuesta visita oficial al puerto, privilegio virreinal, por el cual el rey paga treinta mil pesos. Piensa que esos pesos podrán ser enviados a Madrid para pagar un par de los pagarés ya vencidos de la dote de Clara Irene—. ¡Dios, cuánto cuesta casar a una hija apropiadamente y cuántas letras me hizo firmar implacable mi consuegro! —dice en voz alta, como si Giovanni pudiera adivinar sus pensamientos.

Giovanni le acerca el chaleco largo de seda con treinta ojales ribeteados en hilo de plata. Es una prenda en seda, cómoda y flexible, que abraza al cuerpo.

—¿Eres feliz, Giovanni? Contéstame. ¿Eres feliz?

—¿Qué cosa es ser feliz, amo?

—Tú sabes. Sentirse satisfecho, optimista, levantarse temprano con una tonadilla en los labios, despertarse con ganas de vivir el día.

—Eso depende, amo. Mi felicidad es más fácil de conseguir que la suya. Tres platos bien servidos en el almuerzo y poder dormir una larga siesta. Convencer a alguna de las sirvientas para acurrucarnos de vez en cuando, aunque a mi edad cada vez necesito menos de eso. Su felicidad en cambio es más costosa. Está compuesta de castillos, reverencias y condecoraciones.

Desde la calle se oían cantos cadenciosos de los ambulantes ofreciendo sus servicios.

—Aguadooooor, salga ya de su casa que aquí está el aguador, écheme usted un viajecito, agua de río o de pileta, tres tomines el viajeee...

—¿Tuviste muchos hijos?

—Que yo sepa, tres en Nápoles. Pero nunca sentí necesidad de casarme. Hubiera sido muy difícil con todas las correrías que hemos tenido desde que murió su padre. Permítame colocarle la casaca.

Era una prenda aparatosa, pesada, con estructura rígida, recubierta por un terciopelo negro y una franja de flores bordadas en hilo de seda negra. Pasó un cepillo para dejar todo el brillo del terciopelo homogéneo. Notó que un hilo del bordado se veía descosido. Puesto de rodillas, con una aguja logró remendarlo.

—¿No desearías dejar de servir?

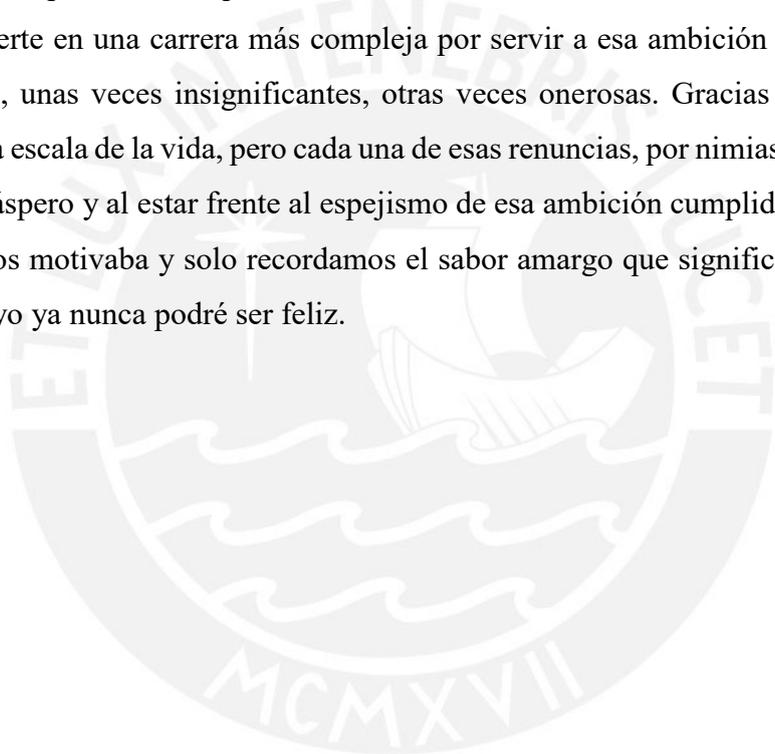
—En otra época lo deseaba mucho —dijo, sin dejar de mirar su labor—, pero ¿qué sacaría de vivir por mi cuenta? ¿Tener que preocuparme por un techo y un plato de comida en mi vejez? ¿No tener que madrugar, ahora que se me ha retirado el sueño? —hablaba con voz balbuceante por los tres alfileres que sostenía entre los labios—. Soy un sirviente que ha viajado por el mundo, que vela el sueño de un virrey, que duerme en la mejor recámara del palacio. Eso es ser un sirviente que ha conseguido mucho— le dice, escupiendo los alfileres y clavándolos en un corcho que parece un erizo de mil puntas.

Abre un estuche de cuero finamente dorado y le prende en el pecho la cruz del Santo Espíritu que le concediera el rey francés, junto con el honor de tratarle de *mon cousin*.

Luego le coloca el espadín al cinto, le alcanza el bastón de junquillo y pomo dorado, la caja de rapé con escena pastoral que ha escogido el príncipe de la *vetrina di cose belle* de la que Giovanni guarda celosamente la llave. Le alcanza finalmente los guantes de cabritilla y el sombrero de tres picos emplumado.

—Véase ahora en el espejo. ¡Ahora si se ve como todo un príncipe, Excelencia!

—Llámalo vasallaje, servidumbre, acaso esclavitud. Siempre tenemos un amo al que nos debemos. Soy tan sirviente como tú, Giovanni. Ese amo es a veces una persona, pero otras veces ni siquiera eso. Un concepto, una costumbre, una ambición que puede encadenarnos de por vida sin que lo advirtamos. Mientras más inasible sea ese amo, la vida se convierte en una carrera más compleja por servir a esa ambición y nos obliga a mil renuncias, unas veces insignificantes, otras veces onerosas. Gracias a ellas vamos subiendo en la escala de la vida, pero cada una de esas renuncias, por nimias que parezcan, son de gusto áspero y al estar frente al espejismo de esa ambición cumplida olvidamos la ilusión que nos motivaba y solo recordamos el sabor amargo que significó lograrla. Por eso creo que yo ya nunca podré ser feliz.



*Recuerda, Carmine, no lo olvides, estaba tan ciego de amor el virrey Medinaceli, que pensaba en la Giorgina y se olvidaba hasta del precio de la harina. Le permitía todo, y la muy furcia hacía pasar su carroza delante de la de los altos nobles de la ciudad. Un día, subiendo las escaleras del palacio para ver la comedia, pretendió la Giorgina pasar en silla de manos delante de las duquesas de Airola y de Popoli, y los maridos de estas se enfurecieron a tal punto que mandaron a sus esbirros a apalear a los criados de la Giorgina. El virrey se enfureció y desterró a todos. ¿Sabías esto, Carmine, y aun así te atreviste a intentarlo?*

*Y en frente de mí, Carmine, en la ópera, empezaste a mirar a la Giorgina, que estaba en el palco de virrey de Nápoles y cruzaban las miradas con los impertinentes. Y luego ella te rechazaba los billetes galantes haciéndose la relamida, y al final se encontraron en un palco de celosía, de los que usan los viejos verdes para llevar a sus amantes y que dejan ver el escenario (para lo poco que les interesa) sin que los vean los otros espectadores. Y yo, sin darme cuenta de lo que sucedía, y tú, maiale, revolcándote en el palco con la cantarina, gimiendo durante las arias y los recitativos, y el virrey de Nápoles indignado porque sabía que le ponían los cuernos delante de toda la concurrencia, y después los cotilleos de todos en la sala llegaron al virrey más rápido que si se los hubieran dicho públicamente. Todos se reían de mí porque estaba en estado interesante, y más preocupada de los bochornos y los dolores y las sorpresas de la maternidad, esperando a Marinino; y toda la corte lo comentaba. Y el mismo virrey Medinaceli firmó tu destierro de Nápoles, dos años confinado en los Abruzzos, en tu lóbrego castillo de Bucchianico.*

*Y como te excusaste diciendo que estabas enfermo, el virrey reiteró la orden de partida y te puso plazo conminatorio. Y una mañana terminada tu aventura galante, viniste muy arrepentido a pedirme perdón por avergonzarme ante toda la corte y a decirme que debíamos abandonar Nápoles, por el tiempo que durara el destierro. O hasta que al virrey se le pasara la furia.*

*Al final, solo el príncipe de Cellamonare pudo convencer al virrey de levantarte el destierro; pero ya para ese tiempo tantas cosas habían pasado. Carmine, nos habíamos casado tres meses antes. ¿no creíste que eso me quitaría todo el amor por ti? Y me pediste que no me volviera al castillo de Rocca di Ruffò con mis hermanos o me refugiara en el palacio en Roma con el cardenal, mi tío, y que te perdonara o no sabrías qué hacer. Me rompiste el corazón, Carmine, y te odié con todas mis fuerzas. Me habías sacado del*

*convento para casarte conmigo, no por amor sino para tapar tu fracaso en las tratativas con el príncipe de Caserta, que había decidido cortar tu noviazgo con su hija: no quería que se casara contigo, sino con un príncipe romano. ¿Sería por su palacio en los jardines del Pincio? ¿Sería porque era nipote del nipote de Su Santidad?*

*Pero poco le duró el parentesco, porque Inocencio XII murió unos meses más tarde y el príncipe tuvo que vender todas sus antigüedades romanas y ni aun así pudo pagar sus deudas. Los acreedores le tomaron su Hermes dorado y sus jardines y su palacio, aprovechando que ya no tenía valedor. Y luego se enjuiciaron entre sí: el palacio se arruinó y los jardines se secaron. Pero ya habían roto tu noviazgo sin ningún miramiento y públicamente; y todo el mundo murmuraba y quedaste como un gran zoquete. ¿Le hubieras sido infiel a ella con la Giorgina? ¿Te hubieras atrevido?*

*Y entonces le pediste a tu madre que hablara con mi tío, el cardenal Ruffo, para que a su vez hablara con su hermano el duque de Bragnara y casar a su hija Constanza, yo, a quien jamás habías mirado, pero que ya te gustaba por sus sesenta mil pesos de dote. Y así tu padre y el mío acordaron el matrimonio y me sacaron del convento para nuestro casorio, y tú mirabas cómo escribían la carta dotal, sin prestar mucha atención al principio, ítem muebles de sala de terciopelo con cintillo dorado, ítem un lecho labrado de ébano con dosel y con todas sus colgaduras, ni prestaste atención cuando escribieron, ítem doce baúles de ropa de color de mujer, cuatro grandes espejos de Venecia con el escudo familiar arriba; miraste para otro lado cuando mencionaron ítem dos papeleras filipinas de caoba, embutidas de carey y marfil, ítem dos tibores grandes de porcelana de la China.*

*Pero empezaste a pestañear prestando atención cuando viste que el notario escribía, ítem 750 marcos de plata en objetos labrados de mesa, ítem una mariposa de oro con treinta y seis rubíes, ítem un águila de oro con 196 esmeraldas, ítem dos caravanas y cuatro cintillos de zafiros y diamantes en 900 pesos cada uno, ítem dos peinetas con perlas, ítem un zarcillo de diamante de 1200 pesos, ítem una finca en Roma que le regaló su tío el cardenal, y te sobresaltaste cuando el notario anotó suman treinta y seis mil pesos y pensaste que te habían estafado y ya empezabas a protestar. Y luego el notario escribió: y a esto se añaden veinticuatro mil pesos en piezas de plata acuñada.*

*Entonces te hicieron firmar debajo de las listas, y escribiste, eufórico y tembloroso, considerando la cláusula como una posibilidad remota, comprometiéndose a no alienarlos o apostarlos o dispersarlos haciéndose responsable ante la ley si lo hiciera, y firmaste como duque de Castell di Sangro, con la rúbrica champonada, y se te corrió la tinta que hubo que secar con arenilla. Y así, como quien llena un cántaro con el contenido de otro, te desposaste con tu novia de ocasión. Y yo, temerosa de ti, cuando aún no había cumplido los catorce años, me moría de miedo de entrar en nuestra alcoba nupcial. Y tú, ofreciéndome torrone y sfogliatella rellena de frutas confitadas y crema pastelera, me sentaste sobre tus rodillas, como quien carga una muñeca, y me cantaste por largo rato, y me acariciaste el pelo, y lograste que dejara de temblar, y me llevaste a la cama y fuiste desvestiéndome, hasta que pudiste tomarme. Y no reparaste ni en mis lágrimas, ni en mi vergüenza, ni en mi dolor.*

*Ni te fijaste que después de esa noche no me provocaba ni dormir, ni despertar, ni comer, ni hacer nada; y que cuando no estabas conmigo solo lloraba. Tú lo atribuías al amor, y yo a la rabia y al desconcierto. En esos días no sabía quién era yo y empecé a soñar que yo era Lucrecia esposa de Bruto, Judith la de Holofernes, Dalila entre los filisteos; y después de la noticia del embarazo de nuestro primer hijo, quedé desconcertada. Pero una mañana me di cuenta de que me había convertido en mi madre, y me negué a ese pensamiento y pensé que sería una María Egipciaca, viviendo del sexo toda mi vida y que solo cuando cruzara el gran río, un Jordán inabarcable, se me daría el privilegio de poder descansar incorrupta, y san Zósimo y un león me enterraría en el desierto y así me habría salvado.*

*Y después de haberte enredado durante el viaje de bodas con la Giorgina, y de que el virrey Medinaceli te desterrara de Nápoles, te arrodillaste ante mí y me pediste que te perdonara a cambio de lo que yo más quisiera. Yo no te pedí nada. Ya no sentía ni odio ni amor, ni siquiera dolor; pero me juré a mí misma que algún día te tendría a mis pies. Que vendrías a mí dubitativo pidiendo mi consejo, y que yo te daría mi parecer. Y que te dominaría. No sé cómo ni por qué lo pensé. Hasta ese momento tú habías sido un joven de veinte años muy seguro de tus actos y yo una niña. Pero en ese momento solo callé. Y tú, como si hubieras leído mis pensamientos, empezaste a dudar de tus decisiones, a mostrar tu cortedad de ánimo. Y yo aprendí a ganar terreno de tu retirada, a planear estrategias para demoler tus últimos escrúpulos de independencia, a exponer mis argumentos y hacerlos ver como irrefutables, y a dominar tus decisiones. Y tú, como un*

*cordero sumiso, en plena retirada, acataste las órdenes del perro ovejero, sin tan solo un balido de queja.*



## BASTION DE LA MURALLA

Desde lo alto de las murallas que protegían Lima, el príncipe contemplaba a un lado la ciudad y sus torres y sus casas y sus huertas floridas; y al otro lado la sucesión de los campos verdes hasta el infinito, con árboles de molle y sauces que delimitaban las haciendas y las colinas que rompían la monotonía.

—Príncipe, esas colinas son las *huacas* de los idólatras —dijo el sabio Peralta, señalando los montículos de adobe que sobresalían de los campos de cultivo—. Aunque no lo crea, son elevaciones artificiales, hechas de adobes confeccionados a mano. Imagine cuántos años tardarían en levantarlas para rendir culto a sus dioses por engaños del Maligno. Muchos las arriendan para explotar su riqueza, tal como si fueran minas. Excavan y excavan; pero en lugar de hallar filones de plata, encuentran momias con ornamentos preciosos, máscaras de oro, ídolos de piedra, aretes y pectorales de tumbaga, espejos de piedra negra y muchos otros testimonios de sus idolatrías.

—Sí, en Trujillo he visto cómo excavan en esos palacios enterrados y llenos de laberintos. Me explicaron que, en tiempos de la Conquista, habían encontrado mucho oro, pero que ya para estas épocas no se encuentra tanto, que ya están muy rebuscadas.

—La verdad es que aún siguen produciendo ganancias, pero la mayoría funde las coronas, las máscaras, los báculos de metales preciosos para no pagar el quinto real y ocultarlo al fisco. Pero otros admiran las antiguallas de los indios y prefieren guardarlas en gabinetes de curiosidades, o mandarlas a sus parientes en España. Hoy en el valle de Lima ya no se encuentra mucho; pero en el norte, en Trujillo, las siguen excavando. Allí las tumbas son verdaderamente ricas.

—Habrá que tenerlo en cuenta cuando se concedan nuevas licencias.

—Exacto. Acá, uno de los arrendatarios, cansado de sacar pobres momias de gentiles y nada de riquezas, decidió cambiar de rubro y se dedicó a fabricar vasijas de cerámica. Los adobes eran de buena arcilla. Año tras año fue derritiendo la huaca hasta que finalmente desapareció. A fin de cuentas, el barro de la huaca terminó dándole la riqueza que los entierros le negaron.

—Quién lo habría pensado. Yo hubiera usado el lugar para establecer una cabaña de caza, un otero; o lo hubiera arrendado a un tercero. Si de una virtud carezco es de ese olfato para los negocios que tienen ustedes los burgueses...

—La contemplación de las cosas sublimes no da lugar a las prácticas, Excelencia. Pero no crea, príncipe. No todos los burgueses tienen ese instinto: algunos también carecemos de esa habilidad, por eso debemos consagrarnos a tener desordenado el vivir para tener ordenado el merecer— ríe—. Ahora los buscadores de tesoros están más interesados en hallar el entierro del tesoro de Hernández Girón quien, al ver que su rebelión contra el rey, nuestro señor, fracasaba, decidió poner a buen recaudo toda la fortuna que había acumulado.

Sintió cómo la mirada del virrey empezaba a mirar hacia otro lado y perdía el interés de su interlocutor. Había que cambiar el tema, mantenerlo entretenido, aún no había podido exponerle sus planes de fortificación.

—Más allá está el Chorrillo, al pie del morro Solar, así llamado por ser Antonio del Solar, el encomendero al que le tocaron los indios que adoraban en Armatampu. De ese gran morro sacan piedra para la cantería. En verano se está muy bien allí en el Chorrillo: el clima es más fresco, unos veinticinco grados Remour, y la gente toma baños de mar. Es muy sano, tonifica el cuerpo y repara los humores. Por la noche se juega mucho y no falta la tertulia —los ojos de virrey volvieron a brillar—. Con piedras traídas del morro se ha construido la bella Portada Real por donde usted hizo su entrada.

—Hacia allá, príncipe— dijo Peralta, señalando al este—. En la recolección de Guía debería construirse una ciudadela con fosas y bien artillada. Con esa ciudadela, y si reparáramos bien la del Callao, ya tendríamos dos excelentes defensas, y finalmente una en alto, acaso sobre el cerro San Cristóbal.

—¿Estaríamos en posición de repeler un ataque de los piratas? Lo que vimos en Saña me dejó sobrecogido —dijo el príncipe, mirando ya no al mar sino a la ciudad.

—Lima sería inexpugnable. Se necesitaría una expedición de doce mil ingleses para ponerle sitio. Y aun así podría resistir dos años, quizá más. Hubiera resultado mucho más barato que construir las doce mil varas de muralla, los treinta y cuatro baluartes, las cinco

portadas que ya no se dan abasto. Habrá que hacer más accesos. Lima ha crecido muy rápido y calculo que ya debe tener treinta y cinco mil almas.

—¿Ya treinta y cinco mil? Claro, no son los casi trescientos mil habitantes de Nápoles, pero no es poco para una urbe en esta parte del mundo.

—Casi la mitad son negros esclavos.

—El pirata Davies dijo en Saña que pensaba soliviantar a los esclavos. ¿Sería eso posible?

—Nunca se puede decir con seguridad: se han dado casos en que los esclavos, al saber de algún problema, humedecen la pólvora o esconden las armas, pero hasta ahora no se ha tenido un daño grave. El truco es tenerlos siempre vigilados por los indios y fomentar la enemistad entre ambos grupos. Los negros castigan a los indios y los indios a los negros, y así, ambos se odian mutuamente.

—¿Y el resto de la población de la ciudad?

—Solo una cuarta parte de españoles, y divididos en dos parcialidades: los peninsulares y los hijos del país.

—Ahh, *i creoli*.

—No, príncipe. Nunca, jamás nos llame así; es ofensa muy grande para un hijo del país que le llame criollo. Es compararlo con un esclavo nacido en estas tierras. Llámeme blanco del país, o español americano, o aun mejor, no hacer ninguna distinción de procedencia. Somos muy pagados de nuestra sangre y de nuestro lugar de nacimiento, pero nos molesta que se nos distinga de un español nacido en la península o en Nápoles. Por eso lo dejamos muy en claro cuando escribimos sobre la tierra que nos vio nacer.

—Ya veo, lo tendré en cuenta —el príncipe se perdió en el discurrir de su pensamiento: tal vez se podría aprovechar de ese conflicto para obtener respaldo de alguno de los grupos en sus reformas.

—Y dígame, ¿cómo está conformado el resto de la población de la ciudad?

—El cuarto restante es un batiburrillo de razas, empezando por los indios, que no son muchos en Lima, y las castas de mezcla: mestizos, zambos, mulatos, negros horros,

cholos, chinos, coyotes, tente-en-el-aire, no-te-entiendo, jíbaros, tresalbos, y a su vez todos en distintos grados cuarterones, quinterones, requinterones. Todo lo que la imaginación pueda desear. Hasta hubo en otra época veinte piezas de ébano, sederos venidos del Japón. Es una difícil tarea tener a la ciudad bien controlada tanto en tiempos de guerra como de de paz, y la justicia debe actuar rápida y ejemplarmente para mantener esa plebe siempre a raya. La picota y el cepo dan el mejor ejemplo y las jaulas con brazos y piernas de los ajusticiados ponen espanto.

—¿Se han registrado levantamientos de la plebe?

—No. Hechos aislados tan solo. Pero los esclavos huidos ocasionan problemas. Se ocultan en los cañaverales y forman palenques. Alguno hubo que debió ser atacado por un ejército regular, con fuego de artillería y todo lo que se encontraba al alcance.

—*Interessante.*

—Es por eso que hace veinte años que pido que se haga un censo, pero siempre se pretexta la pobreza de las cajas reales. Así no podremos saber nuestras necesidades y velar por nuestra seguridad. Un censo permitiría cobrar mejor los impuestos, calcular las riquezas. Vea esas calles rectas, las sesenta cúpulas que coronan nuestras iglesias. Si contásemos las capillas y oratorios particulares, que son más de trescientos, las calesas que veinte años atrás superaban las dos mil, podríamos poner al día la información, sabríamos cómo cobrar mejor los impuestos.

El príncipe se quedó en silencio. No se sabía si meditaba en los planes sugeridos por Peralta o si le venía a la mente algún recuerdo más importante. Siguieron avanzando por el estrecho camino de la guardia y revisaron la artillería en los baluartes, mayormente, cañones muy viejos que apenas se mantenían en pie. Entre los soldados apostados, tostados por el sol, el séquito, y los curiosos, avanzaban lentamente. Caminaban teniendo cuidado en algunos trechos en los que se veía que los adobes medio sueltos de la muralla empezaban a ceder. Los últimos temblores cobraban su precio.

—Pero hay que admitir que desde que se construyeron las murallas, la seguridad de la ciudad ha mejorado mucho. Las puertas cerradas por las noches nos permiten dormir más tranquilos, los negros cimarrones no se atreven a entrar de día; los bandoleros, menos.

Antes solo los indios tenían su muralla en el Cercado. Claro que allí las puertas se cerraban por fuera —ríe irónicamente.

Finalmente, después un buen rato bajo el sol, el virrey se cansó, y excusándose con el mal de gota, pidió regresar a palacio.

—Peralta, prepare usted el proyecto de sus nuevas fortificaciones. Se lo mandaremos al rey; aunque no le prometo nada. Sabe mejor que yo el estado de nuestras finanzas —y ya, subiendo con trabajo a la berlina, agregó— haga el favor de acompañarme al Callao en los próximos días.



## IGLESIA DE SANTO DOMINGO

El príncipe distinguió al grupo reunido en la nave lateral de la iglesia de Santo Domingo, junto a las reliquias de la santa limeña. El personaje encorvado era el rector Bermúdez de la Torre, lo pudo reconocer por su hablar animoso. Se diría un anciano de alma joven. Le habla al poeta, al conde de la Granja, quien, sentado en una silla de manos, parecía reunir todos los años del mundo. Debía estar muy sordo, pues Bermúdez le gritaba al cornetín que usaba el poeta en el oído derecho. Los gritos retumbaban en las bóvedas de la amplia iglesia ¿Sería la más grande de Lima? Sin duda era la más rica, descontando la de los jesuitas. Con ellos nunca se sabía. ¿Que si yo qué? ¿Que si gusto del carey? ¿Que me anticipe? ¿Qué si es de buen tono? ¿De qué me hablan, Dios santo? Ah, sí, que aquí viene Santo Buono, ya lo veo.

El prior le comenta al virrey que la iglesia lleva el rango de basílica, que si efectivamente es la más grande de Lima. El príncipe contempla los diecisiete retablos retorcidos y dorados que la adornan. Lástima que sean tan del siglo pasado, muy barrocos para su gusto. Pero hay que reconocer que la riqueza que los adorna es de una suntuosidad que pocas iglesias de la vieja Europa pueden alcanzar. ¿Son oro y plata, perlas y pedrería, todos esos trabajos en briscados, filigranas y repujados que componen relicarios, custodias y candelabros? ¿Es de plata maciza el recubrimiento del altar de las reliquias? ¿Es que toda la riqueza de Potosí se deposita por fe en estos templos?

Asombroso espectáculo. Ahora comprende lo que codician los piratas. Eso sí, debe reconocer que a las iglesias del país les falta un poco de verticalidad; pero no dirá nada, no sea que se les dé por pedir que el Regio Patronato aporte más para su engrandecimiento. Y claro, está el tema de los terremotos. Desde que ha llegado, ya ha sentido cinco de esos movimientos de tierra, y aunque al principio le pareció cuestión de risa y lo tomó muy jovialmente, luego ha visto cómo se desploman techos y miradores sepultando a las víctimas, y esa polvareda odiosa que levantan. A partir de ese momento les ha cobrado respeto y teme ese ruido seco que brota de las profundidades. Le han contado que varios virreyes terminaron durmiendo en sus calesas en medio de la plaza por miedo a los terremotos y sus réplicas.

El príncipe se acerca a Bermúdez de la Torre, quien sigue conversando con el conde poeta y se detiene para hacer las presentaciones. El príncipe ve a Bermúdez, tan diferente a

Peralta. No es tan cortesano, casi diríase demasiado coloquial, en especial si se lo compara con sus propios poemas. Habla con gracia y elegancia, entremezclando en su charla versos de los poetas de moda. Habla por momentos en un italiano tan ameno como su conversación.

—Excelencia, le presento al Conde de la Granja, aunque un poeta de su renombre no necesita presentación.

El príncipe ve de cerca al conde, que es muy viejo y a duras penas puede caminar. Una nevada de canas y un huaico de achaques. Sus arrugas tienen arrugas, está casi ciego y a sus noventa años apenas puede moverse. Él también sufre de gota. ¿Susto? Ahh, un gusto. ¿Alud? Ahh, así nos conservamos, le agradezco, príncipe. El conde hubiera querido declamar partes de su *Poema heroico a santa Rosa*, pero ha preferido que su hijo Aniceto, de aspecto casi tan vetusto como él, lea su poema.

*Otra Rosa invocar quiero más pura  
que en Jericó, Divino jardinero  
planta con celestial agricultura  
por renuevo de aquel árbol primero.*

El príncipe observa con detalle una escultura yacente, obra de un discípulo de Bernini: una santa Rosa de mármol que parece haberse quedado dormida por lo aburrido de la declamación. La acompaña un angelito que pareciera quererla despertar para no ofender al conde de la Granja.

*quedó cual fue la soñolienta Rosa  
adormecerse tan hermosa  
duerme, si dormir puede  
porque parece ella que reposa...*

“No es fea la escultura”, piensa el príncipe mientras la examina. Le han relatado que Clemente X, luego de anunciar su canonización *urbi et orbi*, la mandó de regalo a Lima y la ciudad en pleno salió a recibirla al Callao y la trajeron en procesión a lo largo de las dos leguas que separan el puerto de la capital, que no es una distancia corta, no. Con su gota le sería imposible recorrer esa distancia. Aunque también es cierto que con su gota sería imposible recorrer cualquier distancia.

*A acompañarle la ciudad se junta  
tribunales, cabildos, clerecía,  
religiones, nobleza y plebe adjunta...*

Piensa que sería magnífica en un retablo de mármol con otras piezas parecidas haciéndole juego. Pero allí sola, entre tanta imagen de madera, entre tanta madera dorada, entre tanta plata repujada, se ve pretenciosa, fuera de lugar. Recorre los pliegues del hábito dominico de la santa: parecen olas que se agitan al viento, y siente que el discípulo “es Caffa, ¿cierto?” conoce el secreto de la trasmutación de las materias, convirtiendo la tela tosca en mármol blanquísimo.

Aniceto, el hijo del conde, sigue recitando los versos del poema a santa Rosa y el príncipe levanta sus ojos suplicantes a la reliquia encerrada en un relicario de plata. Le pide que, por su intercesión, termine su declamación el hijo del conde. Está cansado, aburrido, le duele la pierna. Piensa mientras le tributa *dulía latría* a la reliquia, que es una calavera tristísima. La mira con detención mientras, sin darse cuenta, se toca la cara comparando la mandíbula, siente su dentadura viva y la coteja con la calavera de la santa desdentada. No lo piensa por antojo. En su vida ha visto muchas calaveras. Cuántas veces, de niño, acompañó a alguna sirvienta de la familia a las criptas de la iglesia de *Purgatorio ad Arco* a adoptar calaveras. Buscaba para la sirvienta temerosa, en las rumas de huesos, una que le llamara la atención. Las había sonrientes y carcajeantes, desdentadas, atentas, asombradas.

Al final, después de mucho buscar, se llevaban la elegida, la de aspecto más pío o más recatado, o alguna que tuviera indicios de arrepentimiento después de una vida descarriada. En el palacio la dejaban días en una tinaja con vinagre. Luego la lavaban, la perfumaban, la vestían con gorritos de encaje y blondas, la bautizaban —según pareciera— de hombre o de mujer, e incluso les ponían copitas llenas hasta el borde de *nocillo* o de *mandarinetto* para mantener a las calaveras más alegres. Algunas gustaban del licor y el vasito amanecía vacío. Las velaban, les rezaban a diario, y les dedicaban misas con la intención de que su alma abandonara pronto el purgatorio. Y entonces, solo entonces, se convirtieran en un alma santa e intercesora en el cielo, pero esclavas de las necesidades del poseedor de su calavera. Las amenazaban con hervirlas como si estuvieran condenadas, con tirarlas entre los cerdos, de ensuciarlas en excrementos, con

usarlas de orinal, y así el alma intercesora se volvía esclava de los deseos, píos o tortuosos, del dueño de la carcancha.

Los confesores advertían de los peligros espirituales de esa práctica diabólica, pero las sirvientas en palacio tenían todas una *protettrice*. Él, que ha arrumado, apilado montañas de huesos, ha sentido el chasquido de los dientes que se desprenden de las quijadas, el cloqueo de los huesos porosos, el ruido seco y vibrante de las quijadas que se desprenden del cráneo, sabe de esos asuntos. Ha visto tantas que no le llaman la atención. Pero al mirar la reliquia de esta santa de Lima, por más envuelta que esté en esas rosas marchitas, siente una pena terrible. Es un cráneo tristísimo.

Piensa que pronto él será como esa calavera, un esqueleto disperso. *Caminante, mira bien que hoy eres lo que yo fui, y tú serás lo que yo soy.* ¿Se verá de ese modo Constanza? ¿Será ya solo huesos aquel cuerpo que en otro tiempo era voluntad y lujuria, motor y deseo, curvas y labios carnosos? ¿Será suficiente un año para transformar toda esa vida en polvo arrastrado por el viento? Sí, solo es necesario un minuto para que escape el aliento y se convierta el amor en mármol helado y corruptible. Pareciera que todo el dolor de las penitencias hubiera penetrado los huesos de la reliquia. ¿Habrá penetrado los huesos de Constanza el dolor que yo le causé? ¿Habrá llevado consigo el dolor de sus trece partos? ¿De las habladurías de sus engaños y amoríos? ¿Será que el dolor de este mundo no se olvida en el Purgatorio? ¿Será que nuestras tristezas en la vida nos siguen por toda la eternidad?

Alguna alegría se habrá llevado Constanza por su causa también. Ohh, qué sabios eran los antiguos al sumergirse en las aguas del Leteo. Qué descanso brindaría. Mira calladamente una vez más a la santa y le provoca llorar. Esa pequeña calavera, tan delicada que parece de una niña, dentro de esa pomposa urna de plata sobredorada, esa calavera sí necesita muchos rezos... El príncipe se arrodilla y promete ante la reliquia que enmendará sus propósitos, le pide que lo ayude a cumplir su voto.

*Vive su fama, su virtud, su gloria  
y vivirá en nosotros su memoria*

Finalmente, el poema ha terminado. El prior los guía al refectorio por un camino incierto y errático que le permite mostrar al príncipe los azulejos del claustro mayor, los techos

artesonados a la manera mudéjar, los murales que cuentan la vida del santo de los Guzmanes.

Antes de empezar el convite, sirven un ponche de limón y pisco. El Conde de la Granja, quien durante la declamación no pronunció palabra y parecía dormir por momentos, toma el ponche casi de un sorbo. El príncipe, oliendo el alcohol abundante que emana de su vaso, piensa que le va a dar un síncope al venerable poeta y que a él al menos le afectará la gota. ¿Debería excusarse? Pero, casi por milagro, la podagra deja de molestarlo. Con el ir y venir de los vasos de ponche, los monólogos quedos y mustios que el trato ceremonial imponía, ceden paso a entretenidas conversaciones, que por momento amenazan con ser diálogos a gritos llenos de proyectos y ocurrencias que generan la risa general.

El príncipe se da cuenta de que está pasando uno de los momentos más alegres que ha tenido desde que pisó la gris Lima. Bien preparado, es uno de los mejores productos del país. ¡Y que lo digan! Le llaman así por el nombre de las garrafas en que lo almacenan, que parecen pajaritos. Es tan famoso que lo han tratado de imitar en otras partes, pero sin mucho éxito. Bueno, como verán, soy neófito en estas materias, pero me atrevería a decir que, si así queda en este ponche, debe ser uno de los ponches más finos que he probado. ¿Cómo dice que se llama? Acuérdesse, príncipe, como el puerto. Hasta ahora has reportado los discursos directos de manera muy convencional. Este es abrupto, ajeno al estilo y ya estamos a la mitad de la novela...

Pero la mayor transformación la ha llevado el Conde de la Granja, que empieza a recordar cómo conoció al poeta Caviedes y llegó a compartir su antipatía por los médicos. Del día que conoció al Demóstenes Indiano. ¿El Lunarejo? El mismo, una casualidad que se dio cuando iba de camino a Potosí. ¿Lo conoció en la Villa Rica? No, Excelencia, intimamos mientras me hospedaba en el Cuzco. Me dirigía a tomar la gobernación de la ciudad que Lemos me había encargado. Y si le contara las tertulias que armábamos en Potosí. Las noches eran demasiado largas y había que amenizarlas, y como nunca me ha gustado el juego... Pero basta ya de charla señores, ya sirven los potajes...

Sirven la sopa teóloga, cocida con el caldo de veinticuatro gallinas, muchas menudencias, pan mantecoso, azafrán, huacatay y perejil picado, *tan sabrosa que sería capaz de resucitar al mismísimo San Lázaro*; el puchero de las cuatro carnes, *no encontrará potaje*

*más sano, no hay enfermo al que no reponga; chupe de camarones, sí, antes eran camarones del Rímac pero ya casi no los hay...; el picante de ave, nuestros abuelos lo llamaban manjarblanco; un cordero en una salsa verde, no príncipe es culantro, parecido al cilantro pero mejor.*

El príncipe prueba un plato que le ofrecen. Le parece detestable la mezcla de mondongo con hierbabuena, *a fe mía deberían ahorcar al cocinero*; unos chiles muy picantes rellenos de queso y carne, *¿quedó más?* y otros potajes que el príncipe no puede recordar bien o no sabe si acaso los probó. Mientras tanto, los efectos del ponche que tomaba van surtiendo tremendos estragos y ha pasado de hablar el castellano con una fluidez que nunca imaginó, a olvidarse de las anécdotas y los nombres. Siente que los platos que guisan en Lima, si bien tienen aspecto extraño, son sápidos e imaginativos y la variedad de sus componentes es infinita, aunque teme las efusiones de los picores de ese pimentón al que llaman ají. *¿O era rocoto?* Lástima que en Lima no sea popular el uso de tenedores y lo consideren un refinamiento innecesario, afectado. Afea mucho el banquete que de las cucharadas pasen a comer con las manos, un comportamiento ya desusado en los salones de Europa. Comer con los dedos y limpiarlos a fuerza de restregarlos en miga de pan no es lo suyo. *¡Che barbarie!*

El príncipe no distingue bien quién le dice qué. Los santos venerables que habitaron este convento. Acá funcionó la temprana universidad. Alguien parece deletrear milquinientos-cincuenta-y-uno, fundación, primacía, grandeza.

—¿Establecerá Academia en Palacio, Excelencia? Yo asistía a la de Castel-dos-Rius...

Bermúdez de la Torre le comenta, más pausado:

—Nos reuníamos los lunes. Peralta y el Conde también asistían...

Cuando ya parecía que no podrían comer más, empiezan a servir los postres: maná de las Descalzas, la bola de oro que hacen las monjas de la Encarnación y la empanada limeña, dulce que difícilmente podían cargar entre dos hermanos legos. Bermúdez celebra la llegada de la empanada:

—La preparan con masa de ajonjolí y por dentro lleva manjar de yema. La receta, según se dice, es un secreto perdido hace más de cincuenta años, pero aun así, inexplicablemente, la siguen preparando —le refiere el doctor Bermúdez,

—Las concepcionistas una vez llegaron a hacer una con doscientas yemas y esta no debe quedar muy rezagada —añade Peralta.

—A ser verdad que nunca he visto comer tanto dulce como se estila en Lima —, dice el príncipe, que mira admirado cómo el Conde de la Granja no ha mantenido conversación durante el almuerzo. Sin embargo, no deja de pedir tamales verdes.

*¿Y esta carapulcra no llevaba cerdo? Jovencito, no me ha servido pato en querengue. No escatime la salsa. Un poco más del manjar blanco de gallina. A cada plato que degusta solo se le escucha decir ¡muy bué, muy bué! El príncipe piensa que, a su edad, quisiera tener un apetito tan bueno. Pero el colmo es que, cuando parece ya no querer comer más, sus amigos y los frailes lo invitan a embutirse confituras, vinos y melcochas por más que su hijo Aniceto trata de evitarlo... ¿Bula? No, no es gula ¿En Acho? Ahh, empacho, no, qué ocurrencia. ¿La sota? Ponte bien el cornetín, te digo la gota. Bien, bien me modero... Lo siento hermanos, parece que mi hijo es ahora inquisidor mayor...*

—Claro que en Nápoles habría que tener la fortuna del gran turco para pagar por tanta azúcar.

—Acá hasta los esclavos mueren hinchados de comer azúcar —añade Bermúdez, que se había mostrado parco al comer los platos salados, pero no deja de engullir pastelillos de yuca, mazapanes y guargüeros.

—Fueron dichosos aquellos días en la Academia —añade Peralta.

—Yo pertenecía a la *Accademia degli Infuriati* en Nápoles —señala el príncipe—. Me hicieron el honor de elegirme presidente con solo diecinueve años y después participé en la Academia *Del Real Palaggio*, que estaba dedicada a la geografía, a la astronomía, a la historia y a la doctrina natural. Allí mismo presenté al cambio del siglo un manuscrito en cinco volúmenes en folio con las obras intituladas *Della Vita di Cesare Augusto y un Discorso sull'utilità delle scienze e del nuovo arte*.

—Magnífico, Excelencia. Debería organizar una lectura de sus obras. ¿Un bajativo, Excelencia? ¿Una copa de pisco puro? ¿O prefiere este anisado? Le aseguro que en un rato se arrepentirá de no haberse servido más potajes.

—¿Y cómo les fue en esa Academia de Castel-dos-Rius?

—Nos reuníamos los lunes, en la galería de los cristales en palacio. El virrey nos imponía tareas. Al principio estábamos todos muy tímidos, pero a medida que nos fuimos conociendo y más aguardiente de Ica corría en las celebraciones, más endiabladas se volvían las tareas y todos las celebrábamos con la angustia secreta de no poder cumplirlas.

—¿Tareas?

—Sí, retos semanales. Imposibles de lograr muchos de ellos.

—Pero las perlas con las que premiaba el virrey al ganador eran un gran aliciente. No tires margaritas a los cerdos, nos decía, alcanzándonos el premio.

—Castel-dos-Rius tenía verdadera fascinación por ellas, al punto que tenía en Tierra Firme un asiento de pesquería de perlas.

—Él presentó una obra de teatro por el nacimiento del infante Luis y se hizo regalar una copa grande llena hasta el borde, adivine de qué...

—Sí, he encontrado en la contaduría las facturas de las susodichas perlas...

—Pero no crea, Excelencia, que era sencillo. Había que aguzar mucho el ingenio.

—Sí, la primera sesión consistió en componer un soneto que rimase caramillo, sentina, letrina, ronquillo, fina, China, diamante, mazmorra, maestre, cascante, gorra, ecuestre.

—Al principio todos sentíamos cierta vergüenza, pero con las lecturas y las risas todos se animaron a recitar.

—¿Y tomaban de este ponche? Sí, como lo suponía, tomado solo es un brandy muy fino. ¿Me repiten el nombre?

—Sí. Gustó la idea de estas reuniones, gustó tanto que se citó para el lunes siguiente, y así seguimos por varios meses. Las tareas cambiaban de noche en noche y así compusimos adivinanzas, nos burlábamos en poemas de la sordera del secretario del virrey, que escuchaba tras la puerta, y poníamos a las composiciones terminaciones asonantes que dificultaran su espionaje.

—¿Y por qué le pusieron fin?

—Cuando llegó el verano, nos trasladamos a la casa de campo en el pobladito de Surco. El virrey sabía que estaba sentenciado, los médicos le habían dado muy malas nuevas. Ya para entonces daba órdenes que nadie cumplía. Proponía reformas que él mismo sabía que no podría implementar. En especial, porque estaba al tanto de que en Madrid avanzaba su revocatoria. Por eso amaba la Academia, porque allí seguía siendo la voz cantante. Pero un lunes de fines del verano fuimos a visitarlo y había mucho movimiento en palacio. No se nos permitió la entrada, ni nos dieron explicaciones, quedó claro lo que ya toda Lima comentaba. Tristes, en grupo, cruzamos el puente y fuimos a la picantería del *Amor Nuevo*, y entre copas de este ponche recitamos elegías en su honor hasta que salió el sol.

*Murió ya el gran Sentmanat, y en su ceniza  
yacen poder, grandeza y lucimiento,  
donde advierten caduca el sentimiento  
la eternidad que el mundo inmortaliza.*

El príncipe se pregunta si sus amigos en Nápoles, si sus enemigos de la corte, o los poetas de Lima le harán una elegía alguna vez. Si alguien dedicara una obra en honor a sus peripecias, si inmortalizando su vida ganase él mismo fortuna...

Cuando ya tarde se retiraba del agasajo, después de preguntar cuántos limones y cuántas claras llevaba ese ponche, aprovechando que el conde se había puesto lívido y le administraban sales e intentaban reanimarlo, Bermúdez se acercó al príncipe para pedir sus buenos oficios. Un pedido que llevaba meses, un puesto muy humilde en el cabildo, años de leales servicios...

## SALONES DE JULIA QUITERÍA

Julia Quitería no sabía por dónde empezar. El palacio del virrey era el edificio más grande de Lima. Un palacio que encerraba una ciudad. Un caserón hecho a parches a lo largo de ¿dos? ¿tres? siglos. Ochenta esclavos, doscientos sirvientes, setenta allegados, sesenta miembros de la guardia, cinco tribunales, la audiencia, la tesorería, la armería, sus cinco hermanos, su padre, todos con pedidos especiales. Le habían contado que en las cocinas se guisaba para trescientas bocas, que los guardias de la entrada jugaban a las cartas hasta el amanecer y metían prostitutas a las barracas. Que los alquileres de los cajones de la plaza se cobraban indebidamente desde que se fue el virrey Morcillo. Que cada semana se compraban veinte arrobas de cera y treinta de aceite para las lámparas, al doble del precio que se pagaba antes. ¿Cómo gobernaba su madre el palacio de San Giovanni a Carbonara? Si tan solo se hubiera fijado más en cómo lo hacía... ¿Qué apuntaba en esos libros llenos de números y cuentas?

Las damas de la virreina, sin virreina por atender, ociosas, dedican todo su tiempo a pelear entre sí. Mientras tanto, el palacio agrietado acumula más polvo. Y ella, tan tímida, no se atreve a ordenar a las mujeres que la habían criado que cumplieran con sus labores. El doctor Bottoni pide alimentos especiales para el virrey. Cuando ella los ordena a la cocina, Teodoro Candiotti le reclama: “Pero señorita Julia, yo soy mayordomo mayor, mando en todos los temas del servicio de la casa, dirijo a los oficiales de cocina y repostería”. Cuando su padre, caprichoso, envía a buscar vinos finos, sube a quejarse en francés el Botiller Baptista Querín del desorden que causa en sus bodegas. Cuando su padre le dice que no tiene suficiente luz para leer, o que hace mucho calor, ella dispone poner más bujías o abrir las ventanas y la reprende el Maestresala Barbieri: “Señorita Julia, solo yo dirijo a los pajes de la cámara, los ayudas de cámara y los mozos del retrete, con que avíseme con tiempo para enviar a los pajes a colocar las velas en la estancia del virrey o a abrir y cerrar puertas y ventanas. Para colmo de males, su padre ha dejado que la condesa de las Torres se haga imprescindible cuando hay que organizar una recepción o una fiesta”. Y ella queda atrapada como mensajera entre todos. Su padre, melancólico, solo se entretiene cuando Roque Ceruti y sus músicos organizan una sonata para alegrarlo. Todos representan una comedia para el príncipe: *La etiqueta palaciega*.

Julia Quitería se refugiaba en sus lecturas, en su cuarto, en el balcón de celosías, en la huerta. Hasta que, una mañana, el confesor de su padre —¡qué sujeto tan odioso y

vanidoso!— le arrebató el libro que leía en el jardín de los jazmines. ¡Qué vergüenza, Julia Quitería, una lectura tan deshonesto! ¿Qué hace leyendo *La fausse Clélie*? Se oyó a sí misma intentando explicar que solo eran las aventuras de la hija de don Quijote. “Pues que un libro lleve como subtítulo *histoire française galante et comique* no puede ser bueno. Una joven en su posición debería estar dedicada a la lectura de vidas de santos. Por ejemplo, ¿qué sabe usted de la vida de santa Rosa? ¿No cree que debería saberlo? ¿Dónde está su *Catecismo* de Ripalda, su *Doctrina explicada* de Belarmino? Dice que no sabe cómo gobernar el palacio, pues lea los *Deberes de los amos y los sirvientes* de Fleury. ¿No seguirá leyendo los amadises y lisuartes que le prohibí?”. A partir de ese día, Julia Quitería ojeaba con desinterés las imposiciones del confesor, o se escondía en la cabaña de los aperos de la huerta para leer los libros que de verdad le gustaban.

Un día aún nublado de enero, Julia Quitería sentía un bochorno insoportable, y su padre le había indicado que debía recibir a las hijas de los nobles en su estrado. ¡Qué fastidio ponerse elegante con este calor! “¡Malhaya la suerte que me toca!”, dijo con enfado. La sala del estrado se recalentaba por el sol del atardecer y ni una brizna corría; las invitadas estuvieron muy disforzadas y serviles. Bailaron y contaron historias de sus pretendientes. Se quedaron mucho rato. Todas competían en sus galas y sus joyas y Julia Quitería alabó un collar de diamantes rosa que la hija del conde de Cartago traía. “Es una de las alhajas más hermosas que he visto en esta corte...”. Todas guardaron súbito silencio. El collar le fue regalado en el acto por la halagada y no hubo forma de regresárselo. Julia Quitería se sintió humillada. Sabía que algo no estaba bien. A partir de ese momento se hizo la firme resolución de no alabar nunca más una joya. A partir de ahora solo halagaría las bellezas de las almas.

Unos días más tarde, viendo las novedades llegadas a los cajones de la plaza, mientras revisaba las telas que vendían, más por conversar frente al vendedor —un joven rubio venido de las vascongadas— le dijo a una de sus acompañantes que le gustaba el brillo de aquel terciopelo aceitunado y la suavidad de esa seda de la China. En realidad, hubiera querido decir que le gustaba el brillo de sus ojos verdes y lo sedoso de su cabello claro que caía sobre su piel aceitunada, pero como era tímida, esas palabras jamás hubieran salido de su boca. Cuando regresó al palacio, las piezas enteras de seda y terciopelo la esperaban en su habitación. Era sin duda un error. ¿De dónde sacaría para pagarle? Sin embargo, los días pasaron y el comerciante no se atrevió a mandar las cuentas al palacio. Eso no le pareció bien.

Pero lo más curioso ocurrió en las celebraciones de la fiesta por el natalicio del rey. Julia Quitería bailó, por sugerencia del mayordomo mayor de su padre, dos veces seguidas con don Melchor de Covarrubias, caballero del comercio de Lima. Era un hombre picado de viruelas y entrado en años al que jamás hubiera mirado, pero al día siguiente le avisaron que este le había dejado un regalo. En el interior de una taleguilla descubrió trescientas piezas de plata. Y fue en aquel momento, una mañana del tres de marzo de 1717, mientras contaba las monedas, que se sintió importante.

Desde entonces, todas las semanas Julia Quitería sale a visitar los cajones del comercio y se asombra ante las novedades sin empacho. Asiste a las veladas para tomar el mate y conversar, y allí alaba la decoración de los salones: ese ángel de marfil qué bien logrado está o esa imagen con coral produce un efecto maravilloso... Otras veces va a las fiestas que las damas de la nobleza le organizan y es muy atinada alabando la joya más hermosa de la *soiré*, siempre de alguna nueva anfitriona, en especial si es una de esas criollas presuntuosas. Primero la menciona casi como de pasada. Luego halaga la calidad de los engarces, para volver a encomiar las perlas o los rubíes con ahínco, con deleite, sin ningún rubor. La primera vez se lo agradecen. La segunda, titubean. La tercera se lo quitan del cuello para regalársela con una sonrisa forzada. Y aunque ella se niega, ya sabe que ellas no la tomarán de regreso.

También ha aprendido a dosificar sus bailes con los comerciantes. El secretario de su padre le indica quiénes son los hacendados en busca de indios para sus tierras, y mientras bailan les susurra: “Me encantaría probar las viandas de su hacienda”. O si el bailarín litiga por los límites de sus tierras, ella le dice: “Mándeme fruta de su chacrita”. Ella sabe que al día siguiente recibirá una caja de frutas con doble fondo lleno de doblones que repiquetean mientras los suben escaleras arriba. Una tarde, una criada le dijo: “Figúrese, señorita Julia, preparaba merengues y casi la casco para separar la yema de la clara”, y le entregó una perla casi del tamaño de un huevo de gallina. Había venido en una canasta que encima tenía una bolsita con diez adarnes de perlas, pero el oferente había incluido por coquetería esa gran perla suelta.

En sus habitaciones se amontonan paños de Holanda, rasos de Valencia, sedas de la China, anillos y zarcillos, peinetas empedradas, y muchas monedas. Como no sabe qué hacer con tantas joyas, su hermano Marino le ha enseñado a mandarlas a pignorar en la casa de empeños y luego sus criadas lo comentan por toda la ciudad con disimulo, y los

jóvenes galantes, los litigantes urgidos por alguna ayuda, los que tienen parientes en la cárcel, aparecen al día siguiente a regalarle los vales ya pagos.

En cambio, su hermano Tiburcio, quien ha puesto un cajón en la plaza a espaldas de su padre, un día le dijo que podría vender los rollos de telas que se amontonan en su cuarto y que partirían las ganancias a medias. Julia Quitería se quedó con las más bonitas y le mandó las demás. Desde ese día, Tiburcio le abona puntualmente sus ganancias. Es cierto que de tanto en tanto el secretario de su padre le pide un porcentaje para que los jueces fallen como deben, que los alcaldes del crimen abran las puertas de la cárcel, pero Julia Quitería sabe que no es solo para ellos, que el secretario vive cada día con más lujo y esplendor. No solo ha llenado su casa de la calle de la Núñez con cuadros y muebles vistosos, sino que también alquila la casa en Miraflores a donde van cuando salen al campo. Por eso está muy contenta. Ella, que creía que no tendría dote alguna, ahora piensa que a este paso logrará regresar a Europa mejor dotada que su hermana Clara Irene, que tantas deudas y angustias causó a su padre.

Ahora se siente muy segura de sí misma y ha aprendido a gobernar a las criadas del palacio. Es más: le gusta ser obedecida hasta en sus menores caprichos. La amenaza de los chicotes siempre surte efecto; y si no, la posibilidad de un despido es suficiente. Hasta los guardias de la puerta temen sus inspecciones y se presentan con los uniformes abotonados correctamente y sus manchas restregadas con cortezas de tarsana. Si su padre tuviera que viajar, como el conde de Lemos, a sofocar los disturbios en Laicacota, en las tierras lejanas de Puno, ella no tendría ningún empacho en sustituirlo en el gobierno de la casa y de la ciudad.

Un viernes de cuaresma, el confesor demoraba haciéndole las mismas recriminaciones, humillándola en exceso y repitiéndole una vez más que la salvación era solo para unos escogidos, que San Agustín era el hombre más inteligente que Dios puso en el mundo, y mientras empezaba con un discurso sobre la gracia eficaz, Julia Quitería, por acortar sus soliloquios, le dio para sus caridades una onza de oro. Luego escuchó con sorpresa que en el salón contiguo el confesor repetía, en voz alta, esa mujer es una santa, una santa... Desde ese viernes acorta sus confesiones y rigores ofreciéndole regalos.

\*\*\*

Una tarde su padre la mandó llamar para comentarle que había escuchado unos rumores muy feos, que él era el representante del rey y que todos debían velar por dar el ejemplo; pero ella, pretextando indignación, le dijo que había muchas criollas envidiosas, que la odiaban porque todos los galanes ahora la miraban a ella y que no vacilarían en inventar un sinfín de calumnias. Esa tarde su padre le dijo que había accedido a sus deseos y que a partir de ese momento debía empezar a prepararse para entrar en el convento. Julia Quitería perdió el aplomo. Pensó en cuánto había cambiado en un año del gobierno de su padre. Ahora le gustan tanto los trajes lujosos que no se acostumbraría a los sayales toscos de las novicias, ni a sus penitencias, ni a su humildad. Ahora está convencida de que quiere mandar en una casa tan grande y con tantos o más sirvientes que el palacio en el que vive su hermana en Madrid con ese bellaco de Crevascone.

Lloró frente a su padre, quien le explicó que no tendría la posibilidad de pagar otra dote como la de Clara Irene. Que el ambiente del palacio no le hacía bien, que debía velar por su virtud. Que si no aparecía un matrimonio con un minero rico que la dispensara de la dote no veía otra alternativa que un monasterio. Julia Quitería dudaba: ¿debía contarle que ya tenía ahorrada una dote considerable? ¿Qué le diría su padre? ¿Es que acaso lo sabía? ¿Estaba poniéndola a prueba? No se atrevió a mencionárselo, pero a fuerza de llorar, logró aplazar la voluntad de su padre por un año más.

## FRENTE UN MANIQUI

—Es bueno dejar el luto Excelencia, volver a los trajes de color —dijo el sastre, mientras le tomaba medidas que anotaba en una pieza de papel.

—No me recuerde mis queridos trajes hechos con *calimalas* florentinas. Quién nos diría que todos terminaríamos vistiendo como los franceses. Me acuerdo cuando llegó el virrey Medinaceli a Nápoles vestido con los usos de Versalles, la gente se reía solo de verlo. La elegancia siempre había sido italiana. Quién iba a pensar que se impondría la moda francesa, sería algo tan ridículo como imaginarse que algún día a la gente se le ocurriera vestirse según los usos de... de los ingleses, por ejemplo —sonrió, pensando en los ingleses y su afición por los caballos y sus telas gruesas y bastas—. Preferiría llevar luto de por vida, sería un luto por el buen vestir, porque sé que no volveré a tener trajes iguales a los que me confeccionaba mi sastre napolitano. Pero debo cumplir la real pragmática, y ya se han cumplido los seis meses permitidos.

—Ahhh, esa lesiva pragmática sobre los lujos...Es una pena que los trajes de su Excelencia se anegaran en el navío —señaló con tono desilusionado mientras le ponía la prueba de bayeta y empezaba a hacerle marcas con la tiza.

El príncipe sabía que ese tono de desaprobación de su sastre no era por sus trajes sino por las limitaciones de la pragmática.

—No suena muy contento, maestro. ¿Cómo está el trabajo últimamente?

—Póngase recto Excelencia, por favor. Los brazos, estire los brazos. Con lo restringidos que están los gastos de los lutos, mucho nos perjudicamos. Antes, el gasto de los clientes era sin cuentas y los personajes de estimación gastaban en sedas con hilos de oro y plata, y puntas de oro y flecaduras y galones de lo mismo. Ahora solo se permite el paño negro para el invierno y la lanilla negra para el verano —dijo, mientras ponía varillas de ballena que disimulaban la asimetría de los hombros.

—La idea es que se gaste menos en telas y más en actividades que generen mayor riqueza al reino. Que dejen de importarse telas. Ese, ese terciopelo color musgo me gusta. Y este otro en tonalidad perla —dijo, mientras señalaba las muestras que le había alcanzado el sastre.

—¿No prefiere este en color tabaco? Sé que actualmente se lleva mucho en la península. ¿O acaso este otro en tono canelado? —preguntó mientras rellenaba con crin los hombros caídos del príncipe—. Pero si su Excelencia recorriera los cajones de la plaza solo encontraría telas de importación. Y por lo que toca a lo de generar mayor riqueza, eso es relativo, Excelencia, a mí no me genera ninguna riqueza. Estire los brazos a los lados, Excelencia. Y eso que yo solo hago ropa para señores de distinción, pero mis colegas sederos se ven obligados a usar solo pañetes y tafetanes que no les dejan ninguna ganancia.

—No. Ya me decidí. Me quedo con las telas perla y musgo. No me haga muy anchas las mangas, ajuste un poco más ¿Y dónde se ha visto que los maestros y oficiales de gremio usaran seda y terciopelo y cordoncillo dorado? Esas son malas costumbres de esta tierra en la que no se respetan las jerarquías. Su Majestad hace bien en prohibirlos entre las clases populares, y aun entre los oficiales reales de baja gradación.

—Pero, Excelencia —exclamó, fijando con alfileres las capas sucesivas de tela que armaban la casaca—, ya ni por la muerte hay respeto. Antes vestíamos las habitaciones de las casas del difunto con paños de luto y las iglesias con cortinajes negros durante los entierros, y ese es otro negocio que perdemos... ¿Cómo va a querer la chupa? ¿Sin mangas? ¿Sólo como si fuera un chaleco?

—Sí, me asfixian las mangas bajo otras mangas. Este frío limeño cala los huesos; pero hay que aceptarlo, no es el frío de Europa. Que la chupa tenga dos puntillas por delante y que no llegue mucho más abajo de la cadera. Así destacará la casaca. Haga la casaca del largo suficiente para que llegue casi hasta la rodilla. Y acerca de lo que dice de los lutos, le respondería que no tiene sentido endeudar a la viuda y a los hijos de por vida para aparentar que puede afrontar con estilo un luto de seis meses...

—Sí, en Cádiz muchos caballeros me pedían los chupas sin mangas, como chalecos, por el clima y la comodidad, sé cómo hacerlo. Príncipe, vea esta seda casi plateada, quedaría perfecta con el traje perla.

—Mucho me temo que esa seda no sea de producción nacional...

—No se preocupe, Excelencia, que aquí nadie se enterará —le dijo mientras le guiñaba un ojo, gesto que el príncipe ni siquiera percibió, o tal vez consideró una familiaridad

indigna de celebrar—. El verdadero problema, Excelencia, no son solo los lutos de las casas y palacios. Antes nuestro gran negocio era enlutar calesas y sillas de mano, forrarlas completamente de tela negra... Comprábamos sedas finas y usábamos cientos de metros en recubrir las. Ahora, fuera del luto, tampoco podemos usar telas caras para forrar los carruajes, sino solo terciopelos y damascos nacionales en los interiores de calesas, furgones y berlinas. Los pintores también lamentan que ya no puedan pintar los bellos escudos de armas en las portañuelas o los boscajes, los mascarones y los floreados en el cuerpo de las calesas, con los que lograban magníficas obras de arte. Ahora, ni pensar en sobredorarlas. Según la pragmática, solo se las puede pintar de jaspeados simples. No sé qué pensara al respecto, pero a mí, a este pobre sastre, un carruaje pintado así parece un cajón de frutas. Y no solo se ve deslucido, sino que a los de nuestro gremio no nos deja ganancia alguna.

—¿Y cuánto terminaba costando una de esas calesas de lucimiento en estas tierras?

—Unos dos mil quinientos pesos, Excelencia.

—Pues ya lo ve. No tiene sentido duplicar los precios por estas pinturas y lujos exorbitantes. Considérelo, es casi el precio de tres esclavos que podrían trabajar el campo. Muchos le dirán lo contrario, pero el campo es el origen de las riquezas. Vea todas las cocheras de Lima llenas de carruajes, de berlinas, de furlones apolillados, inutilizables. ¿Cuál fue su utilidad? La vanidad, la ostentación. Son la materia de la que están hechas las precedencias de los burgueses: caca de polilla. Es, desde todo punto de vista, un gasto insensato. Claro, nosotros, los grandes nobles, *il antica parrucato*, estamos obligados al decoro proporcional, y es un peso grande que nos impone nuestra condición señorial. Pero quien no lo deba hacer, debería contentarse con su situación. Aquí veo tantos comerciantes ennoblecidos que se arruinan por arriesgar su capital en gasto suntuarios... Yo les diría abiertamente, el servicio, el servicio al reino es lo que ennoblece, no el comercio o una calesa dorada. Es el cumplir con el deber de las armas, o servir al rey con la toga, o en el gobierno. Es ese servicio lo que le da sentido a la nobleza y la liga a la vida inmemorial del reino. Por eso el rey ha prohibido el uso de carruajes a comerciantes con tienda abierta y artesanos y notarios. Deberían invertir esos caudales en sus negocios al menos...

—Ya verá que nadie mandará a construir carruajes nuevos a partir de ahora, Excelencia.

—Si estuviéramos en Nápoles o en Sevilla, con sus grandes distancias, su uso sería una necesidad, pero siendo Lima tan pequeña es inexplicable todo ese derroche para dar dos vueltas por la Alameda al atardecer.

—No lo sé, Excelencia, no es justo que nosotros, los sastres, seamos los paganos de todas las reformas. ¿Su Excelencia ya decidió qué bordados desea para el traje musgo? ¿Hermanamos la casaca y el chaleco con el mismo bordado?

—Sí, y la casaca gris con botones de concha perla y la de tono musgo con botones de plata quemada. Pues véalo así, lo que no se pueda hacer en telas con hilos de oro, que se gaste en la riqueza de los colores de los trajes. Lo que se pierda por las ordenanzas, que se gane por la variedad de las prendas. Vea esta chupa, esta casaca, estas vueltas con seda contrastando sobre el terciopelo, vea los cien ojales, todo eso es la ganancia que puede tener gracias a lo que no está regulado en la norma, y en la medida en que se destierren esos trajes negros con mangas acuchilladas, con valonas y lechuguillas tan anticuadas y se use corbata y corbatín como en la nueva moda, todos botarán los trajes de sus abuelos, o se los regalarán a los sirvientes y tendrán que hacer nuevos, con lo que deberá agradecerle a Su Majestad por todo el trabajo que tendrá...

—No lo había pensado así Excelencia, espero que venga entonces una época de gran esplendor. Pero conociendo a mis paisanos, que son tan conservadores y que se han mimetizado con los gallinazos que pueblan los tejados, lo dudo. No creo que se acostumbren al color, no pasarán de vestir color carbón. Excelencia, dígame, para los bordados de mangas y solapas, ¿preferiría este modelo de olas, o aquel de follajería, o ese otro de llave helénica?

—Mmm —el príncipe duda—. Ese de olas estaría bien para el traje verde, pero el de llave griega que resulta menos visto estaría mejor para el de color perla. ¿Cree usted que el traje es como una máscara que esconde nuestro verdadero yo, maestro?

—El traje es como uno quisiera ser. Es un ideal, es la cara que quisiéramos mostrar a los demás y la naturaleza no nos dio. Es también el artificio para corregir los defectos del cuerpo, un brazo tullido, una pierna deformada por la gota, una giba pronunciada. El sastre deberá tener el ingenio de saber disimularlo. Barbas de ballena, crin, sedas y terciopelos forman la arquitectura que se superpone a la geografía indomable de nuestros cuerpos.

—Sí, siempre he pensado que el traje es el sucedáneo del plumaje que natura no nos dio, como el de esas aves que cortejan a sus hembras. Pero no nos queremos ver como un pavo real hinchado, ¿no es cierto, maestro?

—Ciertamente, Excelencia, hay un lenguaje muy sutil que se debe dominar: la distancia entre el gallito nuevo en el corral inseguro y ganoso de enseñorearse y el gallo viejo que domina a sus gallinas con solo un aletazo.

—Pero cuide que no sea un gallo muy viejo, maestro —añadió guiñando un ojo el príncipe—. Le confesaré que siempre he detestado la excesiva pulcritud en el traje. Como el virrey Medinaceli, era su vestir tan perfecto que se alejaba de ser un hombre elegante, no parecía natural. Y si a eso añadimos una postura forzada, entonces todo desentona. Nada como un traje que se lleva con soltura, casi como si no se lo llevara, casi como si se estuviera con una bata de casa, de seda acolchada, sin ser mirado por nadie, con el cuerpo relajado, en un sillón de brazos, fumando un tabaco sevillano, bebiendo un oporto añejo, sin peluca, cubierto del fresco por un turbante, en el casino de un jardín, oliendo el aroma de la poda de los setos de ciprés y de pinos que van subiendo escalonados y amortiguan el rumor de una fuente cercana y las melodías de unos ejecutantes de una sonata de cuerdas...

El príncipe se percató de que estaba pensando en el parque de Buchianico y sintió cómo una lágrima humedecía su mejilla.

—Ohhh, Excelencia. Confeccionar un traje tan sutil sería una obra de los dioses.

## EL CALLAO DE LIMA

—¿Y esta isla? —preguntó el virrey, señalándola. Ante él se abría la bahía del Callao. El mar gris, el cielo lechoso, una niebla que se retiraba y empezaba a mostrar el horizonte. Sesenta navíos de distintos calados dormían protegidos de las rapacerías de los corsarios frente a los cañones de la muralla de la ciudad. El Callao era un puerto imponente con sus murallas y sus portadas y sus siete iglesias y las casas fuertes del rey. Un puerto cuyo nombre imponía respeto aun entre los piratas y los corsarios mas sanguinarios.

—Es la isla San Lorenzo —respondió Peralta—

—Sí, lo sé. Me pregunto por su utilidad.

—Aparte de detener las mareas no tiene mayor utilidad. Es una isla desierta, algunas veces la han usado los piratas para desembarcar, pero no hay ni agua, ni alimento alguno. Después de enterrar a sus muertos se hacían a la vela. Atrás, sin embargo, hay dos islas bien vigiladas... —acotó el comandante de la plaza.

—¿Tenemos guarniciones allí?

—En cierto modo, príncipe. Una guarnición de millones de aves que solo dejan guano y un olor tan pestilente que hacen inhabitable la isla y otra de cientos de lobos marinos que vigilan de día y de noche, el peñón que habitan. De allí viene a ratos ese olor tan penetrante. Es una montaña de estiércol que los indios usan para sus sembríos. Ningún pirata pensaría en desembarcar en ellas, morirían de las náuseas. Y lo mejor es que no debemos pagar ningún sueldo a tan fieles guardianes...

—¿Y esa otra isla?

—En algún tiempo era la punta de la península, pero después del último terremoto, el de 1687, dejó de estar unida a la tierra. También sirve para defender el puerto a su modo, pues los restos de la tierra hundida permanecen bajo agua e impiden el paso de las naves. Esperemos que los enemigos no lo sepan. Solo se puede entrar al puerto navegando a la distancia de un cable de la isla San Lorenzo.

—¿Y no hay posibilidad de desembarcar en otras partes de la bahía?

—Precisamente, príncipe —añadió Peralta—, lo más curioso es que el Callao, con su ciudad amurallada, es como un señuelo bien puesto, pues hace sospechar a los atacantes que es la única entrada posible y que por eso está tan bien defendida, cuando en la realidad hay al menos cinco lugares donde podrían desembarcar sin problema.

—No es mal ardid. Esperemos que no se devele el secreto.

—Pero en realidad la verdadera fortaleza del Callao está a muchas millas de aquí, y se llama “estrecho de la Madre de Dios”, y que más modernamente apellidan “de Magallanes”. Esa es la puerta casi infranqueable que nos defiende.

—Bueno, relativamente, Peralta, porque no son pocos los navíos que ahora la cruzan. ¿No sería posible fortificar el estrecho?

—En respuesta a los ataques de Drake, el virrey Toledo comisionó a Sarmiento de Gamboa, cosmógrafo, historiador y hasta astrólogo a que fuese a poblarlo y fortificarlo. Incluso lo nombraron gobernador y capitán general del estrecho. Fue un fracaso: el clima, el frío, el hambre, y sobre todo el conseguir los pertrechos que había que traer desde España hicieron insostenible la empresa. Sarmiento terminó cautivo en Inglaterra apresado por el corsario Cavendish, que solo encontró quince habitantes en la fortificación “Rey Felipe” que debía impedir su paso por el estrecho.

Ya comenzaba a atardecer y el sol empezó a calentar en serio mientras recorrían el camino de la guardia entre los bastiones de San Lorenzo y San Pedro. El príncipe veía con preocupación cómo el mar había abierto cinco brechas en la muralla. La misma ropa que durante la mañana fría la había parecido apropiada, suficientemente abrigada, ahora lo asfixiaba: la peluca, el sombrero de plumas, el chaleco de seda forrada... ¿O sería el ejercicio de trepar por las murallas, de caminar apoyándose en los dos bastones? ¿O lo copioso del almuerzo? Pensó si sería apropiado pedir que le subieran su silla de manos hasta el estrecho camino que bordeaba los muros.

Estaba aburrido. El día anterior había sido larguísimo: una sucesión de recibimientos en las chacras que bordeaban el camino de Lima al Callao. Cómo podía ser que se demoraran todo un día para recorrer dos leguas. Si no nos hubiéramos demorado tanto parando en el molino del Gato, en las chacras de Pomiano, en la de Laso, en la de los Cordones y en la del oidor Concha. Si no nos hubiéramos detenido en la capilla de la Legua para tomar

refrescos y ponderaciones habríamos llegado a tiempo para escuchar el Te Deum; pero no, lo pospusieron para hoy. Y hoy que debía revisar la muralla tuvo que visitar los cuatro conventos y las siete iglesias. Y luego el almuerzo interminable, y el besamanos...

—Las murallas datan de la época de Felipe IV, ya tienen tres cuartos de siglo y el embate de mar es muy destructor —se disculpó el comandante de la plaza.

—En especial desde que el conde de la Monclova construyó el muelle de piedra. Se suponía que detendría la correntada, pero la resaca que se formó empezó a socavar primero la playa y luego las murallas mismas, y aun a mayor velocidad. Claro, las murallas estaban recubiertas de piedra y cal, pero en el interior solo hay adobes que se van descomponiendo —añadió Peralta, mientras arribaban al bastión de San Pedro—. Esa zona de la muralla era más baja que la porción que daba hacia tierra. Desde allí se veía claramente el muelle de piedra.

—He ahí el culpable —dijo el comandante señalando la construcción.

—Tiene un aspecto extraño —sentenció el príncipe, fijándose en los tapias de adobe y ladrillo que amurallaban el muelle.

—Es para proteger a los hombres que cargan bultos allí: los embates del mar son muy fuertes. Lo importante, Excelencia, es esa grúa. Es capaz de cargar cañones y anclas —le explicó el comandante—. Tienen que reemplazar los tapias del muelle dos veces al año, pues se derrumban al poco por enfrentar al mar.

—Pero esta muralla está a punto de derrumbarse. ¿Cuánto creen que dure? Es muy larga.

—Son trece manzanas de largo, Excelencia, el largo de la ciudad del Callao. Habrá que hacerla de nuevo. Si se derrumba, no podremos emplazar las piezas de artillería. Hay cuarenta cañones en el contorno de los trece bastiones, especialmente en los bajos que enfrentan al mar, pero no se puede asegurar que todos funcionen.

—¿Y se tiene un monto estimado de las reparaciones?

—El alarife mayor, Santisteban, cree que se necesitan más de cien mil pesos solo para reparar las murallas...

—¿Cien mil pesos?

El príncipe terminó de ponerse de mal humor y dio por concluida la visita. Tendría que quedarse otra noche más en el lóbrego palacio del virrey en el Callao, y en los días siguientes inspeccionaría el estado de la Armada, pasaría revista a los regimientos de marineros, de burgueses, de carpinteros, y cuatro compañías de indios venidos del poblado de Pitipiti, de Magdalena, Chorrillos y Miraflores. Y cuántas otras sorpresas desagradables le faltarían por descubrir en este puerto tapado de amaños, de funcionarios prestos para enriquecerse a costa de la Corona.



## LA BIBLIOTECA DEL SABIO

Luisa tiene doce años, pero ya sabe armar cajas de imprenta y emparejar las letras. En realidad, juega a alinearlas, le gusta ver los trazos paralelos de la “s” como si fuera una “f”, le gusta alinear las astas oblicuas de las itálicas. Le gustan los trazos zigzagueantes de las “z” y de las “n”. Su padre le había enseñado a diferenciar las letras con serifas de las clásicas venecianas. Ya sabe trucos de tipógrafo, que cuando se repite mucho una letra hay que recurrir a las mayúsculas, claro que disimulándolo, no puede darse énfasis a cualquier frase. Ha aprendido a terminar los capítulos en forma cónica, recortando los renglones para formar una figura puntiaguda y rematar con un florón que da elegancia a la página, mucho más logrado que poner simplemente fin.

Pero lo que le encanta armar es la carátula. No sabe bien si es porque es lo último que se imprime y señala la tarea terminada, o acaso porque es lo más artístico. Hay que juntar todas las mayúsculas que se tengan y empezar a jugar para ir completando todos los renglones con los distintos tamaños y que no falten las letras. Siempre se acaban primero las “s” y las “n”, siempre sobran las “q” y las “k”. Una vez que está todo armado, le da golpecitos suaves para que encaje firme. A veces, cuando trabaja mucho tiempo, empieza a ver todo invertido, pero al rato se le pasa.

Un día llegó su padre, animado, y mientras revisaba con satisfacción las galeras avanzadas por la niña, le dijo: “Serás la primera tipógrafa de este Nuevo Mundo. Cuando yo muera, heredarás esta imprenta y será tu modo de vida. Los poetas te perseguirán por tu dote, pero no te los recomiendo como esposos. Enamórate de un comerciante: un dueño de cajón que te de buena vida y muchos duros, y no como tu pobre padre, que lleva una vida esforzada para merecer gloria futura”.

Pero hoy su padre ha esperado con impaciencia, arreglándose el traje y mandando a la sirvienta a que consiguiera oporto y algunos dulces para servir. Al rato, Luisa vio llegar una berlina de cuatro mulas, con un cochero y dos lacayos de librea. Entonces vio descender de esta a un caballero de mucho lustre ante el cual su padre hizo mil reverencias. Venía con su hijo Flavio de cinco o seis años.

—Excelencia, le presento a mi hija doña Luisa Peralta, mi más fiel colaboradora.

La niña hace una reverencia.

—“Príncipe”, dígame “príncipe” —dijo el virrey—. A propósito, Peralta. No sabía que tenía usted una hija tan buenamoza.

—Para servirle, Su Excelencia.

—“Príncipe”, no lo olvide.

—Príncipe. Mientras hablaba, el virrey hizo ademán de entregarle a su hijo para que lo cuidara. Luisa llevó a Flavio a jugar a un pupitre oculto tras unas estanterías, Ahora se esfuerza por entretener a Flavio, el hijo del virrey. Le enseña los tipos, le muestra las colitas de las “a” y las “u”, le dice que son ratoncitos en fila, que las cerillas son gusanitos y que la virgulilla de la “ñ” es una gaviota volando en el horizonte.

—Príncipe, esta es mi humilde biblioteca. Está completamente a su servicio. Mire cómo la vida trata a este doctor.

—De humilde nada, Peralta. Se dice que es la biblioteca privada más importante de la ciudad. Es aún más grande que la que yo tenía en Nápoles.

—He tenido suerte —señaló, ofreciéndole un asiento—. Heredé muchos libros, otros me los dieron a remate. ¿Una copa de oporto, Excelencia?

—Pero acá hay miles de libros.

—Sí. Entre dos mil y tres mil, príncipe.

—Me hace recordar a la biblioteca que perdí en mi palacio de San Giovanni a Carbonara. Fue palacio de los reyes de Nápoles, ¿sabe? Tenía una biblioteca grande, con libros muy queridos, bellos empastes, obras en las que me formé. Mi madre era una notable poetisa. Allí me despertó el amor por las letras.

—He oído que su madre publicó poemas en los triunfos por la ascensión de Felipe V.

—Sí, así es. Aún escribe. Pero muéstreme sus libros.

—Acá tengo una impresión de Aldo Manutio, Venecia de mil quinientos sesenta, las Epístolas de Cicerón...

—Interesante obra. Siempre es un gusto ver un ejemplar *aldino*, con la exquisita tipografía de los venecianos, pero tengo más interés en ver los frutos de las prensas peruanas.

—Mire esto, príncipe, es el *Tercero Catecismo* de mil quinientos ochenta y cuatro, que se reputa por el primer libro impreso en el Perú, a cargo de un compatriota suyo, Antonio Ricardo.

—¿Era napolitano? Sin duda una joya para coleccionistas. No me malentienda, Peralta, pero estos libros religiosos me parecen todos lo mismo. Muéstreme lo que tenga de historia, de gobierno, acerca del país.

—No, príncipe, había nacido en Torino.

—Bueno, compatriota no exactamente, aunque hablaríamos idiomas parecidos.

—Pues acá tenemos la *Crónica Moralizada* de Calancha. Es la historia de los agustinos y su establecimiento en el Perú. Vea la belleza de su portada y esa encuadernación tan rica. Y esta, que está a su lado, es la *Historia Moral de las Indias* del jesuita Acosta, gran estudioso de los incas. Dice que los indios del Nuevo Mundo vinieron del Asia.

—Interesante. Oiga, Peralta, ¿y este?

—Oh, príncipe. Ese es un gran hallazgo, es el *Paraíso en el Nuevo Mundo* de León Pinelo, una obra muy lograda. Es obra con mucha erudición, si me permite decirle. Trata de demostrar con gran acierto que nuestro padre Adán habitó en tierras americanas antes de la caída de nuestra madre Eva. También zanjó discusiones teológicas complicadas como si tomar el chocolate y otras bebidas quebranta el ayuno.

—Seguro ese problema hubiera quitado el sueño a mi antepasado Caracolo, el bizantino. ¿Y este pequeño infolio en cuarto? No logro leer el título —dijo, poniéndose unos quevedos que resbalaban por su fina nariz.

—Pues es Cieza de León, es la primera parte de su crónica que publicó en Sevilla pero escribió mucho más y quedó sin publicar. Y ese folio es Garcilaso.

—Ah, los *Comentarios Reales*. Fue mi primera lectura sobre el Perú, lo leí con *piacere* cuando tenía quince años. Con él aprendí mucho sobre el reino de los incas. ¿Quién me

diría en esos tiempos que acabaría gobernándolo? —y aprovechó una pausa para dar un sorbo de oporto.

—No, príncipe. Esta es la segunda parte, que ya no trata de los incas sino del establecimiento de los españoles en el Perú y las guerras civiles que se desataron. Es lectura muy instructiva también.

—Me gustaría leerla si es tan buena como la primera parte. ¿Y que tenemos aquí? —preguntó, cogiendo un libro que reposaba sobre una mesa.

—Es *La Araucana* de Ercilla, acerca de la conquista del extremo sur del continente, la guerra contra el Arauco, pueblo en extremo bárbaro, contada al modo de Ariosto.

—*Meravigliosa collezione, Peralta* —dijo, mientras hojeaba con deleite las páginas en sus manos.

—La *Historia* de Zárate. ¡Luisita! ¿Luisita, tienes tú el ejemplar de Zárate?

—Este es el cronista Agustín de Zárate, Excelencia —dijo, alcanzándole el libro que Flavio había acercado con paso titubeante.

—Sí, lo leí en italiano. Hombre culto. Siguiendo a Platón, señala la Atlántida como origen de los indios del Perú. ¿Lo cree posible? ¿Pero qué tenemos aquí?

—Es la *Extirpación de Idolatrías*.

—¿Contra los indios paganos?

—Sí, del jesuita Arriaga. ¿Ve acá el monograma de la Compañía de Jesús? Estudió las behetrías de los indios. Acá dice, por ejemplo, que los indios adoraban al sol con el nombre de *Punchao*, y la Luna que es *Quilla* y también a *Mamapacha*, que es la tierra. Para señalar su acatamiento levantan las manos y se tiran de las cejas o derraman chicha, que es licor, sobre la tierra, y otras miles de invenciones que les sugiere el Maligno... Y mire acá cómo mencionan, a este hechicero el *Moscoc*, que es adivino por sueños que se le pregunta si sanará o morirá o si aparecerá un caballo que se le perdió y entonces le pide una prenda, duerme sobre ella, y conforme sueña, así le responde

—*Interessante*. ¿*Moscoc* le llaman? Hmmm...

—Sí. Así mismo, *Moscoc*.

—Y ¿quedarán aun de esos hechiceros?

—Los indios son tan callados, ¿cómo saberlo? Seguro que amenazando a algún cacique se le pueda sacar información para seguir con la extirpación...

—¿Tendrán salvación estos pobres indios?

—¿Los indios? ¿Qué con ellos Excelencia?

—Eso mismo ¿Qué hacer para salvarlos?

—Pues compelerlos a trabajar...

—¿Hasta que mueran todos?

—Siempre, desde la época de Toledo, se maneja el mismo argumento.

—Pues parece verdad, a este paso no quedará ninguno. El monarca no quiere llevar sobre su conciencia su desgracia, ni yo tampoco.

—No crea, príncipe, que son como los indios que conoció en su camino a Lima: los indios de la sierra son muy distintos que los de la costa.

—¿En qué modo?

—Los de la costa son ingeniosos y buenos imitadores de lo que ven. Los de la sierra, en cambio, son perezosos y desinteresados, pusilánimes y tímidos de lo que les viene su melancolía...

—Pues por ello mismo deberíamos ayudarlos de algún modo: las mitas los hunden en las más horrendas penurias y les dan su condición de miserables —dijo, impaciente.

—Si no fueran compelidos a trabajar, príncipe, se hundirían en la más espantosa pereza. Recuerde lo que decía Matienzo: son enemigos del trabajo, amigos de la ociosidad. Conténtese con los que han de menester para una semana, pues para ellos no hay mañana... Si no los vigiláramos en las reducciones, vivirían desperdigados por los campos casi a imitación de las bestias, habitando en las florestas y los lugares más incultos...

—Sí. Pero uno de mis antecesores, el Conde de Lemos, lo dijo muy claramente: no es oro ni plata lo que se lleva a España, sino sangre y sudor de indios. Esos corregidores, curas y caciques agravan el daño. No seré yo el que perpetúe dicha situación.

—¿Y qué piensa hacer, Su Excelencia?

—*Il lavoro e lesivo*, no se les paga, trabajan día y noche, se los hace desplazarse enormes distancias, enferman y mueren y generan la despoblación del reino, y aun piden que se manden más mitayos. He decidido *suspendere ogni tipo di labore forzoso*...

—¿Terminar con la mita, príncipe? ¡Hundirá al virreinato en la más terrible indigencia!

—La recaudación del quinto real es ínfima, la plata piña circula sin marcar con total desfachatez, y en Huancavelica las cifras son desastrosas, el costo para el fisco es exorbitante... La real hacienda ya no puede costearla. Mi secretario en Huancavelica, Luis Ambrosio de Alarcón, a quien he nombrado superintendente, me informa de las imposibilidades del erario, y bueno, de Potosí ni se diga...

—Pues costará mucho convencer a los mineros.

—¿Qué reacciones podrían tener?

—Moverán cielo y tierra, igual como lo hicieron en tiempos del Conde de Lemos.

—Mi prioridad es la *carica del regno*. No lo dudo, ya han pedido un informe a Alzedo y a Santiago Concha, y me temo cuáles serán sus reacciones. En especial cuando he mandado a Alarcón que se cierre la mina de Huancavelica.

—¿Cerrar Huancavelica, Príncipe? ¡Pero si es el mayor matrimonio de las Indias, la más grande mina de plata en Potosí y el mayor yacimiento de azogue para explotar en Huancavelica! Recuerde, Excelencia. Sin azogue no se puede separar el metal argentífero. El reino quebrará, ¡será la ruina!

—Sale más barato traer el azogue de Almadén, en España, así bajaría el precio en el mercado, e incluso el de la plata, y por otro lado, los indios, sin salir de sus pueblos, harán crecer el tributo indígena...

—Son ideas muy osadas, príncipe. ¿Qué más puedo decir?

*Y de repente, súbitamente, todo se torció en mi beneficio. Recuerdo bien ese día. Hacía calor, por lo que comíamos en la veranda emparrada. Habían servido una fuente de perdices, y yo, embarazada, sentía el olor empalagoso a avellanas y melocotones del Marsala. Tu padre se levantó de improviso para hacer su copa llena de vino pecorino, áspero, oscuro, que producían las tierras de Bucchianico y que tanto le gustaba. Brindaba tal vez por la próxima llegada de su primer nieto, o alguna buena nueva llegada de Nápoles, y sus cejas estaban más afiladas de lo normal. Estaba pálido y sudoroso, y en lugar de empezar el brindis, dijo “me muero”.*

*Después se le torció la boca y empezó a babear y a murmurar incoherencias y a mirar con expresión de no saber que le sucedía, viendo el vino derramado como si fuera de su propia sangre. Y lo abrigamos, y le dimos sales, y entre tres criados lo subieron a su cámara y dos días estuvo sin recobrar el habla, pero cuando le tomaban la mano, se las apretaba como diciendo “aquí estoy, los reconozco, no se preocupen”. Y en la noche del segundo día murió el príncipe, tu padre. Pero nada de eso vi yo. Apenas llevaron los criados a tu padre escaleras arriba, empecé a sentir las contracciones por la impresión, y mientras unos sirvientes buscaban al médico, otros iban con la comadrona, y durante dos días y dos noches estuve en labor de parto. “Puje, puje, duquesa”, era todo lo que oía, y después recobré el sentido y oí llorando a mi hijo, un varón. “Un varón”, me dijeron, “un nuevo heredero”.*

*Cuando me recuperé y pude bajar, ya los criados habían armado la capilla ardiente con muchas velas y temprano en la mañana vino el notario. Olía a trago barato y a días sin lavarse y casi sin mirar a tu padre se puso a dictar a su amanuense, un joven desgarrado que parecía no poder cargar el libro grueso de la notaría, pero que escribía con increíble rapidez: y certifico y doy fe y testimonio que hoy jueves que cuenta veinte y tres del corriente del mes de octubre de mil seiscientos noventa y cuatro, sería rato antes del mediodía estando en el castillo de Bucchianico en la sala mayor, que antes fue de la armería, vi el cuerpo mortal, y yo puedo dar fe de que él no podía dar fe de nada, pues ni siquiera se había detenido a mirar el cuerpo de mi suegro, el cual, en medio de tanta capa y sombrero, parecía empequeñecido, como esas momias de las catacumbas de San Gennaro, pero a diferencia de esas, como si lo hubieran hecho con la cera que gotea de los cirios pascuales. Su boca había quedado torcida y no la habían podido componer ni jaloneándola, ni rellenándola con algodones, pero aun así su rostro mantenía la expresión de asombro que tuvo ese día durante el almuerzo.*

*Luego continuó el notario diciendo, del muy ilustre señor don Marino V Caracciolo Loffredo de Maida, IV príncipe de Santo Buono, Patricio Napolitano, Gran Senescal del Reino de Nápoles y Grande de España, a quien yo conocí, vi y hablé. Y el dicho cuerpo mortal estaba colocado en un ataúd, aforrado de felpa rosa, guarnecida de encaje de oro y en las testeras y por los lados exteriores el escudo del dicho señor Príncipe, y yo miraba y sentía repulsión por el olor de las flores mustias que rodeaban el ataúd, que ya no era estación para recogerlas, y el olor de esas flores mortecinas se quedó impregnado en todo el palacio.*

*A partir de ese día, nunca más quise entrar a la sala grande de la armería, por no recordar a tu padre con todas sus pompas en la capilla ardiente, como si fuera a hablarme de solo entrar. Y el amanuense seguía escribiendo con una pluma que raspaba sobre el papel, con manto de armiño propio de los grandes de España como lo era el de primera clase de por vida. Y su señoría estaba vestido por un sayal tosco de la orden de nuestro seráfico padre San Francisco y encima una casaca de gorgorán colorado guarnecida de sobrepuestos de oro y de plata, calzados los guantes blancos y en la mano derecha un bastón de junquillo con sus remates dorados y al izquierdo un espadín asimismo dorado y en la cabeza que tenía apoyada en dos almohadas guarnecidas de encajes finos, un sombrero blanco con su plumero de plumas rosadas y blancas y su ballena de encajes finos y unas botas calzadas con sus vueltas y espuelas doradas, de lo que doy fe.*

*El alcalde y el cura se apresuraron a firmar y luego se despidieron llamándote por primera vez príncipe y ya no simplemente duque. Y esa tarde retiraron del escudo el manto de armiño de grande de España que ya no te correspondía. Y empezaron a llegar todos los sirvientes y criados, y los arrendatarios de las granjas y el administrador del lagar, y el molinero y el guardabosque. Y también vinieron arrendatarios desde Rippa Teatina y el Castell de Sangro y se acercaron a saludarte, y los más viejos, Carmine, te besaban en la boca y luego se arrodillaban, y en cambio los jóvenes, como turbados, se hacían los olvidadizos y te saludaban respetuosos, pero no querían arrodillarse, y a lo más se dignaban a besarte el anillo. Y luego vinieron los vecinos y los burgueses de Bucchianico a darte su pésame y ya no sabías si tenías pena o dolor.*

*¿Fue ese el día de tanta confusión que dejaste de sentir? Yo me acerqué a ti y te dije que nuestro hijo, que aún no estaba bautizado, debía llamarse Marino, como tu padre, porque*

*él había dado su vida para que su nieto naciera y mantuviera la continuidad de su casa. Y nunca vi a nadie menos interesado en suceder a su padre. Parecía como si te hubieran cargado con un peso tan grande como el de Hércules en el jardín de la Hespérides. Tú eras feliz escribiendo en tu biblioteca esos escritos con los que querías cambiar el mundo y que escondías por la noche en nuestro dormitorio. Y esos versos elegantes a los que te había acostumbrado tu madre. Pero ahora, sin la orientación y el consejo de tu padre, y tu madre perdida en su dolor, te apoyaste en mí, casi sin pensar, en busca de mi soporte. Y entonces, tú solo viniste a mí a pedirme consejo, y yo te hablé con prudencia, y supiste que en mí te podías apoyar, confiarte en mis intuiciones de política y mis ideas del gobierno de tu casa. Y para cuando tres años más tarde murió el rey Carlos, era a mí a quien primero consultabas, y seguías mis pareceres aun en contra de los consejos de tus amigos y de sus connotados juristas y asesores.*

*Pero no creas. Fue difícil esa época. Esos años del luto por la muerte de tu padre, encerrados en Bucchianico, reclusos en esos muros de piedra sin apenas ventanas, a pesar de la fortuna que había gastado tu padre en tratar de convertir en palacio aquella fortaleza. Esa mole ochavada con los torreones inservibles y las almenas mochadas, que solo había perdido su gracia sin apenas ganar lugar para ventanas, sin luz, una reliquia de esos toscos años en los que no había espacio para la comodidad, con esas salas en las que había que mantener las chimeneas prendidas en invierno y en verano, porque era la única manera de secarlas, iluminarlas y volverlas a la vida. Celdas en la que me sentía prisionera, y tú todo el día preocupado de tus escritos y el manejo y el cobro de la propiedad, y yo, harta de solo tratar con campesinos y sirvientes y cocineras, aprisionados por orden del virrey de Nápoles que nos impedía dejar el feudo.*

*Allí sentí desfallecer mi voluntad hasta que, por la intervención del príncipe de Cellamonare, deudo de mi madre, el virrey Medinaceli, frunciendo el ceño, acalorado bajo su peluca de crin, levantó el destierro, y los amigos comunes intentaron reconciliarlos. Incluso te invitó a formar parte de la Accademia Del Real Palagio, y así al poco, allí presentaste tu escritos Della Vita de Cesare Augusto —que te ganó muchos aplausos— y un par de meses más tarde el Discorso sull'utilità delle scienze e delle nuovi arti, que acogieron fríamente los académicos y te ganó la admiración de los reformadores. Y tú estabas contento porque era el paso previo para ser llamado a las funciones del servicio del reino.*

*Pero en el fondo, nunca te reconciliaste con el bellaco y cerdo pervertido de Medinaceli, el más soberbio y lujurioso gobernante que ha tenido Nápoles. Y tú, a pesar de todo, lo seguiste odiando con saña. Y yo te decía que no te ocuparas de él, que con los enemigos solo había que esperar. Que el día menos pensado verías pasar su cortejo lleno de crespones y todas esas furias y berrinches habrían sido por gusto. Eso sí, no te decía que yo sentía lo mismo por la Giorgina, aunque en secreto ya había empezado a envidiar en ella la libertad de ser mil personas, y de ir y venir y desvestir un personaje de la comedia y vestir otro para presentarse ante su amante de turno y jugar ese juego todos los días y todas las noches de su vida. Pero no sospechábamos, ni tú ni yo, lo cerca que estaban de su caída.*



## CALLE DEL HIERRO VIEJO

Al príncipe le gusta esa calle que ve a diario desde sus habitaciones. Por la mañana, Giovanni, su criado, abre las ventanas por las que casi no se puede ver el exterior, debido a esa niebla que podría apartarse con las manos como lo hacen las pastoras cuando escarmanan la lana de las ovejas. Esa niebla densa y corpórea como un muro que hubieran levantado los alarifes durante la noche, tapiando su ventana. Esa niebla que, a veces, dependiendo de dónde viene el viento, trae el olor de las islas guaneras frente al puerto, esa niebla que enfría el rostro y llena el cuerpo de energía, pero cierra el pecho, entumece las articulaciones y excita las punzadas de la gota. Por las mañanas, envuelto en esas nieblas, bañado por la luz azul del amanecer, sabe que puede desentrañar los más angustiosos problemas que la noche anterior parecían irresolubles. Son unos cuantos minutos en los que todo lo humano le parece posible.

Detesta, en cambio, esa incertidumbre de la penumbra, esa vaga melancolía que se apodera de él cuando caen las tinieblas sobre la plaza. En esas horas, en esa plaza, otra neblina avanza cubriendo el palacio, convirtiéndolo en un lugar ambiguo y ajeno. A esa hora, los colores se apagan y todo se pinta en gradaciones de grises que van evolucionando hasta los negros más oscuros. Las bujías, las hachas, adquieren un destello mortecino, rodeado de una aureola, como si se tratase de los fuegos de San Telmo que brillan en las puntas de las antenas y los mástiles. Y el palacio entre las nieblas parece un barco abandonado que intenta atracar en un puerto cualquiera guiado solo por la fuerza de la corriente.

Por esa esquina hay un pasar continuo. Ni bien se levanta el toque de queda, la guardia apostada en el puente de piedra centenario deja pasar a las mujeres que pondrán sus puestos en la plaza, las fruteras con piñas ásperas y chirimoyas fragantes, plátanos de la tierra y de Guinea, frutas de Chile, granadillas y ciruelas fraile, pepinos de Late, guayabas olorosas y pacaes casi textiles, aguacates y lúcumas. Piensa que en esta tierra casi todos los vegetales del mundo se reproducen como si fueran yerbas malas. Desde su ventana se puede percibir la estela de colores y olores que van dejando. Un rato más tarde oirá el murmullo de sus transacciones en la plaza y las discusiones con las pescadoras recién llegadas con sus canastas húmedas por la puerta del Callao. Mulatas con líos de flores frescas, margaritas, narcisos y rosas, vienen después del arrabal de San Lázaro, ofreciendo su carga multicolor en la plaza hacia el mediodía.

Pero un día, mientras veía el desfile de las mujeres, se fijó en una en particular. Era una mulata alta que llevaba una pañoleta amarilla en la cabeza como turbante, entonaba una tonadilla y movía sus caderas en consonancia. La miró tan solo un momento, el tiempo que llevaba andar el final de la calle y el doblar hacia la plaza, donde quedaba fuera del alcance de su mirada. Y entonces sintió que aun cuando se sintiera devastado por la partida de Constanza, dentro de él aún vivía esa fuerza demoledora que lo llevaba a quebrantar toda regla y escapar por las noches en busca de aventuras que causaban primero las lágrimas de Constanza, luego su resentimiento y finalmente su indiferencia.

Tal vez sintió ese ímpetu tan solo por un instante, el fugaz momento que veía alejarse a la morena que se contoneaba, pero su día cambió. Entre las firmas y anotaciones de los despachos de aquel día, sentía una alegría que no había tenido en meses y luego lo asaltaban escrúpulos. ¿Le estaba permitido sentir esa dicha? ¿Qué diría Constanza? Pero si Constanza ya no estaba, ¿tendría que ser un viudo recluso y refractario? Para el final de la tarde se descubrió esperando la visita de la condesa de las Torres, que le hablaba tan cálidamente, que le tocaba la mano cuando le dirigía la palabra, que lo miraba a los ojos con su mirada ambarina, buscando su complicidad, y que él había rehuido tantas veces. Necesitaba verla.

El príncipe le escribió a su hija Clara Irene, aprovechando la partida de los despachos reales. Le pedía que le diera pronta solución a los encargos que le había formulado en la anterior carta. Le rogaba que procediera al pago de las ropas inundadas en las bodegas del barco, para lo cual ya había ordenado una libranza de 6500 pesos sobre su sueldo contra la caja real. No mencionó que para lograr esa libranza había retrasado seis meses el pago de los sueldos de los oficiales del puerto del Callao. Acerca de los asuntos maritales de sus otras hijas necesitaba que Clara Irene agilizará la conformación de sus dotes. Mientras escribía, dudó desanimado que alguna vez pudieran tener una fracción de los setenta mil pesos que había logrado juntar para el matrimonio de Clara Irene.

Temía hablar de más, que la carta cayese en manos extrañas, pero recordó su impotencia frente a los prepotentes ademanes de su yerno acerca del pago del íntegro de la dote y sintió nuevamente rabia al rememorar las exigencias de su consuegro al obligarlo a llevar al conde de Bena para que vigilara y agilizará el pago de los adeudos de la dote. Ya más calmado siguió escribiendo la carta. Le decía a Clara Irene que a pesar del inmenso poder que tenía como virrey en ejercicio no era tan fácil como se pensaba conseguir buenos

partidos matrimoniales, a pesar de que le había pedido a Virgilio María que le hiciera una lista de los señores principales de la ciudad. La situación de los mayorazgos locales no era tan buena como pensaban; muchos o estaban casados o sus caudales no andaban muy robustos; y lo peor es que cuanto menor era su caudal, mayor su soberbia. Aun así habían podido identificar a Gregorio de Salamanca, caballero de Santiago, viudo y muy rico, quien podría ser muy apropiado para su hermana Julia Quitería, aunque ella no quería ni oír hablar del asunto. Le contó sin embargo que se había enterado que Julia Quitería se había mostrado más interesada por el marqués de Monte Rico, Malo de Molina, joven soltero y mayorazgo principal pero no de muchos recursos, salvo por sus tierras. Se le ocurrió que podría incrementar sus haciendas con algunas tierras vacas y dotarlas con algunos indios de mita que, aunque muy escasos, se le podrían asignar. Por otro lado, el marqués de Soto Florido, caballero calatravo, soltero, muy próspero podía ser un probable buen partido para su hermana Tecla, pero aún era muy niña y ni siquiera se podía pensar en concertar enlace. Con Enriqueta, ni se podía pensar en el asunto. No le hacía gracia casar a sus hijas con indios y que al regresar a Europa no las pudiese ver más, pero le pesaría tener que entregarlas al convento por no poder concretar un matrimonio a la altura de sus expectativas. De todas formas, había comisionado a su capellán Molleda, quien estaba cada día más bellaco el pobre con sus hábitos costosísimos y sus etimologías latinas, para que llevara a buen puerto esas conversaciones. Por todos esos motivos le pedía que arreglara los papeles y avanzara con los trámites en la corte pues con ellos acrecentaría enormemente las posibilidades de sus otras hijas. Le contó a Clara Irene que sus hermanos pequeños parecían estar muy recuperados del viaje y sus pesares y que las aventuras diarias los dispersan de su dolor. Que su hermano Marino y su cuñado el conde de Bena habían resultado dos balas perdidas y que cada día estaban más difíciles de controlar. El conde de Bena, sintiéndose amparado por el poder de su hermano y su padre en la corte, estaba metido en mil desaguizados y chanchullos a costa de caer en algo muy grosero pues parecía que estaba dispuesto a regresar muy rico a Europa. Mejor suerte llevaba Tiburcio, a quien no le faltaban partidos, pero ya se vería. Le confesó que quisiera que sus hermanos Tiburcio y Constanzo se trasladaran a la corte a tentar mayor fortuna bajo su protección. Terminó la carta deseando que pudiera algún día probar lúcumas y chirimoyas, que son dos frutos de grande maravilla de estas tierras y oler el floripondio, la flor más hermosa que aquí crece colgando de unos arbolillos, que abunda en los jardines de palacio sobre el río y allí pasa sus horas de solaz. Que su aroma entraba en su pieza de dormir y le ayuda a conciliar el sueño. Esta tierra, sin truenos ni lluvia, es de muy buen

temple y es costumbre entre los principales salir a holgar al campo y las huertas. También le contó que Virgilio María había tomado casa en Miraflores del Mar, a la que se retiraban cuando se podía y allí representan teatro y máscaras, y el maestro Ceruti organizaba sonatas de violín, flauta y chirimías, y comedias con los cómicos del corral. Lástima que aquí no se acostumbran los *castrati*, imagínate descubrir la versión indiana del Matheucci, aunque conociendo los afectos de Ceruti, se dará el trabajo de encontrarlo, ya corren las habladerías. Debo terminar esta carta, escribió, porque si no perdería la posibilidad de enviarla con el despacho. La animó una vez más a que no dejara de preocuparse por el éxito de sus pobres primos Fabricio y Domingo Ruffo, quienes aún no encontraban favor en estas tierras; algo habrá que buscarles. Le pidió que no dejara de informarle con mucho detalle de lo que pasaba en la corte. Firmó y escribió bajo la rúbrica: “tu padre que mucho te extraña y besa tus manos”.

El príncipe relee la carta antes de lacrarla. Subrayó penosos asuntos judiciales. Quisiera poder contarle lo difícil que resulta planear los negocios, la dificultad en encontrar el justo medio entre la ganancia lícita y el abuso del poder, pero no quiere que alguien pueda interceptar esas líneas: siempre tiene presente cómo esa confianza excesiva perdió al virrey Medinaceli por una carta tonta que no se dio el trabajo de cifrar. Piensa una vez más en las dotes de Julia Quitería y de Tecla, que de noche pueblan sus desvelos, pues está convencido de que no habrá modo de conseguirles un matrimonio como el de su hermana Clara Irene.

## CONFESIÓN SACRAMENTAL

El príncipe espera a su confesor. Desde sus ventanas ve los afanes de los esclavos que baldean los patios de las mansiones con aguas de hierbabuena, menta y romero, para que sus amos al despertar no huelan el aire contaminado de los pantanos, de los albañales y basureros que se forman tras las murallas, amenazando superarlas en altura y que ningún bando logra impedir y que los vientos del sur traen por ratos infestando los salones, para lo que se debe llenarlos de pebeteros y sahumerios, y quemar esos inciensos y palosantos que le cierran el pecho y lo asfixian.

Sabe que al mediodía ya están abiertos los cajones, esos tenduchos de mal aspecto que rodean la plaza y que por dentro guardan todas las riquezas del mundo. Los comerciantes empiezan a lucir su mercadería, *aquí tenemos telas de Combray lisa, Combray a flores y acanalada; vea qué transparentes estas holandas; mire el brillo de la seda de Calabria, tenemos colores, este precio no se repetirá; medias bordadas de oro, medias azules ordinarias de Francia a buen precio, casera; pañuelos de seda, pañuelos de pescuezo; botones, que bonitos botones, botones de todas formas y tamaños, de carey de hueso, de plata, dorados, lleve botones, señora; paños de Quito, la buena balleta de Castilla; castor, qué fino el castor, sombreros de verdadero castor del Canadá, todos los precios y modelos...* Sabe que, aunque esté prohibido, muchos de los miembros de su séquito, incluidos su hijo y el conde de Bena, han subarrendado cajones para comerciar mercadería de contrabando, pero piensa que es mejor hacerse el desentendido a perder su autoridad intentando prohibir algo que igualmente seguirían haciendo. *Es prudencia solo ordenar lo que se tenga la fuerza para hacer observar.*

Le gusta cuando aparecen las vivanderas, las picaroneras y cocineras, y las vendedoras de dulces que ocuparán la plaza hasta la noche llenándola con el olor de anís, de fritangas y de sus voces chillonas, *sanguito, qué bueno el sanguito, el champús agrio casera, para entrar en calor, mazamorra de cochino, recién preparadita, caballero....* No quisiera pensar que venden aún aguardiente, porque lo ha prohibido nuevamente en su último bando. Al caer la tarde llegan los viajeros que vienen por el camino real, que los ha traído de Trujillo, de Saña, de Paita. Llegan con paso cansino añorando posada en la cual reponer sus fuerzas. Todos ellos desaparecerán en unas horas, cuando la niebla vuelva a tapiar las ventanas de su cuarto, aislándolo por un rato del resto del mundo.

¿Pero a qué hora llegará ese confesor? ¿se cree que debo esperarlo toda la mañana? ¿Es que cada día deberé soportar cada uno de sus caprichos?

El confesor era el padre Molleda, del cual muchos decían que era perseguido por un inquietante pasado. Se presentaba con hábito y capa, engalanado como un cardenal y una cruz de esmeraldas que al pontífice daría envidia. Fatuo. Hablaba lentamente para escuchar el sonido de sus palabras. Moralista. Exageraba las virtudes de sus amigos poderosos regalándoles el cielo, y exageraba las faltas de sus adversarios prometiéndoles el infierno. Siempre iniciaba sus conversaciones alabando la inteligencia de San Agustín, “el hombre más inteligente que Dios había puesto en el mundo”. Muchos sintieron temor de que el príncipe estuviese en manos de un confesor tan cuestionable; y los jesuitas los más.

—De rodillas, príncipe, de rodillas— le dijo el confesor, ocasionándole un mayor resentimiento. Su anterior director espiritual tenía una mayor consideración con su podagra, pero este cura presuntuoso que había tenido el desatino de aceptar por confesor no le había gustado desde el principio.

—¡Sin cojines, príncipe! Ante Dios debe uno presentarse sin ninguna pompa, y si siente dolor, recuerde, príncipe, que más sufrió Cristo en la cruz. Ofrézcalo como penitencia. Si por naturaleza rechazamos el dolor corporal, debemos ser conscientes de que el dolor moral es peor. No unamos a la muerte del cuerpo, la muerte del alma.

El príncipe se preguntó si los soliloquios teológicos de su confesor eran ocasionados por una verdadera preocupación por la limpieza de su alma, o eran tan solo un pretexto para sentir el poder de humillarlo. Sintió impotencia frente a ese cura arrogante. Desde el primer día había sospechado que su confesor presumía demasiado de su cargo, que vestía sus hábitos de *moiré* jaspeado y sus ropillas de encaje sin la humildad requerida. Había notado que entraba a los salones con afectación de cortesano, saludando con aspaviento a damas y caballeros, sin el recato de un tonsurado. La forma como hablaba, levantando el índice para enfatizar sus argumentos, y cómo entrecerraba los ojos cuando pronunciaba una cita bíblica, lo pintaba de cuerpo entero. No, definitivamente no era como su anterior confesor, el padre Calabor, rigorista en extremo, pero vestido siempre con tosco hábito como un ermitaño, enjuto hasta los huesos. Sí, seguro que ya habría abandonado el Purgatorio, o acaso jamás lo habría pisado.

—¿Y ha pecado consigo mismo, *per manum injectionem*, derramando simiente de sus vergüenzas?

—Sí, padre.

—¿Y cuántas han sido cada mes?

—Varias, padre.

—Sea más preciso. ¿Cuántas veces?

—No lo recuerdo —mintió: habían sido demasiadas y sentía vergüenza de admitirlo. Le hería su vanidad de amante consumado pasar a ser atrapado infraganti como un jovenzuelo que no se atrevía a conocer mujer. Se sintió humillado. La pierna le dolía, intentó no recargarse tanto en ese lado. El aliento del cura olía a ajos.

—Serán muchas veces entonces si no las recuerda. ¿Cuántas derramó pensando en doncellas solas, en casadas en viudas, solteras o rameras?

—No sé cuántas de ellas habrán sido doncellas —¿le importaba realmente si eran doncellas? La condesa era joven, pero no doncella; y sin embargo, deseaba tenerla entre sus brazos. ¿Qué carajos le importaba al cura? ¿Acaso importaban esas sutiles diferencias? Seguro también será pecado sentir tanta rabia en medio de la confesión. Recordó que alguna vez le había preguntado *si injurió a algún padre espiritual, sacerdote o religioso o si los acató con ojos airados*.

—Sé que se preguntará, hijo mío, qué importan esas precisiones; y te diré por qué importan. Esas sutiles diferencias son como el cieno que embarra tu alma. No pequemos de la laxitud de los probabilistas que a todos absuelven aplicando el casuismo. Cuando al atardecer seas interpelado por el *Amor Eterno*, verás la diferencia que hacen estas sutilezas. Y dígame, hijo, además de lo dicho, ¿cuántas veces cada mes ha deseado solo con el pensamiento pecar con mujeres doncellas, solteras, casadas o viudas, que si hubiera podido dormir y tener parte con ellas lo hubiera hecho?

—Una, padre —quisiera decirle que durante semanas no ha hecho otra cosa que pensar en esa mujer. Pensó que no habría de desear a mujer alguna, que al ver a Constanza

muriendo en el camarote había ofrecido a Dios no volver a pecar. Pero después de estar como un Cristo de yeso de repente ahí estaba él, presa de sus pasiones nuevamente.

—Pues, hijo, deberías alejarla de su presencia para que no exalte tu concupiscencia.

¿Alejarla? ¿Por qué alejarla? Si era lo que le daba razón para soportar las interminables audiencias, tenerla entre sus brazos, amarla. Desde aquella tarde en que la esperó lamentando haberse hecho el desentendido a sus coqueteos, y ni bien la vio, supo que sería suya, la vida le había cambiado. Solo cuando volvió a llenar la copa de su amor, comprendió cuán vacía había estado. Su vida había sido un pozo oscuro hasta que ella había aparecido. Recordó cómo su perfume de lilas lo alegraba, aunque no estuviese con ella presente, cuando lo sentía confundido sobre el sudor de su piel, sobre sus sábanas arrugadas. ¿Qué sabría de esas ausencias su castísimo confesor?

—Mire esta estampa, hijo, este Cristo en la cruz, con los brazos tan juntos que casi se tocan: nos enseña que la salvación está señalada para unos pocos. La gracia no es suficiente para vencer al pecado. Ha caído, hijo, en la *delectatio terrestis*, alejándose de Dios. Recé para conseguir la gracia eficaz, que solo le es dada a unos pocos, aquellos que caben entre los brazos casi juntos del crucificado. Solo la gracia eficaz le permitirá llegar a la *delectatio coelestis*, estado en el cual se verá más interesado en las cosas de Dios que en las del mundo. Recuerde que, quien no actúe movido por la gracia eficaz, peca infaliblemente. Recé para estar entre los predestinados.

Le hacía rezar al príncipe sus actos de contrición haciéndole ver cómo los brazos del crucificado, tan cercanos uno del otro, indicaban que la salvación solo se daría a los pocos predestinados, que Cristo había muerto solo por los elegidos y que la Iglesia solo comprende a los justos.

—Habiéndolo absuelto, príncipe, quisiera hacerle un pedido. Quisiera que usted le adjudicara una beca en el Colegio Real de San Martín a un hermano mío que por el momento la tiene en el de San Pablo y quisiera para otro hermano mío la Capellanía Real, que por mi exaltación al obispado quedará vaca...

—Padre Molleda, ahora me sale su reverencia poniéndose tres sombreros uno encima del otro. Recuerde que esas becas son solo para los hijos de los conquistadores. Mucho cuidarme debo de la inquina de los criollos, pero siento que usted me tiene conquistada

la voluntad. *Nunca te enemistes con tu confesor le decía su padre.* –Nunca te enemistes con tu confesor le decía su padre.

Pero el rigor del rostro del confesor se esfumó al salir a la ante cámara del príncipe, y a su paso fue mascullando audiblemente para que lo escucharan los que esperaban audiencia. Este hombre es un santo, todo lo que ha sufrido, a pesar de su poder, a pesar de sus riquezas, un santo, un santo... Cuanto mayor es la fortuna, mayor es el dolor...

\*\*\*

Virgilio María Gritta entró al salón riéndose del confesor, con el que se había cruzado en la antecámara. --Que grandísimo bellaco es ese cura presuntuoso. Así que cuanto mayor es la fortuna, mayor es el dolor... pues entonces me parece que aquí le traigo informes de un gran dolor que le sobrevendrá, príncipe--. El príncipe miró con sorpresa a su caballero mayor, un genovés, joven aún, que lo trataba con mucha familiaridad. Cierto que era de familia noble, un patricio genovés, pero hacía esfuerzos por darse una importancia mayor de la que tenía y a cada momento intentaba reafirmar ante todos, incluso ante él mismo, una familiaridad que empezaba a sentirse excesiva, bochornosa.

—Pues bien, creo que el dolor será muy grande, tan grande como seiscientos mil pesos, príncipe, porque el corregidor de Ica y Pisco ya comunicó su precio. Acepta dejar el cargo a cambio de recibir el corregimiento de Hualgayoc que ha quedado vacante. Me imagino que él y su cuñado desviarán azogue ilegal hacia esas minas y los mineros lo pagarán a muy buen precio... y nosotros quedaremos dueños de Pisco para descargar toda la mercadería francesa que nos venga en gana.

El príncipe tuvo un sinsabor. Debía ¿oponerse? interponerse, evitar ese peculado, pero al mismo tiempo sabía que esa sería la última oportunidad de conseguir los seiscientos mil pesos que el rey le había permitido cobrar. No importaba que eso significara transar con el contrabando francés que había prometido perseguir y con los lucros de los criollos que, por su propia voluntad, quería frenar. Pensó también en la complicidad que se establecía entre él y su caballero, que cada vez tomaba más libertades en la forma como lo trataba, en los lujos con los que vivía, en las corruptelas que imaginaba. ¿Salvar su patrimonio significaría ensuciarse de ese modo, traicionar hasta su última convicción?

## UN LIEZO EN BLANCO

—Deseo que me haga un nuevo retrato: el que me hizo el pintor de cámara es deplorable, y en este quiero que salgan mis perros —le había dicho el príncipe al pintor fray Miguel de Adame, quien lo escuchaba beatíficamente. Habían escogido una habitación del palacio, sin ventanas, bañada por una luz blanca que entraba a raudales por la teatina, que contrastaba aun más los colores blanco y negro del hábito del artista dominico, resaltando su tonsura, rodeándolo de una especie de aura.

—¿Y cómo quiere aparecer en el cuadro, Su Excelencia?

—Príncipe, dígame príncipe.

—Cualquier cosa que sea diferente al horrendo retrato que han colgado en la galería de virreyes. Ya lo ve, su reverencia: aparezco vestido de luto y con traje a la vieja usanza, como si mi cabeza saliera de mis hombros sin tener cuello y ataviado con valona, capa corta y medias con lazo. Sospecho que usaron un retrato viejo sacado del desván, al que adaptaron mi rostro. Me gustaría que me retratara de forma más actual, como se estila en las cortes de Europa, así como en esta miniatura que me hicieron en Venecia. Aprécielo. Una gran obra a pesar de su pequeño tamaño.

Sus dedos recorrían delicadamente la rugosidad del papel causada por las líneas las pinceladas, los colores en los contornos atormentados que imitaban encajes, plumajes, texturas.

—Mire, quisiera aparecer con la cruz de Santo Espíritu que me regaló el rey de Francia, con bastón y sombrero bajo el brazo, con la mano en la faltriquera que le dé informalidad al conjunto, en *contraposto*, sin mirar al espectador. Así tendrá más interés el cuadro. Unas columnas detrás, unos cortinajes, mi escudo, y mis perros Ñeñuc y Ñañe.

—¿Sus perros calatos, príncipe? ¿Esos perros que siempre están merodeando basurales y adoratorios de idólatras? ¿No preferiría unos mastines o unos lebreles? Pero bueno, si así lo desea. Veo que tiene muy claro lo que quiere. Se nota que es un gran apreciador del arte. ¿Dibuja, Excelencia?

—Solo un poco, dentro de los límites de la *sprezzatura*. ¿Con que técnica trabajará?

—Trabajaremos al óleo, pero con muchas transparencias.

—Eso sí, nada de dorados, no soporto los sellos dorados que les ponen a los cuadros de aquí. Me parece tan burdo querer mejorar una obra mala poniendo pan de oro.

—Un buen celaje, el drapeado de un cortinaje, las texturas del terciopelo del mantel pueden enriquecer mejor que cualquier dorado, Excelencia.

—Me gustaría haberlo conocido antes, cuando me preguntaron quién haría mi retrato de la galería, y yo, tan absorto en mis penas, dejé la elección a mis subordinados... Cada vez que miro ese retrato me doy cuenta de que lo detesto infinitamente.

—Príncipe, posaría acá, bajo esta luz. Así lograremos que proyecte sombra sobre su costado derecho, generando volumen y profundidad

—Sí, el *chiaroscuro* le dará un efecto interesante. Veo que ya me entiende, fray Miguel. Y dígame, ¿ha escuchado de la pintura de la entrada del obispo Morcillo, en Potosí?

—Sí, se dice que es una obra grandiosa que está pintando el maestro Pérez de Holguín. Representa las celebraciones a la llegada del virrey obispo a esa ciudad. Es de formato heroico, y muy vívido; según dicen, algo poco visto por estos reinos.

—¿Morcillo virrey? Bah, si era solo un encargado interino, un nombre más en el pliego de mortaja. Llamémosle mejor obispo reemplazante —el príncipe sigue diciendo para sus adentros “obispo presuntuoso, diría yo. Viejo chocho e incapaz pero angurriente de poder. Decrépito octogenario inexperto”—. Si no fue más que un mandatario de cincuenta días. No sé qué cuadro elogioso merece. ¿Sabe lo que me dijo cuando me entregó el cetro virreinal? Pues que él recuperaría lo que me entregaba entre tanto, con que no le dejara muy desordenadas las cuentas del reino... por lo que pienso que guarda hacia mí una mortal enemistad. ¡Qué desfachatez!

—De no creerlo, Príncipe. ¿Podría volver a su postura inicial? Sí, manteniendo la mano en la faltriquera...

—Se dice que los mineros agasajaron a Morcillo por todo lo alto en Potosí cuando llegó de las Charcas, esperando comprometerlo con grandes beneficios. Más les hubiera servido que, en lugar de tantas cabalgatas nocturnas y juegos de anillos y bailes de máscaras, se hubiera apurado más el fraile chocho ese en venir a Lima a cumplir con su deber. Pero estoy seguro de que todo esto del cuadro tan desproporcionado que le ofrendan es por hacerme la oposición en lo tocante a la supresión de las mitas de Huancavelica y el mandato de que compren el azogue de Almadén. Los mismos que me acusan de estar en connivencia con los azogueros españoles, de ser un gobernante que vela por los indígenas, a costa de desatender a los peruleros...

—Se dicen muchas cosas tan descabelladas, Excelencia.

—Nunca reconocerán las justas causas que motivan mis decisiones. ¿Qué creen? ¿Que recibo dinero de los mineros de Almadén? ¿Que les cobro un porcentaje por cada arroba de azogue? ¿Y creen acaso que harán nuevamente virrey a Morcillo? Su Majestad pondrá a un gobernante a mi altura para sucederme, un príncipe de la sangre, quizá, o a otro grande de España y no a un fraile bellaco. Y dígame, fray Miguel, ¿es bueno Pérez de Holguín?

—Príncipe, es discípulo de Murillo y conjuga su enseñanza con la manera de Zurbarán y los flamencos.

—¿Y estaría interesado en venir a Lima? Tal vez acá podría ayudar a mejorar la calidad artística de la capital.

—No lo creo: tiene obrador bien establecido y escuela en Potosí, aunque por el pago adecuado no sé si se negaría. Pero lo que me intriga de su cuadro es que retrate tanta gente viva, una ciudad en movimiento. No me malentienda, Excelencia, comprendo que el objeto del arte es la exaltación de la fe, pero de vez en cuando es interesante ver la representación del mundo en el que uno vive.

—Sí, es cierto, fray Miguel, es algo que se hace mucho en Europa desde el principio de este siglo, y no esos angelotes e imágenes tan feas como veo por acá. Pero explíqueme una duda: si hay artistas tan notables, ¿por qué todas las casas están llenas de esos horribles cuadros pintados por los indios? ¿Es que acaso nadie ha podido enseñarles a pintar? Son de una calidad paupérrima, oscuros, borrosos, grotescos y anticuados.

—La historia es larga, príncipe —dijo el artista mientras empezaba a bocetar a su modelo, y el príncipe tenía problemas para que Ñeñuc guardara una sola posición—. No se preocupe por la posición de los perros, ya he marcado su silueta, pero a ellos los pintaré luego sin que deba fatigarse, Su Excelencia.

—Príncipe, llámeme príncipe, fray Miguel.

—Es una larga historia, como le decía, príncipe. Al principio todo iba muy bien, después de la fundación de Lima vinieron los artistas romanos e impusieron su estilo diáfano y luminoso, no solo en esta ciudad cabeza del reino, sino incluso en las otras grandes ciudades de tierra arriba: Cusco, Charcas, Potosí...

—Esos cuadros pintados a la manera italiana que hay en San Pablo, que adornan todo el convento de la Compañía. Si, son bastante anticuados, pero de gran factura, he de reconocerlo...

—¿Piensa en esa Coronación de la Virgen de Bitti?

—Sí, príncipe, es magnífica, pero es tan solo una superviviente, pues también estuvieron Medoro y Pérez de Alesio. La iglesia de los Predicadores, la de Santo Domingo, hasta el último terremoto estaba cubierta con sus magníficos frescos, hoy todos perdidos, y la catedral tenía un san Cristóbal igual que el que pintó en la metropolitana de Sevilla.

—Que pérdida tan grande. Estos terremotos son devastadores. A mí ya me agarró un temblor muy fuerte, a poco de tomar el mando. Con estas construcciones de adobe y quincha uno se pega tremendo susto, ¿sabe?

—Bueno, fue eso mismo lo que sucedió en el Cusco, príncipe. Un terremoto, un gran terremoto, tan destructor que no dejó templo en pie, y luego el obispo Mollinedo se abocó a la reconstrucción de las iglesias de su diócesis que habían quedado en escombros. Y cuando las vio rehechas, relucientes y nuevas, se dio a decorarlas para que tuvieran muchas imágenes con las cuales instruir a los indios, y así se vio el obispo en la necesidad de formar una escuela de pintura en esa ciudad. Aun en las construcciones en las que quedaban los antiguos frescos resquebrajados, y las colgaduras anticuadas ya no le parecieron una decoración adecuada y las mandó sustituir. Hasta allí todo iba bien, pues el obispo había traído una colección de pinturas maravillosas y renovó el arte local con su ejemplo. El problema vino luego, cuando a falta de pintores españoles suficientes, pidió a los indios que copiaran sus modelos, y los pocos artistas españoles contrataron indios para que los ayudaran. Aun así, las cosas seguían bien porque eran supervisados por sus maestros y mantenían una buena calidad.

—¿Y cómo terminaron llenando las casas limeñas con esas figuras maltrechas, oscuras y tachonadas de dorados, con cuadros de un estilo tan anticuado?

—Hará unos cuarenta años, sería más o menos por mil seiscientos setenta, que surgió un pleito entre los artesanos indígenas y sus antiguos maestros españoles por un contrato para la elaboración de las pinturas que adornarían los arcos del Corpus Christi, y tras muchas presiones, el cabildo del Cuzco sentenció que un año se lo encargarían al gremio de españoles y al siguiente al de los indios, alternándose sucesivamente. A partir de allí, el gremio de pintores españoles casi desapareció y el de los indios creció sin cuento, y a partir de entonces inundaron todos los mercados a muy bajos precios y poco arte. Y lo que sucedió en el Cuzco ahora amenaza a todas las ciudades y hasta a la misma capital, porque ya nadie se preocupa de traer grandes pinturas de España y la pintura cuzqueña atiborra todos los salones de esta ciudad.

—Tal vez los limeños se sientan desconcertados frente a los nuevos artistas... Debería venir un censor que cribara el arte local y nos pusiera al día con lo que hacen los grandes pinceles de Europa... Felizmente contamos con pintores como usted, que practican un

arte propio de nuestros días. Esperamos que su ejemplo sienta sus premisas y eduque a la plebe inculta. ¿Cree usted que se podría fundar una escuela de arte que los educara, quitándoles sus vicios y su pobre inventiva?

La entrada de la condesa interrumpió la conversación —Carmine, este boceto es hermoso, se te ve muy apuesto —dijo mientras se colgaba del cuello del príncipe y lo llenaba de besos. Amor mío, no olvides que debes firmar los documentos que me prometiste: el asentista dice que solo me esperará hasta hoy.

## TOROS EN LA PLAZA

El príncipe pensó: con ese toro muere el último homenaje por mi llegada. Las sombras oscurecían rápidamente la plaza, los mulilleros empezaban a retirar los cuerpos de los doce toros muertos que se veían como islas negras. Bajo el sol inclemente de la tarde, los toreros habían ido escogiendo lugares no empleados de la plaza para ir ejecutando sus matanzas. El primer toro de la tarde fue faenado frente al balcón del palacio, y los miembros del gremio de plateros le habían pedido a Julia Quitería que, desde lo alto de su posición, arrojara una banderilla, que clavó en un costado del animal. Todos aplaudieron mucho, en especial los que estaban sentados en los tejados de la plaza, jóvenes y gente del común, que jamás habían visto una casi virreina, una vicevirreina, tan joven y hermosa como Julia Quitería, banderillando un toro en el balcón del palacio, tan cerca que casi la podían sentir respirar, muchachos del común, pero al fin y al cabo muchachos que olían a la hembra en celo, a la mujer en la que se había convertido. a. Sí, definitivamente habría que casar a esa muchacha o hacerla tomar estado en uno de los conventos de la ciudad y pronto.

Durante buena parte de la tarde, los caballeros armados de rejones enfrentaban a las bestias haciéndolas pasar bajo sus capotes desde lo alto de sus monturas. Primero las picaban para que el toro humillara. Después las banderilleaban y el lomo de los animales

se cubría de un brillo untuoso. Luego vinieron los pases del capote, ejecutados con una habilidad tremenda y una flexibilidad de cintura realmente notable. Y al final, la carnicería. Sintió un desagrado en el fondo del estómago. Uno, dos, tres intentos y al final el animal caía desfalleciente. En el silencio cómplice de la plaza se podían oír sus mugidos dolidos. Comprendía por qué el rey Felipe les tenía tanta aversión a las corridas, y no era lo cruento, sino lo reiterativo, lo que le producía desazón. El toro que se faenó frente al balcón del arzobispo finalmente cayó y se desató la algarabía. El arzobispo y su cabildo eclesiástico aplaudieron a rabiar.

El toro corrido frente al Cabildo no valió nada. Los alcaldes tomaron a mal el desinterés del público y prometieron un nuevo toro. El silencio expectante había sido tan profundo que se podía sentir la respiración del toro, los cascos del caballo. Ahora, en los cuatro rincones de la plaza, la gente daba gritos, pifiaba; un zambo de voz potente pedía las orejas del jinete y el rabo de su caballo. Entre cada toro, salían los caballeros galantes a hacer demostraciones marciales, figuras geométricas armadas con sus empenachados caballos. Las jóvenes más aristocráticas, en los balcones de los nobles, tiraban jazmines a los muchachos más agraciados. Al final salieron los toreros villanos que se enfrentaban al toro a pie. Todos aplaudían sin cesar. Pareciera que algún día en Lima nadie querrá ver más el rejoneo. A la muerte de cada animal, desde cada balcón, cada azotea crujía bajo el peso de la gente que no dejaba el menor lugar libre.

*¿Ya se dio aviso a Monsieur Perret de la orden de decomiso? El príncipe estuvo preguntando por ti, pero le dije que estabas indispuesto.*

—Ha sido un éxito, príncipe. Las tribunas estuvieron a su máxima capacidad y no se desplomó ninguna. Enhorabuena. Nunca en Lima se ha visto un homenaje tan merecido.

*Sí, cuando llegaron los comisarios del Tribunal, ya se había enmarado.*

—Nosotros, los jueces de la corrida de San Eloy, organizada por los plateros en honor a Su Excelencia, Nicola Carmine Caracciolo, virrey del Perú y príncipe de Santo Buono, hemos decidido como ganadores de la tarde...

*Y los géneros, ¿pudieron desembarcarlos?*

—A la excelentísima Julia Quitería, hija de nuestro virrey, una salvilla de plata por su magnífica banderilla. Vean qué hermosa salvilla, casi dos marcos de plata para la

excelentísima Julia Quitería. Al primer caballero de rejón, aplaudido por todos los presentes, don Juan Chávez, una garrafa con su fuente toda en plata sobre dorada.

*Casi todos están ya en el almacén. Pedro de Aramburo los irá repartiendo entre sus cajoneros, muy discretamente.*

—A don Juan de los Ríos, el caballero más galano, una canastilla de plata. ¿Está Juan de los Ríos? Miren cómo se sonrojan tantas doncellas...

*¿Y los demás comerciantes no harán problemas?*

—A don Juan Roldán, quien fue el caballero que mejor y más airoso cabalgó, una copa de plata dorada. ¿Sigue cabalgando? Ya debe estar por Ate...

*No, ya aceptaron que, si se los dan con rebaja, ellos participarán sin llamar la atención.*

—A Antonio Flórez, el mejor torero villano, una salvilla de plata. Y a Cristobalote, *el farsante*, que es alférez de la Santa Hermandad, el que con más desaire faenó, lo premiamos con una higa de cristal guarnecida de oro. ¿Dónde está Cristobalote? ¿Ahora si tienes vergüenza? La gente rio mucho.

*Perfecto, sírvete otra copa. Y apúrate, que solo nos quedan dos años y medio para regresar ricos.*

## GALERÍA DE LAS MADRESELVAS

En la galería del palacio, al atardecer de uno de los últimos días de la canícula, el viento tibio apenas agitaba las ramas de las madresevas y los floripondios.

El príncipe leía y la condesa, quien cada día alargaba más sus estancias en palacio, había traído sus bordados para entretenerse en las largas esperas.

—¿Qué lees, Carmine? —dijo la condesa mientras tomaba una copa de horchata helada con el hielo de la cordillera.

—Releo el *Tristán*, pero con tan poca luz, ni con mis *occhiali* puestos logro ver.

La condesa se sentó a su lado y empezó a leer. Era el pasaje del filtro de amor y con voz pausada, vocalizando con cuidado, respetando la puntuación, modulando la cadencia de su voz, que iba disminuyendo gradualmente mientras que el príncipe se acercaba más y más para escucharla. El príncipe empezó a sentir el olor de la condesa, a azahares, a encajes recién almidonados, a ungüentos desconocidos, a piel joven, a deseo, por un momento pensó que a el mismo le habían administrado un filtro. El libro resbaló por el regazo de la condesa, y aquella tarde no leyeron más.

—¿Me deseas, Carmine?

—Mucho, Josefa.

—¿Qué te gusta de mí?

—Tus pies tan pequeñitos que casi podrían caber en mi mano.

—¿Me quieres?

—Sí. Mucho.

—¿Cómo es tu amor por mí?

—Como Bucchianico.

—¿Es grande?

—Más que grande, era hermoso, sus muros de piedra eran antiguos, y sus torres prepotentes, sus chimeneas crepitaban con la savia de los pinos, sus cocinas olían a aceite de oliva, a especias y a salame. En las calles del villorrio el corazón vibraba cuando se oían los cantos de las *contadine* que regresaban de sus labores. Sus bosques de hayas centenarias escondían ciervos, corzos y lobos...

—¿Y acaso soy antigua, huelo a salame y canto como campesina?

—No, nada de eso, querida; pero tu amor me hace sentir que he vuelto a casa.

—¿Me llevarás?

—¿A dónde? ¿A Bucchianico? No puedo. Es ya tan solo un recuerdo. Una imagen que se desintegra como un puñado de arena lanzada al viento. Vive tan solo en mi corazón.

Está hecha de jirones de recuerdos, de imágenes veladas, de olores perdidos. Cuando yo muera, su recuerdo morirá conmigo, y entonces, solo entonces, habrá dejado de existir. Pero ya ni de mis recuerdos soy señor, pues sabes que me desterraron y no puedo acercarme a mi patria ni a sus ruinas aún humeantes.

—¿Pero tus palacios de Rocca Spinalbetti, Capra Cota y Monte Ferrante?

—Perdidos también, casas saqueadas en las que el viento azota los postigos.

—¿Y tu palacio en Roma?

—Completamente empeñado a los usureros.

—No me importa a dónde vayamos, Carmine. Quiero ir contigo. ¿Nos estableceríamos en la Corte?

—No me quedaría otra opción.

—¿Montaríamos un palacio importante en Madrid? ¿Daríamos fiestas imponentes?

—Si tú quisieras.

—¿Tentarías un cargo más alto? Con tus relaciones podrías ser ministro, o acaso hasta *valido*.

—No lo sé, Josefa. La corte está muy cambiada. Desde que volvieron los desvaríos del rey Felipe, su onanismo obsesivo, sus delirios de envenenamiento, hay muchas intrigas en palacio...

—Poco importa, Carmine. ¿Sería yo virreina en México o en Navarra, o acaso dama de la reina?

—Sí, querida.

—¿Me cubrirías de joyas? ¿Me tratarían todos como tu princesa?

—Frente a nuestro lecho nupcial te pondría la corona principesca —dijo el príncipe besándola con labios urgidos.

—Pero, ¿qué dirían tus hijos mayores?

—Poco importa —dijo el príncipe mientras acariciaba la piel blanca y pecosa de la condesa. Besó un lunar que manchaba su nalga lechosa, le dio un delicado mordisco...

—A mí sí me importa, y mucho. No quiero ser la madrastra malvada.

—Con seguridad serías la más hermosa y buena madrastra con Flavio y Alois.

—Sí, adoro a los pequeñines. ¿Y tendríamos hijos?

—¿Más hijos? ¿Y tener que pagar más dotes?

—Tendríamos mi fortuna...

—Hmm, entonces déjame intentarlo una vez más... —le dijo, mientras se arrimaba a la condesa.

—¡Carmine Nicola!

#### ESTUDIO DEL PRINCIPE

El príncipe recibió a su asesor en la huerta del palacio. La tarde olía a azahar: los naranjos estaban florecidos. Tardó un momento en atenderlos: jugaba con sus hijos Flavio y Alois, quienes corrían por los senderos que se perdían en la barranca.

—Y bueno, Peralta, acláreme lo que ha sucedido en el monasterio de la Concepción. Ayer se pudo disolver el tumulto con el envío de la guardia y hubo no pocos heridos. Pero hasta ahora *non si adatta alla mia testa*, lo que allí ha sucedido.

—Es el problema de los enfrentamientos entre el partido de los españoles peruanos y los peninsulares, príncipe. Es un problema de nunca acabar. Cada vez que compiten en una elección, una candidata americana y una peninsular, se caldean los ánimos, y la población se vuelca al claustro y a la plaza misma para expresar sus afectos y deseos. Bien lo decía Calancha: la democracia es un pestilencial gobierno donde todos mandan y nadie obedece...

—¿Y no hay forma de solucionarlo? Es nocivo a una república que existan estas banderías que dividen a sus estamentos superiores y la enemistad entre estos dos grupos ya resulta algo cómico, de sainete. Escuché a un criollo —perdón, a un español americano— que decía que si pudiera se sacaría la sangre de las venas para no llevar la sangre de su padre

peninsular. ¿Es que acaso sus antepasados maternos no fueron peninsulares también en algún momento? ¿O acaso son mestizos?

—No, príncipe, por favor, son españoles blancos, limpios de toda impureza en sus venas, con toda seguridad, pero nacidos en este lado del océano. Solo se quejan de los favores que reciben los recién llegados.

—Pero si no llegaran nuevos españoles, todos se volverían indios. Bien lo dicen Bodino y de las Casas: los influjos de los climas y la proclividad de los territorios volverían indios a los habitantes blancos que vivieran en tierra de indios. Así como en el África, los climas vuelven a todos negros...

—Mucho se ha discutido sobre la materia, príncipe, pero hasta ahora nadie puede comprobar esa teoría. Por el contrario, los españoles de Lima somos los más blancos y puros de todos estos reinos, y no nos vemos en trance de convertirnos en indios...

—Pero, entonces, ¿por qué tanta disensión? ¿Desea un poco de horchata helada?

—Gracias, príncipe, pero la tomaría sin hielo, porque los alimentos fríos vulneran mi complexión biliosa. Vea, príncipe, se ha intentado de todo para lograr la paz entre los miembros de la República de españoles. Los locales desde siempre se quejaron de que les impedían llegar a los cargos más altos, en los monasterios y conventos, en las universidades, e incluso en las audiencias, y aunque esa situación poco a poco se va revirtiendo...

—Pero ¿quejarse de qué? Es un privilegio real el designar o vender esas posiciones...

—Muy cierto, príncipe, pero genera...

—¿Aborrecimiento?

—Desafección. Somos todos súbditos muy leales, sí, pero ellos se quejan. Y yo, como parte de ellos, príncipe, a medias les doy la razón. Los corregimientos, los cargos de gentiles hombres de palacio, y toda clase de oficios deberían distribuirse entre los beneméritos, es decir, los descendientes de los conquistadores, los encomenderos, los que consiguieron este país para el rey, y en cambio, se dan esas posiciones a gente nueva que viene con los virreyes, con su perdón, príncipe.

—Señor asesor, los cargos que yo he distribuido entre mis allegados son los que la costumbre y el acuerdo con Su Majestad me autorizan.

—Y no lo dudo, príncipe, me he expresado mal sin duda, pero algunos de sus antecesores no fueron tan moderados y solo gobernaron en favor de los recién llegados.

—Un príncipe privado de poder premiar se volvería odioso rápidamente, es por eso que debe retener la potestad de premiar a su leal saber y entender, señor asesor. Bien decía Macchiavello que el castigo puede causar temor, pero no reemplaza a las expectativas que depara el premio...

—Príncipe, por favor, no repita eso. La inquisición condena la lectura de Macchiavello y no es conveniente que se le oiga mencionándolo en público...

—Peralta, no sea usted tan pacato, bien sabe que todos los príncipes lo leen, aunque no lo citen. Si tanto le afecta, puedo mencionarle consejos parecidos de Tito Livio, o incluso de Gracián, que le generen menos escándalo...

—Comprendo, príncipe, pero por otro lado es cierto hasta cierto punto lo que dicen los locales, que a ellos solo les quedan los huesos roídos, y que, sin ellos, no tendría el rey sujetos estos reinos, pues los peninsulares son aves de paso y la legislación siempre decretó que esos beneficios debían ser para los locales, y las autoridades consistentemente han evitado beneficiar a los españoles americanos. Con honrosas excepciones, príncipe.

—Pero me parece que en lugar de vociferar tanto estos españoles del Perú, debieran fundamentar mejor sus pedidos para poder entenderlos.

—Ohh, príncipe, al respecto han corrido ríos de tinta. Así, León Pinelo, nada menos, señalaba que los oficios de la corte virreinal debían ser distribuidos entre los beneméritos. Y Solórzano, fundador de nuestra organización virreinal, nos llamó “verdaderos españoles” sin ningún demérito frente a los de la península. El erudito Juan de Padilla consideraba que entregar los oficios a los nacidos en el reino evitaría la ruina de los indígenas.

—Me gustaría que eso fuera verdad, esos pobres indios ahogándose en los socavones, trabajando sin descansar siquiera los domingos...

—Los domingos trabajan por voluntad propia, príncipe. Pero, volviendo a nuestro tema, el memorialista Velázquez de Ovando, por su parte, llegó a decir que “los lingotes que cada año envían con tanto cariño a España los hijos del país, son los que construyen la monarquía” y por hijos del país se refiere a los españoles nacidos en este virreinato, ciertamente. Con que todos ellos defienden la posición de los nacidos en esta tierra a tener prelación en la distribución de honores y beneficios.

—Muy bien todo eso, pero si un príncipe no tiene derecho a nombrar a sus guardias de palacio, carecería de la fuerza con la cual mantener en orden el país, y si no pudiera convocar a su fuerza a los experimentados militares y ministros fogueados en los campos de batallas y las cortes de Europa, no podría aprovechar su experiencia, con lo que los españoles del Perú ciertamente piden más de lo que está en mi posición darles...

—No puedo sino allanarme a sus palabras, príncipe, reconozco que su experiencia en el gobierno es mayor que la mía. Yo sólo aportaba mi poco conocimiento para asesorarlo.

—Ande, Peralta, no sea usted tan remilgado, que en realidad, como decía Epicteto, no nos perturban las realidades sino las opiniones que de ellas tenemos, con lo que el problema seguirá allí y nosotros continuaremos argumentando.

—Ya que estamos en eso, príncipe tenemos otro asunto que causa cierto...

—¿Enojo?

—Incomodidad, príncipe.

—¿Y ahora qué?

—En la ciudad se comenta mucho que no reciba todos los días peticiones, y que haya reformado el sistema de las audiencias.

—Pero esto es el colmo, yo solo he implantado el sistema que se usa en Nápoles y eso es establecer un día para cada gremio, los sábados para los indios, y a la otra semana un día para cada corporación...

—Pero, príncipe, la demora en la atención genera muchos comentarios, se dice que sus criados cobran por agendar sus reuniones.

—¿Cobrar por las reuniones? ¡Eso es una calumnia! Es función de mi camarero mayor, Ignacio Domínguez, mandar en la cámara y asignar las audiencias, según la reforma que yo propuse, que si funciona en Nápoles, que tiene seiscientos mil habitantes podrán servir en Lima con treinta y cinco mil personas.

—Pero la gente ya llama a Domínguez “el Cancerbero”...

—Esos son remilgos de los nobles de la ciudad que quieren entrar al palacio como si fuera su casa.

#### GALERÍA DE LA CASA DE MIRAFLORES

Los perros corrieron por la galería de la casa de Miraflores y saltaron sobre el alcalde de indios don Vicente Mora Chimo. Parecía un aperreamiento, ladridos y aullidos. Pero no eran mordidas, sino lengüetazos los que le daban.

—Ñeñuc, Ñaño, cómo han crecido mis preciosos *fanu*, están enormes...

—*Tac fanu* —dijo el príncipe—, no molesten, maleducados. *¡Vai! ¡scendere!*

—No sabe el bien que me hacen —dijo el príncipe, recibéndolo—. No se despegan de mí, incluso cuando escucho misa, se quedan en la puerta a duras penas.

—Príncipe, lo veo muy repuesto desde la última vez en Trujillo.

—¿Cómo ha estado su viaje?

—Es siempre un recorrido largo y agotador. Príncipe, le he traído algunos regalos sacados de las huacas de mi tierra. Sé que aprecia estas curiosidades. Mis antepasados no tuvieron *quipos* como los que le interesan, pero en cambio he traído algo incluso más raro. Vea esta cerámica y cuénteme. ¿Qué ve?

—Déjeme calzarme mis *occhiali*, ya a mi edad no veo nada sin ellos. Hmm, ¿un hombre está comprando y paga con monedas en una bolsa?

—No, príncipe, mis antepasados no conocían la moneda, la introdujeron los españoles tras la conquista. Nunca se encuentran monedas en las tumbas...

—¿*E poi?* ¿Entonces?

—En un tiempo muy antiguo, antiguo aún para mis antepasados, usaban los pallares para comunicarse. Vea los dibujos, cómo ninguno es igual que el otro. Vea cómo este personaje pequeño corre llevando la bolsita llena de pallares...

—Don Vicente, es muy interesante lo que me cuenta. Es un hallazgo notable que hará la felicidad de mi deudo, el príncipe de Sangro; hoy mismo le escribiré. Ya me lo imagino pidiéndome más información para añadirla a sus estudios sobre los quipos... Usted que es un cacique tan versado en el pasado de su pueblo ¿Sabe qué dice cada uno de estos pallares?

—No, príncipe. Lamentablemente, no sé cómo interpretarlos. Su significado se perdió con el paso de los siglos. Tal vez sea mejor pues así no se perpetúan sus usos e idolatrías.

—Como es tan aficionado a todas estas antiguallas, hace tiempo que he querido hacerle una pregunta que me surgió leyendo al jesuita Acosta. Son muchos los autores que presentan hipótesis sobre el origen de los indios del Perú. El doctor Alexo Venegas dice que son cartagineses; Solórzano, siguiendo a Heródoto, los reputa por fenicios, especialmente por la costumbre de sacrificar hombres; Torquemada y Calancha dicen que el origen de los indios son los chinos; el padre Acosta sostiene que de la palabra *iudios* viene “indios”, con lo que una de las tribus perdidas de Israel sería el origen de los peruanos; otros, como Gómara y Zárate, apoyados en Platón, dicen que era esta la Atlántida; Gregorio García dice que *Ophir* es el Perú. ¿Cuál cree usted que sea el origen de sus antepasados?

—Ohh, príncipe, permítame discrepar con tan sabios doctores, pero lo que desde mis niñeces supe y oí, lo que bebí de mis mayores, fue que, en una época muy antigua, en unos caballitos de totora, llegó del poniente hasta la costa de Lambayeque un gran rey con su séquito, un séquito tan grande y lujoso como el que acompañaba a Su Excelencia, todos con excelentes libreas y sombreros de plumas. Hasta perros calatos como Ñeñuc y Ñañe traía en su séquito. Se llamaba este muy gran rey Naylamp, aunque otros lo conocen como Tacainamo. Trajo un ídolo llamado Yampallec al que prestaba adoración. Pobló el

mundo y dividió la tierra, y más luego, convertido en ave, regresó al lugar de sus orígenes allende los mares al término de su vida mortal. A él lo siguieron como gobernantes sus descendientes: el primero se llamó Cium, y más tarde le sucedió Escuñaín, y de él su hijo Mascuy, y luego Cuntipallec, al que siguió Allascunti, y más luego Nofan Nech, del que descendió Mulumuslan, a quien sucedió Llamecoll, y a su muerte de él, Lanipat; enseguida vino Acunta, y finalmente Fempallec. De ellos descendemos, príncipe, o así lo creían mis antepasados.

—Pues es interesante lo que me cuenta. Nunca antes había escuchado esta leyenda ¿Y nunca le mencionaron cómo se llamaba ese lugar de dónde venía?

—No, príncipe, solo decían que era una isla donde todo, absolutamente todo, era de oro.

—¿Y nunca han querido encontrarlo?

—Muchos españoles codiciosos han perecido buscándolo.

—¿Y el ídolo Llampallec aún se puede ver?

—No, príncipe. Se dice que está hace muchos años perdido: los idólatras lo escondieron para que no lo pillasen los padrecitos que perseguían las idolatrías. Pero hace tan solo unas semanas un hacendado que excavaba hizo un gran hallazgo, y muchos dijeron que debía ser el ídolo de Llampallec. Y al escuchar la noticia, muchos se santiguaban esperando grandes estropicios en la tierra. Pero no sé más y prefiero ignorarlo todo sobre esas supercherías.

—Pero ese adoratorio debió ser muy rico.

—Sí, ciertamente, príncipe, pero dicen que todo lo que en él había lo tiraron al mar para que no lo hallasen los profanadores.

—¿Sabe usted dónde queda ese lugar?

—No, Excelencia, si lo supiera hace tiempo lo habría rescatado para construir una gran iglesia a nuestra virgencita de Guadalupe en Pacasmayo.

—Bien, bien. Pero dejando tantas divagaciones, he visto que está pidiendo la eliminación de aranceles para los indios que comercian en los mercados.

—Sí, príncipe, espero conseguir esa merced, que mejoraría la suerte de muchos de mis hermanos.

—Veremos qué se puede hacer en la Audiencia, pero no prometo nada. Estos señores son difíciles de convencer.

—Gracias, príncipe, muchos pobres indios se lo agradecerán.

—Y ¿cómo avanza su memorial? He escuchado que se hace asesorar por canonistas y letrados.

—A paso lento, Excelencia. Me está asesorando el doctor Pedro de Vargas, pero como no le puedo pagar, lo hace en sus ratos libres y el proceso camina con paso muy lento.

—Igual andar lleva la causa para la eliminación de la mita de Huancavelica que le comenté. La oposición de los mineros es muy fuerte. Esos mismos mineros que agasajaron a Morcillo en Potosí se oponen indignados y han logrado que Dionisio de Alcedo, secretario del virrey Morcillo —me duele llamarle a sí a un mero gobernante interino de cincuenta días— envíe un informe que será muy desfavorable. En tanto logremos cerrar la mina y traer el mercurio de Almandén en la península, libraremos a los pobres indios mitayos de sus labores en esa mina insalubre, inundada, en continuo derrumbe.

—Y ni qué decir nada de los azogados.

—¿Azogados?

—Sí, príncipe. Los indios afectados por el tósigo del mercurio y sus vapores, que les penetran hasta la médula y los llevan a morir presa de temblores y sangrados, y aunque sean muy robustos, duran muy poco luego de regresar a sus provincias. Todas las comunidades lloran por este mal que se les inflige desde que se impusieron las mitas.

—Sí, es muy triste lo que en esa mina sucede y nadie quiere prestarle atención por intereses económicos y por su nulo afán por cambiar, porque es tanto el gasto en la operación de esa mina que bien podría funcionar Potosí con el azogue traído de España y no se sentiría el cambio. Y sé que en este trance se juega el resultado de esta reforma que

me parece tan sustancial para salvar a los indios del reino. Por eso aguardo con tanta impaciencia que presente su memorial.

—Pues de eso mismo quería hablarle, Excelencia. El letrado teme que, en tanto el juicio que llevo con mi hermano por el cacicazgo de Chimo, yo, a pesar de ser indio noble, solo me atengo al cargo de alcalde de los indios de Cao, con lo que no tengo personería jurídica suficiente y no puedo elevar causas al rey. Me indica que en realidad estas acciones deberían emprenderse a través del protector de indios don Melchor de Carbajal. Pero ya su Excelencia lo sabe: a don Melchor no le interesa acoger mi causa por los indios. Le he escrito infinidad de veces y nunca he recibido respuesta suya.

—Sí, he estado pensando mucho en ese problema. Pero déjeme decirle, entre tanto, que me han parecido muy interesantes los avances que me remitió de su memorial y me he permitido añadir algunas citas de Séneca y Aristóteles a sus razonamientos. Me parece muy inteligente el que equipare a los indios —en especial a los nobles— con cualquier ciudadano y todo católico, con lo que se rescata la igualdad con cualquier súbdito español, y sus derechos para comerciar en mercados y plazas. “Ser originarios del reino”, esa es la invocación precisa. Es interesante que presente la idea de la limpieza de la sangre india y abogue por el reconocimiento de los privilegios de los indios nobles. Le recomiendo que explore más allá de los problemas con los indios mercachifles. Por ejemplo, examine el desamparo de los indios miserables, los abusos de los capitanes de mitas y de los corregidores y los visitadores... Lo más importante que se me ocurrió es hacerle notar cuántos otros petitorios de caciques he recibido. El suyo es uno más entre tantos otros. Sin mayor peso que ninguno de los otros, o acaso menos, dado el problema con su hermano.

—Oh, príncipe, es muy triste lo que me dice, es casi como si me enviara de vuelta a mis tierras.

—No tanto, señor Mora Chimo. Tal vez yo pueda hacer que su causa se acelere. Podríamos lograr que se le nombre cacique a pedido de los mismos indios: eso le daría legitimidad en ambos sentidos. Ya como cacique principal, otra sería su suerte.

—Ohh, príncipe, eso sería una merced notable.

—Incluso he pensado que podría nombrarlo Procurador General de Indios, y entonces sí tendría la posibilidad de representar la defensa de sus protegidos. Pero no crea que todo caerá del cielo, pues tendrá mucho trabajo que realizar. Deberá convencer a los demás caciques de acumular procesos para poder representarlos en España.

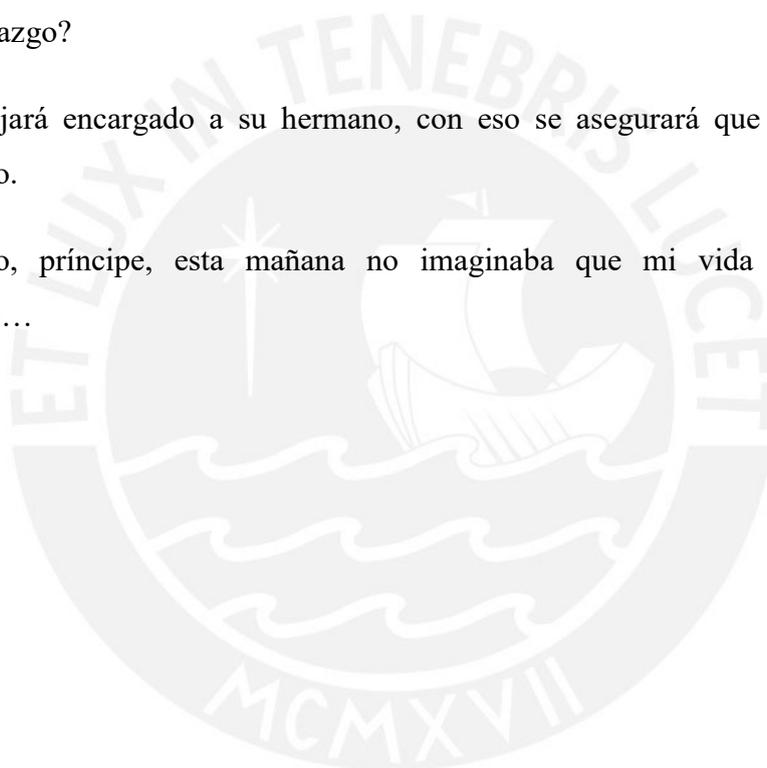
—¿En España, príncipe?

—Sí, en España. Le daré licencia para pasar a la península. No es casado ni tiene deudas, ¿verdad? Incluso podrá pasar conmigo en mi séquito, ya que mi regreso está próximo. En la corte podrá litigar representándolos a todos, y estarían allí mis asesores para ayudarlo.

—¿Y el cacicazgo?

—Pues lo dejará encargado a su hermano, con eso se asegurará que no apele a su nombramiento.

—Maravilloso, príncipe, esta mañana no imaginaba que mi vida cambiaría tan drásticamente...



## CASA DE LA CALLE DE NÚÑEZ

La casa de Virgilio María Gritta estaba llena de invitados. La sonata de violines llegaba a su fin, y el maestro Roque Ceruti parecía querer azotar a los músicos que dirigía dando disforzados golpes al aire con el arco de su instrumento. Si Ceruti tenía el talento para organizar concertinos y operetas, Gritta disponía de la capacidad para montarlos como si fueran escenografías. Decoraba con lujo y los convertía en lugares agradables y vistosos. Si la quinta del pueblo de Miraflores había sido en un principio el refugio preferido del príncipe, ahora la casa en la calle de Núñez se convertía en otro de los lugares que gustaba visitar.

Todos los salones se encontraban adornados con piezas traídas de Italia. Espejos, grandes arañas de cristal, biombos chinos y japoneses y muchos objetos bellos encontrados en el país o traídos de tierras lejanas. El príncipe prefería no preguntarse cómo podía sostener Gritta tanto lujo. Muchos de los adornos habían salido del secuestro y público remate de los bienes que adornaban la casa del mayordomo mayor, caído en desgracia, Jorge Torrelli. El príncipe pensaba que ya le gustaría a él haber podido arreglar el palacio con tanto gusto y esplendor. En un rincón íntimo, la condesa de las Torres conversaba con el dueño de casa, admirando el lugar. Su anfitrión, en cambio, alababa el costoso collar de esmeraldas que el príncipe le había obsequiado esa mañana a la condesa.

—Qué le puedo decir, condesa, cuando los negocios van bien la vida luce así de bella, y es una verdad universalmente aceptada que quien hace fortuna tan solo piensa en compartirla con la persona a quien ama. Es un ritual propiciatorio, como si así quisiera multiplicarla por mil. Y en este caso pareciera ser verdad, pues me han contado que hay una condesa limeña que está haciendo una fortuna con el asiento de los esclavos.

Había cesado la música y Virgilio se entretenía mostrando a su invitada una vitrina llena de curiosidades traídas de oriente. La condesa veía, con no poco escándalo, una mujercilla de marfil desnuda que mostraba sus vergüenzas impudicamente y que, despojada de una serie de órganos, mostraba la matriz, la vejiga, e iba convirtiéndose en un esqueleto... El doctor Bottoni la miraba también con interés: esos orientales conocían muy bien el cuerpo humano. Debían ser expertos en disecciones, aunque siendo tan herméticos, quién podría enterarse de los conocimientos que guardaban.

El virrey tomaba el fresco de la noche en la galería que daba al segundo patio, con sus maceteros llenos de jazmines, mientras fumaba un tabaco de Sevilla. Se sentía contento esa noche: lo relajaban esas reuniones sencillas con gente de su confianza. Especialmente sin la presencia de esos odiosos noblecillos limeños, tan poquita cosa y tan presuntuosos al mismo tiempo. En el Consejo de Indias le habían advertido que debía gobernarlos sin que se sintieran amenazados. Había logrado mantener el contrabando dentro de los límites de la prudencia, y al mismo tiempo cobrando la parte que le correspondía. Si había sido difícil lograr que el rey lo autorizara a llevarse seiscientos mil pesos, nunca imaginó lo complicado que sería llegar a alcanzar esa cifra en el estado actual de la economía, asfixiada tras años de guerra.

Justamente esa semana se confiscó uno de los galeones franceses que estaba comerciando en los puertos del sur, lo que le dio tiempo al navío *El Conquistador*, aprestado a duras penas, para que le diera caza. En el fondo, todos sabían que el capitán Martinet demoraba la partida para dar tiempo de que se repartiera buena parte de la mercadería y así confiscar solo los ripios de la carga y poder cobrar coimas a ambas partes. Pero, a fin de cuentas, la cárcel estaba llena de marinos franceses. Ahorcaría a dos o tres para contentar a los comerciantes y entretener a la plebe. El pueblo los insultaría y les tiraría frutas, y alguna que otra piedra, a pesar de que luego los llorarían y compadecerían. Al resto los liberarían para expulsarlos, aunque muchos —pagando al personaje adecuado— evitarían el extrañamiento.

En teoría se quemaría la carga, pero mucha de ella llegaría a los tienduchos de la plaza. Esos mismos que de día se quejaban en el Tribunal por los agravios que producía el contrabando, por la noche pedían que les permitieran negociar la carga compartiendo las ganancias. En realidad, nadie podía negarse a una buena seda, una pieza Combray, a los galones de oro, a las ropas francesas. Era como montar una escenografía y representar una comedia bufa, no muy diferente de los sainetes que organizaba Roque Ceruti con sus cómicos tan amariconados. Pero ya servían el convite en el salón de los biombos coromandees, y la condesa de las Torres se le había acercado sigilosamente y ahora, abrazándolo por el cuello, le susurraba algo al oído. En la galería quedó Pedro Colmenero, que conversaba indignado con el conde de Laguna Seca. Le decía: “Imagínate, primo, adónde irá a terminar el capítulo calatravo: han elegido a un plebeyo, a un plebeyo”.

## EL ECLIPSE

Once minutos antes del mediodía del quince de agosto de 1719, se produjo un eclipse total que cubrió todo el virreinato y que fue visto desde el balcón de palacio por el príncipe, su familia y el sabio Peralta. Habían traído complejos telescopios que enfocaron al revés para que reflejaran sobre una cartulina blanca la imagen de la luna ocultando al sol, y repartieron vidrios ahumados a los presentes para que pudieran verlo sin dañarse los ojos, aunque la gente en la plaza miraba al cielo entreabriendo los ojos y usando las manos como visera. A todos se les hicieron largas las doctas explicaciones del sabio Peralta, quien contaba cómo, en un eclipse antiguo, la luz de la luna había derretido barras de plata; o cómo, en la antigüedad, una batalla entre medos e ilirios había llegado a su fin por la sorpresa que produjo un eclipse. O cómo, según el jesuita Kircher —el sabio que había escrito tanto sobre el mundo subterráneo como de los misterios del antiguo Egipto— señalaba que los chinos creían que el sol era devorado por dos dragones. Finalmente, en el punto más completo de la oscuridad, iluminado por dos sirvientes que portaban candelabros prendidos, declamó su última invención:

*El día quedó convertido en noche lóbrega  
que puso en conmoción a los seres sensibles  
Dejan sus senos las nocturnas aves  
Otra noche llevando en sus horrores  
Cesan las otras sus gorjeos suaves  
Gimiendo en sus silencios los terrores*

*Ya huyendo activos, ya parando graves  
Manifiestan los brutos sus pavores  
Y los hombres observan la extrañeza  
Aun hallan el temor en la entereza...*

El príncipe aplaudió la ocurrencia e hizo servir bebidas enfriadas con granizo de las cordilleras a los asistentes. El maestro Roque Ceruti tocó en la oscuridad un *Essercizzi* de Scarlatti transcrito para guitarras que todos aplaudieron, con fingimiento, sabiendo que era del gusto del príncipe. A nadie le importó que los curas llamaran a procesiones no planeadas, apurando a los sacristanes con las cruces y los cirios. En las naves oscurecidas de las iglesias de la ciudad, una multitud de mujeres pías y pecadoras arrepentidas lloraban y rezaban a la luz dubitativa de las velas. Lloraban porque una beata célebre, una alumbrada llamada Simona, había dicho que empezaba a cumplirse la profecía del Apocalipsis de san Juan:

*Vi, cuando abrió el sexto sello  
y el Sol se volvió negro como un tejido de crin,  
y la Luna toda ella se volvió de sangre  
y sobrevino una gran pestilencia.*

## TARDE EN LA GLORIETA DEL HUERTO

La noticia empezó como un rumor. Llegaba en pliego secreto y, sin embargo, a su paso iba despertando habladurías. El aviso iba avanzando hacia el palacio, y por los comentarios parecería que el último en enterarse sería el virrey. Fueron a buscarlo a la huerta donde solía recogerse por las tardes para tomar el fresco. Entre la glorieta, el emparrado y los floripondios, recostado escuchaba cómo el maestro Ceruti y tres músicos tocaban una invención con guitarra, tambor y chirimías para así amenizar la larga tarde. Tiburcio y Flavio miraban intrigados la partitura, cuyas notas parecían subir y bajar interminablemente. Su maestro había ganado su atención contándoles que lo escribió luego de escuchar cómo los gatos peleaban en los techos, y lo usó como argumento para su composición. Afectadísimo, imita los pasos de los gatos en celo y sólo le falta maullar. Ñeñuc y Ñaña, los perros *calatos*, lo miran dudando de su felinidad; Marino y Tiburcio se miran y sueltan una carcajada. Unos escalones abajo, el pequeño Aloysus, perseguido por la negra Cándida, corre inseguro por los senderos del jardín, que parecen perderse en el río.

Desde hacía unos días, el Rímac venía caudaloso. En los pueblos de las tierras altas se había desbordado, causando aludes. *Huaicos*, como los llaman los lugareños. ¿Quién se atrevía a molestarlo a esas horas? ¿A santo de qué había que ir a la sala del Real Acuerdo? El príncipe se incorporó lentamente, se sirvió un poco de horchata aún helada. Desde que llegó a Lima, se había aficionado a tomar las bebidas enfriadas con ese hielo que traían a lomo de mula, de llama, o cargado por los indios, no lo sabía bien, desde la cordillera, a pesar de que su médico, Federico Bottoni, se lo había prohibido expresamente. Servía para combatir el bochorno estival que afectaba a Lima.

Pidió que Giovanni, su ayuda de cámara, le trajera peluca y casaca, y renegando, empezó cruzar el palacio. Seguido por sus perros, dejó atrás la real tesorería con sus puertas de hierro de tres llaves, que en los buenos tiempos de Potosí custodió cargamentos de barras de plata que llegaban hasta las vigas del techo. Cruzó el patio de su residencia, donde acababan de cortar una higuera marchita que llamaban “del fundador” —odiaba las higueras porque traían duendes a las casas y ya había suficientes presencias a su alrededor—. Pasó por la capilla oscura, una penumbra tan solo rota por una lamparita que acompañaba el santísimo al patio de los juzgados, donde algunos litigantes atrasados importunaban a los secretarios.

—Ñeñuc, Ñañe, aquí no se entra —ordenó.

Subió las empinadas escaleras por las que nunca iba para no afrentar su pierna hinchada y fue cruzando una a una las salas contiguas y vacías del tribunal del crimen, del juzgado de cuentas, del tenedor de los bienes de los difuntos. Cruzarlas por la mañana era un verdadero embrollo, pues en cada una se iban suspendiendo las causas y los jueces y los litigantes le hacían reverencias. El salón del real acuerdo ya estaba oscuro y el artesonado mudéjar con sus octógonos y estrellas aprisionaba el aire caldeado y el olor a humedad, esa humedad que, por ser tan común en Lima ya nadie sentía, salvo él. Poco ayudaba a ventilar la gran ventana que se abría sobre la portada del palacio, pues no habían tenido tiempo de abrir la teatina que formaba la corriente de aire.

La ventana, guarnecida con barrotes de madera, daba una vista completa de la plaza empedrada. Solo dos gallinazos peleaban por algún resto que habían dejado las placeras. No corría aire; en cualquier otro lugar del mundo se hubiera pensado que se avecinaba una tormenta, pero en Lima, la única tormenta se desataba en la sala del real acuerdo. Lo esperaban varios de los oidores que habían sido convocados con igual premura. Aunque llegaron en sillas de mano, estaban medio sofocados. La transpiración les caía por debajo de la peluca, despintando los rizos y bucles mal empolvados por la prisa.

Se abrieron los sellos y empezaron a leer:

He resuelto por mi real decreto de 29 de abril de este presente año que se establezca y ponga Virrey en la Audiencia que reside en la ciudad de Santafé, nuevo reino de Granada, y sea gobernador y capitán general y presidente de ella, en la misma forma que lo son los del Perú y Nueva España y con las mismas facultades que le están concedidas por leyes, cédulas y decretos reales, y se le guarden las preeminencias y excepciones que se estilan practicar y observar con ellos...

A medida que avanzaba la lectura, los oidores fueron empalideciendo, y los labios les temblaban de impotencia y de rabia contenida.

Y asimismo he resuelto que el territorio y jurisdicción que el expresado Virrey, Audiencia y tribunal de cuentas de la ciudad de Santafé han de tener, es y sea toda la provincia de Santafé, Nuevo Reino de Granada, las de Cartagena, Santamarta,

Maracaibo, Caracas, Antioquía, Guayana, Popayán y la de San Francisco de Quito, con todo lo demás y términos que en ella se comprenden...

El príncipe auscultaba los rostros de los oidores y podía explorar la fisonomía de la decepción, de la ira contenida, la rabia que sentían al verse despojados de parte de su poder sin haber sido consultados siquiera. Qué sucios conciliábulos tendrían ellos o sus allegados que la pérdida de un territorio del virreinato podía generarles tanta desazón. Era imposible, en verdad, seguir desde Lima las trapacerías de los corregidores, las vivezas de los comerciantes, los contrabandos, y ahora que los galeones de permiso armaban su propia feria en Cartagena, a manera de la Portobello. Sabido era ya que los ingleses desembarcaban el galeón de permiso hasta los tres cuartos cada día y al anochecer regresando ya mar adentro, el resto de la flota los reabastecía, y al amanecer reiniciaban a descargar su flete cuidando que el ritmo de los marineros los volviera a dejar a medias esa tarde y así repetir una vez más la descarga al día siguiente y después de varios días cuando era ya imposible dilatar más la maniobra, por más pagados que estuvieran los funcionarios del puerto se interrumpía finalmente la chanza. Pero para entonces ya se había introducido el contenido de quince o más galeones en la plaza.

Al final solo escuchó que el relator concluía:

“Dado en Segovia á 27 de agosto de 1717.- Yo el Rey”

Pensó en el viaje que había recorrido la cédula y los muchos meses que había demorado en llegar y sintió nuevamente la piel enrojecida, y los baños en agua salobre, y el eterno bamboleo y en... eso que ya no quería recordar. Trató de imaginarse cuál de las cinco copias en que se solían mandarse los documentos importantes, en cinco navíos diferentes, sería esta que ahora leían.

Al terminar la lectura, todos, conteniendo las muchas diferentes inquietudes que los embargaban, con mucha formalidad, se pusieron de pie. El virrey, con gesto teatral, se colocó la real cédula sobre la cabeza y proclamó su cumplimiento, y su acatamiento a la real voluntad. Luego, junto con los oidores, se dirigieron al mapa que cubría la pared oriental de la sala. Era la representación del virreinato, cubierto con banderitas de colores que indicaban las ciudades, las minas, los corregimientos, los presidios. Entre chinchetas y cintillas, se señalaban los desplazamientos de las naves, rutas de arrieros y tachuelas pintadas que representaban los principales tambos. El territorio de su virreinato parecía

una zanahoria gorda y disforme, carcomida por un lado por las pretensiones portuguesas, y ahora, de un solo tajo, quedaba descabezado, tullido, seccionado por una espada invisible, un espada de papel, una real cédula que privaba con tres palabras “*he resuelto asimismo*” a su gobierno de una docena de provincias y varias audiencias.

Dudaba que al rey desquiciado se le hubiera ocurrido la reforma. Las intrigas palaciegas, sin duda ¿Quién se beneficiaría realmente? ¿Quién en la corte había logrado degradarlo, recortar su poder? ¿Alberoni? ¿No era su valedor? ¿Popoli? ¿No era de su partido? Ya lo pensaría más tarde, ya le escribiría a Clara Irene para que lo averiguara. Ahora debía concentrarse en guardar la compostura, aparentar indiferencia. No dejar entrever si era uno de los promotores, o una víctima de la reforma.

—¿Cuántas audiencias perdemos? ¿Dos, tres? —preguntaban impacientes los oidores, en tono de queja. No importaba: ya se lo aclararían el cosmógrafo y los letrados. El príncipe pudo percibir cómo le latían con fuerza las sienes, pero algunos lograban guardar las apariencias. Observó detalladamente a los oidores. Unos se componían la casaca, otros se alisaban la peluca como ordenando las ideas, y algunos regresaban a su sitio, pensando que ya estaba todo consumado, o incluso ideando algún plan para mantener a flote sus intereses. Luego, cuando aparentemente se hubieron calmado, el virrey empezó a conversar con los oidores alborotados, a explicarles los motivos del rey, así como el régimen que seguiría a partir de ese momento. Ellos expusieron sus puntos de vista: se notaba que perdían conexiones, influencias, casos pendientes. No les había agradado la noticia.

—*Es un spazio molto complicato para governar da Lima* —el virrey se percató de que mezclaba idiomas, que no le salían las palabras. Sabía que en Lima se reían de sus parlamentos napolitanos, y peor aun cuando se le champurraban las dos lenguas. Que estaba moviendo las manos más de lo usual en un esfuerzo por dar sentido a su discurso, aparentar dominio de la situación. Aspiró una, dos veces, intentando calmarse y continuó hablando lentamente:

—Teniendo que controlar el Mar del Sur de un lado y el Atlántico del otro, y los piratas, los corsarios y los contrabandistas, será mejor que una persona en cada lugar se ocupe de organizar las defensas... Piensen en el ataque de 1681. Celebro— mintió —que Su Majestad haya tenido a bien seguir mis consejos y haya decretado que así se cumpla.

Y lo antes que pudo, dio por concluida la reunión. El reloj del Cabildo daba las cinco campanadas y las sombras ya se alargaban en la plaza.



*Fui feliz en la primavera del nuevo siglo. Feliz cuando por fin pudimos mudarnos al palacio de San Giovanni a Carbonara, en una de las calles más amplias y concurridas de la ciudad, con sus estancias amplias y la colección de pintura que tu padre había reunido allí. Yo sabía que te pavoneabas ante todos los visitantes, recordándoles que había sido el antiguo palacio real de Nápoles, cedido a tu familia por sus servicios extraordinarios, pero que en realidad lo odiabas, porque ahí no había nada de tu familia, porque de tantos saqueos y destrozos, el palacio había sido amoblado con cosas*

*compradas en almonedas y remates y todo era solo un gran decorado. Pero a mí me gustaba: era grande y a la moda; y de día, luminoso al punto de tener que mantener cerradas todas las persianas y postigos y cortinas y aun así se desteñían los cuadros de la galería de tu padre, y las alfombras y los tapices de los muebles, y de noche era más luminoso aún, porque prendían las arañas de Murano de trescientas bujías que tu padre había traído de Venecia, y las noches parecían días y se confundían con los amaneceres. Y los sirvientes no sabían si lo que servían era la cena o el desayuno y el mayordomo dudaba de mandar cerrar los postigos y mantener prendidas las velas, o abrir las persianas y dejar que se destiñeran los Ribera, el Corenzio, y los Finoglia, y el cuadro pintado por tu pariente el Battistello que en realidad se llamaba Giovanni Battista Caracciolo.*

*Y así siguieron los días enlazados con las noches y el palacio lleno de invitados, que dormíamos por ratos donde nos tomara el sueño, y yo ya estaba embarazada de Xácome, mi peor embarazo hasta el momento. Helado de pistacchio era lo único que me provocaba comer, totalmente distinto del embarazo anterior, de las mellizas Clara Irene y Julia Quitería. Un año antes, esperaba una hija y terminé teniendo dos del mismo parto sin saberlo y las nodrizas se encargaban de ellas. os. Y cuando servían los postres, abajo, un sirviente llenaba la pileta del patio de Lacryma Christi, y los invitados colmaban allí sus copas, tratando de cumplir con el reto de secar la pileta. Y todos los otros nobles, envidiosos de nuestras fiestas, empezaron a competir, y entre las visitas y los bailes se pasaron los días, y yo ingenuamente suponía que así debía transcurrir el resto de nuestra suntuosa vida.*

*Fue en aquellos días de locura cuando me di cuenta de que me había enamorado de ti y que la María Egipciaca que habitaba en mí estaba dispuesta a esperar el mayor tiempo posible antes de su arrepentimiento, y contaba las horas para que los invitados se fueran y yo quedara como la única invitada al banquete de tu cuerpo y tú te fundieras conmigo y me hicieras el amor con vehemencia y con matemática eficacia, y me enamoré de tus arrebatos y de que tuvieras la memoria para susurrarme fragmentos encendidos de Ovidio y otros que te inventabas en medio de tu calentura, y que fueras insaciable y faltaras a tus propias fiestas por seguir conmigo atrincherado en la recámara por más que los sirvientes nos tocaran la puerta anunciándonos la llegada de las visitas.*

*Pero un día, a mediados de noviembre, las cocineras subieron llorando. Todas hablaban al mismo tiempo: decían que habían escuchado el rumor en el mercado, y algunas iglesias empezaron a tañer las campanas. Eran tañidos largos y desoladores, dobles que anunciaban muerte. Y un viento descompuesto inundó el palacio. Todos tuvimos pena y rezamos en la capilla ante la imagen de san Francisco Caracciolo, pidiéndole su intercesión y su protección. El virrey de Nápoles, el duque de Medinaceli, con corbatín de encaje negro, citó a todos los patricios napolitanos al día siguiente en su antecámara, para comunicarles una noticia importante. Pero ya todos sospechaban de lo que se trataba. Todos sabíamos que anunciaría la muerte de Carlos II de España, esperada por meses. Lo que no sabíamos era que el rey había muerto en el Real Alcázar, a las tres de la mañana, entre sábanas rancias de humores y emplastos, y el olor habitual de su incontinencia y del incienso que acompañaba a los santos óleos, presa de la melancolía, con el corazón reducido al tamaño de una guinda por la preocupación de no saber qué hacer con sus reinos, con sus vísceras gangrenadas, por las intrigas que rodeaban su lecho, con su cuerpo hinchado por la hidropesía, por los malos deseos de sus primos codiciosos.*

*Esa noche dábamos vueltas en la cama, sentíamos ásperas las sábanas de lino que el día anterior eran suaves y las almohadas se calentaban que parecían tener tizones dentro. Dos veces pediste a las criadas que trajeran almohadas frescas, pero las tiras de encaje raspaban el cuello y en la oscuridad de la noche veíamos sombras y escuchábamos ruidos extraños. Sabíamos que habían redoblado la guardia en toda la ciudad y que la situación se volvería complicada y tu abogabas por trasladarnos a Castell Bucchianico, donde estaríamos seguros, a salvo del populacho de la ciudad y las jugarretas políticas de los partidarios de Felipe el infante francés, y de las movidas facciosas de Carlos, el archiduque austriaco, y de los que querían la independencia.*

## CALLEJÓN DE PETATEROS

Marino, el duque de Sangro e hijo de su Excelencia, escogió una casa en el callejón de Petateros. A pesar de estar frente al portón del palacio virreinal, era un corredor estrecho, oscuro y un poco sórdido. Marino alquiló la menos apropiada de las casas para su residencia. No estaba situada en una de las calles importantes del centro ni presentaba una gran fachada, como los palacetes que otros nobles ocupaban. Ni siquiera competía con la residencia que el caballero mayor, Virgilio María Gritta, había alquilado en la calle de Núñez. Tampoco tenía un gran patio con galería, ni balcones de cajón desde los que se pudiera ver sin ser visto, ya que en el estrecho callejón no había mucho que se quisiera ver. Era solo un local con tiendas de portones cerrados y ventanas clausuradas.

Durante días Marino dirigió personalmente a los carpinteros, ebanistas y tapiceros que entraban y salían del inmueble sin dar indicio alguno. Los vecinos intentaban imaginar lo que sucedía ahí dentro, prestando atención a los raros bultos que ingresaban y a los ruidos que se filtraban, o mandando a la servidumbre a entablar conversación casual con los sirvientes que arreglaban el lugar. Pero poco se pudo averiguar. Debía ser una conspiración. Unos decían que traían bienes de contrabando; otros que edificaba una *garçoniere* a la otomana. No faltaron los que sugirieron que la inquisición debería investigar tanto sigilo.

Marino eligió el seis de marzo, festividad de santa Coleta y san Quirico de Tréveris, entre el toque de ánimas y el toque de queda, para citar a sus invitados. Esa noche empezó a llegar una multitud de personas al lugar y a poco, la casa misteriosa estaba atiborrada de gente. Era una congregación heterogénea, tan pronto podía verse algún miembro de tribunal del consulado junto con medianos comerciantes, españoles recién llegados en busca de negocios, criollos jóvenes con ánimo de derrochar la fortuna familiar, conversando entre ellos, buscando una familiaridad nocturna, no siempre fácil de conseguir bajo la luz del sol y la mirada pública que exigía las deferencias requeridas.

Marino, el hijo del virrey, alto, bronceado por el viaje y sus frecuentes salidas de cacería, sombrero con broche de diamantes y casaca de terciopelo color azafrán, salió a saludar a sus invitados congregados en el patio. Todos convinieron en señalar que ni siquiera el finado virrey Castell-dos-Rius había sabido llevar con tanta elegancia el traje de corte a

la manera de Francia. El anfitrión observó cómo la mayoría de los asistentes vestía aun a la vieja usanza: seguían anclados en el siglo pasado.

En el patio de la casa, el duque Marino conversó con cada uno: mi padre agradece sus saludos. ¿Llegó la flota sin contratiempos a Portobello? ¿Será que el cardenal Alveroni ha perdido el favor del rey? ¿Puede ser que el regente Felipe de Orleans quiera la guerra con España? Están en su casa señores, siéntanse cómodos, prueben este vino de Moquegua. Conde, sírvase este fino de Ica. La noche recién empieza. Marino tiene el don para conseguir que cada uno, ya sea marqués o chapetón recién arribado, se sienta el invitado principal.

Cuando la intriga de la extraña reunión ha llegado a su máximo, Marino ordena abrir las puertas de las habitaciones que dan al patio y los invitados pueden admirar las refacciones hechas a la casa. Todos los salones que rodean al pequeño patio han sido forrados en seda carmesí, adornados con espejos de marcos dorados y arañas de cristal alquiladas al marqués de Valdelirios, que todos saben que pasa por serias estrecheces. En todos los cuartos se han dispuesto mesas de juego separadas por biombos de la China.

—Qué maravillosa ocurrencia, una casa de apuestas, ya es hora de que las novedades lleguen a Lima—dijo el conde de Cañada Hermosa.

—Y, prácticamente en la plaza, resulta muy seguro —añadió don Lucas de Bergara, tenedor de bienes de difuntos. *¿Protestarán los oidores?*

—Antes solo se jugaba en Chorrillos —apuntó Gerónimo de Boza, mayorazgo principal, mirando a Bergara.

—O bajo el puente, en las quintas y fincas campestres y a puerta cerrada —señaló el marqués de Brenes, lamentando lo mucho que había perdido en aquellos conciliábulos.

—Cuando mi padre, el virrey, fue embajador extraordinario ante la República Serenísima, pude asistir al casino Ridotto que se abre en Venecia en la época del Carnaval. No hay local más concurrido por la alta sociedad. En sus mesas de juego cambian de manos grandes fortunas, hoy les traigo con todo el estilo el *Ridotto* a Lima.

Lo dice con convicción. Su tono lo hace ver como un hombre de mundo, como el hombre de mundo que era su padre antes de que perdiera la voluntad. Espera que nadie descubra

que nunca ha estado en el Ridotto, que cuando su padre era embajador en Venecia él era apenas un crío al cuidado de su abuela en Nápoles, que todas son historias que ha escuchado y que transforma para hacerse el interesante.

Marino observa, mientras guarda su caja de rapé, cómo los visitantes se admiran ante los elegantes salones con hermosos paisajes de Venecia, los tapices y los cielorrasos pintados, y en la sala principal una Venus del Tiziano mostrando toda su maravillosa desnudez, cuadro que el príncipe compró en Venecia y que causa entre los concurrentes comentarios en voz baja: “¡Qué atrevimiento! ¿No teme al Santo Oficio? ¿Será verdaderamente del Tiziano? ¡Qué pechos!”. Alguno de ellos se dirige hacia su mesa de juego para disimular una incipiente erección. Marino nota que el ambiente está muy animado y ordena al músico Roque Ceruti que empiece a tocar sus melodías. Ejecuta una combinación extraña de ritmos que alternan las invenciones de Scarlatti con villancicos y panalivios como los que cantan los esclavos en sus fiestas, pero que el músico ha sabido transformar y disfrazar en música refinada de cámara. Roque Ceruti sabe que cuenta con el favor de Marino para introducir estos *divertimenti* que tanto lo entretienen.

En las mesas se juega fuerte y no pasa mucho antes de que las onzas de oro se agoten. Don Enrique Lobatón, criollo rico, hacendado, ha perdido toda la noche y la banca le hace notar que solo se puede jugar con los valores que el caballero lleve consigo. Con gesto teatral, don Enrique Lobatón dice que va al doble o nada, y pone como prenda un estupendo reloj de Fauvré, con caja de oro y una complicada cadena esmaltada de diez onzas, de la que se desprenden como cola de un pavo real pequeñas cadenas que sostienen mondadientes, llaves de dar cuerda, cortaplumas, lentes de aumento y todos los objetos prácticos que un caballero pueda necesitar fuera de su casa.

Se produce un silencio en la sala, el tallador indeciso mira a Marino. Este, disimuladamente, sin dejar traslucir su interés, trata de calcular el valor de una pieza tan importante, y con un gesto le hace saber al encargado de la banca que la casa lo acepta a remate y que le den fichas a cambio. Marino está asombrado, escucha cómo la conversación regresa y se aprecia cómo la fiebre de juego renace con furor gracias al gesto de Lobatón. Ahora, cuando los asistentes caen en desgracia, se despojan con desenfreno de anillos con esmeraldas engastadas sobre brillantes, insignias y otros objetos de valor para intentar recuperar lo ya perdido. Parece que se extendiera una fiebre por impresionar a los demás con lo que se pone sobre la mesa. Se dice que un Manrique de

Lara llegó a jugar su venera de caballero hospitalario, tachonada de diamantes, aunque sus cofrades lo nieguen con vergüenza. Los perdedores asaltan las mesas de licores, de canapés, de fuentes con helados que el cocinero francés del virrey ofrece con esmero, mientras los despojados apostadores se prometen la revancha al día siguiente.

Ya cerca del amanecer, Marino apila sobre una mesa de cocobolo las ganancias de la noche. Anota en un cuadernillo las onzas de oro, treinta y ocho, los ducados, sesenta y tres, y las piezas de a ocho reales, ciento veinticuatro. Observa con un lente de aumento las gemas de los anillos. Pesa en un balancín las cigarreras, los botones de plata dorada y las hebillas de zapato engastadas con brillantes baratos que los jugadores fueron arrancando de sus zapatos en medio de la fiebre del juego. Ruega que el furor continúe en los siguientes días. Se ha jurado que se hará rico. Teme volver a los días en que los austriacos tomaron Nápoles y secuestraron los bienes de la familia.

Sus padres, buscando brillo en la corte, habían derrochado su fortuna en Venecia. De la noche a la mañana pasaron a esperar en las antecámaras de los secretarios de Felipe V, como los otros nobles venidos a menos, luchando entre ellos por un reconocimiento, por un sueldo que a veces llegaba con tres años de atraso y solo servía para pagar las deudas del mercado. Recordó el piso estrecho que habían alquilado en Madrid. Los pocos criados que conservaron. En sus oídos aún resuenan los ruegos de su madre para que aceptaran a Xacome y a Luis Tiburcio en el seminario de nobles. Su padre aceptando las cláusulas abusivas para poder casar a Clara Irene con el marqués de Crevencour. Sabe que los sesenta mil pesos de la dote de la familia no podría reunirlos ni dejando de comer. Que su padre ha pagado recién la segunda armada enviando el dinero destinado a los pagos de los oficiales del Callao.

Los jugadores reincidentes encontraban novedades permanentemente. Marino había comprendido el alma frívola y veleidosa de los limeños, y en lugar de mostrar todos los nuevos juegos a un mismo tiempo, iba presentando las novedades en semanas sucesivas. Algunas llegaban para quedarse, otras eran desechadas por su poca acogida. Así, el juego del faraón fue rápidamente olvidado, mientras que la lotería napolitana llegó a ser de las preferidas, en especial cuando se había perdido casi todo en las mesas, y por un precio módico el jugador tenía aún una posibilidad en noventa de ganar anillos finos, cajas de rapé, pitilleras y otros premios parecidos, que rato antes la banca había aceptado al descuento. Cuando ya ni esa esperanza cabía, escurriéndose cuidadosamente hasta los

cuartos del fondo, podía encontrarse a una adivina que, a cuenta de la casa, les leía las cartas y les regalaban espejos ustorios y amuletos para la buena suerte, dándoles bríos para nuevas apuestas en días posteriores. Pero lo que se convirtió en la verdadera atracción de “La casa del duque”, como se dio en llamársele, fue el juego de las probabilidades de Pascal, en el que, escogiendo un número de un círculo acanalado, el jugador podía llevarse hasta treinta y seis veces lo apostado.

—Nunca se había visto en Lima algo como esto, ni el tresillo ni la pechigona causaron tanto fervor.

—Apuesten, señores.

—Es emocionante, la primera noche perdí literalmente los botones del chaleco.

—Sus excelencias, no va más.

—Todo es cuestión de técnica, yo les voy a los impares.

—¡Qué suerte tener un padre virrey! El duque se debe estar embolsicando una fortuna.

—Sus excelencias, gana el siete rojo.

—¡Albricias! ¡Es la tercera vez que me toca esta noche!

—Y ¿cuántas veces perdió antes, Su Ilustrísima?

\*\*\*

Marino comprobó que nunca como en esos días “La casa del duque” tuvo mayor asistencia. La inauguración de la sala de mesas de trucos, que se jugaba con tablillas, troneras y bolas de marfil sobre un forro de paño de Quito, causaba sensación. Aunque por lo bajo se escuchaban comentarios de asistentes resentidos: que no debería llamarse “casa del duque di Sangro” sino palacio de la sangría por lo mucho que los empobrecía, que los salones eran de mal gusto por lo ostentosos, que la Venus de Tiziano era verdaderamente obscena. Los parroquianos eran tantos que Marino recibió una sugerencia que sonaba como un buen negocio para conseguir licencias del virrey y abrir un establecimiento en Potosí, donde la clientela no sería tan selecta, pero se podrían jugar montos aun mayores en plata piña recién sacada de las minas.

El duque Marino conversa con su primo Domingo Ruffo. Habla lento, y con grandes silencios. Le cuenta que el negocio ha empezado muy bien, pero en pocos días todo se está yendo al traste. Unas semanas antes, al preguntar por la ausencia de uno de los músicos que tocaba el cuarteto del maestro Roque Ceruti, este le contó *sotto voce*, casi *pianissimo*, que a Carlo Protacio lo habían detenido como sospechoso en la Alameda, y al revisar su cuarto en la picantería *El amor nuevo*, encontraron joyas vistosas, llaves maestras y palancas para abrir puertas. El fiscal Pedro Pérez de Guzmán se interesó por el caso y así Protacio confesó bajo tortura que era nacido en Milán, que se desempeñaba como músico y cantante en la comedia, y que eventualmente trabajaba en “La casa del duque” tocando el violoncello.

Preguntado Guzmán acerca de las joyas, no supo dar razón, pero al aplicarle nueva tortura confesó que se las habían dado para que las negociara en “La casa del duque”, donde era común que se vendieran las joyas robadas por todos los ladrones de la ciudad, y que, si no le aplicaban más tortura, les daría la lista de todos los que él conocía. Ante nuevas amenazas, terminó diciendo toda la verdad: que el mismo duque Marino estaba al tanto de los negociados de joyas y sacaba gran partido de ello. Marino le contó con prisa a Melchor de Paz, el secretario del virrey, su predicamento, y fue necesaria toda la influencia del secretario Paz para detener las investigaciones que llevaba el fiscal Pérez de Guzmán.

Hicieron firmar a Marino una declaración en la que decía que “recibía en su casa a varios caballeros de distinción de la ciudad que por acompañarme a la primera hora de la noche como recién llegado y por medio de diversión, jugaban dos horas al juego de *revecino* y la *casarella* y que si alguna vez había recibido joyas como pago, fue o de buena fe, sin conocer su procedencia”. La casa de juego había resultado una verdadera mina de oro, dijo Marino, “pero no debí seguir los consejos de Ceruti, sus amigos comediantes y sus contactos en los bajos fondos”. El secretario Paz le aconsejó: “si quieres que los perros dejen de perseguirte, debes darles una distracción”. Este fiscal Pérez de Guzmán no actúa solo: son los criollos los que lo empujan, huelen sangre. Entrégales a Teodoro Candiotti, solo así se quedarán tranquilos.

—Pues si me pides mi opinión —le dijo Domingo Ruffo—. Ya somos dos los que estamos bien jodidos, primo querido.

—¿Los dos?

—¿Es que acaso no te has enterado? En palacio hay mucho jaleo.

—¿De qué jaleo me hablas, Domingo?

—Nos mandan de improviso a las sierras, el camino está interrumpido, se piensa que los indios se han levantado, hace un mes que no llegan noticias del Cusco.

\*\*\*

Antes de que regresara Domingo Ruffo de las tierras altas, ya habían ingresado el fiscal Pérez de Guzmán y su gente en la residencia del mayordomo de Su Excelencia, Teodoro Candiotti. Vivía en una casa de la calle del Hierro Viejo, al costado del palacio, lo que facilitaba mucho su continua vigilancia del personal a su cargo. Como mayordomo mayor, se encargaba de la gestión económica del palacio. Ante él respondían los cocineros, los reposteros, y debía estar al tanto de lo que horneaba el pastelero como de lo que preparaba el encargado de las salsas. Su manejo era tan estricto que ni siquiera el menor galopín actuaba sin su consentimiento. El fiscal le preguntaba cómo, si su sueldo de mayordomo no llegaba a los dos mil pesos, habían encontrado entre las botellas de la cava más de treinta mil pesos escondidos. No, no era verosímil la explicación de que se trataba de adeudos de su patrón. Y resultó menos creíble cuando el inventario de los bienes encontrados en su casa, frente a la escalerilla de los virreyes, reportaba sumas astronómicas. Cincuenta cuadros de hasta tres varas de largo, finamente enmarcados con hoja de laurel dorada, láminas romanas vidriadas, escritorios filipinos, finas mesas encochadas, sillas ricamente forradas y abundancia de cortinajes de damasco, porcelanas y marfiles de la China. Ni siquiera su patrón, el príncipe, vivía con ese lujo. Pero, súbitamente, los hallazgos del fiscal dejaron de tener importancia.

*¿Querías tú la independencia, Carmine? Y entonces me contaste, sin darle importancia, que el duque de Popoli iría a presentar los saludos al nuevo rey de España, y entonces, a medianoche, mandé a encender las luces del palacio. Estaba segura. Tenías que rogarle al virrey Medinaceli aunque no te gustara, suplicarle aunque sintieras repugnancia. Debías pedirle que te dejara formar parte de esa embajada, y al día siguiente te mandé al palacio a que hicieras antesala, las horas que fueran necesarias, para que te recibiera el Medinaceli y te incluyera en el grupo. Y tú volviste desalentado, porque el virrey había dicho tajantemente que ya estaba tomada la decisión y que no habría vuelta atrás. Y yo empecé a invitar a todas las personas necesarias para convencerlo: al príncipe de Cellamare, al duque de Popoli, a otros que ya ni recuerdo. Ah, sí, a tu casi suegro, el príncipe de Caserta, que aún no se había desenmascarado. Pero después de todos esos esfuerzos, la respuesta siguió siendo no. Y yo sabía que tú tenías que ir en esa comitiva y no podía permitirme fallar, pero o no fuiste lo suficientemente convincente o tu estúpida aventura con la Giorgina seguía marcando nuestras vidas.*

*Y con la muerte de Carlos II vino el luto, y se cerraron los teatros, y se acabaron las fiestas y la ciudad parecía también muerta, con todos los palacios con las ventanas cerradas y crespones sobre las puertas. Y el pueblo hablaba quedo, las pescadoras no discutían y el mercado daba pena sin gritos ni canciones. Pero por lo bajo, la lava del Vesubio calentaba los ánimos y ya corrían los pasquines donde se hablaba de la ilegitimidad del testamento del rey Carlos a tal punto que, cuando el día de Bajada de Reyes, presidiendo una comitiva de los nobles napolitanos vestidos ricamente, el virrey pasó arrojando a manos llenas las monedas recién acuñadas, donde se veía la efigie del joven rey Felipe y en el anverso un planeta alumbrado por el (rey) sol.*

*Pero por muchas monedas que viste que distribuía —más de dos baúles grandes que los lacayos sostenían— no hubo muchas muestras de alegría, y las cosas empeoraron cuando el virrey decidió poner un impuesto de tres tomines por cada ventana de la ciudad, pues quería levantar un donativo para al nuevo rey de más de un millón de ducados. Y la gente lo tomó mal, y sentíamos miedo cuando veíamos sus caras malhumoradas. “Está apretando mucho el resorte que pronto destrozará la mano que lo oprime”, me decías. Por muchas celebraciones que hacía el virrey, tras las cintas y las banderas, había ordenado voltear los cañones de las murallas apuntando hacia los barrios populares, cuando en realidad debió apuntarlos a los palacios.*

*Cuando ya había partido el duque de Popoli, tan alto y desproporcionado que a pie daba pena y a caballo daba risa, e iba hacia Madrid, el virrey al fin te llamó, y nos ilusionamos pensando que te permitiría alcanzar a la comitiva. En cambio te ordenó que te encargaras de comandar el recojo del donativo. Tú lo rechazaste de plano, porque te malquistarías con todos, ricos y pobres, y era exactamente lo que le criticabas a Medinaceli. Pero yo te convencí de que aceptarás, y después de meses de trabajo renegabas a toda hora, porque por más esfuerzos que hacías, no llegabas a reunir ni trescientos mil ducados y no sabías que, mientras tú recorrías convenciendo y amenazando y cobrando a todos los propietarios y a los municipios y a las corporaciones, yo, por mi parte, había organizado mis ejércitos, había sitiado al virrey convenciendo a las esposas de sus ministros —y a la misma duquesa de Medinaceli— y al fin el virrey se rindió y aceptó que fueras tú quien llevara el donativo a Madrid para presentárselo al rey. Y ese día celebramos y tomamos del vino pecorino de tu padre, que venía de las tierras de Bucchianico, hasta perder el tino. Y esa noche me amaste con tanta pasión que concebimos a Ferdinando y nos quedamos despiertos, y nos amamos hasta el amanecer, y entre cogida y cogida hacíamos planes de cómo te presentarías al rey y a quiénes teníamos que contactar en Madrid, y en qué momento y de qué modo debías pedirle —nunca de frente, siempre a través de terceras personas— que te renovara la grandeza de España que había tenido tu padre y que tu querías recuperar, y perdíamos el hilo porque me empezabas a besar y a acariciar nuevamente y los planes quedaban postergados.*

*Para cuando partimos de Nápoles, ya caían las hojas de los árboles y viajamos en las galeras bajo un cielo plomizo que la tripulación decía que era riesgoso, y terminamos integrando el cortejo de la reina María Luisa de Saboya, que iba a Barcelona a casarse con el rey. Y fue ahí cuando intimé con la Tremoille, que era viuda de mi pariente Flavio Orsini de Bracciano, y camarera mayor de la reina, y que en España llamaban “la princesa de los ursinos”. Y tú me hacías escenas de celos porque pasaba más tiempo con ellas que contigo, pero te explicaba que lo hacía por el éxito de tu misión, y por la grandeza de España, y por tu futuro en la corte. Y tú no me oías, porque estabas más preocupado en si debías presentarte ante el rey con la etiqueta francesa o con los usos borgoñones que se estilaba en la corte del buen rey Carlos. Y mientras le entregabas al rey el donativo, solo querías decirle que tu padre había sido Grande de España, y que tú ya no, y que querías que te la otorgara a ti, pero felizmente te quedaste callado y el rey miró el donativo y no supo qué responder porque esperaba un millón de ducados como*

*le había prometido Medinaceli y tú solo le llevabas un tercio. Luego te dijo: “qué importa, si al fin y al cabo todo se lo cobrará ese pirata de Doria por llevar las tropas a Italia en sus galeras y sus galeones”. Y te invitó a salir de cacería en los bosques de Collserola.*

*Después te enteraste de que los ministros comentaban que, en setiembre, en Nápoles, había estallado una conspiración armada por el príncipe de Macchia. Que habían tratado de asesinar al virrey Medinaceli a la salida de una de sus tantas citas amorosas en la villa de Fontana, la misma Fontana donde te citabas tú con la Giorgina, pero esta vez no la estaba visitando a ella sino a su otra amiga, una tal Magdalena Bonavia. Medinaceli era tan concupiscente que le ponía querida a la amante, y amiga a la querida, y las engañaba a todas ellas con otra y así, a la Giorgina la burlaba con la Bonavia, y a esta con la Magdalena Musi, llamada la Mingata, que es una sanguijuela de campo, y a todas ellas con la joven cantarina Nina Scarno, con quien pasó una sola noche, después de su gala inicial, y al siguiente día con su reemplazo, la Giuletta Zuffi, y todas eran cantarinas o actrices o cómicas, y no se sabía si era que en verdad le gustaba tanto la comedia, o si solo iba allí para conseguir a sus amantes.*

*Lo peor era que todo Nápoles lo sabía y se reían al punto que se rumoreaba que, cuando el virrey dejara el cargo y se regresara a su palacio en Soria, en Nápoles solo quedarían cinco pecados capitales, porque la lujuria y la soberbia se irían con Medinaceli. Y también dijeron que el intento de atentado había sucedido a las tres o cuatro de la mañana, que debía estar regresando de sus desarreglos, que solo se había salvado porque el marqués de Azzolini, que lo acompañaba en sus correrías, se había percatado de la emboscada y lo había llevado por un atajo. Pero lo peor no había sido el intento de asesinato, sino que cuando llegaron a Nápoles, encontraron a la ciudad en fuego: algunos patricios napolitanos se habían echado a la calle y estaban provocando un motín popular y estaban en la conspiración el duque de Tálesse, Giuseppe Capece, y tu deudo Carlo di Sangro, y tu casi suegro el príncipe de Caserta y mi tío Tiberio Caraffa y todos gritaban vivas al emperador Carlos y abajo el tirano refiriéndose al rey Felipe. Y la gracia les salió cara porque tras ellos salió el populacho para saquear negocios y quemar los palacios e incluso la casa del mismo Capece. Y el rey Felipe estaba indignado y decía que mucho le había aguantado a ese virrey estúpido que no podía amarrarse la bragueta ni un solo día para ocuparse de los asuntos de gobierno. Creo que tú contaste un par de anécdotas más, para extender el incendio. Y dijeron después los correos que*

*casi todos los conspiradores habían sido apresados. Y fue allí mismo, en los bosques de Collserola, donde el rey te encomendó la embajada extraordinaria en Roma.*

*Más tarde nos enteramos con pánico de cómo todos los conspiradores apresados murieron en el patíbulo, o de disentería, detrás de los muros negruzcos del Castell Nuovo. No hubiera sido difícil que en las incertidumbres del momento nos hubieran arrastrado a la revuelta o que un soplón en busca de perdón nos implicara. Pero para entonces ya asistíamos a la misa de gallo en San Pedro y a Clemente se le veía diminuto bajo el Baldaquino, y yo te animaba diciéndote que esta embajada en Roma era tu gran oportunidad. Tú me decías que era una empresa muy costosa, costaría diez mil ducados que pensabas usar en el matrimonio de las mellizas; que los arrendatarios no estaban pagando. Y yo te repetía que eras el embajador extraordinario del rey de España, que tenías que llegar con estilo. Y esas navidades de 1701 fueron frías en Roma, pero ni lo sentimos de lo ocupados que estábamos en los banquetes y en las fiestas y debíamos convencer a los príncipes romanos de la lealtad a Felipe V, y siempre había un Caetani, o un Colonna o un Barberini, que eran primos comunes y así nos acercábamos a los grandes príncipes, y tú atacabas con tus conversaciones entretenidas y yo a la esposa, y unas veces la voluntad la torcías tú, y otras veces convencía a la esposa yo, y si no cambiábamos el papel, y tú bailabas con la esposa, cómo brilla esa gargantilla de diamantes troquelados condesa Spinola, pero más brillaría usted en la corte de Madrid; y yo con el marido, contar un cargo en el Consejo de Nápoles podría enriquecer sus feudos pues la munificencia de Felipe es reconocida.*

*En cada banquete convencíamos a dos o tres candidatos si era posible. Y después nos reíamos tarjando sus nombres en una lista que teníamos en nuestra recámara. Y al final, con mucho halago y regalo, logramos convencer al entorno del Papa. Y fuimos a la audiencia papal, expectantes, pero seguros de que habíamos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance. Era febrero y en la plaza de San Pedro corría un aire helado y la columnata Bernini solo servía para crear un chiflón tremendo, que levantaba mis faldas a pesar de las rigideces del tontillo, y a ti se te volaba el sombrero y el viento te desarmaba los rizos de la peluca mientras bajábamos del coche y la guardia noble del Papa iba uniformada con unos trajes excéntricos que no debían haber cambiado desde la época del cisma de Avignon, y nos guiaban por laberintos de corredores, escaleras y capillas cubiertas de frescos. Y en lo alto del edificio terminamos en un jardín en donde estaba el Laoconte retorciéndose como la Giorgina en el palco contigo.*

## SALA DEL REAL ACUERDO

En Lima, el rumor se fue extendiendo lentamente. Al principio solo fueron palabras sueltas que comentaban las fruterías de la plaza a sus caseras. A las nueve, al terminar la misa, las damas que subían a sus calesas decían: atroz, Jesús, Dios nos libre. Quizá fueron ellas las que aumentaron los rumores, pero a las diez los comerciantes de los cajones de la plaza comentaban noticias a media voz: Yo no lo afirmaré tan suelto de huesos, piensen en cómo repercutirá en los negocios de la ciudad. A las once, cuando los letrados y escribanos que hablaban en los portales de la plaza vieron llegar a los oidores a Palacio en sus sillas verdes de manos, cargadas por esclavos portadores sudorosos que apresuraban el paso, la gente supo que todo lo que se decía era verdad.

El príncipe citó a los oidores al Real Acuerdo, y por momentos la sesión fue agitada. Los oidores más viejos se acordaban de las epidemias que habían asolado a los indios en tiempos del rey Carlos II y consideraron que duraría mucho. Aun así, no debemos alertar a la población por gusto, decían. Sin duda afectaría los negocios, la economía del reino. Total, todos sabían que cada día quedaban menos indios en el reino. Un oidor perdió los estribos y exclamó: un virreinato sin indios, con las minas inundadas, los valles incapaces de dar trigo, el comercio estancando y esa guerra interminable que había dejado los bolsillos agotados.

—¿Pero no nos estaremos alarmando por gusto? En realidad ¿qué sabemos?

Esta mañana llegó un comerciante criollo. Parecía malherido por el modo en que caminaba. Interrogado por la guardia del puente de piedra, respondió incoherentemente, dijo que llevaba mercancías a los corregidores de las tierras altas. Venía tan maltrecho por las altas fiebres que cayó inconsciente y murió sin recuperar nunca el sentido. El siguiente caso fue un mulato que contó muchas calamidades, entre ellas la muerte por hemorragias de su propietario que venía del Cuzco, pero no le creyeron del todo, y viéndolo con las ropas ensangrentadas, lo tomaron en custodia hasta que se aclararan las circunstancias de la muerte de su propietario. Llegó un sastre de Leganés desesperado, contando cómo había muerto su mujer; y después de muchas preguntas, respondió que en el Cusco habían muerto ¿cientos? ¿miles? una gran mortandad.

Otro caminante, un tal Bartolomé Echaiz, que se decía emparentado con los Esquivel, también huido del Cusco, dio versiones confusas sobre una enfermedad cuya causa era

atribuida al último eclipse. Dijo que un par de días después de que se fueron las sombras, empezaron a caer muertos por las calles y las plazas. Narró que el arzobispo había excomulgado a la peste, que había pedido limosnas extraordinarias, procesiones y vigiliias, pero que no lograron alejar el mal y que cada día moría más gente. Instó a que todos pidieran perdón por sus faltas y confesaran sus pecados, pero pronto la ciudad dejó de tener confesores. Todos estaban o enfermos o muertos. Dijo también que en el campo los indios morían por miles. Los doctores Peralta y Bottoni se enfrentaron en una discusión sobre la posibilidad de que el origen de la epidemia fuera el eclipse ¿no había un eclipse desatado una peste durante las Guerras del Peloponeso?

--Bueno señores, como los informes no son concluyentes, póngase soldados en el camino al Cusco y pídase al arzobispo que organice rogativas--.Mandó el príncipe.

En los días siguientes, Peralta compuso una estrofa en octavas reales en la que sostenía que se trataba de una peste semejante a la que azotó a Tebas a causa del incesto de Edipo y así recitó los versos frente al virrey:

*Después, porque a la tierra más funeste  
En el austral Perú con doble rayo  
La voraz hambre, la sangrienta peste  
Harán de su ruina cruel ensayo  
Tanto el aéreo veneno que lo infeste  
Beberá con mortífero desmayo  
Que faltando alas huesas en que impera  
La muerte hará sepulcros de la esfera*

Pero fue rebatido a los pocos días por un soneto del doctor Bermúdez de la Torre, quien aseguraba que la peste era solo equiparable a la epidemia que sufrieron los griegos durante el asedio a Troya. Otros asiduos al palacio, viendo el divertimento del virrey con las declamaciones, compusieron versos alusivos a la peste. Y el virrey, en un raptó de generosidad, ofreció una perla negra de gran tamaño como premio a la composición más ingeniosa. Pero las noticias que llegaban del interior eran cada vez más alarmantes.

El príncipe fue informado por su médico, el doctor Bottoni, sobre cómo los viajeros venidos del Cuzco seguían llegando a Lima y los hospitales de Santa Ana y de San Bartolomé empezaban a llenarse de enfermos. Unos sufrían dolores de cabeza; otros,

fiebres, y los más morían de disentería. Lo peor de todo era que nadie sabía exactamente cómo tratar el mal, pues mientras que para unos médicos era tabardillo, otros lo atribuían al cólera. Y los remedios que aliviaban a unos empeoraban a los demás. Se decía que unos barberos habían logrado calmar a los que tenían hemorragias por la boca practicándoles los remedios de la flebotomía, pero mientras asistían a sus pacientes, los humores corruptos que de ellos emanaban causaban que los sangradores también se contagiaran. Los curanderos preparaban medicinas insólitas con ajos y jengibre, menta y polvo de palillo; pero a la larga parecía que solo lograban dar más trabajo a los enterradores. Bottoni confesó al virrey y a su hijo Marino que, salvo aplicar algunas sangrías, no sabía cómo curar esa enfermedad.

Alarmado, el príncipe partió a la huerta que su caballerizo mayor arrendaba en la bajada de los pescadores de Miraflores. Se llevó varias piezas de artillería para que, con sus disparos a horas puntuales, ahuyentaran las miasmas y malos aires. Allí, en el poblado de las flores, se alojaron en la amplia casa, que hasta teatrín tenía, y durante todo el verano se entretuvieron con las invenciones musicales que traía en su repertorio el maestro Cerruti, quien llevó sus violines y las farsas que diez actores cómicos del corral de la comedia organizaban todas las noches.

Mientras tanto, la muerte cubría ya todo el reino y el llanto continuo y la frecuencia de los funerales y los dobles de las campanas destemplaban el espíritu. Cartas que llegaban del Cuzco aseguraban que en octubre habían muerto más de setecientas personas al día. Cuando el obispo mandó cerrar las criptas de las iglesias a los entierros, los nobles y los cofrades se quejaron de que no se les permitía enterrarse en sus capillas privadas y mandaron memoriales al virrey. Entonces mandó cavar zanjas en el atrio de la Catedral, pero pronto estuvieron llenas: hubo que comprar dos terrenos en las afueras como cementerios y por la madrugada se veían cubiertos de cuerpos que los dolientes parientes depositaban en la oscuridad.

Eran tantos los enfermos y los muertos, y tan pocos los sanos y compuestos que pudieran encargarse de velarlos y enterrarlos que los perros se enseñorearon la ciudad, asaltando a los cadáveres, y cobraron gusto por la carne de los humanos y hubo que espantarlos a punto de sablazos y armas de fuego.

## LA QUINTA DE MIRAFLORES

El cacique de Huarochirí bajó a Lima, y aprovechando que el príncipe hacía su mansión en Miraflores, se acercó a su residencia a saludarlo llevándole regalos y frutos de la tierra, en especial hojas de unas plantas amargas de las tierras altas que curaban la podagra y los reumas de los que tanto sufría. El príncipe se lo agradeció y lo inquirió sobre sus tierras, su gobierno, sus indios. Todo pudo haber quedado allí: el príncipe estaba contento lejos de palacio y la vida en ese caserío lleno de huertos y tranquilidad lo ponía de buen talante. Nunca faltaban pretextos para alejarse del ajetreo y de la vida complicada de la gran ciudad. En verdad, Lima era una ciudad congestionada por el andar de las calesas, cargadas de preocupaciones y mezquindades; una urbe difícil de gobernar ya con cerca de cuarenta mil habitantes que irían aumentando, con lo que su bullicio y el desorden de sus mercados y las intrigas de los criollos seguirían creciendo como una mala hierba asfixiando todo a su alrededor. Pudo haberlo dejado allí, un saludo cortés, una reverencia del curaca y fin de la entrevista. Pero se las ingenó para continuar.

—Le agradezco por estas yerbas que me mejoran mucho la podagra.

—Estamos para servirle, Excelencia.

—Dígame, ¿qué significan esos montículos que he visto en los cruces de caminos?

—¿Montículos, Excelencia?

—Sí, unas pilas de piedras, con cintas y trapillos, y hojas de coca, y carne de animales...

—Ah, una *apachita* señor. Eran tributos que nuestros antepasados idólatras hacían a los cerros

—Pero parecieran seguir en uso; las ofrendas estaban frescas.

—Frescas, no señor. No lo permitiría.

—Y tampoco permite las adivinaciones del *moscoc*?

—¿Un *moscoc*, Su Excelencia? —preguntó el cacique de Huarochirí, empalideciendo.

—Sí, un adivino que lee los sueños

—Pero nosotros no somos idólatras, somos buenos cristianos.

—Pues estoy informado de que en sus tierras se están adorando huacas nuevamente y consultando adivinos, y que acuden a ese hechicero frecuentemente, el que anda escondido en las tierras de San Lorenzo de Quinti.

—Son calumnias, Excelencia. Calumnias de mis enemigos; muchas envidias.

—Tiene una semana para traer a ese hechicero o dejará de ser cacique de estas tierras. Usted sabrá dónde buscarlo.

—Pero Excelencia...

—He dicho: *una settimana*.

El príncipe pudo haber olvidado su amenaza, o incluso el cacique pudo haberse desgaldado en el camino, o acaso escondido por unas semanas hasta que el rumor se hubiera apagado. Pero no fue así y, temeroso, antes de que se cumpliera el plazo, se presentó ante el virrey nuevamente en Miraflores acompañado por un hombrecillo. Se hubiera dicho que se trataba de un enano, aunque de grandes proporciones. Sus piernas eran largas y su torso de anchas espaldas, corto. Caminaba como un cangrejo con las piernas atezadas y la cabeza hundida entre los hombros. Miraba al suelo. Hablaba rápido entre largos silencios especulativos.

—Se te acusa de ser el *moscoc*.

—Mientes, señor.

El príncipe se sorprendió de la falta de cortesía del adivino.

—¿Es que acaso no lees el futuro en sueños?

—A veces he visto gente que sueña cosas que suceden, Señor, pero nunca hacen adivinación. A la Virgen Santísima se encomiendan y ella les hacen soñar. Son sueños buenos, señor.

—Y no me negarás que piden una prenda para sus consultas; que lo hacen adrede, con premeditación.

—Piden una prenda señor, para olerla, para saber cuál es su pesar, rezar por ellos a la Virgen, dicen.

Y, cambiando de tono, repentinamente inquirió:

—¿Qué prenda me pedirían a mí, entonces?

El adivino dudó, pero levantando los ojos para mirar al príncipe directamente, dijo con más confianza:

—Ese pañuelo como el agua de puquio que te da vueltas en el cuello señor

—Y si yo asintiera ¿qué harían con mi pañoleta? ¡Dime!

—Lo soñarían señor. Bajo la cabeza al dormir.

—¿Nada más?

—Lo envolverían con flores.

—¿Con flores?

—Flores grandes del floripondio pues señor. Para tener sueño profundo, dicen.

—Pues toma mi *cravat*, y dime qué sueñan.

—Así mismo será, Señor.

Aún quedaba una oportunidad de que el adivino huyera, o que recostado sobre la prenda entregada tuviese un insomnio y que nada recordara; pero a los dos días, muy temprano, se presentó ante el príncipe. Parecía que la hechicería se había vuelto contra él mismo. Era él el que no había dormido por dos noches. Sus ojos estaban rodeados por grandes ojeras. Recibió al adivino mientras desayunaba ataviado con una bata larga de seda china, amarilla como la de un mandarín, y con un turbante en la cabeza.

—Entonces, dime, ¿qué soñaste?

—Se soñó con muchas tierras y casas que están perdidas.

—Perdidas, eso mismo. Pero eso es historia sabida —repuso el virrey

—Otros recuperarán lo que perdiste.

—¿No yo?

—Cuando comprenda que no se puede arreglar lo que no se ha roto

—Cuándo será.

—No dicen, señor. No dicen.

—¿Cuántos años me quedan aquí?

—No mucho. Hay una carta con muchas lágrimas, dicen.

—¿Morirá el rey? ¿Perderé mi gobierno?

—No, señor.

—¿Un pariente?

—Era raro, señor. Estaba lejos y cerca al mismo tiempo.

—¿Cómo así? ¿Me beneficiaba?

—No saben, se veía borroso, señor.

—Bueno, ¿qué más?

—Pleitos.

—¿Juicios?

—Muchos papeles en el *taripakuq*. Todo se acabará y al poco todo empezará nuevamente. Muchos años en pleitos.

—Ohh, Dios. . ¿Algo más?

—Al final un gran recuerdo.

—¿Recuerdo? ¿Mis hijos? ¿Mis nietos? ¿Quién me recuerda? ¿Me harán un monumento?

—Alguien, no tu pariente. Te recordará mucho, Señor, días y noches te soñará, escuchará tu voz, con tu mano escribirá.

—¿Cuándo?

—Tres siglos desde hoy. En este mismo pueblo, caminará sobre tus pasos y escribirá muchas páginas, te dejará contar tu historia.

—¿Mi historia? ¿Me contará bien o mal?

—Bien, señor. Contará tu historia y muchos llorarán tus penas y reirán de tus alegrías —

Después de decir eso, el soñador ya no quiso contestar a ninguna otra pregunta más. Repetía:

— Solo eso, señor. Solo eso.

El príncipe le extendió unas monedas y se quedó mirando las líneas de su mano, ¿cuál sería el significado de esas líneas entrecortadas? Pero por más que trataba de usar sus conocimientos de la quiromancia no le encontraba explicación. Cuando levantó la mirada, el adivino había desaparecido. Solo pudo ver la escenografía que levantaban en el patio para la comedia que se representaría esa tarde. Roque Ceruti revisaba los avances, quejándose de que no estaría lista a tiempo.

—Ay, Roque. Desde lo alto de esa torre un saeta me han echado— dijo el príncipe enigmático.

## PLAZA DE ARMAS

El corregidor de Saña don Luis de Andraca llegó al Palacio a informar a puertas cerradas sobre lo sucedido en el norte. Confirmaba lo que durante la semana se había rumoreado. Toda la mañana conferenció con el virrey y los oidores en secreto. Pero en la plaza frente al palacio, mientras abrevaba a las mulas de viaje, el esclavo del corregidor contaba a quien quería escucharlo, que eran muchos, cómo Dios había castigado Saña. Cuando el virrey salió a dar instrucciones y a pedir que se hicieran rogativas por los muertos, ya toda Lima se había enterado.

El jijuna del cura de Rafán dice que Diosito mandó diez plagas pa liberá a los judíos de Egipto, pero yo me pienso que con solo cuatro liberó a los negros de Saña. El santito Mogrovejo quiso morir en Saña para bendecirla con su cuerpo, y dejarle su milagro, pero los curas y los cgaleche codiciosos trajeron la perdición y por eso Diosito los castigó. Diz que los negros eran pecadore levantiscos y lujuriosos pero no e verdá, si lo negro vivían junto al cañaverá y al muladá, ¿a quien castigó Diosito: al negro o a los curas cgaleches?

Dicen que Dios le dijo a al santito Mogrovejo que iba a destruir Saña y el santo le preguntó si aún la destruiría si hubiera diez entre curas cgaleches que no fueran codiciosos, soberbiosos y pegalone. Dios le respondió que la perdonara pero no había ni diez. El santito le preguntó si solo fueran cinco que fueran piadosos, y Dios le dijo que no los había. ¿Y si fuera solo uno? Y Diosito le dijo que no lo había y que igual destruiría Saña.

Primero avinieron lo ratone. Solo panca quedaba en el campo. Ese fue el primer aviso, pero naides se arrepintió y siguieron con lo de vendé; luego dejó de crecé el trigo y los campos se arruinaron, pero igualito se lo vendió al obispo que buena plata le dio; después vinieron los piratas y más luego sacaron al cuerpo del santito que parecía recién muerto, incorruto decía, pero yo lo vi y parecía momia de gentil, y despue fue la lluvia y ya to se acabó.

—Carajo, ño Antuco, déjese de tanto rodeo, ¿qué pasó en Saña?

Este año comenzó a llové mucho, el amo estaba contento, tiempo malo pa la caña era, los algarrobos se doblaban, los cañaverales se empantanaban, la chacra se puso ocre, el camotal verde, manque el patrón decía quera año fertil, después de tanta sequía. Quizá vendrá precio de la azúcar me dijió. Pero rapidito nomá apercaron que no era normá.

Llegó mucho aguacero, la ranchería estaba toda mojada, ya ni dormí por la gotera. Su mercé el corregidor ño Luis Andraca con sus hijos y su mujer, su querida y demás hijos de sus tres muere, se fue de Saña como alma que persigue el cachudo, con él se fueron toitos los señorones, los hacendado, y la autoridá, y las mulas lerdas con los muebles finos de sus casas a Lambayeque, a Ferreñafe, a Mórrope. Solo su mercé Juan Antonio que era alférez del rey se quedó en el pueblo poniendo orden. La negra se entraban en las iglesias y rezaban a gritos, a santa Ifigenia marti y san Benito de Palermo que son santo negros y muy milagroso. Lo indio, lo mulato y lo negro trabajaba en el rio poniendo piedra y costal que todo ponían hombro como hijos de Adán. El día de san Sisebuto de Cardeña el río vino haciendo mucho ruido y bajó muy de mañana. Todo el lodo se salió de su madre y entró al pueblo. La Calle Real parecía río, y arrastraba negro, burro, chivo, y toda creatura y pior la plaza desapareció, que parecía laguna grande. El agua subió más alto que mí, que soy mandingo y negro alto, que subiendo mi brazo solo mi mano asomaba. Muchos murieron po no saber nadar, otro se salvaro trepado en los árboles, y en techo, y en cerro del Ahorcado. Pero de los techos también pereció, pue toda la casa que no era de cal y canto se desgalgó. Despué vino lo pior, quel agua empozada se pudrió y se enfermaron lo negro que no habían muerto esa noche. Desde ese día ya no existe más Saña, y lo negro dicen que fue el castigo a los curas por vender a cinco mil pesos los restos de san Mogrovejo al obispo de Lima y el santito ya no quiso defendé a los sañeros. Y lo muy Judas de los curas con mucha labia dice que fue por lo mucho pecado de lo negro que idolatraba y eran muy nefandos, que eran como gentile, dicen, pero a mi no me engatusa, si nosotros estamo libre y ello se quedaro sin iglesia, sin diezmo y sin propina, que yo creo para ellos fue muy pior castigo.

\*\*\*

Ese año las rogativas por las almas de los difuntos de Saña, y las oraciones para que se detuviera la peste que acababa con los indios del Cuzco se confundieron con los ritos de Semana Santa. La archicofradía de la Veracruz y sus penitentes de sangre y los cofrades de la Piedad con sus símbolos de la pasión parecieron competir por demostrar la mayor contrición. La ciudad se llenó de procesiones dolientes que abarrotaban las plazas, avanzaban a paso lento y en absoluto silencio por las calles. Alois, su ama de leche la negra Cándida, y sus hermanos Flavio y Tiburcio veían desde los balcones de palacio cómo la cofradía de la señora de la Soledad, con mucho concurso de oidores, caballeros de las órdenes con sus cruces distintivas y los catedráticos con sus becas, todos cargando

pesados cirios, formaban una fila larga como una serpiente que llenaba la Plaza de Armas. Ese año los limeños estaban verdaderamente compungidos. El que menos tenía un pariente o un amigo que había muerto. . Desde hacía semanas atrás los predicadores llamaban al arrepentimiento en sus sermones y en las plazas. Condenaban la vida nefanda de los esclavos de Saña y las idolatrías de los indios del Cuzco. La maldad se había apoderado del mundo y Lima no era una excepción. Todos albergaban temores de que Lima pudiera ser castigada de la misma manera, especialmente después de que las alumbradas habían advertido que una serie de calamidades se cernían sobre la ciudad. Una incluso señaló, que no se sabía si advertida por Dios o por el demonio, que las marejadas del Océano llegarían hasta la plaza de armas y que el Callao desaparecería bajo las aguas del mar. Se decía que el único que no compartió esos lóbregos anuncios fue el príncipe, que entretenido en establecer la nueva costumbre del lavatorio de pies de los doce mendigos y peleando con los canónigos de la Catedral por introducir la adoración del cordero pascual a la manera de Nápoles, sostenía que era una insensatez pensar que las murallas del Callao, sus siete iglesias y su palacio virreinal fueran a desaparecer algún día.

*Y recuerda, Carmine, el recién ascendido Clemente XI nos recibió en las estancias de Rafael y para ese momento había mudado en favor de Felipe y se decidió a tomar posición en el conflicto y reconocer a Felipe de Anjou como rey de España y monarca de Nápoles. Y Felipe se alegró cuando se lo comunicamos por carta confidencial, que entregaste al príncipe Janetto Thurn und Taxis para que la transportara él, que en realidad era un Della Torre e Tasso de Bérgamo pero se hacía el que ya no entendía el italiano. Y el rey te devolvió la carta a vuelta de correo, donde te pedía que te dirigieras a Nápoles para que presenciaras su entrada, y lo vieras jurar los fueros de la ciudad y repartir reconocimientos y perdones y reconciliarse con la ciudad. Firmaba la carta de su puño y letra y te informaba que el rey de Francia te había concedido la orden del Espíritu Santo y se refería a ti como mon cousin. Y ese día estábamos seguros de que ya casi eras grande de España y que lo podrías tratar de primo, cubrirte en su presencia y sentarse en frente suyo. Los otros nobles te mirarían con envidia, obligados a permanecer parados, con el sombrero bajo el brazo y a tratarlo de Su Majestad.*

*Y de pronto llegaron nuevas cartas de la Secretaría de Cámara y ya no te trataban de embajador extraordinario, sino solo de príncipe y el tono era más frío y las órdenes más perentorias como si se hubieran olvidado de que gastaste mucho más de diez mil ducados*

*en agasajos y cenas y banquetes en tres meses de misión, y que habías conseguido que el Papa reconociera como derecho de Felipe el ser rey de Nápoles, lo que era un buen motivo para acabar con las reticencias de los nobles napolitanos. Las cartas eran tan descorteses que dijiste que podían meterse el son cousin por donde mejor les cupiera. Y te pusiste de un humor insoportable, golpeabas las mesas con los rollos de despachos. Pero pensaste que cuando vieras al rey en Nápoles estrecharías las relaciones.*

*En Nápoles se vivía una fiebre con los preparativos de la llegada del rey, y todos los nobles alistaban los agasajos peleándose por las precedencias y quién cargaría las varas del palio. Y Medinaceli quería borrar sus antiguos yerros preparando celebraciones pomposas, y nuevamente se establecieron los órdenes en los desfiles y los que iban más cercanos al rey debían poner más ducados y hubo que rascar las arcas y romper los fideicomisos y pedir a censo sumas cuantiosas e ingeniárselas para poder agasajar adecuadamente al Borbón. Ya lo retribuiría la largueza del rey. Y el cardenal Cantelmi, y todo el clero tras él, salieron a recibirlo a la Puerta Capuana, que quedaba atrás de nuestro palacio.*

*Esa fue la última vez que vimos el palacio de San Giovanni a Carbonara en todo su esplendor, porque estaba tan bien ubicado que el Rey vino a ver los juegos de lanzas y alcancías y torneos y los desfiles desde nuestro balcón, y todos los nobles pugnaban para ser invitados a nuestro palacio, antiguo palacio real, que nuevamente albergaba a un monarca, y todo fue muy lúcido y muy alegre, y tú habías recobrado el ánimo y sentías que era tu mejor momento, y caminabas orgulloso en compañía de ton cousin. Y el rey quería congraciarse con todo el mundo y anunció el perdón para los conjurados, y redujo los impuestos, y suprimió las gabelas, y declaró a San Genaro patrón de la ciudad, y la sangre del santo se licuó en señal de agradecimiento.*

*Luego destituyó a Medinaceli y en privado lo llamó lujurioso, ineficaz y descuidado, pero en el fondo lo hacía porque el pueblo lo odiaba, y puso al marqués de Villena como virrey de Nápoles y juró respetar los fueros de la ciudad, y los nobles y las corporaciones lo aclamaron. Y anunció la creación de nuevas grandezas de España, que concedía una al duque de Maddaloni, y otra al duque de Laurenzano, que nada habían hecho por del rey, ni dentro ni fuera de Nápoles. E hizo grande al Mariscal d'Estrées que lo había traído de España. Y cuando el rey acabó de leer la lista de los honores, sentiste un vahído, habías apostado todo por el Borbón y de ti no se había acordado. ¿Era que te sentía*

*demasiado leal y sin suficiente importancia que podía dejarte de lado, prefiriendo a los que no eran muy leales para así comprar sus lealtades? ¿Estarías mejor si hubieses seguido el bando del archiduque Carlos y a los austriacos? Esa duda nos carcomía y en secreto tú me culpabas de haberte embarcado en el bando español, en el que no reconocían tu valía.*

*Días después, como premio de consolación, te avisaron que irías a Venecia como embajador extraordinario. Y ahora dudaste en serio, ya estábamos endeudados y las rentas de los señoríos no alcanzaban para pagar otra embajada, y el encargo era difuso, y allí no teníamos tantos conocidos como en Roma. Fui yo quien te convencí de que usáramos el dinero de mi dote para sostenernos con el nivel requerido en la República Serenísima de Venecia que, ante las amenazas de los austriacos de invadirla, se había declarado territorio neutral, y en los palacios que miraban al gran canal, personajes de toda Europa intrigaban y trataban de conseguir las mejores recompensas por sus desertiones, por las falsedades que contaban, por los secretos que guardaban.*

*Y nos fuimos por tres meses, y vimos la sucesión de más de cuatro dogos, Federico De Franchi, y su sucesor Grimaldi, y Onorato Ferreti y Domenico del Mari, pues pasamos ocho años y tuvimos seis hijos, que me iban absorbiendo todas las energías, y si antes les gritaba a mis sirvientas para que me pusieran más polvos que aclararan mi piel, ahora solo les pedía que pusieran tintes rosados y carmines que disimularan el color mármol de Carrara, piel blanca y venas grisáceas, y abandoné los parasoles y las pomadas con las que las damas de la sociedad y las cortesanas elegantes cubren sus pieles para que no se oscurezcan y yo solo me exponía al sol para que esa blancura de monumento cediera un poco en su transparencia. Y entre intriga e intriga, recogiendo informaciones que mandábamos en cartas en clave, que todas eran misivas que hablaban del clima y los catarros y cuántos platos había servido el Dogo en su último banquete, pero las instrucciones iban escritas en jugo de limón para que se volvieran invisibles, y nos divertíamos como si fuera un juego, y la mejor época era en carnavales, donde todos se ponían una careta más sobre la máscara que usaban a diario para esconder sus maquinaciones, y con los antifaces puestos era más fácil adivinar las intenciones secretas, pues todos se sentían a cubierto.*

*¿Te acuerdas, Carmine, del baile de los turcos y las princesas del serrallo? Cuando el conde Gian Filippo de Landberg, jefe del partido austracista, me confundió bajo los velos*

*y yo veía cómo las rápidas miradas de sus ojos se internaban en mi escote, e intentaba seducirme contándome de sus amigos napolitanos dispuestos a dar la vida por el archiduque Carlos. Y fuimos felices en la ciudad, aun cuando veíamos que las rentas de lo señoríos no alcanzaban y no queríamos tocar el dinero de mi dote. Y fue en el en el caffè Goldoni, o en el caffè Florián, ya no lo recuerdo, donde te reunías con los exiliados, escuchando las campanadas de la torre dell’Orologgio, que interceptaste la carta sobre la que más escrúpulos tuviste.*

*Y ni siquiera era una carta en clave, estaba ahí todo escrito con una ingenuidad manifiesta. Era una carta del virrey de Nápoles, Medinaceli, tu mortal enemigo. Una misiva del amante de la Giorgina. Una infidencia de aquel que te había desterrado. En ella le contaba al duque de Uceda, conocido austracista, todos los planes secretos del rey Felipe, y dando por hecho que ganaría el archiduque Carlos. Dudaste tres días, pero al fin la mandaste. Y después te enteraste de que el rey citó a Medinaceli, y preguntado sobre la carta tartamudeó, se embrolló y de la cámara regia salió escoltado y lo aprisionaron en el alcázar de Segovia y de allí lo llevaron a una prisión en Pamplona, donde hacía tanto frío como el que siento yo aquí en Lima en la cripta del convento de las carmelitas de Santa Teresa, en invierno y en verano.*

*Al poco tiempo se dijo que Medinaceli había muerto envenenado. Y la carta también mencionaba a la Giorgina, quien también fue presa, y al duque de Uceda y su secretario, que fueron encarcelados por igual y juzgados por alta traición. Y la Giorgina estuvo cautiva hasta su muerte, aunque algunos dicen que gracias a sus amistades la enviaron al destierro con otro nombre. Ahora creo que tus escrúpulos de no enviar la carta durante tres días fueron porque sabías que la condenarían a ella también y tratabas de salvarla...*

## PAMPA DE AMANCAES

Pasada la Semana Santa, olvidados los lutos y los ayunos, llegó el veranito de San Juan. La ciudad se dispuso a olvidar sus penas y se preparó un ejército de carros de caballos y berlinas y calesas y coches de varas y coches de camino, seguidas de mulas cargadas de las más deliciosas viandas y abundantes licores. Los más nobles junto con la gente de la plebe, todos con sus más vistosos trajes, salieron a la pampa de los Amancaes que había amanecido cubierta por flores amarillas. Reunidos en torno a la ermita conmemoraron muy piamente la aparición de la milagrosa imagen que allí los citaba. Sentados en grupos sobre la hierba parecían estar listos para recibir los panes y los peces luego de escuchar el sermón de la montaña, pero poco después del mediodía se dedicaron a la gula y al baile y al trago y a todo género de liviandades que disfrazaban bajo el manto de las celebraciones en honor a san Juan el Bautista. La fiesta no terminó sino hasta tarde, muy tarde. Esa noche el príncipe no pudo dormir por el bullicio que armaban los romeros que regresaban cantando y gritando mientras cruzaban el Puente de piedra. Dos días más tarde, alarmado por la ausencia de su músico de cámara hubo que mandar al mayordomo en su búsqueda. Lo encontró en la cárcel de Guadalupe. Para que el alcaide liberara a Roque Cerruti y a un grupo de sus amigos hubo que pedir que interviniera el mismo secretario de gobernanza. Habían sido capturados por la guardia del puente totalmente borrachos y vestidos de tapadas en una de las calesas en las que regresaban de la celebración en Amamcaes. El grupo hubiera pasado el retén sin problemas si no hubiera sido porque uno de los integrantes del cortejo acodado en una de las ventanas de la berlina se había puesto a lanzar insistentes piropos a los soldados del puente. El alcaide de la prisión no tuvo más remedio que soltarlos, pero antes les hizo afeitar la cabeza para que toda la ciudad los señalara.

En otra época, el incidente hubiera sido rápidamente olvidado pero con los frailes predicando en las calles y plazas sobre la peste del Cusco y la inundación de Saña, la inminente destrucción de Callao que ya todos daban por un hecho, y el castigo de la ciudad a la que se vería expuesta Lima, todos estaban temerosos de Dios y exponían con facilidad las faltas del prójimo. Por eso los curas más rectos y los inquisidores y todos aquellos que se consideraba guardianes del buen orden empezaron a levantar su voz indignada y en la plaza y en los mercados y en los saraos y las cenas el tono de las murmuraciones crecía. Rápidamente llegaron anónimos a palacio demandándole al príncipe que despidiera al músico escandaloso que gozaba de su privanza y la de su hijo.

Y a los pocos días el mismísimo obispo Barroeta publicó un edicto titulado “Escandaloso Libertinaje”, que se imprimió y se repartió por toda la ciudad clamando contra mozuelos a los que llamaba maricas que en los festejos de las casas, tocaban, cantaban y bailaban como las más desalmadas prostitutas y dirigidos nada menos que por un protegido de palacio, el músico de cámara del virrey. Concluía el edicto sentenciando ¡Los cielos y las almas rectas de esta ciudad claman por el castigo de ese depravado!



## DESPACHO DEL VIRREY

—Lea Excelencia, lea —le dijo el inquisidor alargándole unos pliegos. El tribunal interrogó a un sefardita que había venido en su séquito, al servicio del Señor Gritta, su caballerizo mayor. Sabemos que no es su culpa, Excelencia, pero es muy preocupante lo que nos dejó saber el interrogado. Está allí él, fíjese en la página cuarenta.

—Un momento —el príncipe se puso los anteojos y buscó la página. Leyó con avidez. A pesar del tono conciliador del inquisidor, no le agradaba la reunión, y le inquietó lo que podría estar usando como motivo para atacarlo. Leyó para sí con atención:

Día 13 Continuación de los Autos de interrogatorios al mozo de la Comedia Estaban Suarez acusado de judaizante sefardita.

Otrosí diga como vio la llegada del duque de Sangro y del maestro Roque Cerruti a la casa los baños de Piedra Liza y lo que sucedió después.

—Yo no lo ví pero se rumoreaba que ivan seguido.

—Y de quien lo escuchaba.

—De alguno de los avituales.

—¿Y qué decían?

—Que kuando en los días kalurosos del verano kuando los baños de Piedra Liza habían estado muy llenos, merodeaban por el lugar, preguntando a los rezagados

—Preguntando qué exactamente.

—Sobre que azían por ahí, que buscaban, si accederían.

—A quiénes.

—A los rezagados omvres que se kedan a propósito vuskando klientela.

—Y entonces que pasaba.

—Ivan a la kasa ke el maestro Roke tenya cerca.

—Y ¿ambos participaban?

—Solo el maestro Roke, el duke se abstenya y solo mirava.

—¿Y qué sucedió después?

—Ke los vi llegar a la reunión.

—¿Y qué reunión era esa?

—Una reunión a puerta zerrada, zerka a Piedra Liza.

—¿Cuándo fue eso?

—Zería en la époka del karnavales.

—¿Y que sucedía en esa fiesta?

—Era fiesta de tapadas.

—¿Tapadas?

—Sí, todas tapadas.

—¿Solo mujeres? ¿Mujeres de la vida alegre?

—No.

—¿No? ¿No eran de la vida alegre?

—No. No eran mujeres.

—Explíquese. ¿No dice que eran tapadas?

—Sí, sí eran tapadas, pero no erylán mujeres. Eryán omvres que ivan de tapadas.

—Y el duke y el maestro qué dijeron.

—Nada. El duke tamvién ivan con una tapada.

—¿Y cómo lo ha sabido?

—Porque yo estava ay.

—¿También iva de tapada?

—No, yo servía las vevidas.

—¿Era su casa?

—No la kasa era de la Oydora.

—¿La oidora? ¿Quién es?

—La espoza de la Virreina.

—¿La virreina? ¿De que me habla aclárese? Vea que estamos perdiendo la paciencia con sus juegos.

—Son dos mulatos libertos, que acen estas reuniones, y son konozidos kon esos nombres, y se disfrazan pintándose de vllanko y con joyas falsas y trajes viejos de sus amas.

—¿Y cuál era el interés en todo esto?

—Vender las vevidas y alquilar los kuartos.

—Y si estaban tapadas como los pudo reconocer.

—Porque una vez que llegaban las tapadas y se tomaban el aguardiente todos se quitavan las mantillas y se ponían a bailar.

—¿Y quiénes estaban ahí?

—Mucha gente que no puedo rekordar.

—Si bailaban, entonces havía música.

—Sí, unos negrillos que tocan tambores y cajones.

—Sí, los conocemos. Ya el obispo Barroeta ha dado una exhortación contra ellos.

—¿Y qué pasó entonces?

—Ke el maestro Roke, pidió un cuarto decente lo rekuerdo muy vien y se llevó a unas “tapadas” de la fiesta y estuvo asta muy tarde, ya kasi era de dia kuando salieron. Salieron murmurando que los había obligado a hacer el ósculo diabólico...

—Y el duque de Sangro ¿también entró en contubernio?

—No, el duke pidió otro cuarto a donde llevó a dos esclavas que bailaba con los musikos.

Día 16. Continuación de los Autos de interrogatorios al mozo de la Comedia Estaban Suarez acusado de judaizante sefardita.

Otrosí diga qué pasaba en la quinta de Miraflores

—Fue durante la peste, el Príncipe se kedó en la kinta de Miraflores ke era de mi senior Virjilio.

—Virgilio María Gritta.

—Sí, senior.

—¿Y qué relación tenía con Gritta?

—Avía venido komo su paje, y me kolokó en la komedia.

—¿Y desde cuándo lo conocía?

—Lo konozí por el maestro Roke en Kadiz.

—¿Y quiénes estaban en la casa de Miraflores?

—El virrey y sus ijos, y los amigos de sus ijos, y los kómikos y aktrisas homvres y mujeres, y los músikos ke estuvieron todo el verano tocando sonatas e interpretando komedias ke al príncipe le gustavan mucho, y lo celevraran seguido y después de eso se kedavan hasta muy tarde, y korrían mucho vino y mujeres.

—¿Y eran comedias honestas?

—Yo no lo sé muy bien, soy solo tramoyista, pero eran muy libres y se vurlaban del ovispo Morcillo y del oidor Concha, incluso de la inquisición.

—¿Ha escuchado el término la “cofradía del amor universal” y “la religión del tocaismo”?

—Sí, varios de los invitados lo repetían, y decían que el duke de Sangro la había inventado presidía y apoyaba, y decía siempre que entraban en zección.

—¿Y tiene idea de qué se trataba?

—Era a puerta zerrada, no tenía muchos indios.

—¿Y qué piensa que sucedía?

—Pues básicamente que todos eran muy laxos y que todos se metían con las aktrizas y entre ellos, en espezial el maestro Roke que perzeguía a otro de los tramoyistas y a no pocos músicos que todos lo sabían bien y se escavuyían lo que podían.

—Y participó de esos hechos.

—No, yo solo prezencí el juego del impávido.

—¿Qué es eso? Diga en que circunstancia ocurrieron los hechos.

—Una noche me pidieron que llevara licor a la estanzia del duke.

—¿En qué fecha sería?

—Devía ser los últimos días de marzo, cuando los ríos se salían de su kause.

—¿A qué se dedicaba usted?

—Trabajaba en la komedia y el maestro Roke me había kontratado para todo el verano.

—¿Y cómo ocurrieron los hechos?

—Entré en la havitación donde estaban reunidos el duke con sus amigos.

—¿Quiénes eran?

—Rekuerdo ke estaban el konde de Vena, uno de los ermanos Ruffo, el duke y dos de los aktores de la komedia, y el maestro Roke que era el ke organizava la diverzi3n y ke tenya mucha influencia sobre todos.

—¿Y qué hacían?

—Estavan sentados a la mesa en círculo.

—¿Y qué fue los que lo hizo caer en sospecha?

—Ke kuando entré uvo un silencio súvito y risas ahogadas.

—¿Y cómo se dio cuenta de lo que sucedía?

—Mientras servía el likor alguien se movía vajo la mesa.

—¿Alguien?

—Sí, una de las amigas del duke, una aktriza ke yo havía visto entrar kon eyos y ke parecía no estar en el kuarto.

—¿Y qué vio, entonces?

—Ke todos estaban kon las kalzas avajo y se kuvrían con el mantel largo de la mesa.

—¿Y entonces?

—Pues ke uno de los presentes se puso muy pálido y todos empezaron a reírse y a dezir impávido, impávido.

—Y entonces se paró mostrando sus vergüenzas al aire, y se trato de suvir los kalzones, diciendo que habían hecho trampa, y todos dezian paga, paga, y la mujer que estava vajo la mesa, que era una de las komediantes, lo fue a mastuvar y felar, delante de todos y todos se reían mucho y después la mujer se volvió a meter bajo la mesa —y los demás siguieron con el juego, pero ya no supe más pues me ordenaron ke me retirara.

—¿Y esa era “la religión del tocaismo”?

—No lo ze.

—¿Siempre se reunían así en secreto?

—Sí, muchas noches.

—¿Y los vio?

—No, solo esa vez porke el ayuda de kámara de su excelencia no pudo atenderlos y me mandó a mí kon las veidas.

—Me quedo demudado, inquisidor mayor.

—Ya lo creo, Su Excelencia.

—¿Pero será verdad lo que dice?

—Créame, después de nuestros interrogatorios no quedan muchas ganas de mentir.

El príncipe se había parado de su silla y miraba hacia la plaza que aún estaba llena de gente haciendo los recados de última hora.

—¿Y qué podríamos hacer?

—Pues controlar lo que pasa bajo su techo en primer lugar, y enviar fuera de Lima a las personas involucradas. Si no podemos corroborar las palabras del testigo no podremos avanzar con el proceso

—Pero se trata de mi parentela, mi músico.

—Su Excelencia, nos preocupa que no sean las únicas acusaciones.

—Pues qué más han encontrado.

—Sobre el escándalo y disonancia que causó la imposición de la bendición del cordero pascual introducido por Su Excelencia y luego sus sugerencias para introducir el lavatorio de los pies de los doce pobres en Pascua... Costumbres extrañas a esta tierra.

—Pues por eso ni se alarmen, es práctica inmemorial en Nápoles, que es tierra cristiana más antigua que este campo de evangelización. Son costumbres que la iglesia ratifica, y

acuérdesse que mi familia tiene multitud de cardenales; yo mismo tengo rango de monseñor por mi prosapia, por lo que no encontrará motivo de sospecha en mis creencias.

—Ciertamente, Su Excelencia, pero este Santo Tribunal no solo debe abocarse a los hechos mismos sino a evitar el escándalo; y si el brazo secular se entromete en los fueros de la Iglesia, genera confusión en los creyentes. Luego habrá en el futuro un funcionario menos avisado que Su Excelencia que introduzca yerros en la liturgia...

—Bueno, entonces no se diga más. Este asunto está cerrado y *sacramentado*, si se me permite usar ese término...

—No enteramente, Excelencia... Hay ciertas acusaciones que lo involucran. Dicen insistentemente que consulta adivinaciones a indios idólatras a los que convierte en relapsos obligándolos a volver a sus antiguas supersticiones y a hacer lecturas de los sueños y presagios viendo las vísceras de las llamas. Incluso se ha dicho que envió a uno de sus enemigos con participación de hechiceros indígenas el cuerpo de un gallinazo moribundo ensangrentado con las patas quebradas para hacerle enmudecer y que no testificará en contra de su secretario, Jorge Torreli, quien fue desterrado a Panamá.

—Pues qué tontería más grande. Jamás he escuchado un desvarío como ese.

—Nosotros pensamos que es una acusación malintencionada, Excelencia, pero los rumores siguen y dicen que sus criados guardan calaveras en sus cuartos para pedirles favores. Incluso hay habladurías de que su confesor, el padre Molleda, es heterodoxo.

—¿Ahora se llama heterodoxo a ser soberbio, frívolo, adúlón, poco piadoso y codicioso? ¿Ahora es ser heterodoxo el gastar fortunas en las telas de sus sotanas y jactarse de su elegancia? ¿A atosigar a todo el mundo con su conocimiento de la legua caldea y el arameo y a sus citas manidas de la patrística?

—Tal vez lo peor no sea eso, Excelencia, sino que sigue las enseñanzas equívocas de Jansenio.

—¡Pero todo esto es intolerable, señor inquisidor! ¿El padre Molleda, erudito en san Agustín, un heterodoxo? No he escuchado tantas insensateces juntas y siguen y siguen unas tras otras. Le recuerdo que el padre Molleda es protegido del cardenal Alberoni, nada menos.

—Pues precisamente en sus interpretaciones de San Agustín aparecen muchas de sus equivocaciones. Y concuerdo con Su Excelencia. Es una lástima que el partido del cardenal en Madrid esté tan debilitado en estos días. Pero no se preocupe, nosotros tampoco prestamos oídos a todo este chismorreo. Eso sí, no es bueno que el pueblo inculto tenga esas ideas sobre sus gobernantes. Solo se lo menciono para que tenga más rigor y controle a sus allegados. Tal vez un destierro a Valdivia, en especial de su músico, bastaría para aplacar los ánimos. Mi amigo, el alcaide Esteban Carvallo, estaría muy feliz de poner suficiente rigor sobre ese pillo. Y no estaría demás que en palacio se llevara una vida más recatada. En su defecto, sería muy penoso que hubiéramos de abrir indagatorias secretas a todos los demás. Con su permiso, Excelencia, me retiro.



## RECÁMARA DEL VIRREY

—Marino, no puede ser que actúes tan irreflexivamente. Eres mi heredero. Cuando muera, tú heredaras todos mis títulos, representarás el honor de la familia. Me llegan los peores rumores de tus actos

—Calumnias, padre. Siempre calumnias. Para estos criollos que seamos extranjeros ya los predispone contra nosotros; pero lo que verdaderamente los extravía es nuestra nobleza.

—Y si son solo infundios, ¿cómo es que te han encontrado envuelto en tantos lucros y peculados?

—Aunque no lo crea, padre, solo trato de poner a salvo nuestro honor y por eso nos odian.

—¿Es acaso un infundio lo de tu casa de juegos? ¿Cómo permitiste negociar con joyas robadas? ¿Es acaso inteligente extender el rumor por la ciudad de que por el pago de seiscientos pesos dejarías salir a cualquiera de la cárcel del Cabildo y por mil pesos de la cárcel de Corte? Mira el pasquín que circula por la ciudad

El príncipe le extendió un dibujo que había aparecido pegado en las puertas principales: la vaca famélica es el Perú, mira lo que clama la vaca: *no por mucho chupar sale más leche*.

—Los que miran andrajosos son los criollos y estos que maman de la ubre somos tú, yo, Gritta. Mira acá a Barbieri, que dice *si no traen dinero no quedan más audiencias*. ¿Crees que es sensato someternos a esta mofa? ¿No ves que esto es la comidilla de la ciudad? ¿Crees acaso que no aflorará en el juicio de la residencia cuando no tengamos ya el poder de contravenirlos?

—Padre, no siga, por favor, no es mucho peor que lo que sus ministros y allegados de palacio han estado haciendo con las ventas de sus conferencias y audiencias. ¿No cree que toda la ciudad comenta que usted se levanta tarde, y que luego de despachar dos petitorios dice: “ya es la hora de almuerzo, *regole della fiame*, sin comer no puedo trabajar” y aplaza las resoluciones para la semana subsiguiente aunque solo de audiencias al mes? Todos dicen que lo hacía para su camarero mayor Barbieri y el secretario Rossi cobrarán mil pesos por poner el asunto el primero en la lista.

—Es cierto que no he de trabajar sin comer, pero yo jamás me he beneficiado por ello, y el reglamento dice *El camarero mayor precede y manda en la cámara de su excelencia, el asigna las audiencias...* con que estaría en su derecho...

—Pues podría llamarle la atención, como me la llama a mí.

—¿Y arriesgarme a caer en las garras de las maledicencias del camarero mayor Barbieri? Recuerda que es hombre del cardenal Alberoni, con quien no quiero estar enemistado. Con el tiempo aprenderás que gobernar un reino es más fácil que gobernar a tu propia corte, donde se cocinan las verdaderas intrigas... pero no me cambies el tema. A fin de cuentas, ¿no están todos ustedes en connivencia para vender en los cajones contrabando por interpósita persona? ¿No crees que eso me deja como un príncipe laxo y descuidado que permite contravenir las leyes del reino?

—Sí, padre, eso sí es cierto; pero es falta menor; en Lima todo el mundo lo hace, y mis agentes son personas importantes del comercio...

—Lo imperdonable es ese disparate de enviar un galeón a China. Esas son palabras mayores. ¿Sabes lo que significaría si se supiera en la corte? ¿Quieres que me vean como a Castel-dos-Rius, como un ladrón que defraudó a su señor? Felipe lo había hecho grande de España, lo había recompensado con un virreinato, ¿y ese era su pago? En ese comportamiento no hay honor. Y ahora me has puesto en la misma situación.

—¿No estuvieron sus secretarios confabulados en la venta de mercaderías de los franceses...?

—¿Y no los desterré yo a Panamá ni bien lo supe?

—¿Y no siguen ellos velando por sus intereses desde Panamá?

—Ese no es el tema, Marino, te lo digo nuevamente. Me duele ver cómo te has metido en contrabando mayor y eso es lo que me preocupa. ¿Cómo piensas recuperar lo invertido?

—¿Ha reprendido a Julia Quitería por sus negociaciones con las que ya junta una dote superior a la de Clara Irene? ¿Por qué con ella actúa con guante de seda?

—Eso es un infundio, no lo creo posible, Marino. El tema que discutimos es el de ese barco fletado para comerciar con Oriente.

—¿Quisiera, padre, que volviéramos a Europa a pasar las estrecheces que vivimos? Bien sabe que un grande del reino debe vivir con desahogo, tener acceso a recursos. El favor del rey se perdería si no tuviéramos los medios. Cuántos títulos caídos conoce que ya no son sino sombras y recuerdos.

—¿Pero no te das cuenta, Marino, que es el deshonor lo que hace caer los títulos? ¿Fueron acaso menos tristes las circunstancias que hicieron salir a nuestro antepasado Caracollo de Bizancio? Fue con honor y valentía que rehízo su nombre en tierras de Nápoles. Nuestra nobleza es inmemorial, pero será inmemorial en tanto alguien la represente con orgullo: el día que ese último desaparezca, se borrarán mil años de historia...

—Padre, eso del honor es idea del pasado. El Castell de Sangro no se ganó con honor y cortesía sino con ejércitos alimentados por nuestro bolsillo. ¿No es el honor un concepto que se reescribe luego de que alguien gana una batalla?

—Solo sé que he empeñado mi palabra al rey, que me hizo merced de repatriar seiscientos mil pesos en tanto levantara para sus arcas seis millones de este reino exiguo. Y que me comprometí a luchar contra la venalidad de los comerciantes locales amigos de amaños y contrabandos, de jueces ávidos de lucros y funcionarios dados a los abusos. No puedo permitir que estas conductas se repitan, Marino.

—Ese es su problema, padre, yo no hice ningún juramento ¿Perdí yo acaso la fortuna de la familia?

—Marino, recuerda el respeto que me debes. La confusión del siglo te ha mareado...

—Si usted no hubiera dejado de tomar decisiones, no las habría tenido que tomar yo. ¿No dice que un príncipe que no gobierna es como una higuera estéril?

—Reconozco que la muerte de tu madre me dejó anonadado y abatido, pero consentirás que luego hice todo lo humanamente posible por recuperarme de mi desolación, por actuar como era debido.

—No, padre, no fue a partir de la muerte de mi madre que empezaron los problemas, bien sabe que todo empezó cuando abandonamos nuestros feudos para jugar a la gran política.

—No es justo lo que me dices, hijo. En las horas aciagas, con tu madre tomamos decisiones que en el momento eran muy difíciles. Sabes cuán indescifrable es el futuro. Hay veces en que ante dos decisiones no hay salida buena. Ante esas disyuntivas no se sabe cómo actuar. Incluso con la ayuda de los oráculos es difícil decidir y no caer presa de sus engaños. No hay visión diáfana del porvenir

—Padre, usted y sus oráculos. Mire a dónde nos ha llevado. ¿Quiere que mendigue? ¿Para qué me trajo entonces al Perú? No quiere que me case acá con un buen partido, no quiere tampoco que saque provecho ni entre en negocios....

—¿Creías que quedándote en Madrid a tus anchas conseguirías un gran partido? Por lo visto solo habrías ganado fama de disoluto. Mira cómo ahora el prestigio de tu cuñado Crevascone, que no era poco, anda por los suelos; nadie lo quiere como amigo y menos como aliado. Lo tildan de falso, voluble, y mendaz; y solo se sostiene por el honor de tu hermana Clara Irene que es la primera dama de la reina. Mira a la postre cómo la falta de honor puede arruinar a un cortesano que se consideraba el mejor partido en su momento. Ve cómo, si los hombres bajos caen en deshonra, esta siempre es menor que la de los nobles que pierden su honor y, por ende, el de sus antepasados.

—¿Y no cree entonces, padre, que fue una insensatez apostar toda su influencia a ese matrimonio? ¿Que el pago de esa dote, además de este viaje, y los costos de sus embajadas nos han arruinado?

—¿Teníamos otra opción? ¿Es que acaso el dinero crece como las peras en los árboles? El tema es que, a pesar de mis malos juicios, podré morir con honor. Y dirán que temí tanto a la infamia como albergué la esperanza de la gloria. Pero lo que trato de explicarte, hijo, es que no me jacto de mis obras, ni me creo un modelo de virtud. En efecto, en pos de mantener el honor de nuestra casa, he tenido que embarcarme en mil pequeñas transacciones que, sin ser delitos, me ponían al borde de lo incorrecto, pero mil veces logré evitar cruzar ese linde oscuro. También confieso que cerré los ojos frente a los extravíos de los demás. Todos esos actos me generan remordimiento y una tristeza que empaña la alegría por la meta lograda. Con ello el honor de una vida correcta se ve ensombrecido por la oscuridad, por esa inocencia perdida como las hojas secas que caen del árbol de la virtud. No quiero que tu vida se vea tan tempranamente cubierta por esas sombras, por hechos ejecutados tan torpemente...

—Podrá morir con mucho honor, padre, Dios quiera que sea en muchos años. Pero a nosotros aun nos falta recorrer una vida de prosternaciones y reverencias, arrastrándonos por un beneficio, un oficio, una merced. Es muy distinta nuestra perspectiva. Usted nació rico y muere pobre por sus propias acciones, pero yo nací pobre y no quiero seguir pobre, teniendo las oportunidades a mi alcance

—Déjame advertirte que, para querer solucionar tu situación tan desesperadamente, tus ambiciones desmedidas te llevan a afrontar riesgos inmoderados. ¿No podías contentarte con esos cincuenta mil pesos recabados recurriendo a tantos ilícitos? ¿A qué arriesgarlo todo en ese galeón a China? Una nave piloteada por un francés y con marineros indígenas. Vaya insensatez. No parece muy prudente.

—No son cincuenta mil, padre, también son cuarenta mil de Julia Quitería y veinticinco mil de Tiburcio. También levanté algunos capitales de señores principales de la ciudad para poder tener fondos suficientes.

—¡Oh, Dios! ¿Por qué no me hiciste mercader? ¡Con estos hijos hubiera muerto banquero! Están ustedes dementes, hijos míos, esa fortuna arriesgada tan temerariamente. Si esto se sabe, ya me veo llegando en cadenas a Madrid. ¿Es verdad lo de Julia Quitería?

—Enteramente cierto, y es más, solo me dio esa cantidad diciéndome que no me daba más porque era previsora y que no le gusta poner todos los huevos en una sola canasta...

—Siempre pensé que la fortuna me era adversa, pero hoy me cercioro que como gobernante no tengo ni siquiera virtud. No puedo gobernar ni aun en mi propia casa...

—¿Se siente, padre, muy satisfecho con su arreglo con el rey? Seiscientos mil pesos, que está por ver si los consigue, ya que ni reteniendo las pagas de los guardias y los ministros alcanzará a enviar al rey esos seis millones de los que le corresponde un décimo. Pero aun si lo lograra, ¿acaso comprarían los dominios que perdió? Seguro que no. Yo con cuarenta mil pesos menos podría lograr. Pero si ese navío de la China regresara, todo cambiaría. No me importaría ser como esos hombres nuevos, como estos burgueses que mercadean y, si les apetece, se hacen nobles. Aunque usted tanto los desprecie no parecen pasarla nada mal, no. ¿No decían acaso los antiguos que la fortuna favorece a los audaces? ¿Que la fortuna ayuda a la virtud y sin ella la virtud puede fracasar?

—Marino, la fortuna a la que te refieres es la suerte, no la riqueza. Y alguien a quien solo el interés lo mueve no debería llamarse noble sino ruin mercader. Pero lo peor de todo es que ni mercader sabes ser, y ahora tu negocio, estará en manos solo de la fortuna y no de la virtud... Pero dejemos de lado ese tema, que parece que no llegaremos a ningún acuerdo. Aun si olvidamos tus lucros indebidos, la vida disoluta que llevas no tiene nada que ver con ese tema. ¿Qué te ha dado con perseguir esclavas por toda la ciudad? Te llenas de ridículo. Menos pecado habría en seducir doncellas casaderas. Y con toda la ciudad como escenario. Ya sabes que todos comentan tus andanzas y asocian tu nombre con el de Ceruti, al que llaman *el capón* a viva voz y ahora me obligan a desterrar a Valdivia.

—Usted no ha dado el ejemplo enredándose en aventuras con la condesa de las Torres, padre.

—Marino, no menciones ese tema, que no viene a cuento. Si fueses un muchacho de quince años podría hacerme oídos sordos, pero eres un hombre y ya hasta los familiares de la inquisición mencionan tus dislates. Y sabes cómo nos detestan estos criollos. Y la bellaquería que cometiste de mandarlo a apresar con el verdugo en mi nombre a Tagle Bracho, para que pagara las deudas que te tenía.

—Esa fue una idea de Virgilio, su caballerizo mayor, padre. Y no negará que fue comiquísimo ver cómo el presuntuoso Tagle Bracho se cagaba en sus bragas, imaginándose que ya lo subían al cadalso.

—Pues tu broma me ha costado cara. Sus amigos ya me llaman tirano, y estarán escribiendo a la península y aconchabándose con Morcillo.

## CASA DE LA CALLE DE NÚÑEZ

Un viajero mal trajeado, cansado, con rastros de no haber dormido en días, pedía ver a Virgilio María Gritta, caballero mayor de su Excelencia. Había exigido que lo llevaran hasta las habitaciones del señor Gritta, aunque fuese en medio de la noche; había amenazado al sirviente, quien se oponía a dejarlo pasar: le dijo con rabia contenida, mezclada con cansancio e impotencia, que se trataba de un aviso importante y que él sería el responsable si su amo no llegaba a enterarse a tiempo. Otros sirvientes recién despertados prendían lámparas de aceite, traían palmatorias con velas titubeantes y encendían candelabros. Cuando llegó Gritta, medio dormido, medio despierto, le increpó que se presentara ante él con ese aspecto en ese momento de la noche, ¿es que acaso no tenía modales? ¿No tenía reparos en incomodar al caballero mayor de Su Excelencia, señor noble de la República de Génova? Pero, intrigado en el fondo por lo inusual de la situación, escuchó al recién llegado.

El viajero mal trajeado abandonó su mutismo y empezó a hablar. Comenzó a contar las desventuras del viaje, que el viaje había empezado mal, que cuando menos lo esperaban había sucedido el desastre. Habían demorado toda la semana cargando el patache San Martín con los barriles de pólvora. El capitán no había querido llevarlos, arguyó que el flete debía ser al menos el triple por el peligro que significaba cargar todos esos explosivos, pero les mostraron las órdenes expresas del conde de Bena, capitán de la plaza, y ante eso no se pudo negar. Fue difícil subir los barriles, el mar estaba picado y temían perderlos, sabiendo cuán valiosos eran.

Luego sobrevino la borrasca. Era extraño en esa época del año, pero en toda esa zona cercana a Pisco había vientos de tarde muy problemáticos. Hubo que avanzar contra el viento, ciñendo, navegando de bolina, formando ángulos contra el viento, a babor primero, a estribor luego y vuelta a cambiar, cada tanto las velas flameaban flojas sin viento y había que ceñirlas a la amura contraria. Con eso se nos vino la noche muy pronto y perdimos la referencia con la tierra. El cielo estaba cubierto y no había ninguna estrella visible. Pero lo más probable es que el capitán fuera incapaz de determinar la situación de la nave por la observación de las estrellas. A ratos se notaba alguna luz en el horizonte, pero nadie estaba seguro, tan pronto como la veían desaparecía. Al amanecer, solo divisábamos acantilados llenos de lobos de mar que son buenos para sacar sebo para las lámparas, pero incomibles, y una sucesión de dunas y dunas hasta el infinito. Al mediodía

uno de los marineros identificó el candelabro marcado en la ladera del cerro. Era grande y difícil no verlo. Recién allí se supo que no estábamos lejos de Pisco. Cuando pudimos acercarnos a la costa empezamos a cargar la mercadería en las balsas endebles de los indios del lugar. Y fue entonces que todo ocurrió.

—¿Es que explotó la pólvora? ¿Qué pasó? —inquirió Gritta, ya despierto del todo.

—Cuando tocamos tierra todo se veía tranquilo. Hacía dos días que habían llegado los hombres del navío L’Aurore, y los de L’Assomption estaban entregados al desembarco. El mayordomo de Su Excelencia, Jorge Torrelli, ya estaba allí y las negociaciones progresaban aceptablemente, dentro de lo esperado. Eran gente ruda estos franceses y se hacían de rogar, pero don Jorge, digo, Torrelli, tenía el dominio de la situación. Cuando en eso empezó a escucharse una gritería. Pensamos que era una gresca desatada entre los marineros de las dos naves, que eran muy celosos de sus cargamentos, pero de pronto apareció un grupo grande de hombres armados con espadas y escopetas. El que los comandaba se identificó como el fiscal del crimen don Pedro Pérez de Guzmán, y el que lo ayudaba, como el procurador del consulado. Rápidamente apresaron a todos y empezaron a buscar los barriles de pólvora, aún antes de inmovilizar las mercancías. De poco sirvió que don Jorge Torrelli expresara que estaba allí en representación del gobierno, como mayordomo de Su Excelencia el virrey, y que estaba cumpliendo sus órdenes directas. El fiscal hizo caso omiso de sus palabras y siguió dirigiendo las operaciones.

Al cabo de unas horas, ya cuando el sol estaba, alto tenían como cincuenta hombres presos, incluso al capitán del puerto y al mayordomo, una de las naves L’Assomption capturada, mucha mercadería decomisada y habían sacado de los barriles de pólvora los casi sesenta mil pesos con los que se iban a hacer los pagos y que nadie sabía cómo explicar. Fue entonces, con todas las pruebas por delante, que el mayordomo Torrelli empezó a repetir, cada vez con menos convicción, que Su Excelencia le había dado órdenes, que era una misión oficial, que tenía sus cartas con las órdenes bien claras, que llevaban el sello real.

—¡Fementido traidor ese Torrelli! —señaló Gritta—. ¿Cómo se atreve? ¡Implicando a Su Excelencia en sus taimadas negociaciones! ¿Y qué pasó luego?

—El fiscal cargó con todos, diciendo que no se preocuparan por hablar con el mayordomo, que sabía que estaba implicado, y que pronto llegarían todos a Lima encadenados para ser juzgados, y que ninguna influencia les serviría ante el escándalo que se armaría. Y que no se creyeran que les estaba armando un número para luego recibir una coima por dejarlos partir libres de polvo y paja. Yo pude escapar de milagro y no he parado de cabalgar desde la mañana del domingo, pero quería que lo supiera antes de que llegaran las noticias a Lima, para que estuviera avisado.

—Bien hecho, saldré de inmediato a pedirle a Su Excelencia que me reciba.

—*¡Che scandalo!* —gritó el virrey—. Vaya estupidez la que han cometido. Gritta, es usted el culpable, ese Torrelli era su recomendado, era de su gente, qué negocios son esos. ¿Cómo ha permitido todo esto? ¿Y este es el sustituto que me consiguió para que reemplazara a Teodoro Candiotti como mayordomo mayor cuando hube de despedirlo por sus inconductas? ¿Aún no ha comprendido usted que he prometido al rey combatir el contrabando de los franceses? ¿Cuántas veces debo repetirlo? A estas horas ya todo Lima debe estar comentando el hecho, y no faltarán los que sumen dos y dos, y empiecen a decir que en la mayordomía de palacio es donde empiezan los peculados, y los lucros y los negociados, y mis enemigos lo informarán a la corte para desprestigiarne, y todo será culpa de esa incontenible ambición que los corrompe.

El secretario José Rossi, alertado camino a palacio por Gritta, intentó calmar los ánimos.

—No se ofusque, Excelencia. El colerón le hará mal, le regresarán las fiebres. Tómelo con calma y examinemos el asunto fríamente. Tratemos de controlar el daño. Hay que dejar en claro que es un lucro personal de su mayordomo. Habrá que tomar medidas contra Giorgio Torrelli, debería expulsarlo de su servicio y de su familia de inmediato. Publique en bando público y por cedulón que a partir de este momento ya no es parte de su personal de palacio. Que ya no es hombre de su confianza y que lo entrega a la ley para que sea adecuadamente procesado. Deberá demandarlo por fraguar sus cartas y órdenes, el uso indebido del sello real, el haber partido sin su licencia. Deberá recusar las misivas, atacar su autenticidad, decir que no pueden usarse por haber sido obtenidas de manera ilícita.

—Sí, pero siempre se le puede interrogar y últimamente lo hacen de modo muy convincente, sin temer al uso de la tortura —señaló Gritta, quien ya se veía complicado en el asunto hasta el cuello.

—Sí, ese es un problema que debemos evitar a toda costa. Diremos que los documentos no se pueden usar como prueba en el proceso, pues llevan el sello real. Y con respecto a sus declaraciones, habrá que saber jugar el juego adecuadamente. Sí. Diremos que Su Excelencia se encuentra tan indignado que no quiere esperar a la investigación fiscal, y que lo destierra desde este mismo momento a Panamá o a Guayaquil. De ese modo, será visto como un castigo ejemplar y sustraeremos su persona a las pesquisas del fiscal y a sus interrogatorios. Así pondremos fin a este desagradable asunto.

También habremos de pensar cómo calmar al consulado e impedir el contubernio con Pedro Pérez de Guzmán. Esa sería una mezcla demasiado tóxica. Tengan en cuenta que ese fiscal es conocido por no dejarse amedrentar y no tuvo empacho en enfrentarse con el obispo Ladrón de Guevara.

—Ese fiscal del crimen, ese Pedro Pérez de Guzmán, se ha convertido en una verdadera molestia —añadió Gritta—. Es él quien empezó las indagaciones en la casa de apuestas de Marino y destapó todo ese desagradable asunto de las joyas de dudosa procedencia. Siguió las pesquisas contra Candiotti y descubrió mucho más de lo que nosotros mismos sabíamos. Y ahora extiende sus investigaciones. Es preocupante que esté husmeando en Ica y que ya se atreva a incautar cargamentos. Dicen que incluso anda preguntando por una flota que se arma para mandar a la China.

—¿Una flotta per la Cina? —preguntó preocupado y tartamudeando el príncipe.

—Es tiempo de que algo le suceda. Excelencia, utilice su poder para hacer que se detenga. No sea que haya que tomar medidas más drásticas, digamos medidas permanentes contra él —añadió Gritta.

—Aquí nadie tomará medidas contra nadie, y menos contra un oficial del rey, y eso quiero que quede bien claro. No seré yo quien permita que la justicia de Su Majestad sea afrentada. Se lo advierto, Virgilio. Se lo advierto a todos —agregó el príncipe.

\*\*\*

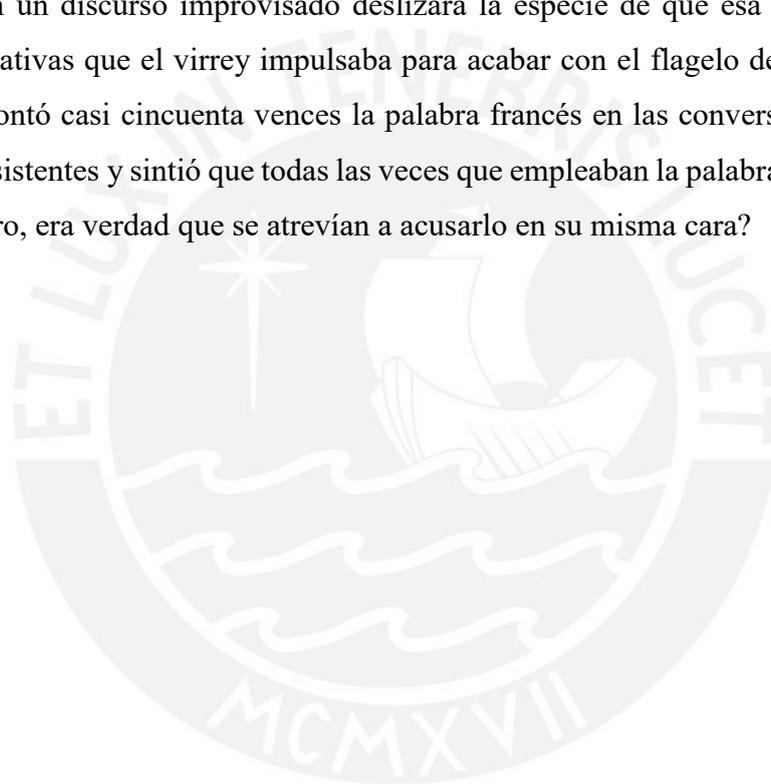
El príncipe se despertó sobresaltado, —Giovanni, me ahogo —dijo. Había tenido un sueño extraño. Soñó que lo conducían por unos corredores y llegaba a los salones de Bucchianico, y parecía que todo había sido mentira, que no lo habían quemado ni saqueado sino por el contrario lucía remozado, limpio y brillante, lleno de las riquezas de la China y Marino se paseaba muy orgulloso enseñando el restablecimiento de sus riquezas. Y de repente el sueño tan placentero se transformó en opresiva pesadilla y sentía cómo la transpiración le mojaba el cuerpo. Caminaba ya no por Bucchianico sino por una iglesia oscura y sentía un ruido extraño, sordo, como de piedras que raspaban y de repente de una de las lápidas del suelo un brazo cadavérico se movía y la mano señalaba una inscripción en la pared. Entonces leyó *menel, tekel, fares*. Recordó la sentencia de Baltazar: medido, pesado y sentenciado.

Tomó el agua que Giovanni le alcanzó a la luz de una vacilante vela que acentuaba las ojeras de su sirviente. Después de un rato logró calmarse comiendo las masitas de San Leandro que le alcanzó Giovanni. Le pidió que le sirviera más agua, se quejaba de que estaban muy azucaradas, que seguro le darían vinagrera. Recordó que la escena del esqueleto señalando era un relato terrorífico que le habían contado durante la epidemia en el Cusco. El señalado había muerto dos días después. Pero increíblemente, el funesto presagio no le preocupaba ya, era como si ese temor ya se hubiera esfumado como una oscuridad espantada por la lumbre del candelabro. ¿Estaba medido, pesado, y sentenciado? ¿Era que la flota a la China de Marino lo podía agobiar tanto? Pero lo verdaderamente preocupante era que al principio del sueño el había aprobado las acciones de Marino y solo después al verse descubierto se había aterrorizado. ¿Se había convertido en cómplice de la corrupción que aquejaba a todos en su palacio? Pensó, si se desataba el escándalo, ¿sería capaz de hacer que su mandato llegara a su fin?

\*\*\*

El príncipe estaba de un humor insoportable. Debía recibir a los nobles limeños en palacio aquella noche y había discutido toda la tarde con la condesa de las Torres acerca del estanco de los naipes que había quedado libre. Le molestaba además que la condesa se paseara por el palacio dando órdenes a los sirvientes como dueña de casa, pero se molestó aun más cuando la pobre Julia Quitería le susurró al oído: parece que Ana se cree ya dueña de casa. El príncipe se dio cuenta que también hubiera reprendido a Julia Quitería si le hubiera dicho exactamente lo opuesto. Lo que en verdad le molestaba es que faltaba

poco para que llegaran los nobles limeños y que aunque se presentara en toda su gala virreinal, escoltado por sus veinticuatro arcabuceros y recibiera el besamanos en el salón del Sello Real bajo el retrato del augusto Felipe V, en realidad los nobles por más cortesías que le hicieran estarían comentando por lo bajo la captura de los contrabandistas realizada por Pérez de Guzmán. Todos maliciarían como había podido logrado con un pequeño grupo, mientras que el almirante Martinett con toda su costosa flota llegaba siempre sospechosamente *a place* a los decomisos, cuando ya todo el contrabando había sido comerciado y solo recogía los sobrantes y levantaba el acta de la minúscula incautación. De poco sirvió que el secretario Rosi interrumpiera la reunión para condecorar a Pérez de Guzmán y en un discurso improvisado deslizara la especie de que esa era otra de las notables iniciativas que el virrey impulsaba para acabar con el flagelo del contrabando. El príncipe contó casi cincuenta veces la palabra francés en las conversaciones que le dirigían los asistentes y sintió que todas las veces que empleaban la palabra lo hacían para zaherirlo ¿pero, era verdad que se atrevían a acusarlo en su misma cara?



## DESPACHO DEL VIRREY

El príncipe recibió carta de su hijo político, el marqués de Crevecour. Mientras miraba el sobre cerrado, tuvo un extraño presentimiento. ¿Ya se habrían enterado en la corte del asunto de los franceses? ¿O sería el anuncio del nacimiento de su tercer nieto? Mientras hacía saltar el lacre del sello con forma de halcón, percibió un papel demasiado grueso, y un borde negro ancho que enmarcaba la hoja. No pudo entretenerse en leer toda la carta, sus ojos nerviosos recorrían el pliego y no se detenían en los párrafos, en las acostumbradas fórmulas de cortesía. Conforme saltaba los renglones, resaltaban algunas palabras como si estuvieran escritas en tinta de otro color:

Clara Irene...

Infausta noticia...

A veinte de marzo...

Fiebres puerperales...

Cripta...

Mucha concurrencia...

Misa de honras...

Mil misas cantadas...

Asistieron el rey y la reina...

Gran tristeza en la corte...

De sus manos ha resbalado la carta, sus mejillas estaban marcadas por surcos gruesos de lágrimas. ¿Es que no cesaría nunca este cúmulo de desgracias? Clara Irene... No podía ser, no... ¿Qué ha hecho para merecer tanto castigo...? Tres meses atrás, y él no había sentido ningún aviso, ni un ave negra como las que veía su abuela cuando sucedían desgracias, ni un presagio de esos que hielan la sangre. Nada que le hiciera sospechar... Pero sí, le habían advertido, *una carta con muchas lágrimas...* Pensó en su hija adorada, en su matrimonio, en sus muchas esperanzas. Le parecía increíble ya no poder volver a ver a Clara Irene. Ni a ella, ni a su padre, ni a Constanza, ni a Bucchianico, sus tierras

perdidas. Los oráculos siempre habían sido funestos, ¿por qué había seguido adelante?  
¿Quién le deseaba la *jettatura*?

Desde que llegó al Perú no había parado de haber desgracias: el eclipse, la peste, la inundación de Saña, los temblores. Muerte, solo muerte a su alrededor. ¿Acaso ha caído una maldición sobre él? ¿Debiera picarse los ojos y recorrer el mundo ciego guiado por sus hijas Tecla y Julia Quitería, buscando una redención? ¿Quizá el oráculo de Pachacamac podría aclararle el motivo de su maldición? ¿No buscaban los helenos las profecías de los oráculos de la tierra? ¿Es que acaso en esa huaca derruida vivía un profeta Tiresías que le revelaría los hechos ignominiosos de su pasado que atraían la divina maldición?

\*\*\*

El príncipe no ha querido recibir a nadie por días enteros. Ni siquiera a sus ministros italianos. No le importó ni pedir el luto, ni recibir las condolencias. No asistió a la misa de honras. De su cámara de dormir no ha querido salir. Ha tomado la resolución de enviarle una carta al rey Felipe. Ya no le preocupa reunir los seis millones de pesos que debía enviar, ni el diez por ciento que recibirá por comisión. No le importan las reformas de las minas de Huancavelica ni la protección de la costa de las acechanzas francesas. Solo le pide al rey Felipe que le envíe un relevo, un príncipe, un duque, un grande de España que lo reemplace en el gobierno del virreinato. Le dice a Su Majestad que ya no puede gobernar, que ha tomado una resolución, llegar a Madrid y tomar el estado clerical, pedirle al Papa, su deudo, que lo haga cardenal.

\*\*\*

La condesa de las Torres logró entrar en las habitaciones en las que el príncipe se refugiaba sin permitir que nadie se allegase a él.

—¿Qué te sucede, Carmine? Hace días que no sales, ni te bañas ni comes. No ves a nadie, no te interesa nada ¿Es que acaso ya no me quieres? No me llamas, no me visitas. Inútilmente te he mandado recados toda esta semana.

—No es nada condesa, es que nada tiene sentido, languidezco aquí en mi palacio. Todo lo que parecía ser, ya no es.

—No es justo, Carmine, te encierras en tu pena y me alejas. Tú que dijiste amarme me conviertes en una extranjera de tus afectos.

—No digas eso Ana, es que la muerte de Clara Irene me ha hundido en mi antiguo estado; ante mí se abren como fosos los antiguos cráteres de mi pena, la ruinas de mi corazón son tan desoladoras como las de Bucchianico.

—Pero para eso estoy yo aquí, Carmine, apóyate en mí

—Ya es muy tarde, Ana querida, mi tiempo de ser feliz ha pasado. Hubo un momento en que sentí brillar como una extensión de mi juventud una nueva ilusión, pero ahora ya todo ha acabado. Discúlpame, soy incapaz de recuperarme

—Tus palabras hieren más que el acero, Carmine...

\*\*\*

La respuesta del rey no se hizo esperar, se daba por aceptada su renuncia. Parecía que mucho en la corte lo esperaban con ansia. Solo le pedían que esperara para embarcarse la llegada del obispo Morcillo que bajaría de las Charcas. La tradición mandaba que el príncipe viviera en el palacio hasta esa fecha pero Julia Quitería convenció a su padre para que dejara ese caserón lúgubre. Parecía que desde que había llegado a ese palacio en decadencia solo había escuchado malas nuevas. Prefirieron ocupar la casa de la calle de Núñez que Gritta mantenía alquilada que aunque no era un palacio era alegre y estaba bellamente arreglada. No era lo usual que el virrey abandonara anticipadamente el palacio pero era tanta la aversión que el príncipe sentía por su sucesor que evitó tener toda posibilidad de tratar con él. La llegada de Morcillo se hacía larga, y aunque había prometido en sus cartas no tardar tanto como la vez anterior en su viaje desde su obispado de las Charcas, la espera parecía no tener fin, y las malas noticias seguían llegando. En la plaza todos los días ponían pasquines donde se burlaban del italiano, especialmente ahora que lo veían disminuido, refugiado en la casa de su secretario, con poco poder, y sin ganas de gobernar. Lo representaban como un murciélago que mordía la pata de una vaca, que era el reino, y que la dejaba flaca a fuerza de tanto succionar.

Se anunció el juicio de residencia y día a día se empezaron a acumular las quejas, que iniciaban causas, que generaban juicios, que demandaban el concurso de los abogados, que implicaban buscar documentos para su defensa.

En eso les llegó la noticia de que había muerto el oidor Concha, quien era su defensor en el proceso de la residencia, y que en cambio lo sustituía su viejo enemigo el oidor Núñez, hombre de Morcillo. Si no movía rápido sus hilos en Madrid el asunto podía complicarse. Y ahora sin Clara Irene en la corte para demandar las influencias de su esposo, de su suegro, de la gente del bando italiano todo se complicaba aun más. Por esos días se supo cómo el cardenal Alveroni había caído en desgracia... Los allegados al nuevo valido bien podían utilizarlo a él de chivo expiatorio, sindicarlo como ejemplo de la corrupción, un nuevo Castell-dos-Rius, el Castell-dos-Rius de los italianos y darle una sanción ejemplar al bando itálico. Qué importarían ahora los casi cinco millones de pesos que había recaudado para el rey en los cuatro años de su gobierno, y que enviaba puntualmente en cada armada que partía rumbo a España, cuando todo el mundo alababa la millonada de pesos que Morcillo en silencio le había enviado al monarca y que según decían había servido para comprar el virreinato finalmente...



## CORRAL DE COMEDIAS

—Debemos divertir al *Atan*—, había dicho Julia Quitería—, no es bueno que permanezca encerrado en casa sin ver a nadie, llevémoslo a la comedia.

El Corral de la Comedia Vieja, en la calle de San Agustín, estaba atestado de gente. Delante esperaban muchas calesas. Los cocheros conversaban reunidos en el lado sombreado de la calle. En el mesón vecino los empleados servían refrescos, vino y bocaditos tan rápido como podían. Tomaban órdenes de platos complicados, con frituras y guarniciones que servirían entre la *segunda jornada* y la *mojiganga*. Se presentaba una nueva obra de teatro, *No puede ser*, y todas las localidades estaban vendidas.

El príncipe y sus acompañantes entraron tarde y rápido, intentando pasar desapercibidos. Desde que dejara el cargo de virrey, su presencia no ocasionaba tumultos de efusiones y saludos, y ya no se acercaban los pedigüeños y pretendientes de mercedes. Muchos de los presentes prefirieron mirar hacia otro lado mientras el rápido grupo se internó en el corredor que llevaba a la escalera del aposento privado. Solo allí, separado de la mirada de los demás por una cerrada celosía, el príncipe pudo mirar sin ser visto. La *loa* y la *primera jornada* ya habían acabado. El patio y las gradas laterales se hallaban todos llenos. En las bancas no cabía un alma más. Muchos hombres fumaban, hablaban, tosían. Otros comían los platos elaborados de pescados y guisados que habían pedido un rato antes. Vio a Peralta ¡*senza vergogna!*, al conde De Santiago, al de Iscar y al marqués de Monterrico. En las graderías de cazuela se amontonaban las mujeres, sentadas las más elegantes. Fumaban cigarrillos finos entre postre y postre, y se abrillantaban los dientes con el limpión, un atadizo de hojas de tabaco. Muchas habían preferido cubrirse como tapadas para no tener que lucir trajes vistosos. ¿Estaría la condesa de las Torres? Solo pensarlo le causó una pena infinita.

No, no parecía que Morcillo estuviese presente. No había visto a sus gentiles hombres de palacio rondando el lugar. Eso tranquilizó al príncipe: sería muy desagradable tener que encontrarlo, esbozar una sonrisa, quitarse el sombrero, aparentar modales cortesanos. Peor aún hubiera sido que, en un ademán cortés, el nuevo virrey lo hubiera invitado a su palco para humillarlo, para mostrarlo en público a las risas de la gente. En el escenario, los cómicos empezaban la segunda jornada, aunque les costaba imponer su voz sobre las conversaciones de los asistentes.

Entran dos actores conversando.

—Señores, no se apuren que el amo gracias a Dios está muy alegre —dijo un personaje al que llaman el Capón y que hablaba con mucha gracia, como el maestro Roque Ceruti, y que por momentos soplabla una flauta a dos carrillos. El decorado imitaba un salón del palacio. *Pero qué decorado tan pobre, cualquiera de las comedias que representé en palaggio estaba mejor ambientada, qué asentista de la comedia tan mezquino...*

—¿Es posible que al virrey han de quitar para que le sucediese el fraile Morcillo? —preguntaba un cura que imitaba los giros del padre Molleda y repartía bendiciones al público que reía con ganas—. Pero si es un santo, un santo varón.

—Mayores dislates vieron los Césares —dijo otro comediante, que podía ser el mayordomo Virgilio María Gritta. *Gritta se lo ha ganado a pulso, tantas veces se lo advertí el estanco de la carne, del hielo de la cordillera, los fardos de los franceses, todo eso causaba la furia de la gente...*

Repiten todos en coro con voz de remedo:

—Pues tan gran señor soy que tengo en Nápoles un palacio que de los reyes fue y soy pariente de la reina y tengo champurrada mi misma sangre con la del rey que me llama padre. *¿Tanto lo habré repetido?, si solo lo conté un par de veces, para que se supiera quien era, para diferenciarme del fraile chocho e incapaz de Morcillo.*

Todos en escena ríen, todos callan al ver que el príncipe entra. Lleva puestos sus anteojos y lee un papel pegado casi a sus ojos. Y comenta en voz alta la carta. Era un actor que fingía enorme vejez, todos blancos de talco y con una verruga negra en el mentón, llevaba la pierna vendada, bastón y muleta, caminaba con gran escarnio. Entran con él dos perros chuscos a los que han afeitado. *¿Así lo verían los demás? ¿Un vejete ridículo, un pintamonos? Que me retraten como un Matusalén pase, pero que a Ñeñuc y Ñañec los representen de un modo tan vil...*

—¿Se descuidaron mi yerno y el duque de Popoli? —pregunta fingido acento italiano dirigiéndose a los demás actores—. ¿Y si Morcillo allá compró voluntades? ¿Pues no hay en Italia o en la misma España príncipes o duques que me pudieran suceder? ¿Es acaso algún sujeto proporcionado para sucederme a mí? No. No, puede ser. Ay, mi podagra, *povero me.*

—Excelencia, estos nobles señores vienen a expresarle su pesar por las malas nuevas — dijo el caballero Gritta.

—¿Malas noticias? No comprendo ¿Ya Morcillo es virrey? El príncipe mira un retrato de Macchiavelo en la escenografía y exclama:

—¡O cruel, *cosa mi hai detto!* ¡Esto se acabó, todo se ha perdido!- dice dirigiéndose al público

Entra a escena un inquisidor para llevarse el retrato de Macchiavelo.

*¿Eso de Macchiavelo solo lo podía saber Peralta, a él había confesado admirar a Macchiavelo! ¿Podría ser tan falsario de hacerle venias y cortesías y revelar el contenido de sus conversaciones? ¿Toda Lima sabría sus más íntimos pensamientos?*

Entra el secretario Rossi, el duque Marino, el oidor Concha y preguntan al unísono.

—¿Qué sucede? ¿A qué tanto ruido? ¿Venció el turco la liga de la Iglesia?

—*Peggio.*

—¿Vencieron los ejércitos de la Liga a España? ¿Perdieron las tropas de Sicilia?

—Peor que eso.

—¿Murió el Sumo Pontífice?

—No, no es eso: ¡Morcillo *e viche re!*

—¿Y viene ya?

—No, al menos tendré un *anno* más de *governo*.

—Síntese usted, Excelencia, si quiere oír una sonata.

—Para sonatas estaré yo con todo mi dinero en manos de los corregidores.

—Seguro que por todo un año ha de durar este gobierno —dice en voz alta el virrey dirigiéndose a la audiencia—. He de aniquilar al Correo Mayor, a los oficiales reales, al general de la mar, al contador del Callao. He de despachar a Martinett, he de perseguir a

Lacunza, he de desairar al oidor Núñez, he de estimar más al oidor Concha. ¡Vendetta!  
¡He de obrar en venganza de los que estuvieron *contro il mio governo!*

*¿Así veían estos criollos mi gobierno? ¿Atribuían mi justicia a ansias de venganza? ¿Mis decretos a bajas pasiones?*

—Hemos discurrido una empresa que en el tiempo que nos queda no sabemos si habrá para lograrla y quedar poderosos —le dice en voz baja el duque Marino, un actor muy arreglado con muchas piedras y joyas de fantasía en sus ropas y un sombrero con plumas inmensas, que no suelta la mano del Capón-Roque Ceruti mientras habla: *Yo le dije a Marino que se cuidara de la fama que le daba ese músico, ¿pensarán todos que él es también un invertido? ¿El bujarrón que acompaña al músico pederasta?*

—Hemos despachado con registro el navío de don Luis Carrillo para que vaya derecho a la China, esperemos que regrese antes del fin de ese año que vas a gobernar...

—*¡Que me piache, que me piache, y che faga la negochiachione!* —el público ríe. Ya nadie siente temor de expresar su aversión al príncipe, de burlarse de sus dichos, de su mal castellano, de sus abusos, y acusarlo de tiranía. Tiran cáscaras de frutas al actor que lo representa, lo pifian, gritan ¡ladrón!, ¡impostor! ¡bachiche tirano!

*¿Tirano? ¿Ladrón? ¿Yo? Infelices, ¿es que acaso creen que actué más allá de mis instrucciones? ¡Yo, un príncipe de Italia descendiente de Caracolo el bizantino llamado bachicha! No, eso no puede ser. Esto del viaje de los galeones a la China es ya vox populi. ¿Es que pronto se convertirá en un nuevo cargo del juicio de residencia?*

—Y *adesso* que venga la ropa de contrabando de Panamá y despachémosla a todo el reino y que todos paguen con prontitud lo que están debiendo, que debemos cobrar todas las deudas de nuestras negociaciones ahora que todavía tenemos poder, a la horca con todos ellos...

El virrey habla a todos los actores en voz alta y al público.

—Vamos todos a Lurín a divertir mis achaques, vamos al campo, al meadero de doña Francisca, con muchas damas y mancebos montados en carros y bestias. Quedémonos dos meses y hagamos grandes divertimentos, comedias y sonatas para los cuales los convido y allí tendremos tiempo para planear nuestra venganza...

Entra un sirviente del palacio.

—Príncipe, un chasqui ha traído una nueva carta.

—Lee, ¿qué dice? no tengo mis *occhiali* conmigo.

—Es un aviso de Morcillo que anuncia que llegará a Lima a finales de semana.

—No puede ser. Pues si esto no tiene remedio y ha de ser: empiecen a empacar nuestras ropas y a descolgar las colgaduras y el sábado me voy a Miraflores a escuchar una sonata...

*Bah, la obra era una bobería. Lo que le dolía era ver las risas de sus antiguos colaboradores, la gente que había protegido que ahora le daban la espalda...*

Sintió la mano de Marino que se posaba su hombro dándole su apoyo —Vámonos, padre, esta gente no merece someterlo a su escarnio. Ya veremos cómo se quejarán en un año de los abusos de ese impresentable de Morcillo y añorarán su justo gobierno. Es más, abandona ya el palacio y múdate a Miraflores para que no tengas que verle la cara a toda esta gente.

## MANSIÓN EN MIRAFLORES

En los últimos días del mes de mayo, llegó la reducida corte del virrey a la casa de campo de Virgilio María Gritta. Entonces un invierno anticipado se posó sobre el pueblo de San Miguel de Miraflores y ya no resultaba agradable salir a pasear por los caminos que cruzaban sus moyas y quiñones. Sus chacras, sus sotos y jardines, antes siempre floridos, ahora estaban mustios y corría un viento húmedo que helaba los huesos. Desde el mar subía una niebla salada que invadía las casas y las arboledas y borraba los cerros de lontananza. A la huerta, antes tan amena, ahora no apetecía bajar. No importaba cuánto tratara Giovanni de mantener cerradas las puertas y ventanas de las habitaciones o cuántas capas de ropa hubiera que ponerse encima, siempre había que mantenerse junto al brasero. Solo las compotas agrias de guanábanas, membrillos, maíz y mucha canela y clavo de olor que la negra Cándida servía al atardecer, hacían que el cuerpo recuperara el calor.

La casa fue quedando vacía. Se desmontaban los cuadros y las colgaduras presuntuosas con las que la había hecho decorar Virgilio María Gritta. Se vendieron los ornamentos del oratorio y las estatuas que coronaban el teatrín, se desmontaron las camas de doseles y se desarmaron los arcones. Una tarde, una muchedumbre venida de Lima, se acercó a participar de la pública almoneda. Y entonces cuando el remate terminó, el eco se apoderó de los salones. Parecían resonar las fiestas ya acabadas. Las comedias que tanto los animaron eran ahora una memoria incómoda. La dicha que había envuelto la casa era ahora un recuerdo opresivo. Una tarde al príncipe le pareció distinguir el caminar amariconado de Roque Ceruti. Solo ahí se dio cuenta de cuanto extrañaba a su músico de cámara al que había tenido que desterrar a treinta leguas de la ciudad a cambio de salvarlo de la inquisición. Ya ni Bottoni lo molestaba con sus pócimas y sangrías ahora que se había dedicado de lleno a la cátedra de la Universidad. Ya no lo visitaba el padre Molleda, tan sentencioso él, ahora que era sochantre de la Catedral y se acogía a la protección del obispo Barroeta.

Muchos de los ministros, los consejeros, los secretarios, y hasta los amanuenses, tan obsecuentes ellos en el pasado, ahora trataban de ganar los favores del virrey Morcillo del cual tanto habían despotricado hasta la víspera. Pero ahora era considerado como un gran valor y todos decían que habían estado muy equivocados en juzgarlo tan mal y no faltaban los que decían que ellos jamás habían emitido opinión al respecto. Y otros andaban muy preocupados porque la inquisición no había perdido tiempo en abrirles

nuevos procesos o en revivir aquellos que ya habían sido incoados, y todos se dedicaban a enviar sus ganancias lo más discretamente posible a la península por medio de testaferros, en cajas de fondos dobles, como parte de los caudales de comercio, muchos comerciantes se prestaban a ese juego cobrando una parte de los capitales extraídos. Y estaba el problema de su juicio de residencia: todas las mañanas y buena parte de la tarde lo pasaba discutiendo con los abogados y con Virgilio María Gritta, preparando los alegatos y tratando de desvirtuar las acusaciones en su contra que sus enemigos y esos ingratos criollos habían levantado contra él muchas veces sin fundamento, con el solo ánimo de incomodarlo.

Una mañana llegó Gritta gesticulando:

--Imaginarse que han apresado a Giorgio Torelli en Guayaquil, que está con su fortuna muy deshecha y cumpliendo su destierro, con el argumento del fiscal de que desde allí remitían los cargamentos de ropa a distintos puntos del virreinato.

Y en ese estado pasó el príncipe, el virrey saliente, los últimos días en sus antiguos dominios, mientras esperaba que se compusieran la Armadilla del Mar de Sur para que lo llevara a Panamá. Solo encontraba algún consuelo en sus hijos, en sus perros, y en alguna eventual visita de la condesa de las Torres, pero aun con ella sentía que algo se había roto. Esos meses le sirvieron para hacer penitencia, pero finalmente llegó el día en el que había de trasladarse al puerto: los navíos se hallaban prestos.

*Y tú, Carmine, me decías que las cosas no podían ir peor en Italia. Venecia neutral, amenazada por los austriacos de ocupar la Terra Ferma, dejaba pasar las tropas. Clemente XI se encerró en Castell Sant'Angelo, y tomando sorbete de limón, vio pasar los ocho mil soldados de Eugenio de Saboya que iban a sitiar Nápoles. Y por una carta te enteraste de que el virrey Villena, quien veía Nápoles ya perdida, pedía auxilio a Francia y a Sicilia, pero nadie tenía ya más soldados que enviar, como no fueran esqueletos con uniformes, y niños muertos de hambre en harapos, y prostitutas con bubas para servir en los cuarteles. Y así me contaste en un baile al que asistimos que, por la dejadez de todos, la flota de los austriacos desembarcó en Aversa, a once millas de Nápoles, y el duque de Telesse, y el marqués de Rofrano y el príncipe Chiusano organizaron un gobierno provisional en la ciudad, proclamándose fieles al archiduque Carlos de Austria. Y nos contaron más tarde, mientras comíamos fritoles, unos buñuelos con naranja que se servían en Venecia en tiempos del carnaval, pero que tú mandabas preparar a lo largo de todo el año, que todos los nobles de la ciudad aclamaron la insurrección y obligaron al virrey Villena a partir y este resistió trece días en la fortaleza de Gaeta. Y ni bien tomaron la ciudad, los austriacos destruyeron la estatua de Felipe V en la plaza del Gesù Nuovo que hacía poco había fundido Lorenzo Vacarro de la que tanto escuchamos hablar, pero que nunca llegamos a conocer. Y el nuevo gobierno proclamó un bando:*

*Tutti i feudatari di questo regno che abbitavano in questa Città fra il termine di giorni quindici, y tú suspiraste aliviado mientras leías la cédula y dijiste es solo para los residentes, y continuaste descifrando la copia, humedecida por las lágrimas de otros nobles que la habían leído antes que tú, e quelli che si trovassero in qualche luogo d'Italia fra il termine di un mese y sentiste una punzada en el estómago, porque el documento tenía más de tres meses y tú ya estabas en rebeldía, avessero dovuto comprare avanti l'eccelesimo signore vicere di questo regno a daré il giuramento di fedeltá e ligio omaggio all'invitissimo Nostro monarca Re il Arciduke Carlo III, y a pesar de que lo sabías, sentiste una arcada al pensar en jurar lealtad al enemigo, altrimenti detecto termine lapso se fosse proceduto alla confiscazone dei loro Beni e incorporazione di questi a beneficio della regia corte, y ahí sentiste que te explotaba la cabeza y te temblaban las piernas, y el corazón desbocado como si hubieras corrido hasta las puertas de Nápoles. Y me odiaste por haberme metido en estas intrigas políticas y me culpaste de que hubieras perdido en Nápoles, y te odiaste por prestar oídos a los consejos de una*

*mujer, que solo se guían por celos y sospechas. Y pensaste que habías perdido tu oportunidad al no haber huido con la Giorgina.*

*Solo entonces hiciste la cuenta de los bienes feudales, de los derechos sobre los burgos, de las anualidades y rentas, de los créditos positivos, de las producciones agrícolas que no solo no recogerías, sino que te convertías en deudor por no depositar de inmediato en el erario napolitano. ¡Arruinados, Constanza, arruinados! Te hubieras casado con el zapatero que al menos sabe alimentar a sus hijos con el producto de sus manos, ahora, que el archiduque nos ha quitado todo lo que mi familia construyó por mil años, desde que Caracolo el bizantino se estableció en Nápoles en 1275. Todo arruinado: los castillos, los palacios, las tierras. Y te vi llorar y te vi maldecir y temí que te quitaras la vida, y deseaste haberte quedado en tu biblioteca de Bucchianico, redactando tus escritos, y nunca haber salido, y que tu padre siguiera vivo, que él hubiera actuado con más astucia, y que debiste haber sido tú el hijo muerto y no tu hermano mayor Girolamo para que él llevara la deshonra de ser el último citado en la genealogía de los Caracciolo. Y después estuviste un mes con fiebres de los pantanos y delirabas intermitentemente, y cuando sanaste no te habías curado del todo y te comenzó la podagra por las humedades de Venecia, y se aposentó en ti ese humor gris y ya no tenías la alegría de antes, ni tu conversación elaborada, ni las citas de los grandes pensadores, y casi no pronunciabas palabra y cuando estabas despierto te sumergías en tus lecturas, y no escribías más.*

*Yo me sentía culpable, porque yo te había presionado, yo había deseado demasiado, como la moglie del pescatore, y recién ese día me di cuenta de todo lo que teníamos y lo felices que pudimos haber sido, y maldije a Carlos II por haber tomado esa taza de chocolate el tres de abril de 1675, de la que habló el exorcista, mediante la cual lo habían hechizado, usando los sesos disueltos de un ajusticiado para que no tuviera erecciones y tuviera el semen corrompido y no pudiera ni gobernar ni procrear, pero en realidad todos sabían que su hechizo venía de ser hijo de su padre y una prima, de su abuelo y una tía y de su bisabuelo y una tía abuela, por muy azul que fuera su sangre, y a Luis de Francia por su ambición desmedida, aunque después la pagó teniendo que fundir todos los candelabros de plata del salón de los espejos, y a Felipe V por sus ataques de melancolía y por dedicarse más a sus arranques de onanismo en vez de dedicarse a cuidar de Nápoles, y al archiduque por secuestrar todos tus bienes para sufragar una corte en Viena según los usos del ceremonial de España, y me maldije a mí misma y todas mis*

*infulas de mandona, y lloré y lloré hasta que se me secaron los ojos y la voz se me puso ronca y mi pecho sollozaba aunque le diera de lactar a María Luisa.*

*En los meses siguientes nos contaron cómo habían saqueado el palacio de San Giovanni a Carbonara, y tú no sentiste nada, y dijiste: “debimos haber vendido las arañas de Murano y todos los cuadros de la galería para pagar la visita del rey Felipe en lugar de endeudarnos con los agiotistas”, y te empezaste a preocupar porque se acababa mi dote, y despedimos solo a la mitad de la servidumbre porque lo último que debíamos hacer era aparentar pobreza, ahora que la pasábamos de verdad, y hablaste con tu banquero en Roma, el cavalieri Lodi y vendiste la finca que me había dejado mi tío el Cardenal y un palacio venido a menos que tu abuelo usaba en Roma, y le pediste que te sacara un nuevo censo o que te consiguiera un préstamo con los agiotistas de la ciudad.*

*Y para que no se pensara que pasábamos apuros, alquilaste por una fortuna la villa campestre del conde Venier, que había sido construida por un discípulo de Palladio con una cúpula toda pintada con frescos de alegorías del Sciroco, del Boreas, del Mistral y del Etesio, y cuatro loggias iguales que miraban a los cuatro puntos cardinales, y tú dijiste que te hubiera gustado mucho construir un pabellón igual en las tierras de Bucchianico para mudarte de ese castillo que tu abuelo había desfigurado abriéndole ventanas y mochándoles las torres, al punto que parecía una de esas cajas que los sombrereros hacían para transportar los tricornios sin que arrugaran. Y te encaprichaste con comprarle al príncipe Bonoris a precio de oro una Venus del Tiziano, de cuya autoría incluso se dudaba, y todo eso solo porque escuchaste que alguien decía que el embajador estaba en muy mala situación después del secuestro de sus bienes. Y yo, recién parida de Antonio, trataba de evitar que gastaras lo que no tenías, y tú te escapabas a jugar en las apuestas del Ridotto, con antifaz y embozado. Unas veces sacabas para pagar las cuentas atrasadas, y otras veces solo nos quedaban esperar los sueldos de la corona, que eran magros, y un subsidio que te dio el rey Felipe por la pérdida de tus tierras de cien mil reales, que no alcanzaba para mucho y que no te pagaron hasta que manu militari te los cobraste de los sueldos del presidio de Valdivia con nueve años de retraso.*

*Y cuando parecía que ya nada podía estar peor, recibiste una comunicación del Consejo de Castilla, una carta insignificante en papel doblado en seis, con el lacre mal sellado. En ella te informaban que dejabas de ser embajador extraordinario. Y esa vez tú ya no te lo tomaste a la trágica. Y solo te reíste a caquinos, y yo me pregunté si no estarías*

*perdiendo el juicio. Y dijiste por lo bajo: “peor suerte tuvo Medinaceli”, y decidiste, sin preguntarme siquiera, que teníamos que salir hacia Madrid. No nos quedaba otro destino.*

*Y Madrid es un nombre que significa estrecheces. Como estrechos eran nuestros altos de la calle del Desengaño, donde vivíamos con nuestros nueve hijos. Estrecha era también nuestra vida del día a día, y estrechas las antesalas en las que esperabas horas tras horas aguardando ver a algún ministro que pudiera autorizar el pago de tus sueldos atrasados, el subsidio del rey por la pérdida de tus tierras, la situación de tus tierras secuestradas. Estrecha la mentalidad de los funcionarios, que por verte extranjero estrechaban las interpretaciones de la ley en tu contra y proponían que hicieras grandes aportes que ya no estabas en posibilidad de asumir. Estrechas fueron también las relaciones que empezaste a llevar con los nobles italianos de la corte: el duque de Pópoli, el príncipe Pío, el cardenal Guidice y su hermano el príncipe de Celamare, y estrecho tu círculo de amigos nobles desterrados Tursi, Asti, Giovinazzo, Borghese, Palestrina, Balbases. Estrechas finalmente las posibilidades de obtener algún éxito.*

*¿Había valido tanto la grandeza de España? ¿Hubieras cambiado la codiciada dignidad por un solo día en tus amadas tierras de Bucchianico? ¿Por los réditos comerciales y agrícolas de Castel di Sangro, populosa ciudad comercial? ¿Por recuperar San Giovanni a Carbonara, aunque estuviera ya saqueado?*

*Y un día te llamaron de palacio, y fuiste pensando en que se trataba de otra sonata italiana, o de la presentación de un nuevo castrato romano para curarle la melancolía al rey. No recuerdo bien su nombre, pero no, no era Farinelli, que ese vino treinta años más tarde. Y en efecto, cuando llegaste a la reunión, allí estaban los músicos que venían de la Fenice y el rey detuvo el canto del castrato y empezó a reconocerte el notorio fervor y celo demostrado en Nápoles, y tú lo miraste con extrañeza, y el cuantioso donativo recaudado, y recordaste los sinsabores que te había dado ese encargo y las aventuras pasadas como voluntario a vuestra costa, y yo te tiré un codazo discreto y te dije aquí se viene algo bueno, y el sacrificio de cuantiosas haciendas y los estados que os ocuparon en el reino de Nápoles los enemigos y te anunció de improviso, que había decidido nombrarte Grande de España a perpetuidad.*

*Y en ese mismo momento te comenzó a tratar de primo y te confió que habías sido como un padre para él. Y tú te quedaste en silencio por unos segundos, sin saber qué decir, y entonces te cubriste en su presencia, y le dijiste: “mucho te lo agradezco, primo”, y los demás nobles de la sala aplaudieron más por compromiso y real deseo que por convicción. Y tú pensaste si ese minuto de gloria valía todos los sacrificios de los últimos once años, y sentiste una alegría empañada de melancolía. ¿Así se sentía llegar a la cima? Y si el rey Carlos II hubiera sobrevivido o tenido un hijo y todo hubiera transcurrido como era esperable, es decir, al morir tu padre que te confirmaran a tí también la grandeza, ¿no eran los Caracciolo los nobles más antiguos de Nápoles? ¿No eran los señores guardianes de la comarca de los Abruzzo? ¿No se habían apoyado todos los reyes en el poder que tenían los Caracolos en la región? Pero ahí estaban todos aplaudiendo y sin sombrero y tú cubierto frente al rey como habías esperado tanto tiempo.*

*Y los vientos empezaron a cambiar, diríase que se formaba un vendaval, y el partido italiano que rodeaba al rey empezó a tener más fuerza en la medida que el partido de los franceses se debilitaba. Y cada día, el grupo de los italianos era más grande. Llegaron el duque di Sarno, el duque Castropignano, el príncipe de Belvedere, mi hermano el duque Ruffo de Bagnara, tu cuñado. El cardenal Guidice fue nombrado gobernante de la casa del infante, y su hermano, el príncipe de Cellamare, embajador en Versailles. Era como una boda a la que asisten los familiares largamente ausentes, solo que esta vez todos teníamos los mismos objetivos. Y al morir la reina María Luisa, la liga se unió aun más. Y logramos convencer al rey de casarse con Isabel Farnesio, hija del duque de Parma, y me nombró dama de la reina, y sin darnos cuenta estábamos en el centro de la política palaciega y todos alababan tus habilidades diplomáticas y tu celo por la monarquía. Y abandonamos la calle del Desengaño y de las estrecheces y nos dieron una casa con aires a palacio algo más acorde a nuestra situación.*

*Y así de fácil empezó a decirse que serías virrey del Perú, y tú no lo creíste al principio. ¿Existía el Perú? ¿No era un país de fantasía con sus minas interminables de plata, sus bosques de canelos y sus rebaños de vicuñas? Y recién cuando te lo dijeron tres y cuatro veces empezaste a pensar que se trataba de una posibilidad. Y después del matrimonio de nuestra hija Clara con Crevencour, el hijo del príncipe de Masserano, hombre fuerte de la corte y valido de la reina María Luisa, nuestra posición se afianzó aun más. Y Masserano propuso que pagaras ochenta mil pesos de dote y recuerdo tu cara*

*desconcertada, como diciéndome de dónde sacar ochenta mil si no tengo ni para pagar las deudas contraídas esa semana. Y la nueva reina me dijo, mirándome con sus ojos azules y el rostro picado de viruelas:*

*—Eso se arregla fácil, ¿cómo crees que he redecorado mis estancias del Alcázar y pagado los tapices flamencos que las adornan? Pues con la venta de un condado—.*

*Y así, el rey les regaló a los novios un marquesado para que con su venta se pagara parte de la dote. Y Masserano, desconfiado, te obligó a que firmaras letras por los pagos de la dote, y que iría su hijo menor en tu séquito para asegurar el pago de la deuda.*



## UNA CALLE A LA SALIDA DE LIMA

—Ahí se va ño Caracholo, triste se va pue, sin su hija, sin su esposa, sin su tierra, ya na quiere hacer. El obispo le quitó el pode. Mientras era virre, el suelo tembló, el sol se ocultó, el río se llevó los negro, los indio murieron todo, lo campo quedaron erizos y nosotros ma pobre que en antes. Triste se va, un pueblo que aún achicharrado encontró y al irse aún arderá. Ojalá y en otra tierra encuentre ma filicidadá que acá. En ochenta y cinco año no he visto tanta mala suerte como la del ño Caracholo.

El príncipe no la escuchó encerrado en sus pensamientos, pero se detuvo a su costado y le tiró una moneda.

—¡Un patacón! Muy generoso mi señó. Habérmelo dado a la entrada, le hubiera leído mejor fortuna. Nada desto le pasara, mi señó.

—Calla, Tilonga, calla. Al menos espera a que se vaya su señoría. Tus palabras son crueles. Ni el cántaro roto tiene arreglo, ni se enrostran consejos pasados al desventurado. El pobre hombre difícilmente escucha consejos, solo quiere relamer sus heridas.—Le dijo el viejo que la ayudaba a caminar.

—Ño, Antuco, ese cortejo ya se aleja pal puerto. Y yo te lo digo siempre, una y mil veces, nadie escucha a una negra tullida, con que déjame a mí hablar que es mi descargo. —

## GALEÓN LA NINFA

Sobre la borda del galeón La Ninfa, el príncipe vio cómo se alejaba la costa del Callao. Junto a él, el pequeño Alois y su hermano Flavio, parados sobre los bultos del matalotaje que les permitía mirar sobre la borda, le preguntaban acerca del bien amurallado Callao. Padre ¿Es verdad que se pueden leer mensajes en esas banderolas que adornan los barcos? ¿Volverán a disparar las salvas? ¿Contestarán los cañones de las murallas? El príncipe se entristeció viendo las pobres salvas que dos naves menores le rendían y la respuesta casi afónica que le habían contestado unos cañones con poca pólvora en las fortificaciones. Parecía que el virrey Morcillo quería impedir su satisfacción hasta en el último de sus actos oficiales.

Prefirió entretenerse contándoles a sus hijos cómo a duras penas había logrado conseguir los recursos para reparar la flota, es decir los galeones llamados la nave almiranta y la nave capitana, que Morcillo había enviado al sur para que no le rindieran honores. Les narró cómo había tenido que reforzar las murallas para evitar que se derrumbaran, completar los cañones de la ronda, restaurar las siete iglesias, reedificar el lóbrego edificio del gobierno en el puerto, un albergue que presuntuosamente era llamado Casa del virrey. Pero estos criollos no apreciaban ningún esfuerzo y seguro Morcillo se llevaría el crédito por todas sus obras. Realmente esperaba que las reparaciones hechas sirvieran para que el Callao duraran otros cien años más y no se cumpliera la profecía de la alumbrada que anunciaba que una ola arrasaría al puerto. ¿Padre, te imaginas una ola tan grande que cubriera los campanarios de las iglesias y derrumbara las murallas? No, no creo que haya olas tan grandes. ¿Qué es una alumbrada, padre? ¿No es como una profeta? ¿No es como la adivina que dijo que mi madre moriría y que me criaría una vaca? Algo así querido Alois, algo así, pero eso ya es historia pasada. ¿Serían Alois y Flavio, algún día grandes nobles en Italia? El príncipe sintió tentación de consultárselo a una adivina, pero al instante se arrepintió de sus pensamientos. Después de la muerte de Clara Irene había prometido no volver a consultar ningún oráculo. El príncipe se quedó en silencio pensando qué les depararía el futuro a sus hijos, futuro que el ya no alcanzaría a conocer.

Al compás de órdenes cadenciosas, los marineros maniobraban, y el navío escoró para bordear la isla. La mole rocosa, desértica, de la isla San Lorenzo cubría ya por completo la vista del puerto. A babor, dos peñascos habitados por aves y por lobos marinos eran los últimos asomos de tierra, de allí en adelante solo agua, niebla, olor a mar. Bajo la cubierta los últimos remanentes del séquito se repartían camarotes y se ocupaban de sus propios beneficios. Al venir lo seguían casi cien almas y hoy no llegaban ni a las veinte. Muchos se habían desbandado buscando con quién medrar. Qué alivio.

El príncipe clavó su mirada en ese horizonte sin fin. Su familia emprendía sus propios caminos, y ya sus consejos no eran requeridos. Su barbilla temblaba. Qué años perdidos —pensó— una vida perdida buscando restaurar lo que no estaba roto y lo que tampoco podía ser compuesto. Dentro de poco nadie sabría que había existido. Si no fuera por esos niños daría igual si él nunca hubiese nacido. ¿Recordaría alguien que había intentado enderezar este reino? ¿O pasaría al olvido, juntos con sus reformas trucas, sus informes ignorados y sus edictos que nadie lucharía por hacer cumplir? Un puñado de arena lanzada al viento. ¿Qué le quedaba? Sus padres, su mujer, su hija, todos muertos, muertos, muertos. Sus casas derruidas, sus tierras perdidas, su buen nombre ensuciado en ese insultante juicio de residencia. Pero no debía ser ingrato, estaban sus hijos, esos niños fuertes, casi logrados. Estaban sus mil viejos sueños e ilusiones, en especial los que Constanza le sugería, que en tanto habían durado habían sido todo para él. ¿Cuántos jamás habían llegado a gobernante de tan extensos territorios, dueño de los destinos de millones de almas? ¿No habían comparado los poetas su presencia con la del Sol en el Zodíaco? Si bien muchas de sus ilusiones no resistían el mas mínimo contacto con la realidad. ¿Cuántos podían siquiera haber tenido sueños como los suyos? Pero claro ahora sus preocupaciones era otras, estaba ese malhadado juicio de residencia, y su carrera en la corte ¿Sería recibido en la corte? Tal vez.

Y sin embargo, muy en el fondo de su alma albergaba la esperanza de que alguien en el futuro valorara sus esfuerzos, el no dejarse llevar por las tentaciones... No sabía que le pasaba. Las lágrimas le corrían por la cara. Se cubrió el rostro para que nadie lo viera así. En ese momento ya no le importaba haber fracasado en la vida. ¿Salvaría acaso su alma? Sólo sentía una inmensa decepción, nada había salido como lo había esperado. Siempre había pensado que las grandes glorias no le habían tocado a él. No había podido concretar nada en esta vida. Y sin embargo, la felicidad y la gloria habían estado siempre a un palmo. ¿Había sabido reconocerlas? ¿Pudo haberlas gozado más? Habría bastado un

pequeño esfuerzo más para alcanzarlas, pero un par de veces sintió que, las había tocado. ¿Era la vida un sueño demasiado vívido del cual se despierta muy rápido y cuyos últimos jirones se difuminan ni bien se abren los ojos... ¿Sería así la gloria? ¿La felicidad, acaso? ¿Tan solo un sueño que se olvida? Había estado a un paso de cambiar su fortuna, sí, a un paso. ¿Había en ello perdido la virtud?

¿No debía alegrarse acaso por haber sobrevivido a tantos otros? ¡Cuántos de sus competidores, sus compañeros, sus subalternos, Constanza, Clara Irene, sus padres, habían caído en el camino, y él con resignación, con voluntad, con perseverancia había logrado seguir! ¿Podía en realidad sentirse culpable por sobrevivirlos? Palpó sus mejillas para asegurarse de que estuviesen secas. Estaban frías ¿Seguirían enrojecidos sus ojos? El capitán venía hacia él hablándole de las Islas Marquesas y el viaje realizado por Mendaña un siglo antes...

El navío, ayudado por las corrientes, avanzaba prestamente. Pronto estuvo frente a Paita. El capitán andaba temeroso: había puesto doble guardia y había dado orden de disparar a toda nave en el horizonte. Los avisos señalaban la presencia de piratas en la zona. La idea era desembarcar en Paita unos días hasta estar seguros y poder reemprender el viaje. El virrey, con el antejo de bronce, pudo ver el humo, el fuego. Treinta años después, aún antes de terminar de reconstruirse, Paita ardía nuevamente por mano de los piratas. Recordó las palabras de la adivina: “entrará por un puerto humeante y cinco años más tarde aun arderá”. El capitán, aterrorizado, mandó tomar rumbo mar adentro: no se sabía si los piratas aún saqueaban el puerto.

## EPÍLOGO

Era una mañana templada de invierno. Pocos cortesanos ocupaban la antesala del Palacio Real en Madrid. El príncipe esperaba por una audiencia que cada día se le hacía más difícil de conseguir. Maliciaba que, si bien había logrado anular el primer juicio de la residencia, librarse del segundo no sería tan fácil, y entre tanto su anhelo de ser promovido a consejero o a ministro quedaba indefinidamente aplazado. Las audiencias con el rey Felipe V ese día demoraban, se decía que, por el mal humor de Su Majestad, quien hubiera querido salir de cacería en vez de permanecer encerrado en el palacio. Durante la espera, el duque de Saint-Simon, don Louis de Rouvroy, fue presentado al príncipe de Santo Buono. El duque, llegado como embajador de Francia, hablaba con fluidez un espléndido italiano. Era la primera vez que se encontraban frente a frente, aunque habían escuchado comentarios mutuos.

El príncipe nunca supo que algún día se convertiría en personaje de las célebres memorias del duque de Saint-Simon, la crónica más completa de la alta política de su época. Ignoraba todo sobre aquellos cuarenta y tres tomos que solo aparecerían medio siglo más tarde. En ningún momento hablaron del honor o de las grandes hazañas, ni de los hechos que immortalizaban a sus familias. Charlaron, naturalmente, del clima, de los recuerdos, de los humores del rey Felipe. Tuvieron, se diría, una charla incidental. Hasta que el príncipe, ya cansado, buscó dónde sentarse luego de escuchar que el ujier voceaba el nombre del embajador.

Esa noche, en la quietud y el silencio de esas largas horas que lo aquejaban, el insomne duque tomó notas en sus libretas. Su cama estaba cubierta por cuadernillos en los que añadía datos con persistencia cada noche. Soñaba que algún día tendría tiempo para escribir sus *Mémoires*.

Con letra menuda anotó una nueva entrada: “Carmine-Nicola Caraccioli, tarjó y puso Caracciolo, príncipe de Santo Buono. Antiguo embajador en Venecia y virrey del Perú de donde acaba de regresar infinitamente rico. Dicen que es hombre muy honrado (aunque sobre él se realiza un segundo juicio de residencia)”.

El duque soltó la pluma entintada, acomodó nuevamente las almohadas a su espalda, y pensó en cuánto se parecía su vida a la del príncipe. Al igual que él, había sido promovido a cargos importantes, pero onerosísimos. Aún no se decidía si el cardenal Dubois le había ofrecido la embajada en la corte de Madrid para promoverlo en la política, o para quebrarlo económicamente. ¿No sería que algo parecido hubiese sucedido al príncipe de Santo Buono? Durante veinte años las ilusiones del servicio y los designios de los poderosos, esos hombres que juegan con las vidas de otros hombres, lo habían llevado de Nápoles a Roma, de Venecia a Madrid, de la corte al Perú, casi como una marioneta de los poderosos, esperando que en el trayecto terminara por arruinarse. Pero al parecer, de alguna forma extraña, por una de las vueltas de la fortuna contraria a toda lógica, parecía que al príncipe casi todo le había salido bien.

Siguió escribiendo en su libreta: “El príncipe es muy atento, y tiene mucho mundo talento. Es hombre de gran saber y de conversación agradabilísima. Ya no es joven y sufre de gota, lo que le hace llevar una vida retirada. Ha perdido a su mujer en el viaje al Perú, su tragedia daría fácilmente argumento a un drama, aunque muchos dirían que se exageraba en sus desgracias. Se rumorea que él pidió su retiro del Perú y ha regresado tan desanimado que sólo piensa en terminar sus años en Italia: sueña con recibir las órdenes sagradas y que el Santo Padre lo nombre Cardenal”.

¿Era tanta su desilusión, después de haber recorrido el mundo en busca de posición, fama y fortuna? ¿O, por el contrario, se sentía satisfecho con lo que ya había logrado, y se retiraba con la tranquilidad de sentir que había alcanzado todo lo que su destino le permitiría remediar?

Volvió a anotar en su libreta: “Ha tenido varios hijos. Su hija Clara Irene se casó con el príncipe de Masserano. Apuntó en el margen: Masserano, antes conocido como marqués de Crévencoeur, antiguo favorito del rey; muchos lo consideran capaz de traicionar a su mejor amigo para conseguir sus intereses. Le quedan pocos amigos y ha caído mucho, aunque el puesto de su mujer, primera dama de la reina, lo sostuvo un poco. No es rico, aunque haya hecho lo posible por serlo. La muerte de su esposa Clara Irene ha truncado su carrera.”

Volvió al cuerpo de su texto. La pluma raspaba sobre el papel. La mojó un par de veces en el tintero de porcelana azul, antes de lograr que escribiera de nuevo con suavidad. La pluma dejó un surco de pequeñas gotas de tinta sobre las sábanas de Combray.

Anotó en el cuerpo de su texto: “Clara Irene Caracciolo, hija del príncipe de Santo Buono, casada muy joven con Masserano, muerta de parto; cuando la corte se había trasladado al palacio de Lerma, dejó dos o tres hijos muy pequeños”.

Escribió y subrayó: “Julia Quitería. Otra hija del príncipe. La he conocido antes en la corte y se dice que tiene muy buena dote traída de Indias, que cuando partió no tenía más que unas alhajas que le había regalado su abuela y ahora cuenta con un caudal que, se rumorea, supera los setenta mil pesos y que la hace ver como un gran partido en la corte. Además, sería considerada hermosa no solamente en Madrid sino en la misma Francia. Contraerá matrimonio con el duque de Solferino”.

Echó arena sobre la tinta aún húmeda antes de voltear la página. Sacudió parte de la arena que había caído en el encaje de las sábanas. En el margen anotó: “El duque de Solferino (don Francisco de Gonzaga), príncipe del Sacro Imperio y caballero del Toisón de Oro, tiene talento, erudición, consideración y ambición, y es hombre honrado, pero sin influencia; demuestra bien lo que son los cambios de la fortuna. Privado de sus señoríos y privilegios por la infausta guerra, durante largo tiempo arrastró en París y en las galerías de Versalles una vida precaria de eclesiástico, sin poder obtener beneficio alguno ni ser apreciado por nadie. Sin embargo, en una vuelta del destino, conoció a la duquesa de Alba cuando su marido era embajador en la corte de Versalles y la acompañó de regreso a España luego de la muerte de este. Debió florecer el amor entre Solferino y la viuda en esos difíciles momentos, pues al poco él abandonó las órdenes sacras y se casó con ella, obteniendo, por este matrimonio, la Grandeza de España y notable influencia. La duquesa de Alba murió un tiempo después, cuando la corte se alojaba en Lerma. Murió de penosa enfermedad, durante la cual su nuevo marido la colmó de cuidados y por lo cual ella lo favoreció especialmente en su testamento. Y estando en ese trance de lamentar esa pérdida, el reciente viudo conoció a la hija del príncipe de Santo Buono y surgió el amor entre ellos. No hace mucho se anunció su enlace en la corte. Espero que Julia Quitería, una joven tan vivaz y despierta, pueda ser feliz con un marido tan apocado y devoto”.

Con letra medio torcida, aunque resaltada, escribió: “Marino, duque de Castell di Sangro, hijo mayor y heredero del principado. Actualmente ya se ocupa de las tierras y los castillos en Italia finalmente recuperados. El príncipe viejo, al hablar de él, lo hace con cierta desilusión, como si él mismo fuese el culpable, como si aún estuviera en sus manos corregir los extravíos de su primogénito, Marino. El hijo ha venido muy empobrecido de las Indias. Se dice que llegó a tener gran caudal, pero que lo perdió en una intrépida expedición a la China que acabó en un temporal y quedó debiendo a muchas personas”. Dejó de escribir un momento, experimentó pena por el príncipe, quien ya no parecía capaz de cambiar el curso de acontecimiento alguno. Sin embargo, sintió que, a diferencia de él mismo, el príncipe había logrado mucho, o quizá tanto como estuvo a su alcance lograr. Un hombre que había vivido bajo los signos de dos distintos siglos, que había aprendido a sobrevivir bajo dos dinastías diferentes, que había cumplido con los compromisos del honor y las necesidades de la nueva corte.

El duque de Saint-Simon apoyó la pluma en precario equilibrio sobre el tintero de flores azules, y mientras apagaba con el maticandela la mecha de una de las velas que humeaba demasiado, se dio cuenta de que ya amanecía.

En ese mismo momento, en un lugar no muy lejano, en otro palacio de Madrid, el príncipe de Santo Buono veía cómo las sombras daban paso a las siluetas frente a sus ventanas. ¡*Tuscan anga atin Ñeñuc!* le dijo al perro dormilón que aún yacía bajo las frazadas. Dejó salir a los perros de la habitación. ¡Aguanta un poco más Ñañec! ¿Cuánto más demorará Giovanni con el cioccolato y las savoiardis? Recordó su conversación con el duque unas horas antes. Qué hombre tan triste. Había consumido sus rentas en la embajada madrileña, que no lo llevaría a ningún destino, y parecía que sus hijos no atinarían a cumplir con las esperanzas del padre. Y el embajador mismo era como un espectro del siglo ido, defendiendo unas costumbres largamente desaparecidas, buscando desesperadamente halagos por sus antiguos privilegios. Parecía ser de su misma edad, y sin embargo qué viejo, qué acabado lo había visto, una vejez no del cuerpo, una incapacidad para adecuarse al nuevo mundo, parecía vivir solo de los hábitos asociados a sus recuerdos, atado a una etiqueta añeja, como una armadura herrumbrada esperando volver a pelear en batallas ya largo tiempo luchadas. Entonces recordó su propia entrada triunfante en Lima, los ojos color miel de Constanza, a Clara Irene esplendorosa el día de su boda en la capilla privada de los reyes y sintió un deseo infinito de volver a aquellos días.

Y de repente, en aquel momento, en aquel lugar, no supo por qué, pero experimentó una repentina paz. Sintió que el amor, que la culpa de sus yerros, que las tentaciones del mundo ya no le causaban inquietud alguna. Sintió por un momento lo fácil que hubiera sido salir airoso de todos aquellos empeños. Suspiró con alivio: era como si el deseo, las pertenencias y las culpas ya no fueran suyas. Finalmente había vencido las tentaciones. Ahora otros luchaban por la posesión del mundo, por los dictados de la carne, por las insinuaciones del maligno... Con el fresco del amanecer, y la habitación inundada por la luz azul, pensó que aquel domingo sería un día hermoso y que, si tenía suerte, podría recibir un rato el calor del sol en la galería del patio.

FIN



## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, Benedict. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.
- Andújar, F. (2021). La red clientelar del príncipe de Santo Buono, virrey del Perú, más allá de su séquito. Estudio a partir de una sátira contra la corrupción. *Investigaciones Históricas*, (41), 7-44. <https://doi.org/10.24197/ihemc.41.2021.7-44>
- Barnes, J. (1990). *Historia del mundo en diez capítulos y medio*. Anagrama.
- Brecht, B. (1989). *Los negocios del señor Julio César*. Oveja Negra.
- Carpentier, A. (1978). *El arpa y la sombra*. Siglo XXI Editores.
- Cornejo Polar, A. (1989). *La formación de la tradición literaria en el Perú*. Centro de Estudios y Publicaciones.
- Doctorow, E. L. (1975). *Ragtime*. Puzzle.
- Eco, U. (1980). *El nome della rosa*. Bompiani.
- Eco, U. (1984). *Apostillas al nombre de la rosa*. Lumen.
- Fernández Prieto, C. (2006). *Poética de la novela histórica como género literario*. Lumen.
- Flaubert, G. (1862). *Salambó*. Michel Levi Freres.
- Graves, R. (1934). *I Claudius*. Arthur Baker.
- Graves, R. (1946). *King Jesus*. Creative Age Press.
- García Herranz, A. (2009). Sobre la novela histórica y su clasificación. *EPOS*, (25), 301-311. <https://doi.org/10.5944/epos.25.2009.10619>
- Lampedusa, G. (1958). *Il Gatopardo*. Feltrinelli.

- Lohmann, G. (1945). *El arte dramático en Lima en el virreinato*. Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla.
- Grützmacher, L. (2006). Las trampas del concepto 'la nueva novela histórica' y de la retórica de la historia postoficial. *Acta Poetica*, 27(1), 141-163.
- Mata, C. (1995). Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica. En K. Spang, I. Arellano y C. Mata (Eds.), *La novela histórica. Teoría y comentarios*, (pp. 13-63). EUNSA.
- Mujica Lainez, M. (1962). *Bomarzo*. Editorial Sudamericana.
- Mujica Lainez, M. (1968). *De milagros y melancolías*. Editorial Sudamericana.
- Novik, P. (1988). *That noble Dream: The Objectivity Question an the American Historical Profession*. Cambridge University Press.
- Núñez, E. (2001). *Los Tradicionistas Peruanos*. Laberintos.
- Núñez, E. (1979). *Tradiciones hispanoamericanas*. Biblioteca Ayacucho.
- Onetti, J. C. (2008). *Cuentos completos*. Debolsillo.
- Ortiz, L. (2007). La pereza del crítico. *Revista Siglo XXI. Literatura y Cultura Españolas*, (5), 32-43.
- Oviedo, J. M. (1968). *Ricardo Palma*. Centro Editor de América Latina.
- Paso, F. del. (1987). *Noticias del Imperio*. Editorial Diana.
- Patrucco, S. (2005). *Italianos en la Lima Borbónica 1701-1800* [Tesis de maestría, Pontificia Universidad Católica del Perú].
- Patrucco, Sandro. (2019). *La imagen del indio en los viajeros y expedicionarios de la época borbónica*. [Tesis de doctorado, Pontificia Universidad Católica del Perú].
- Salazar, L. (1814). *Relazione e giornale del viaggio dell' Exmo Pnpe di Santo Buono vice re del Peru con li vescelli che portarono dalla bahia di Cadice li 14 9mbre (sic) 1715 sino a Cartagena dell' Indie Occidentalli, Manoscrito della biblioteca di san Marino dato in Luce ed anotato da Lorenzo Salazar*. Napoli MDCCCXIV.

Vidal Claramonte, M. (2006). *Traducir entre culturas: poderes, diferencias, identidades*.

Peter Lang.

Yourcenar, M. (1951). *Mémoires d'Hadrien*. Librairie Plon.

Yourcenar, M. (1968). *Opus nigrum*. Gallimard.

